

SILVINA OCAMPO



Las invitadas

Lumen

Las invitadas

Silvina Ocampo

Edición al cuidado de Ernesto Montequin

Lumen

narrativa

Tales eran sus rostros

*Tales eran sus rostros; y tenían sus alas extendidas por encima, dos
cada uno, las cuales se juntaban.*

EZEQUIEL I, 11

¿Cómo los niños menores llegaron a saberlo? Nunca se explicará. Además falta dilucidar qué llegaron a saber, y si ya no lo sabrían los mayores. Se presume, sin embargo, que fue un hecho real, no una fantasía, y que sólo personas que no los conocieron y que no conocieron el colegio y a sus maestras podrían negarlo sin sentir algún escrúpulo.

A la hora en que tocaron, inútilmente, como siempre, para mantener un rito, la campana que anuncia la leche, o un poco más tarde, en el recreo, cuando se dirigieron corriendo al patio del fondo, o bien, lo que es más probable, inconscientemente, paulatinamente, diariamente, sin orden de edades ni de sexos, llegaron a saberlo, y digo *llegaron*, porque se advirtió por múltiples manifestaciones que estaban esperando, hasta ese momento, algo que les permitiría esperar de nuevo y definitivamente, algo muy importante. A ciencia cierta, sabemos que a partir de ese instante, que menciono de modo impreciso, pero sobre el cual se hacen miles de conjeturas, sin perder la inocencia, pero perdiendo esa despreocupación aparente, tan característica de la infancia, los niños no pensaron en otra cosa.

Después de meditarlo, todo deja presumir que los niños lo supieron simultáneamente. En los dormitorios, al dormirse; en el comedor, al comer; en la capilla, al rezar; en los patios, al jugar a la mancha o a Martín Pescador, sentados frente a los pupitres, al hacer los deberes o cumpliendo las penitencias; en la plaza, cuando se hamacaban; o en los baños, dedicados a la higiene corporal (momentos importantes, porque en ellos las preocupaciones se olvidan), con la misma mirada hosca y abstraída, sus mentes, como pequeñas máquinas, hilaban la trama de un mismo pensamiento, de un mismo anhelo, de una misma expectación.

La gente que los veía pasar endomingados, limpios y bien peinados, en los días patrios, en las fiestas de la iglesia, o en cualquier domingo, decía:

«Estos niños pertenecen a una misma familia o a una cofradía misteriosa. Son idénticos. ¡Pobres padres! ¡No reconocerán al hijo! Estos tiempos modernos, una misma tijera corta todos los niños (las niñas parecen varones y los varones niñas); tiempos sin espiritualidad, son

cruelles».

En efecto, sus caras eran tan parecidas entre sí, tan inexpresivas como las caras de las escarapelas o de las vírgenes de Luján en las medallas que lucían sobre sus pechos.

Pero ellos, cada uno de ellos, en el primer momento, se sentían solos, como si una armazón de hierro los revistiera, incomunicándolos, endureciéndolos. El dolor de cada uno era un dolor individual y terrible; la alegría también y por lo mismo era dolorosa. Humillados, se figuraban diferentes los unos de los otros, como los perros con sus razas tan dispares, o como los monstruos prehistóricos de las láminas. Creían que el secreto, que en ese mismo momento se bifurcaba en cuarenta secretos, no era compartido y no sería jamás compartido. Pero un ángel llegó, el ángel que asiste a veces a las muchedumbres; llegó con su reluciente espejo en alto, como el retrato del candidato, del héroe o del tirano que llevan los manifestantes, y les mostró la identidad de sus caras. Cuarenta caras eran la misma cara; cuarenta conciencias eran la misma conciencia, a pesar de la diferencia de edades y de familia.

Por horrible que sea un secreto, compartido deja a veces de ser horrible, porque su horror da placer: el placer de la comunicación incesante.

Pero quien supone que fuera horrible se adelanta a los acontecimientos. En realidad no se sabe si era horrible y se volvía hermoso, o si era hermoso y se volvía horrible.

Cuando se sintieron más seguros de sí mismos, se escribieron cartas, en papeles de diversos colores, con festones de puntillas o con figuritas pegadas. Al principio eran lacónicas; luego largas y más confusas. Eligieron lugares estratégicos, que servían de estafeta, para que los otros las recogieran.

Porque eran cómplices felices, los inconvenientes habituales de la vida no los molestaban ya.

Si alguno pensaba tomar una decisión, los otros inmediatamente resolvían hacer lo mismo.

Como si desearan igualarse, los menores caminaban de puntillas para parecer más altos; los mayores se encorvaban para parecer más bajos. Se hubiera dicho que los pelirrojos apagaban el fuego de sus cabelleras y que los morenos moderaban la oscuridad de una tez apasionadamente oscura. Los ojos lucían todos las mismas rayitas castañas o grises, que caracterizan los ojos claros. Ya ninguno se comía las uñas, y el único que se chupaba el dedo dejó de hacerlo.

Estaban unidos también por la violencia de los ademanes, por las risas simultáneas, por una solidaridad bulliciosa y súbitamente triste que se refugiaba en los ojos, en el pelo lacio o levemente encrespado. Tan indisolublemente unidos, hubieran derrotado un ejército, una manada de lobos hambrientos, una peste, el hambre, la sed, o el cansancio aplicado que extermina a las civilizaciones.

En lo alto de un tobogán, no por maldad sino por frenesí, estuvieron a punto de matar a un niño, que se metió entre ellos. En una calle, bajo el entusiasmo admirativo de todos, un vendedor de flores ambulante por poco no pereció con su mercadería.

En los guardarropas, de noche, las faldas azul marino, tableadas, los pantalones, las blusas, la

ropa interior áspera y blanca, los pañuelos se apretujaban en la oscuridad, con esa vida que les habían transmitido sus dueños, durante la vigilia. Los zapatos juntos, cada vez más juntos, formaban un ejército enérgico y organizado: caminaban tanto de noche sin ellos, como de día con ellos. Un barro espiritual se adhería a las suelas. ¡Ya bastante patéticos son los zapatos cuando están solos! El jabón que pasaba de mano en mano, de boca en boca, de pecho en pecho, adquiriría la forma de sus almas. ¡Jabones perdidos entre el dentífrico y los cepillos de uñas y de dientes! ¡Todos iguales!

«La voz dispersa a los que hablan. Los que no hablan transmiten su fuerza a los objetos que los circundan», dijo Fabia Hernández, una de las maestras; pero ni ella, ni Lelia Isnaga, ni Albina Romarín, sus colegas, penetraban en el mundo cerrado que a veces mora en el corazón de un hombre solo (que se defiende y que se entrega a su desventura o a su dicha). ¡Ese mundo cerrado moraba en el corazón de cuarenta niños! Ellas, por amor a su trabajo, con suma dedicación, querían sorprender el secreto. Sabían que un secreto puede ser venenoso para el alma. Las madres lo temen para sus hijos; por hermoso que sea, piensan, ¡quién sabe qué víboras atesora!

Querían sorprenderlos. Encendían las luces de los dormitorios intempestivamente, con el pretexto de revisar el techo donde una cañería se había roto, o con el de cazar las lauchas que habían invadido las dependencias principales; con el pretexto de imponer silencio interrumpían los recreos, diciendo que la bulla molestaba a algún vecino enfermo o la ceremonia de algún velorio; con el pretexto de vigilar la conducta religiosa, entraban en la capilla, donde el misticismo exacerbado permitía en raptos de amor divino la articulación de palabras desmembradas, pero estruendosas y difíciles, frente a las llamas de los cirios que iluminaban los rostros herméticos.

Los niños, como pájaros aleteando, irrumpían en los cinematógrafos o en los teatros o en alguna función de beneficencia, pues tenían oportunidad de divertirse o de distraerse con espectáculos pintorescos. Las cabezas giraban de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, al mismo tiempo, revelando la plenitud de la simulación.

La señorita Fabia Hernández fue la primera en advertir que los niños tenían los mismos sueños; que cometían los mismos errores en los cuadernos y cuando les reprochó el no tener personalidad sonrieron dulcemente, cosa que no era habitual en ellos.

Ninguno tenía inconveniente en pagar por las travesuras de su compañero. Ninguno tenía inconveniente en ver premiado por mérito suyo a otros compañeros.

En varias oportunidades las maestras acusaron a uno o a dos de ellos de hacer los deberes del resto de los alumnos, pues de otro modo no se podía explicar que la letra fuera tan parecida y las frases de las composiciones tan idénticas. Las maestras comprobaron que ellas se habían equivocado.

Cuando en la clase de dibujo, la profesora, para estimularles la imaginación, les pidió que dibujaran cualquier objeto que sentían, todos dibujaron, durante un tiempo alarmante, alas, cuyas

formas y dimensiones variaban al infinito sin restar, según ella, monotonía al conjunto. Cuando se les reprendió por dibujar siempre lo mismo, rezongaron y, por último, escribieron en el pizarrón: *Sentimos las alas, señorita*.

Sin incurrir en un irrespetuoso error, ¿cabría decir que eran felices? Dentro de lo que pueden serlo niños con sus limitaciones, todo induce a creer que lo eran, salvo en verano. El calor de la ciudad pesaba sobre las maestras. A la hora en que a los niños les gustaba correr, trepar a los árboles, retozar en el pasto o bajar rodando las barrancas, la siesta, la temida costumbre de la siesta, reemplazaba los paseos. Cantaban las chicharras, pero ellos no oían ese canto que vuelve el calor más intenso. Vociferaban las radios, pero ellos no oían ese ruido que vuelve intolerable al verano, con su asfalto pegajoso.

Perdían las horas esperando a la zaga de las maestras con pantallas que bajara el sol o que amainara el calor, haciendo cuando los dejaban solos involuntarias travesuras como llamar desde el balcón a algún perro que al ver tantos posibles amos simultáneos daba un salto delirante para alcanzarlos, o con pitos catalanes provocaban la ira de alguna señora que tocaba el timbre para quejarse de tanta insolencia.

Una inesperada donación permitió que fueran a veranear al borde del mar. Las niñas confeccionaron ellas mismas púdicos trajes de baño; los niños adquirieron los suyos en una tienda económica, cuyos géneros olían a aceite de ricino, pero que eran de corte moderno, de esos que caen bien a cualquiera.

Para dar más importancia al hecho de que veranearan por primera vez, las maestras les mostraron con un puntero, sobre el mapa, el punto azul, junto al Atlántico, hacia donde viajarían.

Soñaron con el Atlántico, con la arena, todos el mismo sueño.

Cuando el tren partió de la estación, los pañuelos se agitaron en las ventanillas como una bandada de palomas; esto lo registra una fotografía que salió en los diarios.

Cuando llegaron al mar apenas lo miraron; siguieron viendo el mar imaginado antes de ver el verdadero. Cuando se habituaron al nuevo paisaje, fue difícil contenerlos. Corrían detrás de la espuma que formaba copos parecidos a los que forma la nieve. Pero el júbilo no les hacía olvidar el secreto y gravemente volvían a las habitaciones, donde la comunicación entre ellos se volvía más placentera. Si no estaba en juego el amor, algo muy parecido al amor los unía, los alegraba, los exaltaba. Los mayores, influidos por los menores, se ruborizaban cuando las maestras les hacían preguntas capciosas y respondían con rápidos movimientos de cabeza. Los menores, con gravedad, parecían adultos a quienes nada perturba. La mayoría tenía nombre de flores como Jacinto, Delio, Margarita, Jazmín, Violeta, Lila, Azuceno, Narciso, Hortensio, Camelio: apelativos cariñosos elegidos por los padres. Los grababan en los troncos de los árboles, con uñas duras como de tigre; los escribían sobre las paredes, con lápices carcomidos; en la arena húmeda, con un dedo.

Emprendieron el regreso a la ciudad, con el corazón rebosando de dicha, pues viajarían, de

regreso, en avión. Se iniciaba un festival de cine aquel día y pudieron entrever furtivas estrellas en el aeródromo. De tanto reír les dolía la garganta. De tanto mirar, los ojos se les pusieron punzó.

La noticia apareció en los periódicos; he aquí un texto: *El avión en que viajaban cuarenta niños de un colegio de sordomudos, que volvían de su primer veraneo en el mar, sufrió un accidente imprevisto. Una portezuela que se abrió en pleno vuelo ocasionó la catástrofe. Sólo se salvaron las maestras, el piloto y el resto de los tripulantes. La señorita Fabia Hernández, que fue entrevistada, asegura que los niños, al precipitarse en el abismo, tenían alas. Quiso detener al último, que se arrancó de sus brazos para seguir como un ángel detrás de los otros. La escena la deslumbró tanto por su intensa belleza que no pudo considerarla en un primer momento una catástrofe, sino una visión celestial, que jamás olvidará. Todavía no cree en la desaparición de esos niños.*

—Mostrarnos el cielo para precipitarnos en el infierno, sería una mala jugada de Dios — declara la señorita Lelia Isnaga—. No creo en la catástrofe.

Dice Albina Romarín:

—Todo fue un sueño de los niños, que quisieron deslumbrarnos, como lo hacían en los columpios de la plaza. Nadie me persuadirá de que han desaparecido.

Ni el cartel rojo que anuncia el alquiler de la casa donde funcionaba el colegio, ni las persianas cerradas, desaniman a Fabia Hernández. Con sus colegas, a las cuales está unida, como los niños lo estaban entre ellos, visita el viejo edificio y contempla los nombres de los alumnos escritos en las paredes (inscripciones por las que los reprendían) y algunas alas dibujadas con destreza infantil, que testimonian el milagro.

La hija del toro

A Amalia Raffo

Cerca de la arboleda que rodeaba la casa, las reses colgaban de un hierro sostenido por las ramas de las higueras, que olían a miel cuando estaban cargadas de frutas.

Nieves Montovia, llamado Pata de Perro porque tenía las uñas de los pies enruladas, duras y negras, como las de un perro, después de carnear, precedido de una jauría, sentado en un banquito, frente a las reses, cantaba, no sé si a los perros, a nosotros, o al escribano López, acompañándose con una guitarra grasienta, de tres cuerdas, un cantito que no he olvidado y que aún no descifro:

*Tengui, tengui está colgada.
Tengui, tengui está mirando.
Tengui, tengui si cayera,
tengui, tengui la comiera.*

Antes de tomar el desayuno, el olor a carne cruda y a higos me daba náuseas; pero yo acudía junto a Pata de Perro a cualquier hora. Sobre el terreno de polvo de ladrillo apisonado, no se veían las manchas de sangre. Todo era rojo: los higos entreabiertos, la carne, el polvo de ladrillo, mis alpargatas, los arañazos del escribano López.

Con la cabeza rapada y el pantalón azul, me parecía a mis hermanos varones. Trabajaba a la par de ellos. Después de sacar los abrojos de la lana, o de arrancar cardos, o de juntar leña de oveja, corríamos a la lomita que quedaba junto a la laguna seca. Allí, debajo de los castaños de la India, hervía sobre el fuego la olla con grasa para hacer jabón. A veces, Pata de Perro, al divisarnos de lejos, venía a nuestro encuentro, arrastrando la guitarra; otras veces, nosotros corríamos a su lado. Nos enseñaba a guiñar un ojo, a hipnotizar gallinas, a carnear, a decir malas palabras, a fumar. De su bolsillo sacaba un atado de cigarrillos, llamados la Hija del Toro, cigarrillos que distribuía entre nosotros. El papel que envolvía el atado llevaba la figura de una mujer, con una corona de flores, abrazando el toro (especie de calcomanía, que me fascinaba).

—¿Cómo puede un toro tener una hija? —yo preguntaba.

—Usted debe de saberlo mejor que nadie.

—¿Por qué he de saberlo?

—Porque usted también es hija del toro —decía Pata de Perro—. Ya le mostraré, curiosa, cómo hacen los toros para tener una hija.

Yo no era curiosa. Tenía otros defectos, tal vez peores.

Inventé un juego demoníaco, en el cual mis hermanos, aun hoy, niegan haber participado, porque lo recuerdan como un crimen. Fabricábamos muñecos con castañas y palitos. Cada uno de estos muñecos personificaba a algún miembro de nuestra familia. Pata de Perro y mis hermanos se encargaban de perfeccionar el parecido; con barba de choclo, lana o cerda, imitaban el pelo y los bigotes.

A la hora del poniente, cuando la hoguera iluminaba nuestras caras, tirábamos los muñecos en la olla, nombrándolos a medida que los tirábamos, para no dar lugar a errores. La ceremonia generalmente acontecía los domingos, día en que Pata de Perro estaba franco. Uno de nuestros tíos murió. Sabíamos que el sortilegio había surtido efecto. No suspendimos por eso el juego.

Nieves Montovia no siempre era bueno conmigo; me hacía burla, cantando una canción alusiva a la hija del toro:

*Conozco una niña
que es hija del toro.
La llaman Amalia.*

A la hora de la siesta escapé para ver cómo el toro tenía una hija. Pata de Perro me citó en el corral del fondo, que estaba pegado a los galpones. Fui corriendo, para que nadie me sorprendiera. Jadeante llegué al alambrado, donde me esperaba Pata de Perro, con el cuidador, fumando. El toro estaba montado sobre una vaca. Lo miré. ¡Tantas veces había visto los animales en esa postura! Yo esperaba sin hablar. Pata de Perro rompió el silencio:

—¿No está contenta? Ya vio lo que quería ver.

—Idiota —le respondí furiosa—. Usted las va a pagar.

Esperé el domingo con impaciencia. Bauticé a uno de los muñecos con el nombre de Pata de Perro. Era una suerte de centauro, pues para simbolizar al carnicero quise que estuviese a horcajadas en la yegua Remigia, a la cual el hombre quería tanto. Fabricar este muñeco resultaba difícil; tuve que agregar alambres y clavos, para asegurar las numerosas patas y la cola, a más de los bigotes y del pelo revuelto del jinete.

Nunca tardó tanto en llegar un domingo como tardó aquel. El tiempo no parecía medido por los mismos relojes, ni el día ni la noche hechos por el mismo Dios. Su demora me había envejecido: en lugar de siete años, creí tener diez. Tiramos los muñecos dentro de la olla. Cuando llegó el momento de tirar el último, lo anuncié con una voz estridente: Pata de Perro y

Remigia.

Blandí el centauro bigotudo en el aire. Pata de Perro, dando una suerte de rugido, rió, como si estuviese borracho, cuando oyó su nombre; pero se ensombreció al oír el nombre de la querida yegua.

—Que me quemen a mí pero no a Remigia —dijo con voz entrecortada.

Tal vez me arrepentí. Pata de Perro no pertenecía a mi familia. ¿Para qué sacrificarlo?

Quisimos sacar el muñeco del interior de la olla. Nos quemamos las manos en el vapor. Cuando logramos sacarlo no le quedaban ni piernas, ni patas, ni pelo, ni cola al centauro.

—No hay salvación para Pata de Perro, ni para Remigia —dijo Nieves Montovia—. Enterrémoslos, niños.

Con palas hicimos un hoyo para enterrar al centauro. Le pusimos flores silvestres, después de cubrirlo con tierra. Nieves Montovia se arrodilló frente a su propia tumba en miniatura. Es el último recuerdo que conservo de él. En el campo, dijeron que había desaparecido. Al principio creí que se trataba de una broma que nos hacía él mismo. Lo buscamos durante varios días en los pajonales, en los potreros del fondo, pero ni él ni su yegua Remigia aparecieron. Quedó la guitarra grasienta bajo las higueras como otra res que la lluvia pudriera poco a poco y el escribano López ronroneando junto a la hoguera, donde siguió hirviendo la grasa.

Éxodo

Sucedió lentamente pero lo advertí de modo subrepticio. A veces observamos extraños signos en la naturaleza, pero con tanta distracción que no les asignamos ningún valor. Las hormigas trataban de abandonar la ciudad. Los infinitos caminos en zigzag que formaban se dirigían hacia afuera de la ciudad, y ninguno hacia adentro. Con otros insectos sucedía algo similar aunque menos evidente. Las arañas habían abandonado sus telarañas, las orugas las hojas, dejando largos regueros de baba. Al principio la ausencia de insectos debió alegrar a la gente por insólito que les pareciera. «Al fin nos vemos libres de estas plagas», exclamaban.

Los pájaros, a pesar de la estación (era verano), empezaron a emigrar en grandes bandadas que oscurecían el sol. Algunos pájaros cautivos rompieron los barrotes de las jaulas para emprender vuelo y evadirse, otros cayeron muertos, heridos por el esfuerzo.

Cuando fue el turno de los gatos, me sobrecogí. Se alejaban en fila india, manteniendo la misma distancia el uno del otro; se hubiera dicho que era cuestión de vida o de muerte observar la exacta medida que los unía o que los alejaba. A la distancia pude verlos alineados como las cuentas de un rosario. Cuando fue el turno de los perros, cuya huida resultó bastante desorganizada, me dio risa, una risa nerviosa: grupos de ocho, de nueve, de diferentes razas y tamaños, corrían carreras desenfrenadas hasta llegar a una meta, para buscar otra inmediatamente, con igual o mayor frenesí. Muchos caballos de tiro o de silla rompieron a patadas las caballerizas para abalanzarse en dirección a las montañas; los que pastaban sueltos ganaron rápidamente los valles. Se oía sus fugas con ruido de tormenta. Al estrellarse contra las piedras murieron algunos padrillos. Aun las vacas con terneros al pie parecían ágiles. Los toros, casi mitológicos, como si un dios los llamara, se precipitaban. Los peces saltaban. Las limpias orillas del río, donde brillaba la arena dorada, plagadas de pescados, olían a podredumbre.

—Algo horrible va a suceder en esta ciudad —yo repetía.

Los niños, tan apegados a sus padres y a sus casas, fueron los últimos en huir. Muy precavidos, dentro de pañuelos llevaron alimentos. Algunos escalaron las más altas montañas y bajaron a los valles de manzanos donde, junto a los arroyos, se guarecían del calor, felices, mientras las madres enloquecidas rezaban para que volvieran, gastaban dinero en cirios y esperanza en promesas y sacrificios.

Yo atribuía todo esto a mi estado febril, pero secretamente exclamaba: «A esta gente el alma se les pasea por el cuerpo».

Cuando me enviaron en busca de los niños acepté con gusto la misión. Helicópteros y automóviles, dedicados a la propaganda y al salvataje, fueron puestos a mis órdenes con sus conductores. Me alejé, presintiendo que me despedía de mi ciudad para siempre. Sobre las azoteas de las casas, las ropas tendidas parecían personas y las verdaderas personas, ropas tendidas; les dije adiós. Dije adiós al vestido azul de Filomena, al corpiño de Carmen, a la camisa a rayas de Damián, a la salida de baño de Fermina.

Una hora después la ciudad entera ardía bajo las llamas y nadie allá adentro se salvó. Pero los niños que habían huido leyeron esta noticia en los diarios, y los que no sabían leer la repetían de memoria, por haberla oído leer a las personas mayores.

Carta bajo la cama

Querido Florencio:

Estoy pasando unos días en Aldington, en casa de unos amigos. Aldington está situado en un lugar del sur de Inglaterra, bello, anegado y solitario, donde crían ovejas. Desde aquí se ve, en una lejana franja, el mar, que podría ser un río. El paisaje me recuerda un poco el nuestro, salvo la ondulación natural del suelo, la moderación del canto de los pájaros, el absoluto silencio y la oscuridad perfecta de las noches. Es probable que en otras noches se oiga el croar de las ranas y que brille una luz extraordinaria ¿pero qué espera el tiempo para volver exuberante a la naturaleza? Estamos en pleno verano.

Hay en mí una mezcla de nostalgia y de goce que no sabría explicar. La similitud y disimilitud del lugar, comparado con mi tierra, provoca alborozo en mi ánimo cuando vago al atardecer por los caminos sinuosos que llevan al pueblo. No muy lejos de aquí, un campamento de gitanos, rubios, altos y feroces, con carros pintados de colores violentos, con manijas, bisagras y guardabarros de bronce, llamó mi atención. La primera vez que lo vi fue el día del año en que los gitanos lavan la ropa: la habían tendido alrededor de las carpas, ocupando casi una manzana.

Hay un bosque, de abundante vegetación, con muchas flores rosadas; creo que te gustaría como a mí. Dos veces logré perderme en él, en su oscuridad, que me fascina. Observamos con mis amigos que de trecho en trecho (sin quitarle belleza, pero dándole quizás un aspecto lúgubre), se abren hoyos en el suelo, con visibles restos de raíces rotas; diríase que alguien, un jardinero, de prisa, hubiera sacado plantas con el terrón de tierra, para trasplantarlas. Junto a algún hoyo queda una arpillera raída y húmeda, una colilla o una lata vacía. Me atrae ese bosque y secretamente deseo que la noche me sorprenda alguna vez perdida en él, para que yo me vea obligada a quedarme entre las flores rosas y los helechos, sobre el musgo, acostada, con ese miedo que me agrada, como suele agradarle a los niños.

Me dijiste que el miedo fue siempre una de mis favoritas distracciones. Esas locuras mías son las que te gustan más, porque demuestran que aún queda en mí un resto de infancia. No soy valiente, pero en mi inconsciencia jamás rehuyo el peligro; lo busco para jugar con él. No lo olvides: he quedado sola en este desamparado lugar de Inglaterra, en una casa sin persianas, con ventanales de vidrio, alejada de otras viviendas, sin ni siquiera un perro para cuidarme. Mis amigos se fueron a Londres. Es claro que el sitio es tranquilo y la gente tan buena, que al salir

ponemos la llave sobre el soporte del farol de entrada, de modo que el almacenero, el lechero o el cartero puedan dejar paquetes o cartas adentro de la casa. Todo el pueblo sabe dónde está la llave de la puerta de entrada.

Debo confesarte que en el primer momento vacilé ante la idea de quedar sola aquí. Me gusta compartir el miedo aunque sea con un perro o un gato, pero sola ¿qué placer podría sentir? La picadura de una avispa en la pierna izquierda, que me dio fiebre (me duele todavía), los discos maravillosos que no he oído bastante en el fonógrafo, la lectura de *Rómulo Magno* de Dürrenmatt y cierta inercia me indujeron a quedarme. Luego, cuando quedé sola, y empezó a caer la tarde, una angustia intolerable me sobrecogió. Tuve que tomar unas pastillas de Ampliactil, como esas mujeres de las cuales te burlas. Todo eso sucedió ayer. El cielo, donde buscaba los Siete Cabritos, las Tres Marías, la Cruz del Sur, porque no conozco otro cielo y porque me parece que todos los cielos tendrán que ser como el nuestro, se cubrió de nubes. Una tormenta, que podía competir con las de mi provincia, se desencadenó. El mar, a lo lejos, parecía colérico. La noche sobrevino más temprano, por suerte; digo por suerte, porque la oscuridad me daba menos miedo, tal vez, que las imágenes que estaba viendo, pues aunque busque el miedo, éste excedía mi deseo. Acurrucada en un sillón, el más alejado de la ventana, me puse a leer, mientras el cielo organizaba truenos y relámpagos, y la lluvia, con su cortina espesa y fría, sin protegerme, me separaba del mundo.

Esta mañana me desperté feliz de haber vencido esa parte tan vulnerable de mi ser. Caminando fui de nuevo al bosque: me perdí entre las flores rosadas y los crujientes árboles: «Sola, sola, sola», repetía, regocijándome con mi soledad. «Estoy sola.»

¿Qué es el miedo? Ciertamente cada ser tiene su propio miedo, un miedo que nace con él. En mi caso no guarda proporción con el peligro que me acecha. Hoy, por ejemplo, ¿por qué no tengo el miedo de ayer? La misma soledad absoluta me circunda. Las ovejas grises que pastan a lo lejos son como piedras grises que se mueven. ¿Por qué no me dan miedo?

Temprano, tres veces por semana, viene una mujer reumática a hacer la limpieza de la casa; todavía estoy durmiendo cuando oigo sus cantos desafinados, como un zumbido. El jardín se cuida él mismo. Nada cuida mejor un jardín que la humedad. Los dueños de la casa dicen que se encargan de regarlo, cuando vienen a vivir aquí, pero hay tanta humedad natural que no han de regarlo nunca, por más que se jacten de ello.

Interrumpí esta carta para preparar una taza de té. Esta cocinita de gas es muy práctica: en dos minutos todo está listo. Mientras te escribo, bebo el té. Escribirte con la pluma en la mano derecha y sostener con la izquierda la taza en que bebo un manjar que preparo tan bien, es una felicidad que no cambio por ninguna otra. No, aunque no lo creas: no cambio esta felicidad por ninguna otra, ni por estar a tu lado. ¡El amor es tan complicado con todos sus ritos! No me vengo de ti. El poniente ha iluminado los vidrios de rojo. Ahora estoy sentada frente al ancho ventanal del dormitorio, desde donde diviso el campo y una franja lejana, como otro campo, de mar. No

comprendo mi temor de ayer. La soledad se intensifica a esta hora. El zumbido de un moscardón golpea los vidrios: abro la ventana para que se vaya.

Nunca oí tantos silencios juntos: el de la casa, el del campo, el del cielo. Con cuidado, pongo la taza sobre el plato de porcelana. Cualquier ruido sería estruendoso. Recuerdo un poema de Verlaine, titulado «Circunspección»: «No interrumpamos el silencio de la naturaleza, esa diosa taciturna y feroz» decía un verso.

Desde hace unos instantes oigo un ruido, un ruido que me trae algún recuerdo de infancia, el ruido que hace una pala (hermana del rastrillo) en la tierra húmeda. ¿Pero quién puede trabajar a estas horas? ¿Una pala invisible? Si pienso un poco puedo asustarme. ¿Prefiero que esa pala que golpea rítmicamente la tierra sea invisible? Involuntariamente, de un misterio elijo la versión que más me asusta. Me vuelvo hacia el Este donde está el otro ventanal, que no tiene mayor atractivo. Hay una bolsa en el suelo. La bolsa se mueve: es un hombre arrodillado. Está cavando la tierra. ¿Por qué está arrodillado? Hace un esfuerzo inaudito con los brazos. Para cavar la tierra, habitualmente los jardineros hincan la pala con la ayuda del pie. La postura del hombre es extraña. ¿Será un vecino que viene a robar plantas? ¿Qué plantas? Hay alverjillas rosas, salvias, dalias, nardos, caléndulas, brincos ¡qué sé yo! Pero no hay plantas grandes. ¿Para qué está cavando ese hoyo? ¿Para qué? Habrán mandado una planta de algún vivero. ¿Por qué no me avisaron? Pero a esta hora nadie trabaja. Dentro de un rato, ese hombre tendrá que irse y podré acurrucarme en un sillón tranquilamente para oír los discos. Ahora no puedo interrumpir con otro sonido el ruido de esa pala. Cerrando los ojos sueño que vivimos en esta casa, que es nuestra y que tenemos un jardinero, que está trabajando afuera. Se acerca la hora de la cena, hora en que volverás. Soy feliz.

Sospecho que el comienzo de esta carta no fue del todo sincero. Te extraño. No tengo motivo para ocultártelo, salvo este orgullo que me oprime el cuello, como si tuviera manos para estrangularme.

A través del vidrio del ventanal, el hombre ¿será un hombre? se mueve pesadamente. Miro mis brazos y compruebo que tengo frío, por consiguiente miedo. Al alcance de mi mano está el televisor. Muevo los diales. Con avisos, imágenes (aunque sean para niños), música, noticias, cualquier noticia, llegaré a no oír el silencio, que encuadra mi susto. El hombre me mira mientras hinca la pala: ahora lo advierto. No sé si la sombra es negra o su cara, debajo del sombrero raído. Su figura corpulenta se pierde en la oscuridad de la noche, que va cayendo del cielo. Diríase que sólo la tierra está iluminada, con los últimos reflejos del poniente.

Si en esta casa hubiera una jaula con un pájaro, o un animalito cualquiera, sentiría menos miedo. El televisor tarda en funcionar. ¿Le faltará la antena? Oigo el ruido de la pala. Muevo los diales: la pantalla se ilumina intensamente. ¿Antes de llegar a enfocar las imágenes tendré que morir? El esfuerzo me calma un poco. Como verás, manejo los diales con la mano izquierda. Podrías creer que no estoy escribiendo con la mano derecha ¡tan temblorosa es ahora mi letra!

Las imágenes aparecen nítidas. En sus casas miles de señoras estarán tejiendo, dando de comer a sus hijos o comiendo ellas mismas; más bien, habrán terminado de comer, los hijos estarán durmiendo (pues aquí se come muy temprano), viendo tranquilamente lo que estoy viendo: propagandas de trajes de baño, de aceite bronceador, de cepillos Kent con su peine elástico, de jabones para el cutis, de supositorios para infantes que ríen en vez de llorar. Luego las noticias policiales. Oigo la voz que da los informes: un hombre peligroso, portugués, de cuarenta años, corpulento, asesino, llamado Fausto Sendeiro, alias Laranja, que trabaja de jardinero, asesina y mutila a mujeres, para abonar las plantas que distribuye caprichosamente. ¿Cómo no se descubrió antes?, dice el locutor. Parece que dos mujeres lo secundan, vestidas con trajes anticuados, vendiendo baratijas. Fausto Sendeiro, durante el atardecer, cava los hoyos donde arroja a sus víctimas para plantar encima arbolitos que saca de los bosques. Jamás existió asesino tan trabajador. ¿Cuántas mujeres habrá matado? ¿Cómo? El primer jardín donde hizo las excavaciones, por pura casualidad aparece en la pantalla. Una bolsa quedó olvidada, con las impresiones digitales. Veo el jardín macabro, con las excavaciones, y unas pobres plantas en el suelo. Desconecto el televisor. El ruido de la pala continúa. No puedo casi moverme. Estoy paralizada. El hoyo se agranda; es un agujero negro. Junto al agujero vislumbro una planta tirada en el suelo. ¿Dónde podré esconderme? Estoy en una casa de vidrio, y el hombre me mira continuamente. No hay teléfono. Arrastrándome como un gusano podría tal vez llegar hasta la puerta de entrada o hasta el dormitorio, donde está mi cama, sin ser vista. ¿Pero si al verme hacer esos movimientos deja su trabajo y viene corriendo hacia mí, para clavarme el cuchillo que llevará en el cinto, o para estrangularme, con sus manos enormes? ¿En cuántos pedazos me cortará, suponiendo que lleva un cuchillo en el cinto, y en cuántos minutos me estrangulará, suponiendo que oprima mi cuello con sus manos enormes? No puedo alzar la vista hacia la puerta: las dos mujeres están allí. Ya entraron: sin golpear. Una de ellas tiene un sombrero con lentejuelas, plumas y gasa, la otra un gorro de paja con cerezas; visten faldas almidonadas, negras, y llevan cada una de ellas una valija de cuero. Musitan a un tiempo: «Venimos, señora, a venderle unas cositas interesantes» (es la única frase que saben decir). De las valijas sacan blusas de *nylon*, medias, prendedores, fotografías de árboles y de buques, y frascos de bombones que me ofrecen.

—Acabo en seguida con estas cuentas —les digo—. Mis gastos...

Se sientan, para esperarme, ofreciéndome un bombón, entre sus dedos largos. ¿Ese bombón contendrá un soporífero? Son mujeres piadosas. Se miran y ríen.

—¿Pronto serviré de abono a una planta? —les pregunto.

No saben lo que quiere decir abono, ni planta, ni pronto. Tomo el bombón y lo llevo a la boca: tiene gusto a chocolate, al último bombón, a la última etapa del miedo, que me comunica con Dios. Siento un agradable sopor que me vuelve atrevida.

—¿No quieren tomar té? —les pregunto, sin dejar de escribir. Con el índice de la mano

izquierda señalo la taza que está sobre la mesa, y la tetera.

—Sí —responden al mismo tiempo, mirándose de soslayo—. ¿Cha cha?

Mientras tomen el té pondré a salvo mi carta. La dirección ya está en el sobre y...

La revelación

A Edgardo

Hablara o no hablara la gente advertía en su mirada la inapelable verdad: Valentín Brumana era idiota. Solía decir:

—Voy a casarme con una estrella.

—¡Qué estrella ni estrella! —le contestábamos para hacerlo sufrir.

Nos placía torturarlo. Lo acostábamos en una hamaca paraguaya con los bordes anudados para que no pudiera escapar, y lo mecíamos hasta que el vértigo le cerraba los ojos. Lo sentábamos en un columpio, enrollábamos las cuerdas laterales, para soltarlas de golpe y lanzarlo vertiginosamente en el espacio. No le permitíamos que probara los postres, que nosotros comíamos, pero le untábamos el pelo con dulce o con azúcar impalpable y lo hacíamos llorar. Colocábamos sobre un armario altísimo los juguetes que nos pedía prestados; así escalaba, trastabillando, para alcanzarlos, una mesa enclenque y dos sillas superpuestas, una de las cuales era una mecedora.

Cuando descubrimos que Valentín Brumana, sin ningún alarde, era una suerte de mago, empezamos a respetarlo un poco, o a temerlo tal vez.

—¿Viste a tu novia esta noche? —nos decía. Era la noche en que nos habíamos encontrado clandestinamente con alguna de nuestras novias, en un baldío. ¡Éramos tan precoces!

—¿De quién te estás escondiendo? —nos preguntaba. Era el día de las malas notas, en que nos escondíamos porque nuestro padre nos buscaba para ponernos en penitencia, o para darnos un sermón, cosa que era mil veces peor.

—Estás triste, con mala cara —exclamaba. Lo decía en el momento en que queríamos suicidarnos de tristeza, de una tristeza clandestina como nuestras citas de amor.

La vida de Valentín Brumana estaba llena de sobresaltos, no sólo por nuestra culpa sino por la intensa actividad que desplegaba. Tenía un reloj de bolsillo, que su tío le había regalado. Era un verdadero reloj, no de chocolate, ni de lata, ni de celuloide, como lo hubiera merecido, según comentábamos; creo que era de plata, con una cadena que tenía una medallita de la Virgen de Luján. El sonido que hacía el reloj, al golpearse contra la medallita, cuando lo sacaba del bolsillo, infundía respeto, si no mirábamos al dueño del reloj, que hacía reír. Mil veces al día

sacaba del bolsillo el reloj y decía:

—Tengo que ir a mi trabajo. —Se ponía de pie y bruscamente salía del cuarto; volvía inmediatamente.

Nadie se ocupaba de él. Le regalaban discos viejos, revistas viejas, para entretenerlo.

Cuando trabajaba de escribano, lucía papel higiénico, si no encontraba otro, lápices y un portafolio roto; cuando trabajaba de electricista, el mismo portafolio hacía las veces de valija para llevar cintas aisladoras y cables, que recogía de la basura; cuando trabajaba de carpintero, una tabla de lavar, un banquito roto y un martillo eran sus herramientas de trabajo; cuando trabajaba de fotógrafo, yo le prestaba mi cámara fotográfica, sin película. Sin embargo, si alguien le preguntaba: «¿Valentín, qué vas a ser cuando seas grande?», respondía:

—Cura o sirviente de comedor.

—¿Por qué? —le preguntábamos.

—Porque me gusta limpiar la platería.

Un día Valentín Brumana amaneció enfermo. Los médicos dijeron con eufemismos que iba a morir y que para arrastrar semejante vida, tal vez fuera lo mejor; él estaba presente y oyó sin congoja aquellas palabras que estremecieron la desolada casa, pues en ese instante la familia entera, aun nosotros, sus primos, pensamos que Valentín Brumana alegraba a las personas por ser tan distinto de ellas y que sería, en la ausencia, irremplazable.

La muerte no se hizo esperar. A la mañana siguiente llegó: todo me induce a creer que Valentín, agonizante, la vio entrar por la puerta de su cuarto. El regocijo de saludar a una persona amada iluminó su rostro, por lo común indiferente. Estiró el brazo y la señaló con el índice:

—Entrá —dijo. Luego, mirándonos de soslayo, exclamó—: ¡Qué bonita!

—¿Quién? ¿Quién es bonita? —le preguntamos, con un atrevimiento que ahora me parece más que atrevimiento grosería. Reímos, pero nuestra risa podía confundirse con el llanto: de nuestros ojos saltaban lágrimas.

—Esta señora —dijo, ruborizándose.

La puerta se había abierto. Mi prima asegura que esa puerta se abría siempre sola, por un defecto del picaporte, pero yo no lo creo. Valentín se incorporó en la cama y dio la bienvenida a aquella aparición, que nosotros no percibíamos. Es indudable que la veía, que acariciaba el velo que colgaba de su hombro, que le decía al oído un secreto que jamás escucharíamos. Luego, ocurrió algo aún más insólito: con gran esfuerzo Valentín puso en mis manos la cámara fotográfica que había quedado en su mesa de luz y me pidió que los fotografiara. Indicaba posturas a quien estaba a su lado.

—No, no te sientes así —le decía.

O bien, en un susurro, casi inaudible:

—El velo, el velo te tapa la cara.

O bien, con voz autoritaria:

—No mires para otro lado.

La familia entera, y parte de la servidumbre, a carcajadas levantaban las cortinas, que eran de terciopelo, muy altas y pesadas, para que entrara más luz; alguien medía, con grandes pasos, los metros que separaban la cámara fotográfica de Valentín, para que la fotografía no saliera fuera de foco. Temblando, enfoqué a Valentín, que señalaba con la mano el lugar, más importante que él mismo, un poco a su izquierda, que debía abarcar la fotografía: un lugar vacío. Obedecí.

Poco tiempo después mandé revelar la película. Entre las seis fotografías, pensé que por un error me habían entregado una sacada por otro aficionado. Sin embargo, Pigmeo, mi pony, estaba patente; Tapioca, la perrita de Facundo, también; el nido del hornero, aunque muy confuso y oscuro, se reconocía; en cuanto a Gilberta, en traje de baño, bueno, bueno, podría figurar en cualquier concurso, aun hoy, y la fachada de la escuela, sin ir más lejos, en el huecograbado de *La Nación*. Todas esas instantáneas yo las había sacado aquella misma semana.

En el primer momento, no miré demasiado la borrosa y desconocida fotografía. Indignado, fui a protestar al laboratorio, pero me aseguraron que no habían cometido ningún error y que se trataría de alguna instantánea sacada por uno de mis hermanitos.

No fue sino después de un tiempo y de un detallado estudio cuando distinguí, en la famosa fotografía, el cuarto, los muebles, la borrosa cara de Valentín. La figura central, nítida, terriblemente nítida, era la de una mujer cubierta de velos y de escapularios, un poco vieja ya y con grandes ojos hambrientos, que resultó ser Pola Negri.

Amelia Cicuta

Un patio con la estatua de Baco sosteniendo racimos de uvas entre los dedos, que en verano servía de espantapájaros, era memorable en casa de Irma y de Edimia Urbino.

Irma era una buena modista, de las más cotizadas en Buenos Aires. Por la manera de sostener un corte de género sobre los hombros de la clienta y plegarlo en la cintura, haciendo resaltar un busto o una cadera, se adivinaba la jerarquía de su destreza. Su manera de arrodillarse al pie de la clienta, apretando con los labios hileras torcidas de alfileres, para marcar el ruedo de una falda, también denotaba su docta capacidad. En cambio, Edimia Urbino servía sólo para rematar las costuras y acomodar en las perchas los vestidos, para abrir la puerta a las clientas y para pasar la escoba por el piso, para juntar las agujas o los alfileres caídos, cuando las clientas se habían retirado.

En los primeros tiempos, las dos hermanas ganaban poco dinero, pero fueron aumentando los precios e insensiblemente acumularon una fortuna, como la que tuvieron los padres, hoy venidos a menos. Compraron una casita en Mar del Plata, del tamaño de una lata de sardinas, según los informes que ellas mismas daban, para no despertar envidias. Televisor, enceradora, aspiradora, máquina de lavar, heladera y automóvil atraían pretendientes, que venían de Burzaco en motoneta o de Avellaneda en microómnibus. Irma, que tenía las piernas bien formadas y la cintura fina, era la de más éxito; Edimia, que era como una especie de fotografía fuera de foco de su hermana, no lograba que la mirasen siquiera, cosa que no le preocupaba en lo más mínimo. Los hombres no le interesaban: todos tenían barba e inútilmente se afeitaban; un formato de cuerpo incómodo, por más que dijeran que era más práctico que el de las mujeres para orinar; trajes llenos de tiradores y de ligas. Le interesaban los gatos: todas las mañanas desde que cumplió quince años les llevaba carne cruda y restos de comida. En Buenos Aires hay muchas personas que llevan a Palermo, al Botánico, al Parque Lezama, comida para los gatos; pero ella, Edimia, llevaba comida a todos los gatos de la ciudad. La conocían, acudían a su llamado y ahora que era más rica y que tenía automóvil, con más razón. Podía llevar carne de lomo, pescado, que les gustaba tanto, y leche cuajada en jarras de plata. Diariamente Edimia iba a distintos barrios; los gatos la seguían; un maullido de ella bastaba para que acudieran y entraran en el automóvil, saltando con exaltada familiaridad. Irma tuvo que desistir de sus viajes, de sus veraneos.

Edimia no podía abandonar a los gatos e Irma no podía abandonar a Edimia. El dinero se iba como agua. La comida de los gatos resultaba demasiado cara, «¿Acaso no les podrías dar

corazón o carnaza?», decía Irma. «Los gatos son delicados —respondía Edimia—. Si les llevamos porquerías, ¡qué dirán de nosotros!» Irma se resignó.

Edimia siguió recorriendo en automóvil las calles de Buenos Aires, los lugares apartados, los alrededores. Fue en Almagro donde se detuvo un día en una reunión de gatos gordos que tomaban sol y se lamían las patas perezosamente. Edimia detuvo el automóvil con una frenada brusca y emitió un maullido perfecto. Abrió las portezuelas y todos los gatos se precipitaron dentro del coche, salvo uno que ronroneando se quedó acostado. Indignada, Edimia bajó del coche, se acercó al animal y le habló en estos términos: «Vengo del centro de la ciudad, me molesto y usted se queda, señor, durmiendo. ¿Es justo? ¿Es natural?». El gato no se movió. Edimia le dio una palmadita y algo de comer en la boca. El gato levantó la cabeza sin convicción, pidiendo más. Edimia le dio bocados de carne hasta que el gato, satisfecho, se levantó y lentamente se alejó. Edimia maulló de nuevo, el gato siguió caminando con su paso de tigre desdenoso. Edimia lo siguió, cruzó un mercado, una plaza, un terreno baldío; ahí se metió en una casa prefabricada. Edimia espió desde la puerta el interior del cuarto. Un hombre le daba de comer al gato. Afuera, al sol, en una reja, colgaban catorce cueros. Edimia no alcanzaba a ver de qué color ni de qué animales eran. Se aproximó para mirarlos: vio que eran cueros de gato. Golpeó a la puerta de la casa. El hombre, con amabilidad, la invitó a entrar.

—¿Hay rabia entre los gatos? —inquirió Edimia, nerviosamente.

—¿A qué gatos se refiere, señorita? ¿A los señores vecinos? Tienen uñas de gato y lenguas de víbora, es cierto, y son rabiosos...

—No. No quiero insultar a los gatos —agregó Edimia con una sonrisa encantadora—; dígame la verdad, señor, ¿hay rabia entre los gatos?

—¿Por qué me lo pregunta, preciosa?

Edimia se estremeció; pensó que el hombre iba a violarla, pero serenamente siguió sus averiguaciones.

—Vi los cueros colgados en la reja y pensé que habrían muerto de alguna peste.

—Esos cueros son la prueba de que gozan todos de buena salud, señorita. ¿Acaso los comería yo si estuvieran rabiosos?

—¿Los come? —musitó Edimia conteniendo la respiración—. ¡Cómo puede!

—¿Le da asco?

—¡Usted me da asco!

—A algunas les dan asco los gatos, a otras les doy asco yo porque como gatos que ellas aprecian, ¿en qué estamos, señorita? ¿No come usted gallinas, vacas, que son tan grandes, perdices, pollos, pichones que son tan indigestos, pavos, chanchos que son tan inteligentes, y pescados que también son animales como cualquier otro, aunque vivan en el agua?

—Se va a ir al infierno —musitó Edimia.

—Mientras la encuentre a usted allí, me sentiré honrado, señorita.

—Me encontrará, no pierda cuidado, mientras coma gatos.

—Diga, ¿no come usted la carne de vaca? Diga, diga.

—El gato es diferente. No se me ocurriría comer un perro, por ejemplo, ni a un cristiano. ¿Cómo se llama usted?

—Torcuato Angora, ¿y usted?

—Amelia Cicuta. Lo denunciaré a la Sociedad Protectora de Animales Pequeños —dijo Edimia, con energía amenazante.

—Será inútil. Observe —Torcuato Angora emitió con los labios un sonido como el que emplean las mujeres para hacer orinar a sus hijos. Aparecieron millones de gatos—. Los alimento, por eso vienen, y después, con los propios cueros les hago mantitas para cubrirlos cuando hace frío: mientras, engordan. ¿Qué hace en cambio la Sociedad Protectora de Animales?

—Es horrible —musitó Edimia.

—¿Ve cómo me quieren? —dijo Torcuato Angora, mostrando un gato que se trepó a sus hombros—. ¿Está celosa? —preguntó con malicia.

—Protege para matar. Engorda para comer a unos inofensivos animales. Es horrible.

—¿Horrible? Éste es el gato Maestro, el que enseña a todos los otros a conducirse como la gente.

—¡Pobre inocente! —exclamó Edimia—. ¿Por qué no me lo presta? Lo traeré listo para comer.

—Se lo regalo, señorita. Soy comilón, pero no egoísta.

—Regalos no acepto. Me lo llevaré a casa por unos días. Me gustaría verlo jugar con mis ovillos de lana. ¿Qué hace usted? ¿No trabaja?

—¿Cree que puedo vivir del aire? Trabajo en la oficina de Transradio. ¿Y usted?

—Yo trabajo en la fábrica de embutidos. ¿Y necesita comer gatos?

—No es por economía, es por costumbre. Mi horario es de ocho a seis.

Edimia se despidió y tomó en sus brazos el gato. Se encaminó hacia el automóvil, temblando. Era la primera vez que llevaba un animal doméstico a la casa. ¿Qué diría su hermana? ¿Y las clientas?

El gato no congeniaba con ella, por lo que fue más fácil llevar a cabo su proyecto. Después de cebarlo durante dos meses, lo llevó a las cuatro de la tarde de un hermoso día a la casa de Torcuato Angora. Había previsto todo. Llevaba en un paquetito la carne con estricnina. Para no llamar la atención dejó en la otra cuadra el coche, y llegó a pie a la casa. Se arrodilló, le dio la carne envenenada al gato y, con lágrimas en los ojos y un martillo, antes de marcharse, violentamente le golpeó la cabeza. Luego, después de comprobar que el gato estaba muerto, con los guantes puestos escribió en un papelito que sacó del bolsillo: «Señor Torcuato: el gato Maestro está a punto para comer. Lo engordé para usted. Que le aproveche. Amelia Cicuta». Acomodó el gato junto a la puerta con el mensaje.

En los diarios, entre las noticias policiales del día siguiente, no salió la noticia del envenenamiento de Torcuata Angora. Edimia Urbino compró durante varios días los diarios de la tarde, para ver si aparecía. Pensó que Torcuato Angora le había dado un falso nombre como ella. No se atrevió a volver a Almagro. Pero sabía que en el infierno Torcuato Angora y el gato Maestro estarían esperándola y que de nada le valdría llamarse Edimia Urbino, haber nacido en una casa con un patio que tenía una estatua de Baco sosteniendo racimos. Como si su vida entera hubiera transcurrido sólo en Almagro, en ese terreno baldío, su nombre valedero era Amelia Cicuta.

El almacén negro

Se llamaba el Almacén Negro; la primera mano de bleque que sus muros habían recibido siempre aparecía por debajo de sucesivos blanqueos. En esta ancha casa, que servía de vivienda y de proveeduría, frente a la estación, velaron a su dueño Néstor Medina. Aquella noche de enero, por las persianas, junto al piano enfundado, donde me recliné a mirar el crucifijo, entraba del cielo luz de luna y de la planta baja, donde estaban las provisiones, olor a yerba y a vino derramado.

Si Néstor Medina hubiera podido, después de muerto, ver a sus hijos dilapidar y disputarse su fortuna, habría muerto de nuevo. No me canso pues de alegrarme de su muerte lujosa y tranquila, de la última de las sonrisas con la que se despidió de sus hijos, que consideraba inocentes como ángeles y virtuosos como santos. Su cara redonda y sonriente, dentro del ataúd de lustrosa madera, no inspiraba pena. Por eso la gente que acudió a aquel velorio inolvidable, como si creyera vivo al muerto, habló de caballos de carrera, de ferias, de estafas, de chistes, de chismes sin que esto pareciera una falta de respeto. Nadie lloraba, salvo el perro a la luna y yo para mis adentros.

Sus cuatro hijos fueron en la infancia amigos míos. Sigmundo, el mayor, corpulento, suave como una mujer y juicioso, me protegía. Rinso, delgado, con orejas rojas, puntiagudas, me despreciaba un poco. Juan, menudo y esquivo, sin personalidad, me temía. Ema, la menor, la amiga de Amanda, robusta, obesa y blanca como una odalisca, me amaba apasionadamente. ¡Ser amado abrumba, a veces! Ema, sin embargo, no era fea. Una graciosa papada terminaba su perfil de muñeca. La mitad de uno de sus pechos se asomaba siempre por el escote del vestido. Soy joven, pero era aún más joven en aquellos días y me perturbaba ese espectáculo carnal.

Para ver a Amanda Rimposa, de quien yo estaba enamorado, buscaba la compañía de Ema, que era su íntima amiga. Ema aprovechó la circunstancia para ennoviarse conmigo. Un domingo en que fue a comulgar quedó en ayunas hasta las once; volvió de la iglesia en *break* y, al bajar, se desmayó en mis brazos. Después de este episodio tuve que regalarle un anillo y olvidar a Amanda Rimposa. ¡Yo sé lo que es la vida en un pueblo!

No se me ocurría pensar en el testamento de Néstor Medina ni en la enorme fortuna que dejaba a sus hijos. Los creía unidos, formando parte de una admirable familia y no de una fortuna admirable, pero cuando menos se piensa la liebre salta. Sigmundo, el mayor, fue el primero en demostrar su avidez por el dinero.

En el almacén, lúgubre después de la muerte de Néstor Medina, mientras estaban a punto de pudrirse las mercaderías, los jóvenes herederos (salvo yo) se peleaban a gritos. De común acuerdo, que parecía más bien desacuerdo, hicieron un remate con todas las prendas de uso personal del padre; conservo el inventario:

Reloj de oro, con cadena y medalla de bautismo, zapatos, botas y sacabotas, escarbadiantes de oro, tintero de bronce, con Mercurio (que hubiera podido competir con el de cualquier médico de Buenos Aires), ropero con espejo, salivadera de mayólica, juego de sombreros de verano y de invierno, calzador de hueso, peine y cepillo, gemelos de esmalte, alfiler de corbata con turquesa, anillo de compromiso doble, bufanda de seda, medias de lana, tiradores, cinturón, cincha, bozal, riendas y freno con virolas de plata, estribos, bastos de Casimiro Gómez, boquilla de madera negra, sobrepuesto de carpincho, mate con iniciales de plata, y bombilla ídem, par de pantuflas, poncho deteriorado, navaja, podadora, medalla de bronce y esmalte, par de lentes con estuche recubierto de nácar y forrado en felpa.

El remate se llevó a cabo con éxito. La gente dio valor a los objetos, porque pertenecían a don Néstor Medina. Si hubieran sido de Perico de los Palotes, nadie hubiera pagado ni un centavo por ellos. Me entristece a veces la falta de juicio de la gente. El sobrepuesto de carpincho estaba apolillado, las riendas y el freno rotos, al peine le faltaba un diente, las medias tenían tremendos zurcidos y todo lo pagaron como nuevo.

Roberto Spellman, el nuevo tendero, compró los lentes con el estuche. No creo que viera bien, él que es présbite, con esos vidrios de miope, pero siendo muchacho joven pensó que con esos lentes puestos iba a parecer un hombre respetable e importante, cosa que necesitaba el mequetrefe por cuestiones de trabajo. Solía decir: «Padezco de una ambliopía». ¡Si hubiera hablado en chino, vaya y pase!

Al principio de mi noviazgo con Ema, la familia Medina estaba melancólica, casi trágica; yo creía que lloraba por la muerte del padre, pero pronto me desengañé. El día del remate, las caras de los cuatro hermanos brillaban de júbilo. ¡Cómo, si amaban la memoria del padre, podían desprenderse de aquellos objetos con tanta satisfacción! Asimismo, con velos enlutados llevé a mi novia al altar.

Yo le decía a mi mujer:

—Ema, no te preocupes por asuntos de dinero.

Pero ella no me oía o fingía no oírme.

Después de casado mis gustos fueron parcos como antes, pero Ema desarrolló una verdadera pasión por las dalias, los colores violeta, las cretonas costosas con caras de enanos, de perros o de indios sorprendidos, que llenaron la casa y nos vaciaron los bolsillos. Ella, que había cultivado plantas en una escupidera o en una cacerola cuando la conocí, en nuestra vida matrimonial exigía el máximo lujo.

Tres meses después del remate, la mala suerte persiguió a la familia Medina y la buena suerte

al desgraciado de Roberto Spellman. Por entonces, justamente, se pudrieron las mercaderías del almacén. Nadie concurría al despacho de bebidas, ni los borrachos; sólo algún pedigüeño golpeaba la puerta en busca de pan o de las sobras de las comidas, que eran sabrosas.

Durante mucho tiempo Sigmundo y Ema, yo mismo, nos preguntamos la causa del fracaso. Llevábamos correctamente los libros, no hacíamos regalos con las mercaderías, éramos atentos con los clientes.

Un día, debajo de la quesera de vidrio del mostrador, encontramos un ratón muerto (¿cómo entró? Dios lo sabe); con cinco paquetes de fideos las hormigas fabricaron un solo hormiguero; de una caja de arroz, salió un sapo. Esas cosas, tarde o temprano, se saben. La casa pierde prestigio y nadie se lo devuelve. ¿Por qué sucedían tantas calamidades? Yo no era supersticioso: ahora lo soy. Se me ocurrió que, gracias a aquellos lentes que Roberto Spellman había comprado por una bicoca, el viejo Medina había hecho su fortuna. Su mirada, a través de los cristales, penetrante como el sol a través de una lupa, había seducido no sólo a los clientes sino a la suerte. Pero esto no era debido a los ojos, sino a los cristales, esos cristales gruesos y blancuzcos. Se lo dije a Sigmundo, que lo tomó en serio. Los hermanos estuvieron de acuerdo en ese punto. La familia se reconcilió. Se unieron con un solo fin, el de recuperar los lentes, aunque tuvieran que matar a Roberto Spellman.

No parece posible que un par de lentes pueda provocar una tragedia; sin embargo, en este caso, la provocó.

Los hermanos emprendieron diversas gestiones para recuperar el objeto y no sé cómo lograron ofender a Roberto Spellman y enfurecerlo, mandándole mercaderías en mal estado. Pero estaban dispuestos a cualquier sacrificio. Se humillaron para reconciliarse con él, lo invitaron a comer un asado, bajo los sauces del tan mentado patio del almacén; lo durmieron con una droga; mientras dormía, registraron sus bolsillos y su casa. En esa oportunidad Roberto Spellman había mandado los lentes a la casa de óptica, para componer una patilla. Otra vez lo llevaron al río, pero Spellman se bañó con los lentes puestos. Por último, Ema lo provocó con su escote y su falda corta, dispuesta a cualquier cosa con tal de recuperar los lentes; pero, créanme, fue en vano.

Sigmundo dictaminó:

—Hay que matarlo.

—¿Si grita? —dijo Rinso, temeroso.

—Gritaremos más fuerte —dijo la voz de una Ema desconocida.

Prepararon otro banquete en honor de Spellman. Los hermanos afilaron los cuchillos y bebieron para tener coraje. Spellman bebió más que nadie. Le dieron la consabida sandía disfrazada de remolacha, pero antes de que pudieran matarlo, cayó muerto de un síncope. Los cuatro hermanos buscaron los lentes, sin aguardar el último suspiro de un moribundo. Aquí empezaron las penurias de mis cuñados y de Ema. Durante la noche del velorio abrieron todos los cajones de la casa mortuoria. Les dije, para que no curiosearan tanto, que seguramente

habrían enterrado a Spellman con los lentes, en algún bolsillo suplementario. Desesperados fueron una noche al cementerio para desenterrar al muerto. Acudió una jauría silenciosa que presencié el acto. Yo atisé de lejos. Alguien los vio. Cuando en el pueblo se supo el hecho, los cuatro hermanos fueron arrestados y acusados de asesinato. Los cuatro en cierto modo se creyeron culpables.

Todos los días los espero. Muchas mujeres robustas bajan del tren: ninguna es tan blanca, ninguna es la mía. No vuelven. No volverán. ¡Pobre Ema de mi corazón! Soy dueño ahora de este enorme almacén, que es mi amargura. El oculista me recetó lentes y debo usarlos. Si estuvieran aquí mis cuñados, creerían que uso los lentes de Spellman, porque tengo buena suerte, aunque no alegría. La alegría y la buena suerte a veces no van juntas.

La escalera

—Isaura, Isaura.

Las voces resuenan en los corredores de la casa, para que se dé prisa. Isaura sube la escalera. Cincuenta años de su vida ha limpiado aquellos escalones, diez otros años los ha dedicado a ocupaciones frívolas, de crecimiento, diez otros a tener hijos, pero siempre ha limpiado esa escalera o ha acompañado a las personas que la limpian.

Ahora, que no funciona el ascensor, sube de nuevo por los mismos escalones, en busca de la ropa tendida en la azotea. Su corazón late como si quisiera volársele del pecho.

Veinticinco escalones. Cuando enseñaba a caminar a sus hijas, contándolos uno por uno, llevándolas de la mano, subía. Sola, vuelve, después de tantos años, a contarlos, por mera costumbre.

Uno... Tiene este escalón blancura de azúcar. Ahí se sentó una noche de verano, cuando no quedaba casi nadie en la casa, porque todos los inquilinos se habían ido a veranear. Tenía cuatro años. Su padre limpiaba la escalera, hablando con un hombre corpulento, que se apoyaba sobre la baranda y que ensuciaba los escalones limpios, con zapatos embarrados. Los tres estaban borrachos; había olor a vino. Ella conocía el gusto, el olor a vino de aquella damajuana que estaba en la cocina. Su padre le daba vino a cualquiera. Súbitamente el tono de las voces resonó con violencia. Los hombres se trabaron en lucha; parecía que bailaban. Cayó el padre. El otro hombre huyó, escaleras abajo. Gotas de sangre comenzaron a caer. ¿Era el vino? ¿Era la lluvia sobre las claraboyas?

Dos... En este escalón, más gris, más sucio que los otros, siempre cae leche de alguna botella rota.

Tres... Es un escalón menos liso. Pasando la mano por la superficie, se siente una aspereza cuyo contacto da escalofríos. Fue allí donde Lucrecia, su tía, dándole pan para distraerla, y caramelos de dulce de leche, se dejó acariciar por Mario, delante de ella. *El amor es una cosa sucia, pero mientras consiga caramelos de dulce de leche no me importará presenciarlo*, pensó.

Cuatro... Este escalón, liso pero amarillento, le da miedo. Allí encontró el collar de piedras verdes y lo guardó en el bolsillo. Allí, la acusaron de ladrona, y su padre la dejó sin salir cinco días. Sus tías dijeron que iban a mandarla a un reformatorio.

Cinco... El escalón del cansancio. Nunca, nunca está limpio. Un día, por broma, alguien defecó sobre sus bordes. Otro día, un perro orinó y el orín bajó los cinco escalones, dejando un

tinte amarillo y maloliente. Otra vez quedó allí, acurrucado, un recién nacido, envuelto en pañales y papel de diario. Nadie descubrió el paradero de la madre, y lo entregaron a la casa de expósitos. Ella tuvo al niño en sus brazos. Se hubiera quedado con él. ¡Pero qué hubieran pensado los vecinos! Que era hijo de ella, y ella misma lo hubiera creído.

Seis... El escalón que es como un altar. Sobre él se arrodilló una mañana de invierno, preparándose para tomar la comunión. Ensayó las posturas difíciles que había que adoptar: la inclinación de la cabeza, la postura de las manos, la posición de los labios.

Siete... El escalón del remordimiento. Tiene vetas como venas o como nervaduras de hojas. Allí la violó Roque Alsina, el camionero de la cuadra, la tarde en que trajo la heladera, en el mes de enero. ¡Ese trágico mes de enero! ¿Cómo fue posible? Los inquilinos del primer piso vieron todo. Ni su amiga Isabel le creyó. Y cuando quedó sola, después que el canalla bajó por la escalera, apoyó la mejilla encendida sobre el mármol helado y pensó que ningún hombre decente se casaría con ella.

Ocho... El escalón que huele a lavandina. La camilla dura del hospital, cuando vinieron a buscarla, para hacerle una operación de apendicitis. Ahí, blanda como un trapo, rezó el rosario, antes de llegar a la puerta.

Nueve... Idéntico a la tapa de mármol de una cómoda. La cómoda con la que soñaba, con un espejo cuadrado, encima. Formaba parte del juego de muebles para su casamiento; los muebles que nunca obtuvo.

Diez... El escalón más tranquilo, más feliz. Jugaba con el atado de ropa como si fuera una muñeca. Ahí soñó también con el primer hijo, que parecía una verdadera muñeca.

Once... La sombra oscura sobre el escalón parece una mancha. Inútilmente la jabonaba. Los celos, en su corazón, proyectaron la misma mancha. Ni la lavandina ni el kerosén sacaron esa mancha. Estaba encinta y abandonada, como una caja hermética e impenetrable.

Doce... *¿Para qué tantos niños? ¡Si con uno basta!* A los hombres no les importa. Es la mujer la que paga. ¿Y si la echaban de la casa donde trabajaba? A esa altura de la escalera, los escalones le hacían doler las piernas y el corazón. Sentía ganas de tirarse abajo y de caer deshecha.

Trece... Ese escalón huele a casilla de baño. Ella se había bañado en el mar. Conoció los secretos de la playa y de las vacaciones y ¿por qué no? allí soñaba con irse, en una vida que sólo fuera vacaciones.

Catorce... El escalón nefasto. Siempre lo había detestado. Tiene como una suerte de mordisco, del lado izquierdo. Ahí, al bajarlo, le dieron la noticia del asesinato de su hija. Tropezó y se retuvo en la baranda.

Quince... A veces, se detenía a descansar y se quitaba los zapatos. «¿Qué hacés, ahí?» le decían los inquilinos al pasar. Se reían con ella. Todavía era bonita.

Dieciséis... Empezaba a envejecer. No era en el pelo blanco, ni en las arrugas... Ya no

cantaba al limpiar los pisos, y los hombres que subían por la escalera no miraban sus piernas con várices. Várices tiene también ese escalón y una mala palabra, escrita con lápiz, siempre por el mismo chico de abajo, que es un boca sucia.

Diecisiete... Algunas cucarachas se aventuran por los zócalos. Es una pena. Hay gente asquerosa: tiran desperdicios en la escalera, caigan donde caigan: un trozo de algodón, la cáscara de una mandarina, a veces una media o una cinta, un peine roto, con pelo, y otras porquerías increíbles. ¡Después se quejan! ¿Qué culpa tiene la persona que limpia si después de limpiar arrojan basuras y el piso queda más sucio que antes?

Dieciocho... Un día que fue al campo, encontró un huevo de urraca. Lo guardó en una cajita y, al subir la escalera, se le cayó en ese escalón. Después lloró sobre ese mismo mármol por algo perdido que no recuperó jamás: la hija muerta, un billete de mil pesos y aquel prendedor de filigrana, que todavía echaba de menos.

Diecinueve... El escalón que casi está a oscuras. El escalón de las preocupaciones. ¿En qué había gastado el sueldo? Para no ruborizarse se detenía en la oscuridad. Advirtió un día que el rosario faltaba de su cartera, al volver de la misa.

Veinte... *En el departamento treinta y dos de la casa, un pobre hombre engañado adora a su mujer como si fuese buena. Voy a denunciarla.* Este escalón presencié el encuentro de esa sinvergüenza con su amante. *No soporto las injusticias. Recogí una horquilla que cayó de su horrible pelo colorado, cuando el amante la estrujaba entre los brazos. La impudicia me subleva. Se soltó el pelo, al subir la escalera, para provocar al hombre, que perdió la cabeza.*

Veintiuno... Bastante oscuro. Pocas veces jabonó en serio este escalón. Es una boca de lobo. *Si mi corazón fuera un despertador, serviría más que el despertador de mi marido, que después de sonar no permite seguir durmiendo. Dormir. Dormir, después de la hora en que hay que levantarse. ¡Cuándo tendré esa dicha! Una pequeña enfermedad es a veces agradable.*

Veintidós... Desde aquí se puede espiar la entrada y la salida de la gente. El balde lleno de agua y de jabón, a veces rebasa y salpica a las personas que están en la planta baja. Muchos creen que Isaura hace las cosas por travesura. ¿Qué travesura puede hacer alguien que trabaja de la mañana a la noche y de la noche a la mañana? Esas cosas las piensan los haraganes.

Veintitrés... La oscuridad más perfecta asiste a este escalón. El portero nunca repone las bombillas quemadas. Es peligroso detenerse aquí.

Veinticuatro... Una luz celeste siempre se filtra de la claraboya. Este es un escalón celeste, donde caen a veces las flores del cajón de basura. *Una caléndula encuentro hoy deshojada. ¡Hay gente que gasta plata en flores!* Isaura no puede gastarla ni para los muertos, salvo aquellas lágrimas de la Virgen, que temblaron en el viento de junio, para su hija, nunca gastó ni un céntimo en flores. Cuando la ventana está abierta, en los pasillos que comunican con la escalera, se oye el trote de los caballos del carro del lechero, del carro de la basura, del coche fúnebre.

Veinticinco... Acostada sobre el hielo, Isaura ve nevar. En su mano tiene un ovillo de nieve.

Lo devana, como el ovillo de lana de aquella bufanda que tejió. Sus plantas se apoyan en el aire y no sobre el piso, y su cuerpo sobre el último escalón.

La boda

¿Por qué me casé? Bien dicen «Casamiento y mortaja, del cielo bajan». Todo ocurrió por casualidad: muchas personas no lo creen. Estábamos sentados, Armando y yo, en los sillones de mimbre de la cocina, a las doce y media de la noche, cuando llegó mi tía, sombrero en mano. Tengo una cabellera enrulada, que me llega a la cintura; se había enredado al mimbre del sillón. Armando la desenredaba en ese momento y seguramente parecíamos novios. Por el color violeta de su cara sé que mi tía, al vernos juntos a Armando y a mí —a tales horas, la punta de mi cabellera en la mano de Armando, arrodillado a mis pies, para colmo de mi desdicha—, sé que mi tía pensó cosas feas, aunque no dijo nada, porque hay que tragarse las cosas feas, según ella misma aconseja. ¿Qué iba a decir? Me quiere demasiado. Abrió la puerta de calle, extendió el brazo, la mano, el índice, indicando la salida a Armando, que se puso colorado. Tomó su abrigo, el pobre, y desapareció en la oscuridad del zaguán, sin decir «Adiós Filomena» como era su costumbre.

—Ahora se casarán —repitió mi tía, durante muchos días—. Ahora se casarán.

Armando y yo nos casamos. Nos casamos sin que yo lo deseara ni tratara de evitarlo. No me agradaba Armando, aunque tuviera buen porte, ojos grandes, tez morena y energía para el trabajo. Parecía, por más que no lo fuera, siempre sucio. Debajo de los puños de la camisa, entre las cejas, juntándoselas, adentro de su nariz y de sus orejas puntiagudas y en el nacimiento de cada uno de los dedos se le veía un vello negro.

—Los hombres tienen que ser peludos para ser hombres —decía Carmen.

El día de nuestro casamiento fue el más frío del año. Nos tocó casarnos en el mes de agosto. Temí que la helada se transformara en nieve aquella mañana y desbaratara de ese modo la fiesta que, después de todo, iba a ser lo más agradable de la boda.

En casa de mi tía, esperamos a Armando para ir juntos a la iglesia. No está bien que una novia espere al novio y no me gustó la cosa. Se hizo esperar: estaba en el consultorio del dentista arreglándose la nueva dentadura y, cuando llegó, a pesar de la demora, todos lo felicitaron por lo buen mozo que estaba y yo tuve que sonreír.

En la iglesia había otro casamiento lujoso, por eso el altar mayor estaba cubierto de flores blancas, de manteles con puntillas, que parecían trabajados a mano por las monjas, y de cirios que reverberaban, lo que fue una suerte para nosotros. Después del casamiento, que duró lo que dura un lirio, a pesar de mi nerviosidad al contestar al cura si quería a Armando por esposo, nos

esperaba la fiesta en la casa que habíamos alquilado: fiesta organizada por mis tíos, con mesas que parecían una sola, de cinco metros de largo, dispuesta en el centro del patio, con mantel blanco, flores blancas y toda clase de sandwiches, masas y empanadas en fuentes de cartón pintadas, y bebidas buenas, a más del chocolate espeso, que todo el mundo ponderó y bebió con preferencia.

Los regalos estaban ordenados en el dormitorio: una colcha con una enorme dalia en el centro; una fuente de plata con una cigüeña labrada; un salto de cama rojo con bordados azul Francia; un collar de perlas; una virgencita de Luján que sirve de velador; una frazada de pura lana; un florero divino, alto, de cuello angosto, tallado para una sola flor, de esas de género; una bombonera de material plástico muy novedosa; un par de chinelas de quedarse boba.

Yo me sentía bastante alegre por la fiesta, si no pensaba que era la celebración de mi casamiento. Aquella noche debí de enfermar, pues al poco tiempo me llevaron al sanatorio, donde pasé un año, lejos de Armando. Cuando me dieron de alta y volví a mi casa, no podía creer a mis ojos. Armando me había preparado una serie de sorpresas: una máquina de coser, una radio y una bicicleta.

El médico me había prohibido hacer ejercicio y trabajar, eso era lo malo. Pero durante los primeros días me alegré mirando la bicicleta pintada de rojo. Armando me desagradaba siempre. Sus regalos no lo volvieron más simpático a mis ojos. Se me antojaba que era un bosque al mirar el vello de su pecho desnudo, o que era un mono, al verlo comer o vestirse por las mañanas, pero jamás el galán de cine que me seduce tanto.

Dormía con un cuchillo bajo el colchón, por si entraban ladrones de noche. Este detalle, lejos de tranquilizarme, me inquietaba. Un día, temprano, oí una gritería en la calle: había una pelea. Salí al patio, abrí la puerta y una señora enorme, con uñas pintadas y una hija emperifollada, preguntó por mi marido.

—Venimos a buscarlo —dijo—. Ha seducido a mi hija. Está encinta.

Comprendí la verdad: Armando me había traicionado. No pude soportarlo. Pensé primero matar o hacer abortar a golpes a mi rival, después acuchillar o quemar a Armando echándole una lata de nafta encendida; después suicidarme; pero no hice nada, no dije nada. Una mujer enamorada no puede sobrevivir a un engaño. Varias personas me aconsejaron que abandonara a mi marido, pero yo no puedo hacerlo. Por ahora me quedaré con él, porque uno se enamora, después de todo, una sola vez en la vida, pero, si vuelve a ver a esa desvergonzada, lo mataré o me suicidaré.

El progreso de la ciencia

En otros tiempos los hombres no sólo conocieron la curación de la ceguera, sino el secreto del rejuvenecimiento.

Un rey piadoso, cargado de virtudes e infinitamente bello, que tenía un solo defecto, la presunción, al sentir que envejecía mandó cegar a todos los súbditos, que trataban de imitarlo, para que no sufrieran un desencanto.

El rey pensó que al no ser vista, su desdicha dejaría de existir. Se equivocó. No podía hacer nada sino lamentar su vejez.

Mas uno de los súbditos, que era sabio, con el correr del tiempo decidió salvar a ese rey que amaba tanto a su pueblo. El sabio y sus compañeros, con el vehemente deseo de salvar al rey, hallaron el modo de rejuvenecerlo.

Como primera medida los sabios ordenaron la construcción de un palacio de hielo, donde encerraron al rey. Nunca se supo con qué productos químicos lo alimentaron durante varios meses. Al cabo de un tiempo, que pareció larguísimo al rey y brevísimo a los sabios, el rey volvió a ser como cuando tenía veinte años. Al verse en el espejo, tan hermoso, el rey suspiró de alegría y se contempló durante tres días y tres noches, sin comer ni dormir. No podía hacer nada, sino alegrarse de ser joven. Llamó a los súbditos para que lo admiraran, pero hombres, mujeres y niños miraron para otro lado, con sus miradas blancas. Llamó a todos los animales del reino, pero los animales no saben lo que es un hombre hermoso. Si hubiera sido una mujer, tal vez un mono se hubiera enamorado de él, pero no era mujer y no había monos en todo el territorio. Después se cansó de los espejos, de vestirse y de peinarse, entristeció y quiso morir.

—De qué me sirve mi belleza, si nadie la ve. Mi juventud está en los ojos que me miran —dijo, y llamó a los sabios, que llegaron guiados por sus perros lanudos.

—Ustedes tienen que devolver la vista a los ciegos —dijo el rey, que seguía lamentándose— o moriré. ¿Quién me mira?

—Majestad, los animales tienen ojos que ven.

—Los animales me aburren.

—Juegue al diábolo. Es un juego solitario.

—Quiero que las personas me vean —gritó desconsoladamente.

Los sabios se encerraron en sus casas para leer y estudiar, pero los libros para ciegos se leen lentamente, y las manos aprenden lentamente a reemplazar los ojos que no ven. Hicieron

experimentos con muchos reptiles, animales feroces y domésticos.

El rey lloró tanto que envejeció de nuevo en poco tiempo. Las lágrimas dejaban huellas en sus ojos y sus dos cejas afligidas marcaban arrugas en la frente. «¿Qué hacen los sabios?» pensaba, con resentimiento nocivo.

Los sabios, que no alardeaban de sus descubrimientos, preparaban una sorpresa para el rey: en un día determinado devolverían la vista a todos los ciegos. Fue difícil organizar las cosas. El rey, al ver llegar ese ejército de videntes, que llenaba las calles, se ocultó en el palacio de hielo. Se cubrió la cara con una máscara verde, y el mismo día ordenó a los sabios, bajo pena de muerte, que cegaran de nuevo a los súbditos, hasta que él rejuveneciera.

Varias veces el rey recuperó la juventud y los ciegos la vista, siempre a destiempo, con igual zozobra que la primera vez, pues los sabios no podían comprobar, por ser ciegos, en qué momento el rey había rejuvenecido; pero la vida no es eterna y tiene que terminar, aun para los que rejuvenecen.

Por eso mismo el rey, después de cien años en plena juventud, antes de morir, destruyó el secreto de los sabios.

«No quiero —dijo en su testamento— que otros reyes rejuvenezcan, ni que los ciegos recobren la vista, si no es para mirarme a mí. Quiero que la historia de mi reino, con su dicha y su dolor, sea única en el mundo. Además esta costumbre que hemos adquirido podría convertirse en moda, y detesto la moda. El plagio no se practica sólo en literatura, detesto también el plagio. Conozco un pelagatos, rey de no sé dónde que pretendía arrancar los ojos de su cónyuge para que no le viera los párpados hinchados. Otro pelagatos más conocido, rey también (un famoso orador) hizo perforar los tímpanos de sus discípulos para que no oyeran los desvaríos de su vejez.»

Después de redactar su testamento el rey se suicidó con los sabios, que le agradecieron, hasta en el último suspiro, el honor que les hacía de morir con ellos, sin advertir que lo hacía por egoísmo, o más bien dicho, por interés, para poder disponer de ellos en el cielo o en el infierno, donde creyó que también envejecería.

Visiones

La oscuridad. El no ser. ¿Puede existir algo más perfecto? Los momentos se entremezclan. Como una víbora, una sonda baja por la garganta. El médico es una mezcla de torturador y de joyero. Se inclina sobre mí, me deslumbra con un foco de luz intensa. Me ordena, me perfora, me martiriza. Mi organismo se confiesa con él. Soy dócil. No sufro. Hay que entregarse. Vuelvo a la oscuridad. Vuelvo a no ser.

Despierta, a medias, lo primero que veo es un cuadro que me esfuerzo en descifrar. Pienso en los peores pintores ingleses, hasta llegar a Dante Gabriel Rossetti. Esta mujer, con el pelo iluminado de atrás, es Beata Beatrix. Recuerdo la inscripción en latín que Rossetti grabó en el marco: QUOMODO SEDET SOLA CIVITAS: ¿Por qué estoy viendo ese cuadro, con una luz tan falsa? Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos. No es un cuadro. Es una persona que me cuida, con el pelo iluminado y la cara en sombra. El cuarto está a oscuras. Cuando se enciende la luz, miro el cuarto y creo que es el mío. Si no salí de mi casa tengo que estar en ella, en mi cuarto.

La puerta está colocada a la izquierda, en mi cuarto está a la derecha. Hay un mueble oscuro, pequeño, con un espejo ovalado encima; en el mío hay una cómoda grande, con una virgen dentro de un fanal. Las persianas son de madera, se suben y se bajan por medio de sogas; en el mío las persianas son de hierro y se abren lateralmente, en tres partes. La luz eléctrica, que ilumina el cuarto, está colocada en un cuadrángulo de vidrio, en el centro del techo; en el mío hay sólo dos lámparas, con pie de plata, sobre las mesas de luz. Soy distraída. He vivido tantos años en esta casa, sin advertir que en mi cuarto hay dos clases de persianas; unas de subir y bajar, modernas, que se componen de listones de madera liviana, y otras, anticuadas, de hierro pesado, que se abren lateralmente, en tres partes. Soy tan distraída que nunca llegué a advertir que hay luz, no sólo en las lámparas con pie de plata, sino dentro de ese cuadrángulo de vidrio insertado en el techo, que nunca encendí, por no haber descubierto el conmutador. Me extraña, sin embargo, no haber visto hasta ahora ese vidrio esmerilado, en el techo, que llama la atención y que estoy mirando todo el tiempo. Además, la Virgen bajo el fanal no está; ni la cómoda. La Virgen me preocupa. Si yo volviera la cabeza, como una lechuza, bruscamente, hacia atrás, la encontraría, tal vez. Para limpiar los objetos que hay en un cuarto, sin romperlos, aunque rara vez se limpien, ya que siempre están sucios, alguien los saca del lugar habitual y los coloca en otro sitio. La Virgen debe de estar en un rincón, debajo de un mueble, o detrás de la cabecera de la cama. ¿Una sirvienta la habrá limpiado? Pero no puedo volverme hacia atrás. En vez de la

cómoda, que ocupaba la pared lateral y no la que tengo frente a mi cama, veo ese mueble amorfo, diminuto, con un espejito. ¿Estaré en Córdoba? ¿Estaré soñando con Córdoba? Allí en una casa había muebles parecidos. No, no estoy en Córdoba. Debe de ser un regalo que alguien me ha hecho para mi cumpleaños; alguien que me quiere, pero que no sabe cuáles son los regalos que me agradan. ¿En qué momento se introdujeron esos objetos en mi cuarto, y quién los trajo? Serán muy livianos. Cualquiera los carga y los lleva de un lugar a otro. No tengo que preocuparme. ¡Qué importa quién los trajo! A cualquiera de las personas que están aquí les agradecería este regalo que no me gusta. Por si alguna de ellas me lo regaló, sonrío. ¿Y ese cuadrito? Está colgado en la pared de la izquierda, sobre una especie de cama turca, muy cómoda sin duda, y que vislumbro desde mi cama como si yo estuviese encaramada sobre una montaña. Jamás vi esa cama en mi cuarto, ni en ningún otro cuarto de mi casa. Los muebles tienen vida propia, no es extraño que salgan y entren, se turnen, se reemplacen por otros cuando quieren. ¿Acaso no es mejor que sea así? ¿Qué hay de extraño en este cuarto? ¿Vale la pena decirlo a alguien? Tal vez se lo diga a la primera persona que se acerque: a la enfermera. Su delantal cruje: está muy almidonado, tan almidonado que parecería de yeso, si el yeso fuera brillante. A esta enfermera le gusta ser enfermera. Lástima que a todas las personas no les guste, como a ésta, su trabajo. Es feliz. A veces la sigue un raudo y diminuto perro, que no alcanzo a ver bien.

Pero antes de ser interrogada por mí, la enfermera me contesta con una pregunta:

—¿No sabe dónde está, querida?

—No.

—En el sanatorio, querida.

—Con razón.

—Con razón, ¿qué?

—Con razón no reconocía mi cuarto.

—No se asuste.

Qué corta sería la vida si no tuviera momentos desagradables que la vuelven interminable. En un cuarto, que no es el mío, creyendo durante horas que es el mío, trato de situarme: ¡y no muero!

Como el arquitecto que encuentra el plano perdido de una casa, o el navegante o el explorador que se orienta con una brújula que parece rota, o más bien como un animal que se acomoda en una nueva madriguera, tratando de recordar la anterior, me tranquilizo y averiguo, para tranquilizarme mejor, en dónde está el sanatorio, si la ventana de mi cuarto mira al río y desde cuándo estoy alojada aquí.

Los ruidos acumulan sus perversas historias a mi alrededor. ¿Qué es la sierra que está chirriando todo el día, desde las horas más tempranas? ¿Desmenuza seres humanos? ¿Les tritura los huesos, hasta que los transforma en arena? ¿Con estos materiales ahora construyen las casas? ¿Y ese ruido, como de agua en ebullición, que sube de los sótanos y del piso bajo? ¿Son labios

que rezan o son calderas del infierno que preparan líquidos hirvientes para los infieles? Recuerdo que yo canté en el coro de una lejana capilla. ¿En una clínica? Como zumbido de moscas eran las voces. ¿Serán las mismas? Y ese rugido de fieras de la gente que se junta en los pasillos, ¿en qué se transformará? En monstruos desolados o en una caravana de hombres, con disfraces improvisados con jirones de sábanas o de toallas húmedas, que se dirigen al desierto, llevando provisiones incomibles y hediondas. ¡Hay tantos días de carnaval cuando no es carnaval!

Estas caras parecen dibujadas por la oscuridad. Súbitamente las veo. Se distinguen entre los muebles, materiales como ellos. Son las caras de los médicos. Tienen manos, no tienen cuerpo ni alma. Congestionadas, se me acercan. Son ellas las que sufren. Son las próximas víctimas. Sufre menos el que sufre que aquel que ve sufrir.

Encienden la luz bruscamente, como si quisieran sorprenderme cometiendo algún pecado inconfesable. Uno de ellos, mezcla de dios y de locomotora, tiene un faro en su frente de especialista.

Me sientan, me golpean, me destapan, me gritan, me palpan, me ponen el termómetro, me hunden el dedo en el abdomen hasta hacerme gritar, me pellizcan con un manómetro en el brazo.

—Respire —me dicen—. No respire —me dicen, hasta que me pongo violeta.

¡Cuántos enfermos habrán muerto en los hospitales, por ser auscultados! No quiero pensarlo. Un ejercicio tan violento podría matar a una persona sana, pero tal vez la salve porque no la deja dormir. Después de todo, el sueño es la prefiguración de la muerte.

A fuerza de interrupciones, el tiempo se alarga. El reloj, con su cara redonda y lívida, me mira. Es eterno como el sol: sus horas no se extinguen, como los rayos.

Ocho diarias visitas de médicos hacen de un día un año. ¿Habrá que agradecer que lo desagradable nos permita medir el tiempo?

El suero cae gota a gota. Un reloj de arena, para cocinar huevos pasados por agua, una clepsidra, en un jardín perdido, en Italia, son menos obsesivos. Hay algo de fiebre en la arena que cae, en el agua que cae. La aguja clavada en la vena se transforma en nuestra vena. No la miro.

No me gustan las venas grises de acero de las máquinas. Soy como una máquina, pero las venas humanas tienen un color diferente. Azul, azul. La tinta y la sangre. La tinta azul y la sangre roja se parecen.

Hay inundaciones en Buenos Aires. Lo sé porque lo siento. Lo sé por los diarios (sin leerlos): están crepitando en el cuarto vecino.

Es el aniversario de una suerte de reina. Es de noche. Oigo los tambores que lo celebran. La gente congregada en la plaza improvisa altares y modula, a través de instrumentos de viento, la célebre sinfonía. ¡Qué extraño que yo nunca la haya oído! La banda de música viene del río y, cada vez más exaltada, modula una melodía sublime. Yo no usaría la palabra «sublime» para ninguna música. Pero ¿con qué otra palabra podría designar a esta? En la nota más aguda, que

entra en los oídos como a través de un largo alfiler, la gente se turba de tal modo que el sonido trémulo vibra, se prolonga indefinidamente... ¡Cómo no oí antes esta música tan conocida! Cuántas grabaciones habrá de ella dirigida por diferentes directores de orquesta, modificada con distintos ritmos.

Los niños sordomudos de la plaza, como si la conocieran, se hamacan con frenesí. No se arrodillan frente a los altares improvisados, porque son demasiado nerviosos. Los niños son los privilegiados. Toda la noche dura esa música. Es como una imprecación. ¡Qué dramática, qué larga, qué interminable! Al alba, hombres solitarios, en las azoteas rosadas, la silban equivocando la entonación, pues no la conocen bien. No sé en qué momento solemne y diáfano desaparece la última vibración de esa música, en cuyo amanecer el día no llega nunca, como en el goce de los yoguis la eyaculación. Pocas horas después irrumpen en mis ojos deslumbrados, primero los colores y después las visiones, que me maravillan. Se derrama súbitamente un color amarillo que mi vista jamás ha registrado. Como un aviso luminoso traza sus contornos sobre un agua lila (color lila que parece indicar el agua). Dentro de la zona amarilla (que representa la tierra), nítidamente dibujadas se perfilan grupos de personas temerosas, grises, inmóviles, agazapadas, como esculpidas en piedra, debajo de innumerables parasoles, como los parasoles del Buda, salvándose de algo. ¿De qué? Se me antoja que todo esto es un mapa del mundo, cuajado de monumentos.

En el cuarto contiguo alguien lee en los diarios las noticias de las inundaciones. Yo conocía un perro que dormía sobre los diarios. El crujir de los papeles, cuando se movía o suspiraba, me hacía pensar que estaba leyéndolos.

Una mancha de humedad aparece en la pared donde está apoyada la cabecera de mi cama. La busco inútilmente en el espejo que está frente a mí. Me preocupa. Sé que es verde, violeta, azul, como un moretón y que se agranda. ¿Será el símbolo de mi enfermedad? Me duele esa mancha de humedad como si estuviera en mi cuerpo. Lllaman a un hombre para que la vea. ¿Será un plomero? Lleva una valijita marrón. El hombre palpa, golpea la pared, me ignora. Suspira.

Pienso en las ilustraciones del *Libro de Job* y de *Las puertas del Paraíso* de William Blake.

—No hay nada que hacer —exclama, y sale del cuarto con su olor a masilla—. Todos los años es lo mismo. Viene de la casa de al lado —agrega, volviendo a entrar en el cuarto.

La enfermera me da de beber. El agua no tiene gusto a agua.

—Buen provecho —me dice el plomero.

Lllaman a la hermana de caridad. La hermana de caridad acude; como sobre rueditas se desliza con su falda oscura y su cara feliz, de muñeca. Opina que los caños son misteriosos. Habría que echar abajo la casa, para averiguar de dónde proviene la humedad. Sale del cuarto, con llaves y rosarios.

Antiguamente llevaban regalos a los muertos. ¿Estaré muerta? Me traen un ramo fétido de lágrimas de la Virgen, dos camisones verdes, dulce demasiado dulce, corazones de chocolate, un

ramo de rosas, que me repugna, una planta de ciclamen, que regalo a la Virgen, una caja de bizcochos, caldo que me da náuseas.

Hay automóviles en la calle, un teléfono en el cuarto. ¿Estamos en qué época? A los muertos ahora se los despoja de todo lo que tienen, de los anillos y de las emplomaduras, porque son de oro, de los ojos, porque la córnea se utiliza para otros ojos, de la piel o del pelo, porque se hacen injertos y pelucas. No me han quitado nada: no estoy muerta.

¡Qué sucederá afuera! Tengo que averiguarlo. Los árboles seguirán creciendo, preparando nuevas estaciones. El monumento atroz con pedestal de mármol rosado y mujeres de bronce, que desde aquí, por la ventana, podría vislumbrar, tendrá siempre esas vetas amarillas, que no pertenecen al mármol sino a la orina de perros que pasean, o de hombres nocturnos con amores diuréticos.

—¿Quiere que le acomode la almohada?

Cuando entré en esta mansión felizmente el invierno había arrancado ya las hojas de los árboles y el otoño, que es mi estación favorita, con sus dorados frutos, había huido.

—¿Quiere tomar agua? —me preguntan.

La suave, la tersa, la blanda podredumbre de los jardines públicos, donde los hombres acuden a tomar aire y a masturbarse, está cerca. Si abren la ventana entra ese viento sucio que da la ilusión de ser limpio porque es frío, ahora en invierno. Hay gente que se sienta, que está sentada, en los bancos; mujeres que tejen mirando a sus propios hijos y a los ajenos, mendigas con cargamentos de ropa y de vasijas llenas de pan viejo que huele a naranja; hombres que se arriman a seres humanos y a vegetales, con igual pasión, para decirles secretos; perros cuidados o perdidos, gatos histéricos, que copulan, llenando la noche de gritos eléctricos.

—¿Un juguito de fruta? —me ofrece una voz almibarada.

—¿Cómo llegué aquí? —pregunto.

—En una ambulancia —me dicen.

—¿Y cómo me trajeron?

—En la camilla, por el ascensor.

Llegué en la oscuridad, como un ratón por un sótano, sin un sueño, rígida, sin una sola sensación, inmóvil. En la infancia jugaba a las estatuas, con temor de ser estatua; al cuarto oscuro (juego afrodisiaco), con miedo de desaparecer. Había que cerrar los ojos.

Esta vez, pienso, jugué en serio a las estatuas y a la oscuridad.

La araucaria, tiznada y enorme, el gomero, irreal, se nutren de excrementos, de semen y de vidrios. Nadie los riega, salvo Dios, cuando llueve. Hay una voluntad de existir por encima de todo y a pesar de todo, hasta en los árboles. Pero si la forma de un individuo pasa a otra, si nada se pierde ¡por qué luchar tanto por conservar una determinada forma que, en resumidas cuentas, podría ser la inferior o la menos interesante!

—¿Cómo se llama? —pregunto a la enfermera.

—Linda Fontenla.

A Linda Fontenla le gusta conversar; también le gusta la gravedad de los enfermos. ¿Qué es una persona sana? Un cachivache sin interés. La vida para Linda Fontenla es un sinfín de enemas, de termómetros, de transfusiones, de cataplasmas hábilmente aplicadas y distribuidas. Si se casa, se casará con un enfermo, que es una persona atrayente para ella, un paquete de hemorroides, un hígado demasiado grande, un intestino perforado, una vejiga infectada o un corazón lleno de extrasístoles.

—Un viejo que yo estaba cuidando, aunque usted no me crea, quería acostarse conmigo, ¿se da cuenta? Qué sinvergüenza tendrá que ser. Me ofreció todo, hasta casarse. Lo mandé a freír papas a otra parte. A mí, por eso, no me gusta cuidar hombres. Todos son iguales. No se les puede ni poner talco; créame lo que le digo. Quieren divertirse, eso es lo que quieren.

—¿Me estaré muriendo, Linda?

—Querida, qué disparates dice. ¿Quiere que le traiga el espejito de mano para que vea lo bien que está? Aquí lo tiene. Mírese. Ayer sí que estaba mal. De veras que tuve miedo.

—Pero ayer usted me dijo que yo estaba muy bien.

—¡Hay que decírselo para animarla un poco!

Me miro en el espejo de mano, pero, simultáneamente, miro la mano de la enfermera. Cuántos dedos pintados tienen las enfermeras; mucho más que la generalidad de las personas.

—Tengo cara de oveja —oigo mi voz, como si fuera ajena.

—¿De oveja? Se ve la cara de oveja. ¡Me hace reír!

—Esa cara de oveja que tienen los enfermos.

—Es la primera vez que me dicen eso.

—Tendría que saberlo, usted.

—No hable tanto que se le acelera el pulso.

Me miro la palma de la mano.

—Me dijeron que sabe leer las líneas de la mano —prosigue Linda—. ¿No me las leería, un día?

—Si no me muero.

—¡Otra vez con lo mismo! Dele que te dele con la muerte. Hay que pensar en cosas alegres. ¿Quiere que le cuente algo? Cuando llegué esta mañana, en los pasillos de entrada un grupo de mujeres lloraba y rezaba. Pensé: *Zas, murió mi enferma*. Era el vecino, ¿se da cuenta? ¿A quién se le ocurre? Con caras de tres metros, estar llorando. Asustan a cualquiera.

—Pero ¿no sería por mí que lloraban?

—No había nadie de su familia, ninguna amiga suya. Esté tranquila. ¿Ahora empieza a desconfiar?

—No me importa un pito.

—Ya lo sé. Es una broma.

—Apague la luz.

Estoy absorbida por mis visiones. Vuelvo a mirar la penumbra del cuarto entretejida de colores brillantes. Es al principio un paraíso para mis ojos. Me aventuro con miedo, como sucede con el amor. Que nadie me hable, que nadie me interrumpa. Asisto al momento más importante de mi vida. En la pared blanca del cuarto se desarrolla la historia del mundo. Tengo que descifrar los signos, cada vez más complicados. Ya comenzó con aquel planisferio, con tierra amarilla, agua lila y personas agrupadas con perfil de bisontes, guarecidas debajo de innumerables parasoles. ¿Qué imágenes me esperan ahora? Cambian como por magia. Veo una cabeza asomada a una ventana. La ventana la forman cuatro piedras grandes. La cabeza es hermosa, casi angelical, podría decirse, hasta que las piedras de arriba y de abajo empiezan a juntarse. La boca ríe, muestra los dientes, como las máscaras de las tragedias griegas. Los colores se apagan. Una expresión de dolor aparece en el rostro: las piedras trituran la cabeza aterrada y aterradora. Ansío ver otra visión. Las provocho. ¿Cómo? Tengo un poder sobrenatural, pero limitado. No siempre consigo ver cosas hermosas ni tranquilizadoras. ¿Los dibujos de Blake no me agradan? Estas visiones parecen salidas del *Libro de Job* o de *Las puertas del Paraíso*. Un sinfín de caballos negros, con brillantes arneses, cubren la pared. No sé a qué carruajes estos caballos están atados, ni a qué siglo remoto corresponden. Me deslumbran tanto que no puedo fijarme en aquello que los rodea. Silenciosos cascabeles acompañan su trote pausado. Una alegría indescriptible los acompaña. ¡Qué triste sería que estos caballos no vuelvan más! Ya se desvanecen como las nubes del poniente. ¡Eran tan precisos y tan nítidos! ¿Dónde huyeron? Estas visiones serán como los cielos que nunca se repiten. Ahora, con un trote idéntico al de los caballos, como si los miembros se movieran dentro del agua, cuatro arlequines giran en círculos. Hay muchos otros arlequines; el cuarto está lleno de arlequines, pero estos cuatro cautivan mi atención. ¡Quisiera que nunca se fueran! Los caballos en cierto momento me dan miedo; son negros; pueden ser lúgubres, fúnebres. Pero estas figuras, en cambio, no pueden ser sino arlequines, leves, alegres, inmateriales. Mirarlos es como hacer el amor eternamente, como haber descubierto la perfección, como estar en el cielo. Pero presiento al mirarlos que desaparecerán, que nada podrá reemplazarlos.

El interior de un cuarto aparece con personajes alegres, que forman parte de un mundo desconocido; luego, al aire libre, una altísima escalera, hecha de piernas que suben, se perfila sobre el cielo azul. Y cuando creo que ya no vuelven más, los arlequines aparecen con esos movimientos lentos que los cuerpos logran hacer sólo dentro del agua. Un regocijo incontenible se apodera de mí. Vuelven, porque yo deseo con fuerza que vuelvan. ¿Mi poder sobrenatural se habrá perfeccionado? Pero ya se desvanecen y figuras místicas los reemplazan; primero los apóstoles y luego Jesús, Jesús, con una corona de espinas sobre el lienzo de Santa Verónica, pero la cara hermosa de Jesús se transforma en la cara de un mono y miro para otro lado, a mi derecha. Veo un armario, pegado a mis ojos: un armario de caoba lustroso, que no abriré nunca.

El armario se transforma en cuanto dejo de mirarlo. Ahora es un armario común, de cedro, barnizado, con manchas de cal. No quiero mirar a mi izquierda. Frente a mí veo ahora un jardín cubierto de enredaderas gigantescas, que crecen hasta el cielo, y entre esas enredaderas, estatuas de mármol, que también crecen hasta el cielo. Después veo brillar una montaña de piedra, pero advierto que las piedras son personas apeñuscadas, que se matan entre ellas, personas de piedra que se matan con piedras. A medida que esa montaña acumula muertos, crece; los hombres de piedra se reproducen.

Un león blanco brilla y ocupa toda la pared.

Cuando alguien entra en el cuarto y enciende la luz, las visiones desaparecen, pero el cielo raso se cubre de rosas hermosísimas o de rayas de todos los colores del arco iris.

Un bailarín con piernas largas lleva el cuadrángulo de vidrio de la luz (como un escudo) en sus manos, la aleja del centro del cielo raso, después vuelve y se acerca de nuevo al centro del cielo raso. Dejo de mirar el techo, para admirar las rosas, que resaltan sobre un follaje interminable. Jamás vi rosas sobresalir del aire con tanta vehemencia. Las veo resaltar como a través de varios lentes de aumento. Después se achican, se vuelven casi imperceptibles y más hermosas aún. La luz del cuarto de al lado se apagó. El ángel se asoma. Un jardín chino aparece lentamente, con lentitud de calcomanía. Como si atesorara tarjetas postales para un álbum, miro esta imagen desde todos los ángulos posibles. Temo que desaparezca. Si pudiera escribir al pie una fecha, un nombre, lo haría. Desaparece. Nada me consolará de su desaparición. Era un jardín profundo que atesoraba una pagoda. El bambú se mecía, seguramente con el viento, y había sombra y lagos y ríos con canoas inmóviles. ¡Todo es inmóvil!

Este barco de oro que estoy viendo, con un millón de cabezas que asoman por la borda, no avanza, o si avanza, avanza conmigo en un mar azul. Es un barco griego. Lleva cabezas de hombres, como frutas, frutas sin cuerpos, frutas con caras, todas del mismo tamaño y peladas.

Ahora las personas envejecen inmediatamente, de la dicha pasan al dolor, de la bondad a la crueldad, de la belleza a la fealdad. ¿Por qué? Nada permanece. ¿Por qué? ¿Estoy sufriendo? ¿Cada cara es un símbolo de lo que siento, sin saberlo?

Existe un ángel que estoy esperando. No está; no estuvo en mis visiones. Oigo su paso, siento su mano, me da de beber, me da de comer. Atesoro imágenes para él, figuritas de esas que pegan los niños en los cuadernos. ¡Si le agradaran! ¡Un cuadro pintado, un libro escrito, no me agradarían tanto a mí!

La belleza no tiene fin ni aristas. La espero. Mas ¿dónde está mi lecho, para esperar cómodamente? No estoy acostada; no consigo estarlo. Un lecho no es siempre un lecho. Está el lecho del nacimiento, el lecho del amor, el lecho de la muerte, el lecho del río. Pero este no es un verdadero lecho...

El lecho

Se amaban, pero los celos retrospectivos o futuros, la envidia recíproca, la desconfianza mutua, los carcomía. A veces, en un lecho, olvidaban estos desventurados sentimientos y gracias a él sobrevivían. A una de esas veces, la última, me referiré.

El lecho era mullido y amplio y tenía una colcha rosada. El centro de la cabecera, de hierro, representaba un paisaje con árboles y barcos. El sol del poniente iluminaba una nube que parecía una llama. Cuando se abrazaban, el que tenía la suerte de estar colocado boca abajo, besando la otra boca, contemplaba aquella nube, atraído por el fulgor insólito que la iluminaba, a través de los caireles de una araña con tulipas rojas y verdes.

Se demoraron en el lecho más que de costumbre. Los ruidos de la calle crecieron y murieron con la luz. Se hubiera dicho que el lecho navegaba sobre un mar sin tiempo, sin espacio, al encuentro de la dicha o de algo que la remedaba equívocamente. Pero hay amantes temerarios. La ropa, que se habían quitado, estaba cerca, al alcance de la mano. Las mangas vacías de una camisa colgaban del lecho, y de un bolsillo había caído un papel celeste. Alguien recogió el papel. No sé lo que contenía ese papel celeste, pero sé que produjo disturbios, investigaciones, odios irreprimibles, disputas, reconciliaciones, nuevas disputas.

El alba se asomaba a las ventanas.

—Hay olor a quemado. Anoche soñé con un incendio —dijo ella, en un momento de horror, frente al enojo de él, para distraerlo.

—Invenciones de tu olfato —dijo él.

—Estamos en el noveno piso —agregó ella, tratando de parecer asustada—. Tengo miedo.

—No cambies de conversación.

—No cambio de conversación. El fuego hace ruido de agua, ¿no oyes?

—Invenciones de tu oído.

El cuarto estaba intensamente iluminado y caliente. Era una hoguera.

—Si nos abrazáramos, nos quemaríamos tan sólo la espalda.

—Nos quemaremos enteros —dijo él, mirando el fuego con ojos enfurecidos.

Anillo de humo

A José Bianco

Recuerdo el primer día que viste a Gabriel Bruno. Él caminaba por la calle vestido con su traje azul, de mecánico; simultáneamente, pasó un perro negro que, al cruzar la calle, fue atropellado por un automóvil. El perro, aullando porque estaba herido, corrió junto al paredón de la vieja quinta, para guarecerse. Gabriel lo ultimó a pedradas. Desdeñaste el dolor del perro para admirar la belleza de Gabriel.

—¡Degenerado! —exclamaron las personas que te acompañaban.

Amaste su perfil y su pobreza.

Una tarde de Navidad, en la quinta de tu abuela, repartieron en las caballerizas (donde ya no había caballos sino automóviles), ropa y juguetes para los niños del barrio. Gabriel Bruno y una intempestiva lluvia aparecieron. Alguien dijo:

—Ese chico tiene quince años; no tiene edad para venir a esta fiesta. Es un sinvergüenza y, además, un ladrón. El padre por cinco centavos mató al panadero. Y él mató un perro herido, a pedradas.

Gabriel tuvo que irse. Lo miraste hasta que desapareció bajo la lluvia.

Gabriel, hijo del guardabarreras que mató no sé por cuántos centavos al panadero, para ir de su casa al almacén pasaba todos los días, con la esperanza tal vez de verte, por un callejón que separaba las dos quintas: la quinta de tu tía y la quinta de tu abuela materna, donde vivías.

Sabías a qué hora Gabriel pasaba, galopando en su caballo oscuro, para ir al almacén o al mercado, y lo esperabas con el vestido que más te gustaba y con el pelo atado con la más bonita de las cintas. Te reclinabas sobre el alambrado en posturas románticas y lo llamabas con tus ojos. Bajaba del caballo, saltaba el zanjón para acercarse a Eulalia y a Magdalena, tus amigas, que no lo miraban. ¿Qué prestigio podía tener para ellas su pobreza? El traje de mecánico de Gabriel las obligaba a pensar en otros varones mejor vestidos.

Hablabas a Eulalia y a Magdalena de Gabriel Bruno el día entero, en vano. Ellas no conocían los misterios del amor.

Todos los días, a la hora de la siesta, corriste sola al callejón. De lejos brillaba la cinta de tu pelo como un barco de vela en miniatura o como una mariposa: la veías reflejada en la sombra.

Eras la mera prolongación de tu sentimiento: el cirio que sostiene la llama. A veces, en el camino, se desataba el moño; entonces, colocando la cinta entre tus dientes, te recogías el pelo y volvías a atarlo, arrodillada en el suelo.

Como tenía que haber un pretexto para que pudieras hablar con Gabriel inventaste el pretexto de los cigarrillos: llevabas plata en tu bolsillo, se la dabas a Gabriel para que fuera al almacén a comprarlos. Después fumaban, mirándose en los ojos. Gabriel sabía hacer anillos con el humo y te los soplaban en la cara. Reías. Pero estas escenas, tan parecidas a las escenas de amor, iban penetrando en tu corazón apasionado. Una vez unieron los cigarrillos para encenderlos. Otra vez encendiste un cigarrillo y se lo diste.

Era en el mes de enero. Jubilosas las chicharras cantaban con ruido de matraca. Cuando volviste a la casa, oíste que tu padre hablaba con tu madre. Era de ti que hablaban.

—Estaba en el callejón, con ese atorrante. Con el hijo del guardabarreras. ¿Te das cuenta? Con el hijo del que mató al panadero por cinco centavos. Hay que ponerla en penitencia.

—Son cosas de chica, no hay que hacer caso.

—Tiene once años ya —dijo tu madre.

No se atrevieron a decirte nada, pero no te dejaban salir sola. Fingías dormir la siesta y en vez de correr al callejón, después de almorzar, llorabas detrás de las persianas o del mosquitero.

Oíste, entre el casero y un ciclista, un diálogo insólito: hablaban de Gabriel y de ti. Dijeron que Gabriel se vanagloriaba en el almacén hablando de los cigarrillos que fumaban juntos. Decían que te había dicho palabras obscenas o con doble sentido.

Te escapaste a la hora de la siesta, corriste al cerco, para perder tu anillo. Gabriel pasó a la hora de siempre. Fuiste a su encuentro.

—Vamos —le dijiste— a las vías del tren.

—¿Para qué?

—Se cayó mi anillo al cruzar las vías ayer cuando fui al río.

Verdad y mentira salían juntas de tus labios.

Fueron, él a caballo y tú caminando, sin hablarse. Cuando llegaron a las vías del tren, él dejó su caballo atado a un poste y tú te arrodillaste sobre las piedras.

—¿Dónde perdió el anillo? —te preguntó, arrodillándose a tu lado.

—Aquí —dijiste, apuntando el centro de los rieles.

—Bajaron las señales. Va a pasar el tren. Salgamos de aquí —exclamó con desdén.

—Quiero que nos suicidemos —le dijiste.

Te tomó del brazo y te arrastró afuera de las vías, justo a tiempo. Las sombras, la trepidación, el viento, el silbato del tren, con mil ruedas pasaron sobre tu cuerpo.

Para Semana Santa, Gabriel te siguió hasta la iglesia. Lo miraste dentro del aire con incienso de la iglesia, como un pez en el agua mira un pez cuando hace el amor. Fue la última entrevista. Durante veranos sucesivos, lo imaginaste deambulando por las calles, cruzando frente a las

quintas, con su traje de mecánico azul y ese prestigio que le daba la pobreza.

Fuera de las jaulas

El león miraba a Enrique Donadío. La opinión que este último tenía de los leones había variado. Otro misterio los envolvía deslumbrándolo como en la infancia. Los leones llevaban enormes máscaras de cartón con melenas que se apolillan, quizás, en verano. El armiño que usan los reyes también se apolilla. Eran todopoderosos y reumáticos. Una amenaza oscura se desprendía de ellos: la amenaza provenía de lo escondido y lejano que estaba el verdadero ser, que suspiraba detrás del vidrio impenetrable de los ojos y del cuerpo vacío, sosteniendo, como por encanto, una máscara de gigante, que rugía. Enrique Donadío, reclinado contra la baranda de hierro que lo mantenía a un metro de distancia de las jaulas, miraba fijamente al león. De vez en cuando estiraba el brazo y emitía un sonido de besos, como solía hacer cuando llamaba a los perros (pues no sabía silbar, sino más bien soplar, de un modo ridículo). El león, que en los primeros tiempos quedaba impasible, con fijeza de muerte en los ojos, empezaba a reconocerlo. Un día le habló: «La luz me deslumbra a veces», dijo en voz baja. «Quiero ser libre.» Enrique Donadío creyó que esas frases eran prueba de un cariño inconfundible.

Enrique Donadío consagraba las tardes del jueves y del domingo a pasear por el Jardín Zoológico. En cuanto entraba, sus pasos lo encaminaban al pabellón de las fieras. A través del león se había interesado por los otros animales. La jaula del león era como un puente que lo llevaba de jaula en jaula; establecía comparaciones de colores y de formas.

Enrique Donadío, que era profesor de dibujo y de inglés en una escuela, había llevado a sus alumnos al Zoológico. Su clase se componía de diez niños, de los cuales cinco solamente habían podido salir con él esa tarde. A menudo los llevaba los domingos o días de fiesta; allí los niños hacían dibujos y aprendían los nombres de los animales en inglés y en alemán.

Enrique Donadío era un hombre alto, serio y delgado. Era miembro de la Sociedad Protectora de Niños, Pájaros y Plantas. Tenía un proyecto en el que había pensado continuamente desde hacía tiempo, quizá desde la primera vez que había vuelto al Zoológico, después de su infancia: abrir las jaulas, soltar a todos los animales y restituirles la libertad. Para llevar a cabo el plan era necesario que alguien lo ayudara, y esos cinco niños estaban dispuestos a hacerlo. Al principio se burlaban del león, le gritaban insultos, le arrojaban flechas de papel, pero, lentamente, contagiados por una misma ternura (así pensaba Enrique Donadío), quisieron al león como a un perro sin amo, un perro bueno y misterioso, lleno de secretos encerrados en una jaula. Pero eso no era bastante para persuadirlos de que era necesario soltar no sólo al león, sino a todos los

otros animales. Enrique Donadío ejerció sobre ellos una gran fascinación.

—Cada uno de nosotros se parece a uno de estos animales —solía decirles—. ¿A cuál de ellos preferirían parecerse?

Cada niño elegía su animal, lo remedaba.

Hacía tres noches que no dormían esperando el día señalado por el profesor de inglés. Hacía tres días que comían de prisa, como si fuesen a perder un tren. Enrique Donadío, pausadamente, les había hablado de las noches en el Zoológico; noches que son, para el que penetra en ellas, un sueño verdadero y no banal, como son los sueños habitualmente. Cuando era niño, hasta los diez años, había vivido en Dublín. Su tío era director del Zoológico; allí vivía en un pabelloncito, y lo llevaba con él, a veces, de noche. En aquella época lo acusaron de bestialidad, cosa que no pudo contar a los niños.

Nunca podría olvidar la noche del Jardín Zoológico de Dublín. Tenía que dormir en un pasillo, pegado al cuarto de su tío, que pasaba las noches de invierno y de verano con las ventanas de par en par abiertas. Era como dormir afuera. Entraban todos los ruidos: aullidos, rugidos, cantos. Las baldosas del pasillo tenían un millón de dragoncitos pintados de azul que al principio lo asustaban más que los verdaderos animales. Las fieras parecían estar libres, pues no estaban enjauladas, como aquí, sino rodeadas por fosas. Los animales a esa hora (les contaba Enrique Donadío con la voz conmovida) se dicen secretos horribles, que los hacen gritar y lamentarse; cuando están enjaulados se golpean contra los barrotes de fierro hasta sangrar, y cuando están rodeados por fosas contemplan con ojos enloquecidos la honda pared invisible que los encierra. Pero eso no dura más que un breve momento... todo el paisaje cambia. El Jardín Zoológico, con sus puentes y lagos, es una selva africana o un desierto, donde corren las jirafas, o bien un paisaje helado, lleno de focas místicas, que rezan continuamente, con ademanes de monjas o de prisioneros. Los animales sonámbulos sueñan que están en libertad y conspiran contra los mortales que los han martirizado; el camello, que es muy rencoroso, cavila y cavila en los sueños moviendo la mandíbula de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, como los niñitos cuando les crecen los dientes. Las serpientes silban y agitan cascabeles, que relumbran contra el pasto, fascinando vacas imaginarias; los ruiseñores cantan como en los bosques europeos; el elefante se divierte, bañando el cielo con juegos de agua más altos y más diversos que los de las fuentes de Versalles el Catorce de Julio; las jirafas hacen moños con el pescuezo; los monos hacen pruebas, los cocodrilos lloran en serio. Pero si en esos momentos se abriesen las jaulas que tienen prisioneros a esos animales, uno podría ver el espectáculo más asombroso del mundo; quizás aparecerían fantasmas, directores del Zoológico, quizás habría peleas de júbilo entre el tigre y el elefante, entre el león y el tigre, entre el orangután y el oso; pero eso no sería lo más emocionante de todo... Lo más emocionante no se puede nunca contar, hay que presenciarlo. Los alumnos estaban de acuerdo.

Era una tarde templada de noviembre. Los portones del Jardín Zoológico se cerraban a las seis

y media de la tarde. Sin pérdida de tiempo había que estacionarse cerca del escondite que Enrique Donadío había elegido. Con los ojos buscó a su alumno más joven y le hizo la seña convenida. Salieron caminando; los otros niños seguían, a unos metros de distancia. Después de haber comprado chocolatinas y galletitas, se acercaron al gomero coposo que queda al pie de un puente donde siempre hay un fotógrafo. Enrique Donadío se hizo fotografiar con sus discípulos, dispuestos en fila, según la altura. El fotógrafo no estaba de acuerdo con la distribución del grupo; hubo que hacer concesiones: apoyar cuidadosamente los brazos contra la balaustrada del puente. Tardaron diez minutos en revelar las fotografías. Después de pagarlas y guardarlas en el bolsillo, Enrique Donadío se deslizó como una sombra, detrás de un árbol; el fotógrafo no se asombró, pues desde hacía un tiempo había notado que los hombres tenían la inocente costumbre de esconderse detrás de los árboles. Los alumnos se habían escondido; dos de ellos detrás de una enorme enredadera, otro detrás de una estatua y los otros dos trepados sobre las ramas del gomero, junto al profesor.

Se oía el murmullo de la gente; los guardianes golpeaban las manos, recorriendo todos los caminos, y después de un momento interminable, entre los ruidos que se perdían, las sombras y la oscuridad que aumentaban, se oyó el chirrido de los portones.

De nuevo se oyeron pasos; se acercaron y se alejaron varias veces por las curvas de los caminos. Sombras enormes crecían entre los árboles, y de pronto apareció la luna pegada al horizonte, junto a los faroles que alumbraban la calle distante. Los ruidos del día se habían terminado; crecían otros ruidos misteriosos, que brotaban de las jaulas, de los pabellones, de las lagunas verdes. Los alumnos hicieron un largo viaje de silencio y de espera. Enrique Donadío sabía todo, estaba seguro de todo. Fue el primero en salir de su escondite.

—Casi me dormí —dijo, con voz tranquilizadora.

Los alumnos dejaron de temblar y salieron de los escondites, mirando para todos lados. No había ningún guardián. El profesor estaba tranquilo.

Caminaron un largo trecho, agachados, confundiendo ramas con sombras, y sombras con ramas quebradizas. Se sentaron sobre un banco y comieron los chocolatinas derretidos y las galletitas, que llevaban en los bolsillos. No sabían la hora que era, pero debía de ser casi la medianoche, pues no se oía ningún ruido, salvo el canto de algunos pájaros desvelados.

—Y ahora —dijo Enrique Donadío— tendremos que buscar la manera de abrir las jaulas.

La voz transformada por la oscuridad los sobresaltó. ¿Dónde estarían las llaves?

Todo brillaba con frialdad metálica bajo la luna; los barrotes de las jaulas dividían la noche como cuchillos. Los niños se levantaron del banco y Enrique Donadío se encaminó hacia la casilla, donde sabía que dormían los guardianes. Allí, en el cajón de un mueble del pasillo de la entrada, estaban los manojos de llaves. Enrique Donadío, durante sus incursiones por el Zoológico, había conversado largamente con los guardianes, enterándose de todos los secretos. En verano, dormían con las puertas abiertas. Los serenos eran los que tenían mejor vida, pues

nunca trabajaban y pasaban la noche durmiendo, debajo de los árboles.

A dos metros de la casilla oyó un ronquido; fue como una puerta abierta. Entró en la habitación, haciendo señas a sus alumnos, para que lo esperasen afuera. No hay sueño más pesado que el de los guardianes del Zoológico, acostumbrados a dormir entre rugidos de fieras, cantos de pájaros de todos los países del mundo: sólo el despertador, con su campanilla, es capaz de despertarlos. Si no fuera por el despertador, seguirían durmiendo durante el día. Como el príncipe que entra en el Palacio de la Bella Durmiente del Bosque, conmovido, Enrique Donadío entró en la habitación en donde estaban las llaves de todos los pabellones y de todas las jaulas del Zoológico. Entró de puntillas, silenciosamente tomó los manojos de llaves, que apenas sonaron. Los alumnos sonrieron; era como si las jaulas ya se hubiesen abierto. Ahora les tocaba a ellos abrir las puertas, probar las llaves de los pabellones, hasta encontrar las que coincidieran, y después...

Los alumnos acudieron a recibir las llaves, que llenaban los bolsillos deformados de Enrique Donadío. Luego se deslizaron entre las sombras, conteniendo el sonido de llaves y de risas en las manos sudadas y frías.

Nunca hubo tantas jaulas en el Zoológico, nunca hubo tantos pabellones. Se multiplicaban en la noche, eran laberintos enrejados de olores; estaban todos preparados, alineados y reforzados en la intimidad de las tinieblas.

El maestro y los alumnos se dirigieron primero a las jaulas de los pájaros. Fue difícil encontrar la llave; después de probarlas varias veces, tras largas vacilaciones, entró una llave en la cerradura. Se abrió por fin la puerta de hierro, con dos vueltas. Hubo un revuelo y después no se oyó nada más. Los pájaros siguieron entre las ramas. Uno de los alumnos sacudió el enrejado; hubo otro revuelo y un canto débil, dormido. Un pájaro desplegó las alas y voló, golpeándose contra los hierros del enrejado. No veía la puerta abierta. Pero no había que demorarse; los alumnos siguieron caminando y abrieron las jaulas de los monos. Algunos monos salieron corriendo, para treparse a los árboles más cercanos, otros quedaron dormidos e indiferentes. La pesada puerta de hierro del pabellón del elefante dio mucho trabajo para abrir. El elefante, aparentemente, dormía. Parecía tan sordo como los guardianes, pues era inútil sacudir las cadenas y las llaves: no despertaba. Finalmente abrió un ojo y con movimiento de pesadilla estiró la trompa y dio un galope. Enrique Donadío salió corriendo con sus alumnos. El elefante, balanceándose, quedó cerca del pabellón, recogió un papel con su trompa y retorció la enorme cadena que llevaba atada a la pata. Los niños se escondían detrás de los árboles mirando al elefante, mientras Enrique Donadío se acercaba al pabellón de las fieras.

—Es el turno de los osos —susurró uno de los niños.

Después de buscar largamente entre las llaves, Enrique Donadío encontró la etiqueta en donde estaba escrito «Pabellón de las fieras»: era una llave torcida y oxidada, con sombras rojizas. Un olor espeso, nauseabundo, como a carne cruda y a orina, emanaba de las jaulas de las fieras. Las

puertitas de comunicación que daban a la galería interior estaban todas cerradas. Las fieras se encontraban del lado de adentro. Había que abrir varias puertas de comunicación antes de poner en libertad a los leones.

—Es el turno de los osos —musitó el niño, que amaba a los osos; pero nadie lo escuchó.

No bastaba abrir la puerta grande del pabellón de las fieras. El exterior de esas jaulas era como las cajas de hierro con secreto: había que tantear y reflexionar un buen rato; además, eran peligrosas como trampas. Al menor movimiento las puertitas de hierro podían caer. Pero la puerta grande ya estaba abierta; los alumnos se quedaban en el umbral, maravillados, al ver que las cosas se hacían tan fácilmente. Enrique Donadío se puso el índice delante de la boca ordenando silencio a los alumnos, aunque nadie había hablado; el asombro de las miradas parecía ruidoso.

—Despacito, despacito —decía la voz de Enrique Donadío, tratando, de imitar al león.

El león movió las orejas, luego la cola y dio un pequeño gruñido. Quedó quieto. Tenía los ojos cerrados y la cabeza entre las patas, en actitud de oración. Los alumnos pasaron debajo de la baranda y se acercaron, como nunca lo habían hecho, a las jaulas. No podían contener las risas, jadeantes como rugidos.

Había llegado el momento de abrir las jaulas; los alumnos daban vuelta las llaves simultáneamente; las jaulas no eran tan complicadas como parecían a primera vista, no había más que levantar una tranca y desprender un gancho: las jaulas estaban entreabiertas. No había ningún secreto.

Al principio el león quedó inmóvil, amodorrado; su cuerpo parecía vacío, olvidado contra el suelo, como si tuviera las patas rellenas de algodón. Un imperceptible temblor corría por su lomo; temblores breves como relámpagos le contraían las patas, en galopes oblicuos. Dijo: «El frío me hace temblar, a veces». Y luego, un rugido desgarró el silencio, un rugido débil y lúgubre, como el llanto de los perros cuando miran la luna. El león soñaba. Era extraño que un león soñara tan suavemente. ¿No habría llegado más bien el momento de su agonía? ¿No iba a quedar muerto, antes de haber sido puesto en libertad?

Había un silencio sin rejas y sin puertas, pero el olor a fiera era potente, ensordecedor como un ruido, resplandeciente como un color muy rojo o muy amarillo, salpicado de luces.

Las puertas de las jaulas estaban abiertas. El leopardo, el tigre, el jaguar y la pantera, ¿también dormían o estaban muertos?

Las miradas de los alumnos se agrandaron; uno de ellos buscó en los bolsillos de su delantal blanco algo que no encontraba, y de pronto salió corriendo del pabellón y volvió con unas cuantas piedras. Desde la puerta gritó con todas sus fuerzas:

—Fuera de las jaulas, fuera —y arrojó las piedras.

Ese grito destemplado se esparció como un líquido hirviente. Los rugidos cubrieron la noche entrecortada por los gritos. A veinte o cuarenta cuerdas se oía el mismo ruido, o un ruido muy

parecido al que se desprende de las tribunas de un partido de fútbol en día domingo.

Se veían apenas las primeras luces del alba cuando Enrique Donadío y sus alumnos advirtieron que estaban adentro de las jaulas. El público que los miraba, unas horas más tarde, se componía en gran parte de los animales que habían puesto ellos mismos en libertad. *Así somos los animales*, pensaron; *exactamente iguales a los hombres*.

Isis

Su nombre era Elisa, pero le decían Lisi; y algunos quitándole la *l* y agregándole una *s* le dijeron Isis. Estaba siempre sentada en la ventana, mirando. Yo vivía en la planta baja de la misma casa. Los que pasaban por la calle decían:

—Ahí está la idiota. —Y miraban para arriba como si vieran un globo o una cometa.

Tenía muñecas, tenía libros, tenía cajas con diferentes juegos de paciencia, pero nunca jugaba con ellos. Después de comer y de dormir se colocaba frente a la ventana. Desde esa ventana se divisaba en primer plano la calle por donde pasa el tranvía, el vendedor de helados, el afilador y el carro lleno de canastos y de sillas de mimbre; en segundo plano, el Jardín Zoológico y (después lo descubrí) uno de los animales: ahora sospecho que no necesitaba mirarlo para verlo; lo miraba fijamente, como al sol, que deja su mancha deslumbrante sobre todo lo que uno mira después.

Sonreía cuando la gente hablaba, pero nunca pronunciaba sino el final de algunas palabras, inmediatamente después de oírlas, a pesar de ella. Algunas personas sospechaban que no era del todo idiota, sino que más bien se hacía la idiota. Sus grandes ojos verdes parecían siempre deslumbrados por la luz, aun cuando el cielo estuviera cubierto de nubes en el crepúsculo, o hasta en la penumbra de las habitaciones. Su inmovilidad era más perfecta que la inmovilidad de las águilas, cuando se admiran en la propia sombra, como en un espejo, dentro de la enorme jaula que imita la nieve con piedras tristes, pintadas de blanco. Más perfecta que la del jaguar, que no cierra los ojos sino para dormir o para devorar.

A veces una cometa brillaba, con su cola amarilla, en el cielo.

—Mire el barrilete —le decían, pero ella no miraba—. De qué le servirá tener ojos tan grandes, si no ve nada —decía la gente.

Nunca miraba algo que le hiciera mover el cuello o los ojos. Un día le dieron los anteojos de larga vista, que la madre usaba cuando iba al teatro. El armazón era de nácar. Los dejó caer. Otra vez le dieron un sonajero, otra vez un calidoscopio.

Pasaban aviones, pasaban helicópteros, pasaban soldados, pasaban procesiones; tampoco los miraba. Se hubiera dicho que nada debía distraerla.

La familia, la servidumbre o sus amigas, de las cuales yo era una, solíamos llevarla a pasear. A veces la llevábamos hasta el río, otras veces a una plaza, donde había columpios y toboganes, que no le interesaban; otras veces, al Jardín Zoológico, porque quedaba cerca; pero ella nunca

pedía que la llevaran a ninguna parte. Y no lo hacía, sospecho yo, porque fuera humilde y dócil, sino porque era constante en su propósito y persistente en el renunciamiento de aquello que no le agradaba.

Era, sin duda, la preferida de Rómula, la sirvienta. No protestaba porque en el baño quedara Puloil, ni porque dejara juntar tierra sobre las mesas o porque no atendiera el teléfono. Para ella todo era perfecto.

Las tardes eran todas iguales, pero una de ellas fue para mí fatídica.

El treinta y uno de enero de mil novecientos sesenta me pidieron que la sacara a pasear. Era la primera vez que me la confiaban a mí sola, pues la madre la trataba como a una niñita de un año. Pensaba llevarla al río, porque hacía calor, pero en la esquina, frente a los portones del Zoológico, se prendió de mi falda y con el mentón me señaló la entrada del Jardín Zoológico. Entramos. No podía oponerme a sus gustos siendo Isis una niña tan buena; además, hacía tanto tiempo que no manifestaba su voluntad con ademán alguno, que ese gesto fue una orden. Primeramente nos sentamos en un banco frente a las calesitas, luego recorrimos los senderos del Jardín Zoológico. Se detuvo a mirar un animal que no parecía real, sino dibujado en la arena. Sus enormes ojos nos reflejaban. Desde ese ángulo del jardín, donde nos detuvimos, advertí que se divisaba la ventana donde se asomaba Isis diariamente. Comprendí que ese era el animal que ella había contemplado y que la había contemplado.

—Dame la mano —dije a Isis. Y me dio una mano que fue cubriéndose paulatinamente de pelos y de pezuñas. La solté con horror. No quise verla mientras se transformaba. Cuando me volví para mirarla vi un montón de ropa que estaba ya en el suelo. La busqué. La esperé. La perdí.

La venganza

La señora Mercedes de Umbel era una de las mujeres más elegantes del mundo, pero algunos de sus amigos opinaban que era muy remilgada, y ninguno de los que la criticaban se ponía de acuerdo sobre sus verdaderos defectos y méritos. A veces hablaba la envidia, otras veces los celos, otras veces el sentimiento religioso, pero nunca la pura verdad ni la pura mentira.

No todo es éxito para una mujer hermosa y pudiente. Porque no sabía manejar la llave de la puerta de calle, porque dejaba a menudo abierta la del ascensor, Tonio Juárez, el portero de la casa de departamentos donde ella vivía, la maltrataba. Cada vez que debía subir los ocho pisos para cerrar esa maligna puerta del ascensor, Tonio Juárez dedicaba a Mercedes de Umbel un selecto repertorio de malas palabras, que ella oía con la sonrisa en los labios. Pero no eran estos los únicos motivos que él tenía para despreciarla; y tenía razón. Siempre hay cosas peores. Con sus manos, diariamente, la desgraciada ponía en el balcón miguitas o maíz y aun alpiste para las palomas (no por amor a las palomas, sino para encarnar la figura de un cuadro visto en una casa de remates), Tonio Juárez comparaba las palomas con las mujeres elegantes.

—Están cubiertas de plumas, con la pechuga llena, pero roñosas, ensuciando lo que otros limpian con el sudor de su frente —decía a quien quisiera oírlo.

—¡Para qué le sirve tanta riqueza! Mucha pintura en los ojos, ¡pero es más ciega que una lechuza! Mucha en la boca, ¡pero ni un diente de oro!

Un día, más bien dicho una tarde, a la hora del teatro, la señora de Umbel quedó encerrada, con un cajón de basura, en el ascensor. Su angustia fue grande, tan grande que olvidó las reglas de la elegancia. Se puso a transpirar. Apoyó la rodilla sobre una basura memorable. Tocó el timbre de auxilio. Se quitó el sombrero y los guantes y al ver que nadie venía a socorrerla se sentó en el piso, pensando que se asfixiaría en pocos minutos, si alguien, aunque fueran los bomberos, no la sacaba de ese fétido suplicio. Media hora de encierro y de gritos bastaron para dejarla afónica. Cuando llegó Tonio Juárez, que la había oído desde el primer momento, la asustó un poquito más, gritándole desde afuera que la dejaría pasar la noche dentro del ascensor, que olía a coliflor y a queso de rallar. Este episodio desagradable no se borró de la memoria, llena de recuerdos lujosos, de la señora de Umbel.

Para los que no meditan, meditar es un sacrificio; pero la señora de Umbel estaba dispuesta a hacer cualquier locura. La gente, al verla tan abstraída, creyó que un inesperado misticismo se apoderaba de su alma. Pensaba. Pensaba en vengarse. Una mañana, más allá de la ventana

abierta, por donde entraban sol y campanadas de iglesia, las palomas volaban de la casa de enfrente a la suya y ensuciaban la vereda, que el portero limpiaba. Con la escoba, este último las amenazaba, de vez en cuando, y les echaba maldiciones. Tristemente, alejadas del símbolo habitual de pureza y de paz, aquellas angelicales aves, con plumas del color de guantes femeninos a la moda, que arrullaban todo el día, que al desprenderse de las cornisas batían el ala como una mano de colegial, que ponían huevos inútiles, inspiraron la sutil venganza.

A la hora en que toda la gente de la ciudad duerme la siesta, Mercedes de Umbel, después de vestirse, puso papel higiénico en su bolsillo. Papel rosado. Bajó los ocho pisos sin utilizar el ascensor. En el último tramo de la escalera, se detuvo unos instantes. Después, con lentitud, salió de la casa, poniéndose los guantes.

Cuando la señora volvió del cine, el mismo día, Tonio vociferaba, en la puerta, rodeado de vecinos y de moscas.

Algunas voces decían:

—Fue un perro, seguramente.

—¡Qué perro ni perro! —contestaba Tonio Juárez—. Perra digan ustedes. Gran perra.

Esta escena se repitió a diferentes horas en los subsiguientes días. Tonio Juárez resolvió quedarse en un lugar estratégico, día y noche, esperando. ¿Esperando qué? El cumplimiento de un sueño premonitorio que tuvo no hacía un año, cuando le dio por redoblar la limpieza de la escalera.

El sacrificio no fue en vano.

Con el corazón trémulo, como en sus mocedades, vio el sueño hecho realidad: desde la penumbra del patio donde había un ínfimo jardín, divisó a la dama en la postura prevista. Se acercó y, obedeciendo a la continuación inevitable del sueño, con un certero puntapié descargó su venganza contra palomas y señoras elegantes.

El novio de Sibila

—Voy a hacer tu retrato —yo le decía.

—¿Cuándo? —me preguntaba.

—Mañana o pasado —yo le respondía.

No la olvidaré nunca. Tenía los ojos muy separados y se parecía mucho a la Sibila de Cumas, de Miguel Ángel.

Sobre la mesa de luz tenía un retrato. Me dijo que era de su novio. Era tan buen mozo que cualquiera se hubiera enamorado de él.

—Otras chicas de mi edad estuvieron de novias con varios muchachos antes de decidirse por uno. Yo, no. Es la primera vez.

—¿La primera vez que te enamoraste?

—La primera vez —contestó.

Sus ojos brillaban como los espejos, cuando se limpian con alcohol de quemar.

—Cuando era chica —me dijo— enfermé gravemente. Vivía en las montañas. Estaba paralítica. Para sanarme me metieron en un río helado; me dieron caldo de culebra y después, al ver que nada me curaba, mis padres llamaron a un curandero. Vino a casa a caballo, desde muy lejos. Dijo que yo tenía que comer tres pulgas de su caballo. Cuando supo que me habían bañado en un río helado y que había tomado caldo de culebra le dio lástima y dijo que él se comería las pulgas. Era lo mismo. Comió las tres pulgas ya preparadas en el hueco de su mano y a las pocas horas mejoré.

—Voy a hacer tu retrato y tan parecido como una fotografía —le dije.

—¿Cuándo? —me preguntó.

—Mañana o pasado —respondí.

Durante el verano Sibila trepaba a los árboles más altos para echar abajo los nidos y romper los huevos; sabía cortar el pasto con la guadaña; cuando acomodaba un cuarto, ponía todos los muebles juntos; todos los adornos de una mesa, juntos o adentro de los cajones. No comprendía el caprichoso gusto que la gente tenía en dispersarlos desordenadamente. No distinguía una fotografía de un cuadro. No comprendía la perspectiva. Creía que las sirenas existían porque figuraban en los diccionarios. Reía de los defectos de los hombres: remedaba a los rengos o a los tuertos o a las caras de las personas que sufrían.

—Voy a hacer tu retrato.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo.

Jamás pensé que iba a morir tan joven, pero murió.

Al pie del ataúd, cuando llegué a verla aquel día de su entierro, un hombre todo de negro, con cara de sacristán, lloraba.

—Es el novio —me dijeron sus parientas avergonzadas.

Lo saludé. Era un hombre feo, de rasgos mezquinos, enlutado.

—Soy casado —me dijo—. No quisiera comprometer a la chica. Si usted pudiera devolverme las cartas que yo le he escrito, se lo agradecería.

Le prometí hacer lo que me pedía, pero no encontré en el cuarto de Sibila ninguna carta; sólo encontré la fotografía que había visto sobre su mesa de luz, cada vez que la visitaba. Saqué la fotografía del marco para ver si en el reverso llevaba un nombre. Decía: «A Sibila, tu sobrino. Armando». Guardé la fotografía en mi bolsillo y al salir del cuarto tropecé con el mismo Armando, a quien devolví la fotografía.

—¿Usted estaba de novio con Sibila?

—No. ¿Quién le dijo eso?

—Ella —le respondí.

—La mataría —me dijo—. Soy el sobrino y nada más.

—Está muerta —protesté.

—Ya sé. ¿Pero qué derecho tiene de mentir?

El moro

A Luis Saslavsky

*Indio volveme mi moro
que me has llevado la vida.*

Oía aquella tarde esa canción cantada por Gardel, en la radio del almacén de Tres Arroyos, cuando me enteré por boca de Irene, que no era mentiroso, de algo increíble: que en Francia la gente comía carne de caballo, y que al dueño del establecimiento donde yo trabajaba le habían propuesto como negocio (el desgraciado aceptó en el acto) comprarle caballos para mandarlos en barco a Francia.

Yo tenía ocho años. A pesar de mi corta edad, trabajaba de peón como un hombre, mejor que un hombre porque no era haragán. Quizá mi habilidad y diligencia me volvían simpático, pues todos los peones me regalaban algo; es cierto que les hacía parte del trabajo. ¡Pero qué regalos recibía! El más extraordinario que conservo hasta hoy fue aquel par de espuelas con estrellitas de plata.

Yo era el último en acostarme y el primero en levantarme para encender el fogón, cebar mate o ensillar los caballos. A más de Guacho me llamaban Bichofeo, porque era feo, Comadreja, porque robaba huevos de noche, Tero, porque tenía las piernas flacas.

Sabía hacer todo lo que saben hacer los hombres: beber, fumar, jugar a las bochas o a la taba, enlazar, cuerear y otras cosas que no digo. Me gustaban los caballos: eran mi juguete, pero también mi herramienta de trabajo. En la tropilla del desgraciado de don Eusebio (del establecimiento «La Felicidad», de Tres Arroyos) había caballos de todos los pelos: alazanes, gateados, zainos, azulejos, tobianos, rosillos, picazos, malacaras, colorados, bayos, tordillos, negros, blancos. Todos me gustaban, salvo el blanco, que atraía los rayos y el rosillo que parecía sucio. El mío era moro y uno de los pocos de ese pelo en mi pago. Tal vez por ese motivo me gustaba tanto la canción del Moro, cantada por Gardel, que a menudo oía en la radio de Tres Arroyos.

Yo no era caviloso ni inclinado a creer en la mala suerte, aunque tuviera ya experiencia de adulto. Empecé a temer que embarcaran al Moro con el resto de la tropilla, pues no sólo era

mañero y medio manco, sino bichoco, y no me pertenecía. Los hombres del establecimiento, salvo Ireneo, que tenía un corazón de oro, daban poca importancia a la amistad que me unía al caballo. Por esa amistad yo me creía poco menos que su propietario, pero en ese punto reconozco que me equivocaba.

El tiempo rápidamente reveló que mis temores eran justificados.

Fijada la fecha de partida, en el establecimiento se hizo un rodeo: apartaron los caballos que mandarían a Bahía Blanca, para embarcarlos en un buque de carga francés, llamado *Mistral*. Tres hombres y yo los arrearíamos hasta el puerto. Luego el capataz e Ireneo se embarcarían con la tropilla, destinada al matadero en Francia. Como si yo también fuera a embarcar me despedí de mi madre, que insistió en no dejarme ir a Bahía Blanca, para no quedar sola. En vez de besar su mejilla besé su esclavina de lana azul y pensé que me iría más lejos aún.

Era pleno verano. Durante el trayecto arreamos los caballos de sol a sol. Llevé poco equipaje; justo lo necesario para un viaje largo: las espuelitas y el poncho. De continuo el capataz nos retaba a Ireneo y a mí; esto me unía a Ireneo. Yo discurría tretas para embarcarme. ¿Qué podía hacer sin la ayuda de alguien? ¿Podría esconderme en el barco hasta que zarpáramos? ¿Quedarme con el Moro? ¿Huir a último momento con él? La solución fue mejor. Yo sabía que la cebolla hacía llorar los ojos. Antes de llegar a Bahía Blanca (el trayecto duró una semana entre una cosa y otra), robé una cebolla en la cocina de una fonda donde nos apeamos y, para conmover a Ireneo, me la pasé por los ojos. Todo salió como por encanto, pues estuve media hora a solas con él, lagrimeando, mientras el capataz se lavaba los pies, orinaba en la letrina o cumplía otros engorrosos preparativos para proseguir el viaje. Expliqué a Ireneo la causa de mi llanto: el Moro era un caballo extraordinario; para salvarlo me embarcaría con él. Un llanto verdadero hubiera sido menos elocuente. Ireneo me dijo:

—Un hombre no llora y menos cuando lleva espuelas y se llama Bichofeo. El Moro no vale nada, pero todo va en gustos... ¡Caray que estás hediondo!

Prometió, si yo me bañaba, armar personalmente, con el pretexto de llevar en lugar seguro las herramientas, un enorme cajón para esconderme durante el viaje. Así lo hizo, porque era hombre de palabra. En lugar de pasear por Bahía Blanca, el día de nuestra partida preparó el cajón, en el que agregó una cama de paja y unas arpilleras para cubrirme. A último momento me deslicé en el escondite. Ireneo clavó las tablas que me encerraban, dejando algunos agujeros para que yo pudiera respirar y aun ver. Con muchas recomendaciones pidió a los estibadores que no golpearan demasiado el cajón, para que no se rompiera la madera. Con la grúa lo subieron a bordo, sin tropiezos.

Durante cinco días dormí en la cubierta, sobre la cama de paja, entre los caballos. Ireneo me visitaba para traerme comida. Salía de mi escondite de noche y como tuve suerte de no ser visto, me atreví a pasear por la cubierta en horas más peligrosas. El capataz me sorprendió abrazado al Moro. Entonces Ireneo pareció tan asombrado como él. Discutieron si me arrojarían al mar, pues

mi presencia en el barco podría traer disgustos. Luego convinieron en tirar a la suerte con una moneda. Estaban borrachos. Me di cuenta de ello porque se servían continuamente vino de una damajuana. «Los franceses en los barcos llevan bebidas buenas; están dispuestos a cambiarlas por yerba o maní», me había dicho Ireneo el día anterior.

—¿Cara o cruz? —dijo Ireneo.

—Cara —dijo el capataz.

Ireneo tiró la moneda al aire y la barajó en la palma de la mano. Salió cara.

—Lo tiraremos al mar —murmuró el capataz.

La palabra más cruel me la dijo Ireneo:

—Despedite del Moro, Bichofeo.

Estiraron un poncho sobre el piso. Me despedí del Moro, como lo había ordenado Ireneo, y me eché de boca sobre el poncho, acurrucándome después sobre un costado. Los hombres tomaron el poncho por las puntas y me levantaron en el aire. Si hubiera sido en broma, el juego me hubiera gustado. El barco se movía y tambaleándose los hombres se arrimaron a la borda. Como si hubieran comprendido, los caballos relincharon; pero no lo hacían por mí, sino de terror, porque se levantaba una tormenta. Los marineros aparecieron en la cubierta, treparon a los mástiles, desanudaron sogas, anudaron otras. El capataz y mi amigo soltaron las puntas del poncho y me dejaron caer al suelo.

—Arreglate como puedas —me dijeron, acodándose a la borda.

—Yo me lavo las manos —declaró el capataz, encendiendo un cigarrillo.

—Decile al Moro que te proteja. ¿No lloraste por él, como una mujer, cuando llegábamos a Bahía Blanca?

Me senté sobre unas sogas, más muerto que vivo. Yo con el susto, el capataz e Ireneo con la borrachera, no hacíamos caso de la tripulación, que iba y venía; ni siquiera del capitán, que se acercó y me dijo dos o tres palabras en francés, palmoteándome el hombro. Supe después que me tomó por un fantasma, por una de esas visiones producidas por el delirio que alguna vez padeció.

Ahora, cuando recuerdo, pienso que tal vez estaba beoda la tripulación entera, pues se conducía tan caprichosamente que era difícil comprender lo que hacía y por qué lo hacía. La tormenta arreciaba, crujían las maderas como si el barco se quebrara. Los relinchos aumentaron. El capataz e Ireneo estaban mareados, los caballos también: daba risa mirarlos. Eso sí, ver a Ireneo, que era tan hombre, vomitar, me causó pena. Yo gateaba por la cubierta y con gusto recibía el agua en el pelo y en la cara. Por primera vez veía el mar enojado.

Cuando calmó la tormenta, sequé mi ropa al sol. Ireneo me dio una manta. No tardaron mis compañeros en obligarme a hacer todo el trabajo. Tenía que bañar los caballos, darles la ración, limpiar las camas. El capataz e Ireneo conversaban todo el día o bebían o jugaban a la taba con marineros que conocían dos o tres palabras de castellano. Como el Moro y yo, los hombres se entienden mejor cuando no hablan el mismo idioma.

Soñé una noche que montado en el Moro galopaba por el mar en dirección al sol del poniente, hasta llegar de nuevo a Tres Arroyos. Muchas veces deseé bajar del barco y alejarme en aquella extensión misteriosa donde no había alfalfa, ni trigo, ni girasol, ni lino, ni barro, ni tierra arada, ni greda, ni arboledas, ni pájaros, ni vacunos, ni majadas, sino agua azul, agua verde, agua negra con espuma.

Ireneo y el capataz discutían a menudo, mientras yo bañaba o daba la ración a los caballos. ¿De qué discutían? No sé. Miraban un planito de Francia y le dibujaban cruces con un lápiz; hablaban de un dinero que repartirían entre ellos, también.

El barco atracó en Pernambuco. En el puerto, mercachifles exhibieron inmediatamente carpetas, colchas, canastas, adornos de celuloide, muñecos de madera. Ireneo me preguntó si quería que me comprara algo. Era bueno Ireneo. Le pedí un pajarito, porque pensé que era lo más barato y que alegraría al Moro, porque en el campo un tordo solía posarse sobre su lomo. Le pedí también un cortaplumas, porque me hacía falta para limpiarme las uñas.

—¿Y abrigo? —me dijo—. ¿No sabes que hay nieve en Francia?

Me encogí de hombros.

—Con el ponchito basta —le contesté.

Casi desnudo me escondí en el cajón. Como fogón ardía el sol. Gotas de sudor chorreaban por mi frente. Era carnaval y algunas máscaras, al caer la noche, bajaron al embarcadero, buscando un barco argentino, donde había fiesta. Pasaban con sus caretas, bailaban, tiraban serpentinas a nuestro barco vacío. Salí de mi escondite y me asomé. Vi una fila de negros, algunos con bolsas al hombro, otros con pescados colgando de una caña; no sé si pertenecían a la comparsa enmascarada o si eran peones que aprovechaban el fresco de la noche para trabajar. Los caballos, apesadumbrados por el calor y las moscas del día, agachaban las cabezas. Sin olvidar mi obligación los bañé y les di agua, antes de recorrer el barco, aprovechando el rato de soledad.

Amanecía cuando volvieron el capataz e Ireneo. Me escondí. Como llegaban borrachos yo sabía lo que me esperaba. Ireneo traía un cacho de bananas y una jaulita; el capataz, un sombrero de paja aludo, lleno de chirimoyas y de abacashis. Nada bueno me esperaba; cuando estaban borrachos no tenían otra preocupación que deshacerse de mí.

—¿Dónde está? —vociferaba el capataz, mientras subía la planchada, mirando a todos lados.

—Ahí me parece haberlo visto —respondió Ireneo.

—Yo lo vendo por nada, por veinte reis. En casa de la loca limpiará los patios: puede darse por bien servida. Y él, qué más quiere. Comerá bananas todo el santo día, como un mono.

En la dársena una mujer de pelo rojo, extravagante, agitaba una mano, miraba el barco, esperaba probablemente que me entregaran de una vez el capataz e Ireneo. Me buscaron hasta la salida del sol. Bajaron del barco y de nuevo subieron. Mi escondite era seguro, pues me alojé en un camarote vacío, por cuyo ojo de buey veía todo.

El barco tembló, sonó la sirena, se levantó la planchada, golpeó la cadena del ancla contra los

hierros del casco. Aproveché del movimiento para salir del camarote y meterme en el cajón. Cuando estábamos navegando, advertí que Ireneo y el capataz dormían en la cubierta. Ireneo, junto a la jaula, que en lugar de un pájaro contenía un monito, y al cacho de bananas; el capataz junto al sombrero de paja con chirimoyas. Me acerqué, arranqué cuatro bananas, regalé una al mono y comí las otras; tenía hambre, pues Ireneo me daba alimentos una vez por día, y nunca frutas, sino las sobras de su comida, que era abundante, pero no de mi agrado. El mar, tan parecido a la llanura, ya no fue verde, sino azul, cuando dejamos Pernambuco.

Tramábamos con Ireneo una huida a nado con la tropilla, para salvarla del matadero. ¡Parecía tan fácil! Mucho más fácil que llegar a Francia.

A veces el monito andaba con Ireneo, que lo llevaba bajo el poncho, porque era friolento, y a veces conmigo. Lo bautizamos Maní.

Un caballo enfermó de locura. Hubo que tirarlo al mar, para que nadie se enterara de la enfermedad, pues si no al llegar a Francia nos hubieran puesto en cuarentena, y ¡adiós negocio!

—Si otro caballo enloquece, también lo tiramos al mar —decía el capataz, moviendo una mano amenazadora—. Hay que evitar que descubran la enfermedad y nos arruinen el negocio, aunque debamos echar al agua toda la tropilla.

Yo observaba al Moro con inquietud. Un día lo noté triste y le puse vino en el agua, para alegrarlo.

El capitán, que sabía algunas palabras de castellano, conversaba a menudo con Ireneo y con el capataz. De nuevo habló de que había un niño a bordo, quizás un polizonte; a lo que Ireneo le dijo que si padecía de delirio, era mejor que se cuidara.

De noche las fosforescencias y de día los peces voladores me deslumbraban. Las horas pasaron con rapidez; ni tiempo me daban para dormir. Ireneo discutía siempre con el capataz; a ellos tampoco el tiempo les alcanzaba. Con desgano jugaban a la taba o al truco, alumbrados por un farol.

Una noche en que jugaban por plata, el capataz gritó ¡trampa! Ireneo contestó riendo. El capataz lo arrinconó contra la borda. Relucieron los cuchillos. El de Ireneo cayó al suelo. Lo recogí. Quise alcanzárselo, pero lo tomó el capataz y se lo clavó en el pecho. El capataz trató de reanimar a Ireneo toda la noche. Antes de que amaneciera envolvió el cadáver en bolsas, las ató con sogas y lo tiró al mar. Me dijo:

—Diremos que se suicidó. Total, le hice un favor. ¿Para qué quería vivir?

Cuando la tripulación se enteró de que faltaba Ireneo, lo buscaron hasta en la bodega. Casi me descubren a mí. ¡Pero ya no me importaba!

Uno de los marineros encontró sobre la cucheta de Ireneo un papel que decía: «No me busquen porque voy a tirarme al mar. Ahí acabarán mis penas. Ireneo». El capataz era como un hombre que perdió a un hermano, cuando el capitán le palmeó la espalda.

Con la desaparición de Ireneo, el capataz se ocupó del mono y de mí. Me trajo vino: lo tiré al

mar. Me trajo comida: la tiré al mar. Durante cinco días no probé bocado, pero desfallecía, y avergonzado comí para no morir. El capataz me regaló el rebenque de Ireneo, que tenía empuñadura de plata: sin contestarle, mirándolo en la cara, lo acepté.

Cuando llegamos a Francia, llovía. Con el apuro de los últimos momentos Maní quedó en el barco. Con la grúa me bajaron en el cajón, me depositaron en la dársena de El Havre. Divisé a Maní junto a la baranda de la cubierta. Le grité adiós.

En la entrada del pueblo había ruinas. Fue allí donde el capataz sacó una carta arrugada y me anunció la muerte de mi madre. Él andaba medio encorvado, porque maldad y deformidad van juntas. Se quitó la boina y me alargó la mano. Crucé los brazos.

—Lo siento de verdad —me dijo, y agregó—: Si querés quedarte con el Moro, te lo regalo, Bichofeo.

—Me llamo Luis —le respondí, pensando que los asesinos tienen cara de gusano.

Emprendimos el viaje de El Havre al matadero. De mi mano cayó el gorro de arpillera que usaba Maní en el barco. Francia estaba tan vacía como el partido de Tres Arroyos, pero hacía más frío. Yo, montado en el Moro, el capataz en un alazán, arreábamos la tropilla. Desde aquel día odio a los alazanes. Fue largo el trayecto, como fue largo el trayecto de Tres Arroyos a Bahía Blanca; ningún cerco de cina-cina, ningún eucalipto nos guarecía. Los caminos arbolados se estiraban hasta el horizonte. Los pueblos tenían calles torcidas y angostas. El cielo estaba más lejos y no reconocí las estrellas. ¿Dónde estarían las Tres Marías y los Siete Cabritos? Ya habíamos pasado una semana en aquel país parecido al nuestro y tan diferente. Nos acercábamos al matadero. Oímos los bramidos de los animales en la mañana. Entonces, en el momento en que la tropilla, súbitamente aterrada, comprendiendo dónde la llevábamos, se detuvo, arrimé mi caballo al del capataz. ¿Qué había en la mirada mía para asustar a un hombre? Le crucé la cara de un rebencazo y le grité:

—Por Ireneo.

Largué la rienda al Moro, clavé las espuelas. Huí en dirección adonde habíamos desembarcado. Galopé, sin mirar a dónde iba, no sé cuánto tiempo. Cuando el Moro, bañado en sudor, se detuvo, como si se le aflojaran las patas, caí contra su pescuezo, abrazado. Una mujer me habló. Yo miraba a lo lejos. La mujer tenía una esclavina azul. Me bajé del caballo y ella tomó las riendas. Me desmayé sobre su pecho, con la cara contra la esclavina. Acariciándome el pelo, dijo algo en francés, que no entendí, pero yo oí las palabras que me dijo mamá cuando me fui a Bahía Blanca: «Quedate con tu madre» y la voz de Gardel que cantaba en la radio del almacén de Tres Arroyos.

El siniestro del Ecuador

Esa noche decidieron llevarnos al nuevo local del «Ecuador», porque a la niñera le tocaba salir. Hacía un año que el viejo edificio se había derrumbado, sobre los mozos, por así decirlo, pues todos perecieron bajo los escombros. El accidente sucedió, no se sabe cómo, a las doce de la noche, cuando los clientes ya se habían retirado.

Mis padres iban frecuentemente a ese restaurante, no porque la comida fuese buena ni porque sirviesen con rapidez, sino un poco por rutina, otro poco porque quedaba a cinco cuadras de nuestra casa y era barato.

El mozo que siempre servía a mis padres, al decir de ellos, tenía un rostro extraño que se les quedó grabado en la memoria; decían que les resultaba difícil describirlo, pero que si lo vieses entre un millón de mozos podrían reconocerlo. Lo único que describían con precisión eran las diversas manchas de su delantal y el color blanco de su cara, que parecía de miga. Había días en los que todo cuanto traía estaba falsificado: el arroz parecía fideo; los fideos, chauchas; las papas, batatas; las bananas fritas, pescado; el dulce de membrillo, puré de remolacha; el agua, carne; la carne, vino. Lo peor de todo es que mis padres culpaban de estos inconvenientes al mozo, no al cocinero, y pensaban que eran justos, pues ¿cómo había de explicarse que las frutas en las compoters resultaran tan insípidas, que las mandarinas y las manzanas fueran como alcancías, y que la manteca y el pan tuvieran gusto a cartón, como en los platos de juguete? Ellos hacían estos comentarios, creyendo que yo no los escuchaba, pero un chico escucha todo. El mozo se llamaba Isidro Ebers.

Cuando llegamos al restaurante «El Ecuador» se asombraron de no encontrar en el nuevo local ni vestigios de lo que había sido el otro. No había manchas en los manteles, no había música ni plantas en macetas doradas, no había aparadores, ni rifaban radios; las paredes eran blancas y los asientos de imitación cuero.

Eligieron una mesa cerca de la pared del fondo del comedor. Frente a un espejo nos sentamos. Mis padres se pasaron el menú y discutieron un buen rato. A mi madre le gusta la comida pesada. Se deleita con un plato de ostras o con una carbonada. Le gusta el pato con naranja y salsa negra, los calamares en su tinta y las empanadas con un sinfín de sorpresas, como si fuesen pequeñas y hediondas medias de Navidad llenas de alimentos. Pidió ostras y carbonada. Mi padre se atrevía a veces a comer una milanesa. Después de estudiar bien el menú, dijo al mozo lo que siempre decía en estas ocasiones:

—Tráigame arroz al natural.

Un rato estuvo pensando mi padre, ante el delantal del mozo:

Las manchas de los delantales son todas iguales. Pobre Isidro Ebers. Hace un año que ha muerto debajo de esos andamios, de esos muebles, de esos platos caídos, quizá con una compotera en la mano. Entre tenedores, cuchillos, soperas rotas y almíbar de compotas, pobre Isidro Ebers. Siguió enumerando despacio su pedido y con vergüenza, porque era un mozo nuevo el que lo escuchaba, y quizá fuera despiadado con los que piden comida sencilla.

—Arroz al natural, y un bife.

—Sí, ya sé —interrumpió el mozo—. Un bife bien cocido con puré de papas y ensalada de lechuga.

Mi padre alzó los ojos, asombrado. ¿Quién era el que hablaba así?

—Para los niños —dijo mi madre—, huevos pasados por agua, si son frescos; fideos y un bife. De postre queso fresco y dulce de membrillo.

Recorrió de nuevo el delantal manchado del mozo para asegurarse de que sus ojos veían bien. Cuando llegó a la altura de la cabeza encontró la cara pálida de Isidro Ebers, esa cara que hubiera reconocido entre un millón de caras. Lo miró, le miró las manos: eran las mismas manos coloradas con las uñas comidas.

Isidro tomó mi abrigo y lo colgó en la percha; lo mismo hizo con los otros abrigos. Después desapareció por la puerta del costado derecho, donde debían de estar las cocinas.

Mi madre exclamó con los ojos desmesuradamente abiertos y en voz baja, a mi padre:

—¡Isidro Ebers!

—¿No estaremos soñando? —le contestó mi padre.

Comenzamos a reír.

—¿Qué les pasa? ¿Por qué están tan asustados? ¿Quién es Isidro Ebers? —pregunté a mi madre, sabiendo quién era.

—Isidro Ebers es el mozo que nos está sirviendo —dijo mi madre.

—¿Y qué tiene de extraordinario? —preguntó mi hermano.

—Nada —dijo mi madre.

—Lo que tiene de extraordinario es que todos los mozos murieron hace un año en el accidente que ocurrió en el otro local. Y entre ellos estaba Isidro Ebers. Hay que decir las cosas como son —dijo mi padre, furioso.

—No le crean —agregó mi madre—. Es un mentiroso.

Reímos.

—Tiene cara de muerto —dijo mi hermano, mirando para el lado donde había desaparecido el mozo—. Vamos a preguntarle si es cierto que ha muerto o si es una calumnia.

—Mañana no irás al cine —dijo mi madre—. ¡Mal educado!

Al cabo de un rato apareció Isidro Ebers, trayendo una fuente. Mi hermano le preguntó:

—¿Es verdad que todos los mozos murieron en el accidente que ocurrió hace un año en el otro local?

El mozo contestó sin cambiar de color:

—Todos murieron. Todos mis compañeros. Ninguno se salvó.

—¿Isidro Ebers?

—Isidro Ebers también murió.

Seguimos comiendo. El mozo iba y venía con rapidez, pero nos traía las fuentes con extrema lentitud. Se había olvidado de hacer tostar el pan. Mi madre dijo:

—Mejor será que no le hablemos.

—¿Por qué? —dijo mi padre.

El mozo desapareció corriendo y volvió lentamente con una pila muy alta de tostadas; después de dejarlas sobre la mesa, dijo intempestivamente.

—Isidro Ebers tardó más que los otros en morir, porque quedó preso durante seis horas entre dos tirantes gruesos, que se habían caído y que le apretaban la cintura. Fue el último abrazo que recibió en su vida.

El mozo buscó una silla y se sentó entre nosotros. Siguió hablando:

—Vio toda la noche el vuelo de los murciélagos que lo asustaban de chico. Como después de una batalla, los mozos estaban tendidos en el suelo, con cuchillos en la mano.

—No diga esas cosas delante de los niños —dijo mi madre, furiosa—. ¡No van a dormir esta noche!

—La muerte es para todos, para grandes y chicos, señora —prosiguió Isidro Ebers—. Los aparadores estaban intactos, las mesas, las perchas y las sillas estaban alineadas como en un gran campo de batalla donde corrían los ratones; porque ustedes sabrán, señores, que en el local antiguo abundaban los ratones. Vio salir el sol y oyó las campanadas de las cinco, de las seis... y luego pudo, al fin, salir de los tirantes que lo abrazaban. Fue hasta su casa, no encontró a nadie; estaban velándolo en la cochera. Fue hasta la cochera. En el fondo de un largo cuarto, su mujer lloraba inconsolablemente; quiso abrazarla y ella sin verlo preguntó a su pequeña sobrina: «¿De dónde viene ese chiflón helado?». La sobrina, acercándose, le contestó: «Tía Etelina, las puertas están cerradas». Y después de un rato dijo en voz baja: «¿Qué haríamos si resucitara el tío Isidro?». «Mi hijita, no me asustes. Eres muy niña para saber lo que es la muerte. Este cajón es el más lujoso que he encontrado», y al decir estas palabras se acercó al cajón y acarició con el índice el dibujo del bronce sobre la madera, para distraer a la sobrina.

—¿Pero usted cómo se llama? —interrumpió mi hermano, entusiasmado.

—Yo me llamo Isidro Ebers.

En ese instante se acercó el *maître d'hôtel*, muy congestionado, y dirigiéndose al mozo le dijo:

—¿Qué hace usted acá? ¿Por qué no está sirviendo?

—Pero estamos hablando de Isidro Ebers —protestó mi hermano.

—De acuerdo con los reglamentos —dijo el *maître d'hôtel*, dirigiéndose a mi madre— los mozos no están autorizados a sentarse a las mesas donde están los clientes, salvo cuando se trate de un desmayo o de un fallecimiento. En ese caso se ruega a la víctima que se acueste en el suelo, para no permitir abusos. Se ha previsto también el caso de un encuentro familiar, padre, madre o hermanos. En esas circunstancias será menester (dice el reglamento) que el mozo elija otro restaurante para encontrarse con su familia.

—Tiene razón —dijo mi madre, interrumpiendo al *maître d'hôtel*.

—Pero Isidro Ebers ha muerto. Hace un año que ha muerto —contestó mi hermano, indignado.

—No importa. No estamos hablando de casos personales. Se trata del personal y de los reglamentos que todos deben respetar —dirigiéndose al mozo, que no se había movido de la silla, gritó—: Usted queda despedido.

El mozo sonrió levemente, esperó que el *maître d'hôtel* se fuera y nos dijo:

—Esto sucede todos los días.

Se levantó y nos trajo el postre. El postre estaba hecho de una azucarada nube de merengue. Después de dejar la fuente sobre la mesa, sacó una tarjeta de su bolsillo:

—Les voy a dar mi dirección —nos dijo, escribiendo apresuradamente con un lápiz.

Para fastidiar a mis padres, me entregó la tarjeta a mí, sin mirarme. Vislumbré en letras negras su nombre: Isidro Ebers. Sector E, número 9. Chacarita.

—Si alguna vez quieren comprobar la miseria en que vivo, ¡ni una flor! —dijo.

Mi madre me arrebató la tarjeta, pero yo sabía la dirección de memoria. Miré a mi hermano. Llegué hasta él a través de un largo puente de miradas asombradas. Éramos partidarios de Isidro Ebers y resolvimos, aunque estuviera muerto, ir a visitarlo. No dormimos en toda la noche.

El médico encantador

Con los bolsillos repletos de bombones en forma de palomas, de ratones Mickey, de enanitos, de conejos, de los que me ofrecía, uno antes de auscultarme, otro después de examinarme la garganta, bajando mi lengua con el mango de una cuchara de postre, otro, el menos codiciado y más pegajoso de todos, al despedirse, recuerdo a Albino Morgan. Era nuestro médico. El médico de mi infancia, de mi adolescencia, de mi familia, de toda la vida. En aquella época, el principio de su carrera, de esto hará quince años, se especializaba en niños y era muy joven, pero me parecía viejo porque usaba anteojos verdes, barba larga, pañuelo anudado al cuello (que le daba cara de garganta dolorida) y la valijita del manómetro, que llevaba bajo el brazo como si hubiera sido una caja llena de huevos o de tazas muy finas de porcelana. Para conquistar a los niños, antes de mirarlos siquiera, fingía auscultar alguna estatuita, alguna figura de un cuadro, de esos que nunca faltan en las casas, dirigiéndoles palabras cariñosas, como si se tratara de seres reales. Mirta, que venía a jugar conmigo después de las clases, aunque no estuviera enferma, recibía dentro de la boca su caramelo. Como un cura que da la hostia, sosteniéndola entre el dedo pulgar y el índice, Albino Morgan le administraba la golosina; dirán que el gesto denotaba perversión sexual, indicio de otras depravaciones, pero yo no lo creo. En broma, y porque mis padres admiraban sus bromas, les decía: «Soy especialista de niños porque los niños se contagian más fácilmente. A cincuenta casas puedo llevar la enfermedad de un solo niño que visito». Si hubieran adivinado la secreta verdad de esa frase, mis padres no hubieran reído.

Muchas veces oí a mis tías discutir su eficacia, su honestidad, su sabiduría y hablar con cierto mal disimulado temor o falso desdén de lo que llamaban la originalidad o la excentricidad de Albino Morgan. Yo trataba de no escuchar esos diálogos odiosos, que me sumían en la mayor de las confusiones: por ellos llegaba a dudar de todo, hasta de la existencia de Dios. Pues cómo no había de dudar, sin perder fe en todo lo demás, del médico que mis padres veneraban, que me auscultaba de pies a cabeza, logrando que resonara mi abdomen como un tambor, que hacía saltar mis piernas y mis brazos con un simple golpecito, que escuchaba el corazón o las arterias a través de instrumentos parecidos uno a un teléfono y otro a un reloj, que prohibía alimentos y prescribía gotas azules, rojas o verdes, inyecciones, jarabes, enemas de leche, sin vacilar. Por orden de Albino Morgan nunca tomé de niño remedios repulsivos como el aceite de ricino o la magnesia, sino aquellos de sabor a frutilla, incomparablemente agradables. Bajo su influjo los pacientes se enamoraban de las enfermedades. Conozco a una señora que lloraba por verlo; tal

vez ella sabía que simultáneamente con el doctor Morgan entraba en su casa alguna interesante dolencia que le rejuvenecía el alma. Con un camisón rosado y una mañanita que le había regalado su íntima amiga, gozaba de un bienestar imponderable esperando la visita de su médico. Mi abuelo, que era atrabiliario, creyendo, a pesar de su longevidad, que cada día era el último de su existencia, frente a él se dedicaba a las bromas. Cuando el médico le decía, refiriéndose a su dolencia: «Pasará, pasará», él respondía: «pasará, pasará, pero el último quedará», como dicen los niños cuando juegan a Martín Pescador. Albino Morgan, con su manía de decir la verdad en broma, haciéndome cosquillas, me llamaba «chanchito de la India»; y, en efecto, yo fui uno de sus primeros y predilectos chanchitos de la India.

En un momento dado empezó a variar inmoderadamente de remedios. No sé cuándo ni cómo comenzaron sus innovaciones terapéuticas, ni cómo las concibió, pero advertí un cambio en su actitud, en su manera de hablar. ¿Fue debido al amor que evolucionó? No lo creo. ¿Su noviazgo con Mirta, que era tanto más joven que él, lo perturbó? El amor transforma a los seres, no lo dudo, pero en el caso de Albino Morgan fue diferente: él transformó el amor, por lo menos el amor de Mirta.

Todo el mundo sabía ya que en la casa en donde entraba Albino Morgan, entraban las más variadas enfermedades: las personas que no lo confesaban abiertamente, se reían un poquito si alguien les mencionaba el hecho, como si se tratara de las travesuras de un niño mimado al que se le perdona cualquier cosa. Como quien lleva un ramo de flores o una caja de bombones a una casa, Albino Morgan llegaba con los virus que diseminaba. Asimismo, cada paciente esperaba su visita con impaciencia: querían verlo sonreír en la puerta de entrada, sentarse junto a la cama (aunque se lustrara la punta del zapato con la colcha), hablar y dar palmadas sobre el hombro de un padre o de una madre complacida o acariciar la frente del enfermo o distribuir aquellos bombones que sacaba del bolsillo. Bastaba que extendiera la mano para prohibir la sal o el azúcar en las comidas; los pacientes más rebeldes le obedecían. Bastaba que cruzara una pierna para recetar enemas: los pacientes menos resignados aceptaban sin protesta el sacrificio. Bastaba que se acomodara la corbata para ordenar una dieta de una docena y media de bananas por día: el paciente más inapetente no vacilaba, jubiloso, en complacerlo. Bastaba que pronunciara palabras ininteligibles para que el paciente más sano quedara con fiebre o malestares gástricos.

Por medio de un manómetro generador de rayos, o con caramelos o con el termómetro que colocaba en la boca del paciente (jamás en el recto, ni en la axila, ni entre las piernas), dicen que propagaba las enfermedades. Se trataba de virus, como lo dije anteriormente, que cultivaba en la intimidad de su propia casa: uno de sus colegas, amigo mío, me lo aseguró. Recuerdo el nombre de las enfermedades que él mismo bautizó y los síntomas, que voy a enumerar y a detallar.

Colmenares nocturnos: el colmenar nocturno se manifestaba con un leve dolor de cabeza, con mareos que se prolongaban durante la noche sobre las sienes hasta abarcar toda la cabeza del paciente. Un zumbido similar al que circunda y desborda en días de calor una colmena,

atormentaba los oídos. Si alguien se acercaba al enfermo podía, en algún momento, oír ese zumbido, pues tal vez lo proyectaba el aire al salir de los labios secos y contraídos por la dolencia. El paciente creía ver en la oscuridad, en tonos amarillos violentos, lo que podría parecernos a primera vista una visión agradable: un panal perfectamente dibujado. Simultáneamente sentía en la boca un sabor a miel que lo obligaba a beber agua sin interrupción. Encendiendo la luz, la intensidad de la visión se moderaba; luego, con la subida inevitable de la temperatura, comenzaban las pesadillas, y todas se referían a la miel. Algunos soñaban que de los grifos del lavatorio del baño, en lugar de agua, salía miel. Otros, para aplacar una sed intensa, tomaban un vaso de miel. Otros se acercaban a un mar asombrosamente quieto y amarillo, donde un barco se hundía con dificultad: el líquido era naturalmente miel. Mujeres coquetas continuamente se peinaban el pelo de miel que no podían sostener con ninguna horquilla.

Cromosis tisular: esta era otra de las enfermedades que diseminó en los barrios más elegantes de Buenos Aires. En común con la anterior tenía un síntoma: el insomnio. En lanas de colores vivos el paciente imaginariamente bordaba la vida de sus antepasados; el esfuerzo que hacía por recordar los detalles más tediosos de la vida de personas que conocía sólo en fotografías lo obligaba a encender la lámpara para buscar en la mesita de luz, como si estuviera ahí la lana gris, la lana castaña, que convenía para bordar tal o cual pasaje de una biografía. El esfuerzo, precedido de un dolor agudo de estómago, dejaba postrado al enfermo, que no podía conciliar el sueño. Si el paciente era del sexo masculino, pensaba: Soy hombre, no tendría que dedicarme a estas labores absurdas. Si era del sexo femenino, pensaba: Es ridículo no poder descansar ni de noche. No soy una niña de un orfanato; ¿quién me obliga a este trabajo? Si era un cura, pensaba: Sería mejor hacer un exvoto o pintar la virgen al óleo.

Astereognosis insomne: ningún dolor de cabeza ni de estómago caracterizaba esta enfermedad más incómoda, pero menos abrumante que las otras. Los síntomas se manifestaban sólo de noche, sin luz, o en la oscuridad total de algún cuarto en horas diurnas. El enfermo no reconocía el objeto que palpaba. En algunos casos un hombre buscando fósforos confundió la mesa de luz con el pecho de su mujer; en otra una madre confundió la cabeza de su hijo con un melón y estuvo a punto de ponerlo en la heladera. Pero mucho más terrible fue la historia, que todo el mundo conoce, de aquella novia de dieciséis años, perdida en el bosque de Palermo con su novio, la noche en que los chicos apedrearon el último farol que tenía una bombilla y que simultáneamente, dejando el bosque a oscuras, las nubes cubrieron la luna que alumbraba apenas las ramas peligrosas de los árboles.

No hay que creer, y esto se lo digo a las personas aprensivas, que todas las enfermedades son horribles. Albino Morgan me explicó un día que esas maravillosas hojas, creo que son de begonia, rayadas de rojo o de amarillo o de violeta, que las dueñas de casa eligen para adornar sus hogares, son hermosas porque están enfermas. A mí me tocó, como a las begonias, tener una enfermedad que me volvió encantador, por lo menos ante los ojos de Mirta. ¡Al inocularme ese

virus no previó Albino Morgan el funesto desenlace! Yo soy por naturaleza callado. El mal del cual sufrí durante dos años y que me unió a Mirta indisolublemente, llamado labiagnosis, no era desagradable, sino a veces molesto, pues los síntomas no tenían horario. Desde el momento en que yo sentía una puntada aguda en el centro de mi frente, hasta que cesaba el dolor —dos horas— hablaba sin parar, con elocuencia imponderable. He oído grabaciones de esas tardes, que Mirta conserva, realmente conmovedoras. Me es difícil reconocer en ellas mi voz, aunque dicen que nadie conoce su propia voz grabada. Si los síntomas de mi dolencia se hubieran manifestado con horarios convenientes, hubiera podido dar conferencias y ganar dinero, ya que tuve que abandonar mi empleo en la Biblioteca Nacional, pues no dejaba leer a nadie.

Gracias a todas estas circunstancias, mi elocuencia y el abandono del trabajo, que me dejaba horas libres para dedicarme al amor y a la contemplación, Mirta se enamoró de mí. Compañeros de infancia, era natural en cierto modo que nuestra amistad se volviera sentimental, luego apasionada. Algunas personas, cuando hablan, olvidan lo esencial y son elocuentes sólo mentalmente en el silencio. Yo recordaba todo, hasta el latín y el griego, cuando hablaba. Esa inusitada lucidez deslumbró a Mirta, que rompió su compromiso con Albino Morgan para darme su amor.

Albino Morgan trató de inocularse a sí mismo la enfermedad admirada y luego, en vano, por todos los medios, trató de curarme. ¡No pudo lograrlo a tiempo, pues cuando lo consiguió, si es que lo consiguió él y no mi propio organismo, Mirta me amaba para siempre! A veces una persona ama a otra en memoria de lo que fue.

El incesto

A Juana Ivulich

¡Todavía me gustan las muñecas! En mi dormitorio, sobre una carpeta de macramé, estaba sentada mi predilecta, la última que me regalaron, la más bonita de todas.

—Quisiera tener una mujercita y no un varón —solía decirle a mi marido, pensando en alguna muñeca.

Siempre oía una cariñosa respuesta:

—La tendrás. —Y luego la recomendación habitual—: No te canses —cuando salía de casa y tomaba el tranvía en la esquina. ¡Otro marido tan bueno como el mío no habrá en todo Buenos Aires!

Yo estaba encinta y la alegría, la infalibilidad y el asombro de la perspectiva me impedían tal vez padecer los malestares de otras mujeres cuando están encintas. Además, mi afición por la costura no me dejaba desfallecer. Tenía que acudir todas las mañanas al taller de Dionisia Ferrari, donde aprendía a cortar y a coser, con otras chicas de mi edad, durante el invierno. Yo tenía la impresión de otorgar un placer a mis manos cuando manejaban las tijeras, las agujas y los alfileres: un placer del cual yo estaba a menudo excluida, pues mi pensamiento, preocupado por otras cosas, me desvinculaba de mi cuerpo. A veces, por las tardes, la señora Dionisia, que me trataba como una madre, me servía chocolate con leche y vainillas. El placer lo sentía mi paladar y mi estómago y no mi verdadero yo. Mientras relamía mis labios golosos, esa preocupación, que iría acrecentándose como una enfermedad, me carcomía.

¿Acaso la desventura de los demás debe de ser también nuestra? ¿Acaso debemos sentirnos siempre tan solidarios con el género humano? Yo atribuía mi estado de sensibilidad al hecho de estar encinta. ¿Qué podría importarme del drama que se desarrollaba en la familia de Dionisia Ferrari? Si bien Dionisia me trataba como una madre, dándome chocolate con crema y vainillas por la tarde, ofreciéndome, para coser, un asiento junto a la ventana, prestándome a veces su dedal de oro con perlititas y su tijera de sastre, la verdad es que no le preocupaba que mi marido perdiera su empleo, que mi madre tuviera flebitis. Hay que ver las cosas como son: en el fondo me hacía mala sangre por motivos egoístas. Iba a ser madre y tal vez todo lo que sucedía a una madre o a una hija tenía, en cierto modo, que preocuparme, y como todas las mujeres son madres

e hijas, me preocupaba por todas las mujeres, cosa que nunca me había sucedido, pues antes la humanidad me era indiferente.

El taller de Dionisia quedaba en la calle Necochea, en la Boca. La casa era amarilla como el jabón de lavar los pisos, tenía una reja pintada de negro, con adornos de bronce, y en el jardín de entrada, dos palmeras con penachos tristes, que se agitaban con el viento, daban la ilusión de barrer las nubes del cielo cuando había tormenta. En el frente de la casa quedaban las habitaciones de los parientes de Dionisia; en los fondos, detrás de un patio con numerosas plantas, las dependencias de Dionisia y de su familia, que se reducían al taller de costura, separado por una cortina floreada del angosto y largo dormitorio.

Inútilmente yo trataba de distraerme cuando regresaba a casa. Leía *Caras y Caretas*. Soy aficionada a la lectura. He gastado más velas en leer que en rezar, no me da vergüenza decirlo. Soy franca y digo las cosas feas, con naturalidad. En las fotografías miraba a la reina Ranavalona Manjaka, la ex reina de Madagascar, con su cara negra, vestida con tanta elegancia, en una berlina, paseando por las calles de París, y no me daba risa. Miraba al ganador del primer premio de carrera de automóviles París-Berlín, sin asombro. Miraba el *paletot* de última moda para señoras del Palacio de Cristal: no hubiera dado ni un paso ni un peso por tenerlo. Miraba el retrato de la pobre secuestrada de Poitiers: no me horrorizaba. No me daban ganas de estar en Nápoles, para la fiesta de San Genaro. Leía con indiferencia las recomendaciones para las madres: «El estómago es el cochero del sistema nervioso». El estreno de *Nerón*, por la compañía de la Guerrero, no despertaba mi curiosidad. El ombú donde habitaba el ermitaño Witner, en San Nicolás de los Arroyos, no me impresionaba ni un poquito; *Jacquets para señoras*: al ver los avisos no ambicionaba tener ninguno. Digo la verdad. Miraba el cuadrante solar del bañado de Flores, en una fotografía: no hubiera dado un centavo por verlo personalmente. El cura Frabricci, circulador de moneda falsa, no me escandalizaba. «¿Estaré enferma?», me preguntaba a mí misma.

Si no hubiera sido por las confidencias de Dionisia, no habría advertido lo que sucedía en esa casa donde yo trabajaba.

Horacio Ferrari no amaba a su mujer. No dormía con ella, prefería acostarse en un catre incómodo, junto a la ventana, para evitar la promiscuidad de su cuerpo. Decían las malas lenguas que el dinero que tenía lo dilapidaba en jugar. ¿Jugar a qué? ¡No lo sabré nunca! ¿Riñas de gallos, carreras de caballos, naipes? Dionisia lloraba de la mañana a la noche. Horacio era buen mozo, demasiado buen mozo, lo que impedía que yo le tuviera fastidio o que pensara mal de él. Su cara era noble y tranquila y sus modales correctos.

En cuanto el matrimonio estaba junto, discutía. Los motivos de discordia no tenían mayor importancia. Una vez fue por la estrella del escudo de la casa de gobierno: si tenía ochocientas o novecientas lámparas ocupó una parte del exaltado diálogo. Otra vez fue por la casa del Rey del Son: si quedaba en la calle Florida al 220 o al 340 pareció cuestión de vida o muerte. Otra vez

fue por la noticia que salió en una revista, de una gata que dio a luz cinco gatos y tres perros: el matrimonio Ferrari no estaba de acuerdo sobre el número de perros o de gatos que habían nacido. Pero todo sucedía, a mi juicio, por culpa de Livia. Livia sacaba la conversación de esto y del otro y de lo de más allá, para perturbar la tranquilidad de sus padres. Yo no digo que lo hiciera a propósito, era inocente porque tenía doce años, pero la cuestión es que en ese hogar no había paz. Yo misma empecé a sentirme culpable. Soy cavilosa, me enseñaron a serlo en la infancia, cuando orinaba en la cama.

Horacio a menudo se sentaba a mi lado para verme coser. Yo me ponía nerviosa. Felizmente Livia siempre estaba con nosotros. Horacio la besaba mirándome como diciendo: «Estoy besando a Livia, pero en mi imaginación te beso a ti». Un día me corté un dedo con la tijera. Horacio, serio como de costumbre, hizo algo increíble: tomó mi mano en su mano, miró mi dedo que tenía una herida como una boca abierta, y me dijo:

—Hay que chupar toda la sangre para que no se infecte.

Acto seguido metió mi dedo en su boca para chupar la sangre. Sentí el calor mojado de su lengua y me estremecí. En ese momento pensé que Horacio se asemejaba mucho a un animal, y me repugnó. Me ruboricé y Livia comenzó a reír, como si le hicieran cosquillas. Me limpié la mano en la falda y seguí cosiendo como si nada hubiera sucedido, pero sentía la mirada de Horacio ardiendo sobre mi nuca. Esa mirada húmeda y brillante me recordaría para el resto de mi vida la blandura cálida del interior de su boca. Lo miraba ya sin verlo y lo veía sin mirarlo. Ningún asomo de coquetería hubo en mí. Si se enamoró no fue por mi culpa. Muchos mal pensados dirán que traté de seducirlo cuando, detrás del biombo o frente a él, en el cuarto de costura, por orden de Dionisia, me ponía los trajes suntuosos, que le encargaban las clientas; y luego, ataviada con vestido de baile, de amazona, de novia o de viuda, daba unos pasos frente al espejo, para que pudiera yo misma comprobar que todo estaba en orden: el lazo, el ruedo, las puntillas del cuello, los puños del vestido. Creo que las otras chicas me envidiaban, pues ¿cómo habría de interpretar la actitud que asumieron el día en que me puse la copia del vestido de la artista francesa Henriot que había muerto hacía dos meses, en el incendio del Teatro de la Comedia? Yo había gritado desde una azotea, al ver el entierro escandalosamente lujoso: «Fuera blancura y azahares» hasta que los vigilantes me hicieron callar. Pensé: estas chicas saben que no soy partidaria de la francesa loca, ni de sus admiradores, que murió por salvar a su perro ¿entonces por qué me miran con severidad y no me hablan, al verme con el vestido de la francesa? Por envidia y por ninguna otra razón. Mi cuerpo es esbelto a pesar de estar encinta; tengo una cintura de avispa y mi estatura es mediana, más alta que el común de las mujeres argentinas. Mi mamá dice que me distingo por mi silueta.

Tuve un hijo. Durante un año, para cumplir con mis deberes maternos, no fui al taller de costura. Cuando volví a lo de Ferrari, nada había cambiado. Volví a reanudar mi trabajo. Dionisia, Horacio, Livia me trataron como siempre. Mi amor por Horacio había crecido.

Un día, que jamás olvidaré, Dionisia me llevó aparte y me dijo:

—Tengo que hablar contigo. Saldremos hoy a las cinco. Diré que vamos a comprar géneros y cintas.

Dionisia nunca tuvo que dar explicaciones por sus salidas. Nos vestimos para salir, nerviosamente. En la calle, lejos de la casa, Dionisia me habló:

—Sabes que Horacio es un hombre raro, un degenerado —cobardemente yo asentí con la cabeza—. No me importa que me engañe, pero que ande detrás de su propia hija es un pecado mortal, que no tolero.

Cobardemente me escandalicé. Yo sabía que Horacio estaba enamorado de mí y que utilizaba a su hija para disimular.

—Dentro de cuatro semanas —prosiguió— huiré con Livia de mi casa. Nos iremos a España. Tienes que acompañarme al puerto. Diré que voy a despedir a una amiga. A último momento me esconderé para que nadie me vea. Tengo aquí los pasajes. Me embarcaré en el *Marsella*.

Sacó de su corpiño un sobre, lo abrió y me mostró los papeles. Yo podía disponer de cuatro semanas para defender a Horacio, diciendo simplemente la verdad. Para declarar su inocencia, yo tenía que acusarme. No dije nada. Dionisia confiaba en mí. Me quería más tal vez que a su hija, que era una coqueta.

El día en que salía el barco fui más temprano que de costumbre a la casa de Dionisia Ferrari. Debajo de la cama estaban escondidos dos paquetes, poquita ropa de las viajeras. Vislumbré a Horacio tomando el desayuno, antes de salir para el trabajo. Dos horas después fuimos en un coche a la dársena. Temblando, esperé que saliera el barco. Debajo de mi sombrilla abierta oculté las lágrimas, que quemaban mis ojos.

La cara en la palma

Anoche, perdón, antenoche, a las cuatro y media de la mañana, cuando viniste a buscar el sobre con las direcciones que dejó la señora Upinsky debajo de la mano del llamador de bronce (como habíamos convenido, para no tener que entregártelo personalmente), yo estaba despierta y oí tus pasos en las baldosas del corredor. Mi vida se rige de acuerdo con tus pasos. Toda la casa dormía, salvo el perro, con sus grandes orejas rubias, que también te oyó. Me faltó valor para abrir la puerta y salir a tu encuentro, como pude hacerlo. Perdóname y compréndeme. A la hora en que todo el mundo duerme suceden las cosas más maravillosas y las cosas más terribles del mundo. Uno es capaz de matar a alguien, ¡uno es capaz de revelar cualquier secreto!, uno es capaz de alejarse de la persona que uno más quiere para robar una sortija de diamantes o una rosa de cristal; uno es capaz de huir, de huir sin rumbo y de esperar la aurora creyendo que uno se ha enamorado de alguien que uno no volverá a mirar; uno es capaz de atravesar el fuego por una persona amada, sin morir. Uno es capaz de revelar cualquier secreto a esa hora, te lo aseguro. ¡Salvo yo! No quería revelarte ningún secreto, ni siquiera quería explicarte por qué uso un guante en la mano izquierda. No. No soy leprosa, te lo hubiera dicho. Yo quería oír tus pasos subir y bajar la escalera. Te hubiera demorado, con problemas personales. A esa hora uno es, o tiene la sensación de estar libre, pero nadie, salvo tú, sabe ser libre cuando es culpable. Tengo que hacerte una confesión, tenía que hacértela desde hace tiempo. Tengo en la palma de la mano izquierda una cara que me habla, que me acompaña, que me combate; una cara pequeña como un bajo relieve, que ocupa el lugar en que deben estar las líneas de la mano. Es un defecto de nacimiento. Por sola que esté, jamás estoy sola. Por segura que esté de una cosa, jamás lo estoy, pues siempre esta pequeña voz contradice mis íntimos pensamientos como si fuera una enemiga. Hemos convivido dieciocho años; no he llegado aún a habituarme a ella. Si adviertes cierta incoherencia en mis palabras, no te asombres: todo se aclarará cuando contestes con paso rápido o pausado la pregunta que te hice la última vez que nos vimos de lejos, en la confitería «Los Alfeñiques», a la hora del desayuno. No hagas conjeturas. No pienses mal de mí. No pretendo despertar tu curiosidad y aprovechar de ella para que me digas lo que jamás quisiste decirme. ¿Amarías a una mujer manca? Sinceramente te advierto que no tendré confianza en ti, si no tienes confianza en mí.

Mientras elaboro mis flores, en el taller de la calle Uspallata, pienso invenciblemente en tu manera de caminar, pero la voz atroz me dice que tienes paso de soldado con clavos en las

suelas, y que las flores que hago parecen insectos. Para torturarme les pasa la lengua o las muerde. La gente dice que nunca hice flores tan bonitas. No saben que están hechas con el sonido de tus pasos sobre las baldosas, la madera o el mármol. No saben que están hechas con palabras de reproche. ¡Hice tantas flores en mi vida que ahora puedo hacerlas con los ojos cerrados! Las hice de algodón, de celuloide, de lata, de plumas, de trapo, de cera, de mostacilla, de terciopelo, de espejitos, de tarlatán, de pelo (como las hacían antiguamente). Ahora las hago más económicas: de papel madera, de papel manteca, de papel de diario (de diarios viejos), de serpentinas cuando llega carnaval.

Aurelio: no sabes lo que es la vida de una mujer que trabaja, con una voz enemiga que le sopla palabras al oído, cuando está preocupada y oye pasos amorosos en el piso de arriba. No sabes lo que me duele el ir y venir de la gente, en el salón de ventas, donde brillan las arañas y los espejos. Ayer hice un ramo para una novia. Me lo devolvieron, porque en uno de los pétalos de las violetas de los Alpes había caído una mancha de tinta, una mancha imperceptible, te lo juro (culpa de esta lapicera con que te escribo y culpa de mi afán por escribirte). Después supe que la novia lució un horrible ramo de flores verdaderas, que en menos de cinco minutos, como era de esperar, se marchitó entre sus manos. Anteayer la señora de Upinsky me felicitó personalmente por el florero que preparé para su cumpleaños. Dice que las flores verdaderas, nunca perfectas, se marchitan pronto y huelen a cementerio, que las mías se conservan siempre hermosas, con un tenue perfume a lila. Es una señora inteligente: habla como un libro de filosofía.

La hermana Camila, del Corazón de Jesús, me pidió flores de seda para el altar mayor, pues la señora de Upinsky le había dado mi dirección. Nunca te agradeceré bastante que me hayas iniciado en este arte de hacer flores artificiales (con tus pacientes consejos), cuando me encontraste en la calle, desvalida, hambrienta, pidiendo limosna. En parte era mi culpa, lo sé: me había escapado de mi casa, pero ¿quién desoye una voz que aconseja continuamente la huida? Recuerdo con minuciosa claridad nuestros diálogos: me fascinaban porque me estaban salvando de una tremenda inercia, de la consunción, de la muerte, tal vez. ¡Con qué orgullo entregué tu carta de recomendación a la señora Okinamoto, para que me empleara en su casa! ¡Con qué alegría emprendí una nueva vida! Ahora te contaré cómo esperé el año nuevo: fue en una casa de campo. Habían arreglado cuatro mesas sobre el césped; cada una tenía en el centro un arbolito con velas encendidas. Comimos una serie de manjares cuyos colores me deslumbraban; predominaban los colores rosados; el celeste no era comible. Brindé con todo el mundo para festejar el año nuevo; íntimamente brindé contigo. Bailamos hasta las cinco de la mañana. Tres payasos hicieron pruebas y sólo reí porque soy corta de vista. Cuando vi salir el sol me entristecí un poco, al volver a la ciudad. La aurora del campo es limpia, pero la aurora de la ciudad es sucia, llena de cobijas y de cucarachas que se esconden debajo de las bañaderas.

¿Me habrás olvidado? Me consuela la idea de poder mandarte, próximamente, un pensamiento (cuyos pétalos llevarán, en letras de oro, las iniciales tuyas); es una de mis nuevas creaciones: lo

colocarás entre las hojas de alguno de los libros que tienes siempre sobre tu mesa de luz. Al olvidarme, por lo menos no olvidarás esa pequeña obra elaborada por mis manos, si todavía eres amante de la lectura y de las flores artificiales.

Si me ves llegar un día con la manga del vestido vacía, como esos guardianes lisiados de las plazas, sabrás que estoy dispuesta a casarme contigo; pero si me ves alejarme como siempre, aparentemente normal, con ese guante tejido, en la mano izquierda, entiende que yo, tu enamorada, vivo oyendo en mí la voz de alguien que te odia.

Los amantes

En la billetera de material plástico él llevaba el retrato de ella, vestida de odalisca. Ella, sobre su mesa de luz, tenía el retrato de él con traje de concripto.

La familia, el trabajo, los horarios de las comidas y del sueño, confabulaban para que no se vieran a menudo, pero esos encuentros esporádicos eran rituales y ocurrían siempre en invierno. Primeramente compraban masas, después las saboreaban debajo de los árboles como los niños que llevan la merienda.

La ansiedad es una forma de dicha que beneficia a los enamorados. A través de un laberinto de días, de cacofónicas comunicaciones telefónicas, que parecían no llegar nunca a su término, y después de desechar otras posibilidades, elegían siempre, para lugar de citas, la confitería «Las Dalías», y un domingo. Ella llevaba a guisa de abrigo una manta peluda, escocesa, que era de gran utilidad. Frente al escaparate de la confitería se saludaban sin mirarse, ceremoniosamente confusos. Todas las personas que no se ven a menudo, no saben qué decirse; esto es cierto.

«Tal vez en un cuarto bien oscuro o en un automóvil a gran velocidad —pensaba él— perdería mi timidez.» «Tal vez en un cinematógrafo, después del entreacto o siguiendo una procesión, sabría qué decirle», pensaba ella.

Después de este diálogo interior, entraron en la confitería, como lo hacían siempre, y compraron ocho tajadas de tortas diferentes. Una parecía el monumento de los españoles, con penachos de crema abigarrados y frutas brillantadas, formando flores; otra, parecía un encaje, era misteriosa y muy negra, con adornos lustrosos de chocolate y de merengue amarillo, salpicado de grageas; otra parecía un pedestal de mármol roto, era menos hermosa pero más grande, con café, crema pastelera y nueces machacadas; otra parecía parte de un cofre, con joyas incrustadas en los lados y nieve en la parte superior. Cuando pagaron y el paquete estuvo listo, se dirigieron a la Recoleta, al reparo del paredón del asilo de ancianos, donde se refugian los niños que rompen los faroles y los mendigos que lavan su ropa en la fuente. Junto a un árbol degenerado, con ramas que hacen las veces de columpios y de caballos para los niños que se hamacan, se sentaron sobre el pasto. Ella abrió el paquete y sacó la bandeja de cartón donde brillaban, un poco aplastados ya, la crema, el merengue y el chocolate. Simultáneamente, como si cada uno proyectara en el otro sus movimientos (¡misterioso y sutil espejo!), tomaron con una mano primeramente, luego con las dos, la tajada de torta con penachos de crema (monumento de los españoles en miniatura), y se la llevaron a la boca. Mascaban al unísono y terminaban de

deglutir cada bocado al mismo tiempo. Con idéntica, sorprendente armonía se limpiaban los dedos en los papeles que otras personas habían dejado tirados sobre el pasto. La repetición de estos movimientos los comunicaba con la eternidad.

Terminada la primera tajada volvieron a contemplar las restantes tajadas en la bandeja de cartón. Con amorosa avidez y con mayor familiaridad tomaron la segunda ración: las tajadas de chocolate, decoradas con merengue. Sin vacilar, con los ojos bizcos, se las llevaron a las bocas desmedidamente abiertas que esperaban. Los pichones abren de igual modo los picos para recibir el alimento que las madres les traen. Con más energía y mayor velocidad, pero con la misma fruición, comenzaron a masticar y a tragar de nuevo, como dos gimnastas que hacen ejercicios al mismo tiempo. Ella, de vez en cuando, se volvía para ver pasar un automóvil más valioso que los otros por su excesivo olor a nafta y por su tamaño, o levantaba la cabeza para mirar una paloma, símbolo de amor, que revoloteaba pesadamente entre las ramas. Él miraba hacia adelante, pero tal vez paladeaba con menos conciencia que ella el gusto de esos manjares, cuya abundante crema caía sobre el pasto, sobre la manta doblada y sobre algunas basuritas adyacentes. Hasta que pudieran terminar el contenido de la bandejita de cartón amarillenta, recubierta de papel manteca, ninguna sonrisa animaría aquellos labios armoniosos. El último bocado de ambos trozos de torta se desmenuzó entre el dedo pulgar, el índice y el mayor de ambas manos, y tardó en penetrar en las bocas que lo esperaban. Las migas que caían sobre la bandeja, la falda y el pantalón, fueron cuidadosamente recogidas e introducidas, con el pulgar y el índice, en la boca.

La tercera tajada de torta, más opulenta que las otras, parecía el material que sirve para construir algunas casas originales que hay en los balnearios. La cuarta tajada, más leve pero más ardua, por su consistencia de esponja (estaba espolvoreada de azúcar), les dejó bigotes blancos y pintas blancas en la nariz. Para introducirla en la boca había que sacar la lengua y cerrar los ojos. No aventurarse a tomar un gran bocado era perder buena parte del manjar donde pululaba el maní disfrazado de nuez o de almendra. Ella estiró el cuello y bajó la cabeza; él no cambió de actitud. La masticación siguió su ritmo regular, como acompañada por un cronómetro.

Sabían que quedaban más manjares en la bandeja de cartón. Pasado ese primer momento difícil, el resto fue fácil. Las manos hacían las veces de cucharas. En vez de masticar, antes de tragarlos, las bocas hacían buches con la crema y el bizcochuelo.

Terminado el contenido de la bandeja, ella tiró lejos el cartón festoneado y sacó del bolsillo un paquetito lleno de maníes. Durante unos minutos, con ademanes de modista, partía las cáscaras, pelaba los granitos de maní, se los daba a él, guardándose algunos, que se llevaba a la boca, para masticar de nuevo al unísono con él. Relamiéndose los labios osaron esbozar algún tímido diálogo, relacionado con picnics; gente que murió al beber vino, después de comer sandía; una araña pollito dentro de una canasta, que sirvió para matar a una muchacha odiada por los suegros, un domingo; conservas en mal estado, aparentemente deliciosas, que causaron la muerte de dos familias, en Trenque Lauquen; una tormenta que ahogó la luna de miel de dos parejas,

brindando con sidra y comiendo salchichas con pan, en la orilla del arroyo, en Tapalqué.

Cuando terminaron los alimentos y el diálogo, ella desplegó la manta y ambos se cubrieron, acostándose en el pasto. Sonrieron por primera vez, pues tenían la boca libre de alimentos y de palabras, pero ella sabía (y él también lo sabía) que bajo el amparo de esa manta el amor repetiría sus actos y que la esperanza, con alas frívolas, cada vez más remota, la alejaría del matrimonio.

Las termas de Tirte

Estaban sentados en la tétrica sala de las termas de Tirte.

Las termas de Tirte eran célebres: sus aguas curaban las enfermedades más dispares: el eccema, la hepatitis, los cálculos de riñón, el reumatismo, los desarreglos nerviosos, la hipertensión, la conjuntivitis crónica, que afea tantos ojos. Los enfermos que acudían a las termas, todo el tiempo hablaban de enfermedades. Cada uno de ellos había sufrido más que el otro, y ese otro no lo admitía. Bebían agua como si hubieran nacido sólo para eso. Antes de tragar el agua algunos hacían buches, otros gárgaras, otros mantenían en la boca el sorbo de agua sin moverlo, como si fuera una hostia, otros bebían tan lentamente que el vaso parecía llenarse en lugar de vaciarse. Entre tantos enfermos, poco atrayentes, jamás pensé que Lucy encontraría al hombre de quien debía enamorarse. Tan luego ella, que era tan difícil. Yo la visitaba todos los fines de semana y dormía en la orilla del lago o en la plaza sobre un banco para no pagar alojamiento.

Samuel Ortigas, el médico, hablaba del poder mágico de las aguas, mientras los enfermos se mataban a trompadas.

—¿Aguas mágicas? Aguas diabólicas —yo le decía.

A las cinco de la tarde, hora en que se abrían los baños de aguas sulfurosas, los ánimos de los enfermos llegaban al paroxismo de la exaltación. Si durante la mañana discutían casi amablemente, bebiendo agua, durante la tarde se golpeaban, se arañaban o se tiraban con los vasos porque algún orgulloso pretendía tener el hígado más enfermo, o un impúdico el reumatismo más deformante, o un insolente la conjuntivitis más purulenta.

En aquel sitio, que por su belleza y su tristeza era célebre, sentí una gran melancolía, pero poco a poco fui descubriendo que también sería agradable vivir por unos días en un lugar dedicado al reposo y consagrado al mejoramiento de la salud.

Fue en las orillas del lago, uno de los adornos más famosos de la comarca, debajo de un cerezo, donde me dijo Lucy:

—Estoy enamorada de ese actor francés.

—¡Cómo puedes! —le respondí escandalizado.

—¿Por qué? —su asombro no tenía límite.

Le señalé con el índice a Raúl Bertrés, que hablaba con un joven de camisa celeste. Mientras hablaba arrancaba distraídamente cerezas del árbol, para ofrecérselas a su interlocutor,

colgándoselas de las orejas o del cuello como si fuesen aros o cuentas de un collar.

—Todos los días se encuentran a la misma hora, y salen en yate.

—¿Y es una razón para que te escandalices? —me respondió—. El pobre se aburre como un condenado con ese discípulo.

—La razón es que juntos se divierten más que con una mujer.

—Serán amigos.

Reí con un grito agudo casi afeminado, y dije:

—Naturalmente. Era eso lo que quería decirte.

—Calumnias —respondió Lucy.

Raúl Bertrés, además de haber inspirado a Lucy una pasión desmedida, era uno de los más célebres actores del momento. Venía todos los años a cumplir una cura a Las Termas de Tirte, para mantenerse joven, según los informes de Lucy, y se hospedaba en el hotel más lujoso del lugar. Bajaba rara vez al edificio de los baños, y si lo hacía desdeñaba el funicular, prefiriendo bajar a pie hasta la fuente misma de donde manaba el agua que bebía, para después entrar furtivamente en el edificio, a saludar a los médicos. Fue en su organismo donde se pudo comprobar el poder de las aguas, poder harto distinto del que rezaban las propagandas. Samuel Ortigas aseguraba a Lucy que las aguas no curaban las enfermedades banales sino que daban una energía sobrenatural a los enfermos o a los hombres sanos. En el primer momento esta teoría le pareció absurda a Lucy, pero tuvo que admitirla, pues comprobó que aquello que parecía un cuento de hadas era la verdad.

Para Raúl Bertrés la vida del hombre era demasiado corta. Lucy lo supo por el conserje del hotelito donde vivía. Un hombre que se acuesta todos los días a las cinco de la mañana, que no tiene tiempo de divertirse, que tiene que hacer ejercicios respiratorios y aprender de memoria páginas y páginas de diálogos, siente que la vida pasa como un soplo. No podía vivir a fuerza de no encontrar tiempo para vivir: era esa su enfermedad. La angustia del tiempo, que todos tenemos, lo carcomía. ¿Pero cómo sería posible alargar la vida de un hombre? Los sabios habían estudiado tanto y tan infructuosamente la cuestión que se habían desanimado. ¡Un problema sin solución!

—¿Qué son dos o tres años más de vida que me darán estas aguas? —exclamaba Raúl Bertrés, bebiendo con desesperación.

—Yo que de joven siempre quise morir, no lo comprendo —se lamentaba Lucy.

Samuel Ortigas creyó descubrir de este modo la solución, y la halló: Si un ser dotado de suficientes energías pudiera cumplir, mientras duerme, sus obligaciones más tediosas y de ese modo aprovechar el tiempo que desperdicia en descansar, alargaría el doble su vida.

Aunque parezca mentira, Raúl Bertrés, mientras dormía, cumplía sus obligaciones más tediosas.

Demostrar a Lucy, como yo me lo había propuesto, cuáles eran para Raúl Bertrés las

obligaciones tediosas resultaba difícil, ya que el único indicio que revelaba su sueño eran los ojos cerrados y un imperceptible ronquido, pues el hipócrita usaba gruesos anteojos negros.

Me aventuré a una empresa difícil: resolví hacerme amigo de él, para arrebatárle o romperle intempestivamente los anteojos, en circunstancias de sumo interés para Lucy y para mí.

A la distancia, de nuevo debajo del cerezo, platicando con el discípulo, lo vislumbramos. Con Lucy nos acercamos corriendo. Fingí que iba en busca de las mismas cerezas. Con un brusco movimiento le quité los anteojos. Lo miré con asombro. Vi que sus ojos estaban cerrados.

—Mientras está contigo también duerme —dije a Lucy.

Para probar la veracidad de mis palabras, traté de organizar el paseo de él y de Lucy, en una noche de luna.

En medio de un diálogo apasionado, como un maleante me acerqué a Raúl Bertrés y le quité los anteojos gruesos y verdes. Pero cuál no fue mi sorpresa y mi disgusto al ver que sus ojos estaban abiertos. Sin embargo sé que se abrieron en ese instante con mi aparición y que volvieron a cerrarse indignados cuando desaparecí entre los árboles, llevándome los anteojos, pero ¡ay! no el confiado, el engañado corazón de mi ex novia Lucy.

La vida clandestina

—Magdalena cree que la engaño, y la engaño pero de un modo raro —me dijo un día.

Hacía poco que nos conocíamos. Yo no sabía quién era Magdalena y la confianza me pareció estúpida.

Otro día lo acompañé al sótano: de ahí se divisaba la escalera, donde retumbaba el eco. Me dijo:

—Cuando grito, no es con mis palabras, ni con mi voz, que el eco responde. No sólo eso me da miedo; me dan miedo los espejos, donde no me veo a mí mismo reflejado, sino a otro muchacho diferente, totalmente diferente.

—¿Desde cuándo suceden estas cosas? —le pregunté.

—Desde siempre. Desde que fui capaz de hablar, de mirar, de distinguir un reflejo de una persona. Por eso nunca pensé libremente en Magdalena, ni pude, acostado con otra mujer, engañarla. Sentí que la voz del eco, que esas palabras que no grité, que esas imágenes del espejo, que no proyecté, se juntaban para formar a un ser infinitamente más vital y más humano que yo y que Magdalena.

—No te preocupes —le dije—. El eco tiene una voz impersonal.

—Pero cuando una voz de hombre grita, contesta con voz de hombre.

—El eco de tu casa desfigurará los sonidos, un fenómeno corriente. ¡Hay tantos cuentos al respecto! ¡Tantos poemas que conozco de memoria! Existe el eco simple, el doble, el triple, el múltiple, el monosilábico y el polisilábico. El espejo que también desfigura las imágenes es muy común. A veces las devora: en el caso de Arquímedes...

Ya protestaba y, para tranquilizarlo, le dije:

—Es un desdoblamiento, tal vez.

Empecé a preocuparme cuando advertí que el eco no modificaba el ladrido ni el espejo el hoco de Dongo, su perro, que el eco no modificaba el canto del canario ni el espejo su color, y que, por último, a mí tampoco me modificaban ni el eco ni el espejo.

Un día me dijo:

—Tengo miedo de encontrarme con esa persona... Por ella sería capaz de abandonar a Magdalena.

—No te quedes en esta casa. Verás que los otros ecos y los otros espejos del mundo son diferentes.

Huyó. Pero sus cartas me dijeron que en todas partes encontraba la extraña voz en el eco, y la extraña imagen en los espejos. En todas partes aquel ser iba creciendo. En el agua, en los metales, en los vidrios, en los huecos de las escaleras, en los zaguanes de las casas viejas, en los aljibes, en las iglesias, en las grutas, en el fondo de las montañas, aquel ser lo esperaba. Aunque la amara, no podía pensar en Magdalena.

Desde niño le había gustado la música. Tocó el clarinete en una orquesta. Pero vio la imagen reflejada en el bronce convexo del instrumento. Abandonó la orquesta. Trabajó en una fábrica de cuchillos: la vio en las hojas de los cuchillos. Trabajó en un taller mecánico, donde el eco, atesorando aquella voz, se agazapaba en los huecos del galpón... Con la esperanza de ser libre y de amar sin infidelidades a Magdalena, se fue a vivir al desierto. Rendido, se acostó a dormir. Luego vio su impronta en la arena, que no guardaba relación alguna con su cuerpo; le dibujó ojos y boca, y le modeló una oreja, donde susurró el final de esta historia, que nadie sabrá.

La peluca

A Elva y Sammy

Para engañarme me decías siempre la verdad; para decirte la verdad yo siempre te mentía. Éramos novios. Estudiábamos juntos; trabajábamos en la misma oficina. Queríamos aprender alemán. Vimos el nombre de Herminia Langster en el diario: ella quería aprender castellano (con nosotros) y enseñar en cambio alemán. Era rubia, alta y delgada.

Conversábamos en los jardines públicos, en las confiterías, en las casas cuando llovía.

Sería inútil negarlo: te enamoraste de ella por la peluca. Admiraste su cabellera postiza, creyendo que era natural, pero el día que se le ladeó, ocupándole parte de la frente, o que la puso en la punta del respaldo de la silla, para alisar su verdadero pelo, porque creía estar sola, sin que la espíáramos, y que volvió a colocársela con elegancia, la amaste aún más. Aparentemente era una peluca parecida a todas las pelucas: ni rojiza para llamar la atención, ni platinada para parecerse a las más atractivas, ni negra para ser repugnante; era rubia, discreta e impersonal, con una raya perfecta en el centro, y algunos rulos que armonizaban con las ondas suaves del conjunto.

Creo que Herminia también te amaba. ¿Por qué voy a dudarlo? Por lo menos te prefería. Era tan buena que estaba dispuesta a sacrificar todo por ti, pero tú no le pedías sacrificio alguno, salvo ser amado, lo que implica de todos modos un sacrificio de ambas partes, porque amar es sacrificarse; uno lo aprende a lo largo del tiempo.

¿Cuándo y por qué Herminia comenzó a cambiar de modales? No lo sé. Ni sé tampoco si lo haría para parecer graciosa o para asombrarnos.

Un día que paseábamos por el bosque de Palermo, me dejó pasmada. Miró en las ramas de un árbol, con insistencia, una torcaza. No podía seguir nuestra conversación. Sin decir agua va, como un relámpago, trepó el árbol y trajo la torcaza entre sus manos. Desplumó y mordió bestialmente al pobre pajarito. Fingiste no advertirlo, para no escandalizarme, probablemente.

Comía como los perros, pasando la lengua por el plato; bebía el agua de los grifos o de un tazón, nunca de los vasos. ¡Fue absurdo que un día se nos ocurriera invitarla a cenar con nosotros!

Cuando empezó a caminar en cuatro patas, a romper los libros, nos fastidió mucho; y cuando

nos mordió la mano y la mejilla a mí me dio asco y a ti te perturbó.

En noches de verano, clandestinamente, saliste con ella y sospecho que no era para aprender alemán sino un idioma más complicado: el amor. Volvías maltrecho, con el pelo revuelto y cubierto de rasguños. Estuve a punto de romper mi compromiso para no verte más, por lo menos hasta tranquilizar mis nervios, pero no fue necesario.

Sin comunicármelo te fuiste con ella a la provincia de Tucumán. Supe que habían alquilado una casa en las sierras. Durante días vagué por los jardines donde habíamos paseado juntos.

Al poco tiempo, en las noticias policiales, me enteré de un caso de canibalismo en las sierras. Una mujer mató con un cuchillo a un niño, un panaderito, y lo dio de comer a sus hijos. Simultáneamente recibí un telegrama tuyo, para que fuera a tu encuentro, en las sierras. Relacioné las dos noticias y partí en el primer tren.

Tucumán me deslumbró. Me quedé a dormir una noche en un hotel de la ciudad. El lugar donde vivías, en las sierras, quedaba bastante retirado. Tuve que tomar otro tren.

Tu casa estaba en un valle encantador y salvaje. Cuando te vi solo, te pregunté:

—¿Y Herminia? ¿Te libraste de ella?

Abrazándome, contestaste:

—Me la comí. Si ella era un animal, es natural que yo la comiera.

Herminia no volvió a aparecer. Vivimos en un mundo extraño. Me casé contigo, pero a medida que pasa el tiempo me das miedo, sobre todo desde que dijiste que debo engordar, pues me sienta mejor, y porque insistes en vivir en un lugar retirado, en plena sierra, sin un criado siquiera.

Esta carta es para que sepas que no soy tonta y que no me engañas.

Los hombres se comen los unos a los otros, como los animales: que lo hagas de un modo físico y real, no te volverá más culpable ante mis ojos, pero sí ante el mundo, que registrará el hecho en los diarios como *un nuevo caso de canibalismo*.

La expiación

A Helena y Eduardo

Antonio nos llamó a Ruperto y a mí al cuarto del fondo de la casa. Con voz imperiosa ordenó que nos sentáramos. La cama estaba tendida. Salió al patio para abrir la puerta de la pajarera, volvió y se echó en la cama.

—Voy a mostrarles una prueba —nos dijo.

—¿Van a contratarte en un circo? —le pregunté.

Silbó dos o tres veces y entraron en el cuarto Favorita, la María Callas y Mandarín, que es coloradito. Mirando el techo fijamente volvió a silbar con un silbido más agudo y trémulo. ¿Era esa la prueba? ¿Por qué nos llamaba a Ruperto y a mí? ¿Por qué no esperaba que llegara Cleóbula? Pensé que toda esa representación serviría para demostrar que Ruperto no era ciego, sino más bien loco; que en algún momento de emoción frente a la destreza de Antonio lo demostraría. El vaivén de los canarios me daba sueño. Mis recuerdos volaban en mi mente con la misma persistencia. Dicen que en el momento de morir uno revive su vida: yo la reviví esa tarde con remoto desconsuelo.

Vi, como pintado en la pared, mi casamiento con Antonio a las cinco de la tarde, en el mes de diciembre. Hacía calor ya, y cuando llegamos a nuestra casa, desde la ventana del dormitorio donde me quité el vestido y el tul de novia, vi con sorpresa un canario. Ahora me doy cuenta de que era el mismo Mandarín que picoteaba la única naranja que había quedado en el árbol del patio. Antonio no interrumpió sus besos al verme tan interesada en ese espectáculo. El ensañamiento del pájaro con la naranja me fascinaba. Contemplé la escena hasta que Antonio me arrastró temblando a la cama nupcial, cuya colcha, entre los regalos, había sido para él fuente de felicidad y para mí terror durante las vísperas de nuestro casamiento. La colcha de terciopelo granate llevaba bordado un viaje en diligencia. Cerré los ojos y apenas supe lo que sucedió después. El amor es también un viaje; durante muchos días fui aprendiendo sus lecciones, sin ver ni comprender en qué consistían las dulzuras y suplicios que prodiga. Al principio, creo que Antonio y yo nos amábamos parejamente, sin dificultad, salvo la que nos imponía mi inocencia y su timidez.

Esta casa diminuta que tiene un jardín igualmente diminuto está situada en la entrada del

pueblo. El aire saludable de las montañas nos rodea: el campo queda cerca y lo vemos al abrir las ventanas.

Teníamos ya una radio y una heladera. Numerosos amigos frecuentaban nuestra casa en los días de fiesta o para festejar alguna fecha de familia. ¿Qué más podíamos pedir? Cleóbula y Ruperto nos visitaban más a menudo porque eran nuestros amigos de infancia. Antonio se había enamorado de mí, ellos lo sabían. No me había buscado, no me había elegido; era más bien yo la que lo había elegido a él. Su única ambición era ser amado por su mujer, conservar su fidelidad. Poca importancia le daba al dinero.

Ruperto se sentaba en un rincón del patio y sin preámbulos, mientras afinaba la guitarra, pedía un mate, o bien una naranjada cuando hacía calor. Yo lo consideraba como uno de los tantos amigos o parientes que forman, casi podría decir, parte de los muebles de una casa y que uno advierte sólo cuando están estropeados o colocados en distinto lugar del habitual.

«Son cantores los canarios» decía Cleóbula invariablemente, pero si hubiera podido matarlos con una escoba lo hubiera hecho porque los detestaba. ¡Qué hubiera dicho al verlos hacer tantas pruebas ridículas sin que Antonio les ofreciera ni una hojita de lechuga ni una vainilla!

Yo alcanzaba el mate o el vaso de naranjada a Ruperto, mecánicamente, bajo la sombra del parral, donde siempre se sentaba, en una silla de Viena, como un perro en su rincón. Yo no lo consideraba como una mujer considera a un hombre, yo no observaba la más elemental coquetería para recibirlo. Muchas veces, después de haberme lavado la cabeza, con el pelo mojado, recogido por horquillitas, como un esperpento, o bien con el cepillo de dientes en la boca y con dentífrico en los labios, o con las manos llenas de espuma de jabón en el momento de lavar la ropa, con el delantal recogido en la cintura, barrigona como una mujer encinta, lo hacía pasar abriéndole la puerta de calle, sin mirarlo siquiera. Muchas veces, en mi descuido, creo que me vio salir del cuarto de baño envuelta en una toalla turca, arrastrando las chancletas como una vieja o como una mujer cualquiera.

Chusco, Albahaca y Serranito volaron al recipiente que contenía pequeñas flechas con espinas. Llevando las flechas volaban afanosos a otros recipientes que contenían un líquido oscuro donde humedecían la punta diminuta de las flechas. Parecían pajaritos de juguete, palilleros baratos, adornos de sombrero de una tatarabuela.

Cleóbula, que no es maliciosa, había advertido, y me lo dijo, que Ruperto me miraba con demasiada insistencia. «¡Qué ojos!», repetía sin cesar. «¡Qué ojos!»

—He conseguido conservar los ojos abiertos cuando duermo —musitó Antonio—; es una de las pruebas más difíciles que he logrado en mi vida.

Me sobresalté al oír su voz. ¿Era esa la prueba? Después de todo, ¿qué había de extraordinario en ella?

—Como Ruperto —dije con voz extraña.

—Como Ruperto —repitió Antonio—. Los canarios, más fácilmente que mis párpados,

obedecen mis órdenes.

Los tres estábamos en ese cuarto en penumbra como en penitencia. Pero ¿qué relación podía haber entre sus ojos abiertos durante el sueño y las órdenes que impartía a los canarios? No era de extrañar que Antonio me dejara de algún modo perpleja: ¡era tan distinto de los otros hombres!

Cleóbula también me había asegurado que mientras Ruperto afinaba la guitarra sus miradas me recorrían desde la punta del pelo hasta la punta de los pies, que una noche al quedar dormido en el patio, medio borracho, sus ojos habían quedado fijos en mí. En consecuencia perdí la naturalidad, tal vez la falta de coquetería. Para mi ilusión, Ruperto me miraba a través de una suerte de antifaz en el que se engarzaban sus ojos de animal, esos ojos que no cerraba ni para dormir. Como al vaso de naranjada o al mate que yo le servía, con una misteriosa fijeza me clavaba sus pupilas cuando tenía sed, Dios sabe con qué intención. Ojos que miraran tanto no existían en toda la provincia, en todo el mundo; un brillo azul y profundo como si el cielo se hubiera metido en ellos los diferenciaba de los otros, cuyas miradas parecían apagadas o muertas. Ruperto no era un hombre: era un par de ojos, sin cara, sin voz, sin cuerpo; así me parecía, pero así no lo sentía Antonio. Durante muchos días en que mi inconsciencia llegó a exasperarlo, por cualquier nimiedad me hablaba de mal modo o me infligía trabajos penosos, como si en lugar de ser su mujer yo hubiera sido su esclava. La transformación en el carácter de Antonio me afligió.

¡Qué extraños son los hombres! ¿En qué consistía la prueba que quería mostrarnos? Lo del circo no había sido una broma.

Al poco tiempo de casarnos, muchas veces dejaba de ir a su trabajo, pretextando un dolor de cabeza o un inexplicable malestar en el estómago. ¿Todos los maridos eran iguales?

En el fondo de la casa la enorme pajarera llena de canarios que Antonio había cuidado siempre con afán, estaba abandonada. Por las mañanas cuando yo tenía tiempo limpiaba la pajarera, colocaba alpiste, agua y lechuga en los recipientes blancos y cuando las hembras estaban por tener cría, preparaba los niditos. Antonio se había ocupado siempre de estas cosas, pero ya no demostraba ningún interés en hacerlo ni en que yo lo hiciera.

¡Hacía dos años que nos habíamos casado! ¡Ni un hijo! En cambio ¡cuánta cría habían tenido los canarios!

Un olor a almizcle y a cedrón llenó el cuarto. Los canarios olían a gallina, Antonio a tabaco y a sudor, pero Ruperto últimamente no olía sino a alcohol. Me decían que se emborrachaba. ¡Qué sucio estaba el cuarto! Alpiste, miguitas de pan, hojas de lechuga, colillas y ceniza estaban diseminados en el piso.

Desde la infancia Antonio se había dedicado, en los momentos libres, a amaestrar animales: primero usó de su arte, pues era un verdadero artista, con un perro, con un caballo, luego con un zorrino operado, que llevó durante un tiempo en su bolsillo; después, cuando me conoció y

porque me agradaban, se le ocurrió amaestrar canarios. En los meses de noviazgo, para conquistarme, me había enviado con ellos papelitos con frases de amor o flores atadas con una cintita. De la casa donde él habitaba a la mía se extendían quince largas cuerdas: los alados mensajeros iban de una casa a la otra sin vacilar. Por increíble que parezca llegaron a colocar flores en mi pelo y un papelito dentro del bolsillo de mi blusa.

Que los canarios colocaran flores en mi pelo y papelitos en mi bolsillo ¿no era más difícil que las tonterías que estaban haciendo con las benditas flechas?

En el pueblo, Antonio llegó a gozar de un gran prestigio. «Si hipnotizaras a las mujeres como a los pájaros, nadie resistiría a tus encantos», le decían sus tías con la esperanza de que el sobrino se casara con alguna millonaria. Como dije anteriormente, Antonio no se interesaba por el dinero. Desde los quince años había trabajado de mecánico y tenía lo que deseaba tener, lo que me ofreció con su casamiento. Nada nos faltaba para ser felices. Yo no podía comprender por qué Antonio no buscaba un pretexto para alejar a Ruperto. Cualquier motivo hubiera servido para ese fin, aunque más no fuera una reyerta por cuestiones de trabajo o de política que, sin llegar a una riña a puñetazos o con armas, hubiera vedado la entrada de ese amigo a nuestra casa. Antonio no dejaba traslucir ninguno de sus sentimientos, salvo en ese cambio de carácter que yo supe interpretar. Contrariando mi modestia, advertí que los celos que yo podía inspirar enajenaban a un hombre que había sido siempre, a mi juicio, el ejemplo de la normalidad.

Antonio silbó, se quitó la camiseta. Su torso desnudo parecía de bronce. Me estremecí al verlo. Recuerdo que antes de casarme me ruboricé frente a una estatua muy parecida a él. ¿Acaso no lo había visto nunca desnudo? ¡Por qué me asombraba tanto!

Pero el carácter de Antonio sufrió otro cambio que en parte me tranquilizó: de inerte se volvió extremadamente activo, de melancólico se volvió, aparentemente, alegre. Su vida se llenó de misteriosas ocupaciones, de un ir y venir que denotaba un interés extremo por la vida. Después de la cena, ni siquiera encontrábamos un momento de solaz para oír la radio, o para leer los diarios, o para no hacer nada, o para conversar unos instantes sobre los acontecimientos del día. Los domingos y días de fiesta tampoco eran un pretexto para permitirnos un descanso; yo que soy como un espejo de Antonio, contagiada por su inquietud, iba y venía por la casa, ordenando roperos ya ordenados, o lavando fundas impecables, por una imperiosa necesidad de contemporar con las enigmáticas ocupaciones de mi marido. Un redoblamiento de amor y de solicitud por los pájaros ocupó parte de sus días. Arregló nuevas dependencias de la pajarera; el arbolito seco, que ocupaba el centro, fue reemplazado por otro, más grande y más gracioso, que la embellecía.

Abandonando las flechas dos canarios empezaron a pelear: las plumitas volaron por el cuarto, la cara de Antonio se oscureció de cólera. ¿Sería capaz de matarlos? Cleóbula me había dicho que era cruel. «Tiene cara de llevar un cuchillo en el cinto», había aclarado.

Antonio ya no permitía que yo limpiara la pajarera. En aquellos días él ocupó un cuarto que servía de depósito en los fondos de la casa y abandonó nuestra cama matrimonial. En una cama turca, donde mi hermano solía dormir la siesta cuando venía de visita, Antonio pasaba las noches (sin dormir, lo sospecho, pues hasta el alba yo oía sus pasos incansables sobre las baldosas). A veces se encerraba horas enteras en ese cuarto maldito.

Uno por uno los canarios dejaron caer de sus picos las pequeñas flechas, se posaron sobre el respaldo de una silla y modularon un canto suave. Antonio se incorporó y mirando a María Callas, al que siempre había llamado «La reina de la desobediencia», dijo una palabra que no tiene sentido para mí. Los canarios volvieron a revolotear.

A través de los vidrios pintados de la ventana yo trataba de atisbar sus movimientos. Me lastimé una mano intencionalmente, con un cuchillo: de ese modo me atreví a golpear a su puerta. Cuando me abrió, salió volando una bandada de canarios que volvió a la pajarera. Antonio curó mi herida pero, como si hubiera sospechado que era un pretexto para llamar su atención, me trató con sequedad y desconfianza. En aquellos días hizo un viaje de dos semanas, en un camión, no sé adónde, y volvió con una bolsa llena de plantas.

Miré de soslayo mi falda manchada. Los pájaros son tan chiquitos y tan sucios. ¿En qué momento me habían ensuciado? Los observé con odio: me gusta estar limpia aun en la penumbra de un cuarto.

Ruperto, ignorando la mala impresión que causaban sus visitas, venía con la misma frecuencia y con los mismos hábitos. A veces, cuando yo me retiraba del patio para evitar sus miradas, mi marido con algún pretexto me hacía volver. Pensé que de algún modo le agradaba aquello que tanto le desagradaba. Las miradas de Ruperto me parecían ya obscenas; me desnudaban bajo la sombra del parral, me ordenaban actos inconfesables cuando a la caída de la tarde una brisa fresca acariciaba mis mejillas. Antonio, en cambio, nunca me miraba o fingía no mirarme, según me lo aseguraba Cleóbula. No haberlo conocido, no haberme casado con él, ni conocido sus caricias, para volver a encontrarlo, a descubrirlo, a entregarme a él, fue durante un tiempo uno de mis deseos más ardientes. ¿Pero quién recupera lo que ya perdió?

Me incorporé, me dolían las piernas. No me gusta estar quieta tanto tiempo. ¡Qué envidia tengo a los pájaros que vuelan! Pero los canarios me dan pena. Parece que sufrieran cuando obedecen.

Antonio no trataba de evitar las visitas de Ruperto: por lo contrario, las fomentaba. Durante los días de carnaval llegó al extremo de invitarlo a quedarse en nuestra casa, una noche en que se demoró hasta muy tarde. Tuvimos que alojarlo en el cuarto que Antonio ocupaba provisoriamente. Aquella noche, como la cosa más natural del mundo, volvimos a dormir juntos, mi marido y yo, en la cama de matrimonio. Mi vida se encauzó de nuevo desde aquel momento en su antigua normalidad; así lo creí, al menos.

Vislumbé en un rincón, debajo de la mesa de luz. el famoso muñeco. Pensé que podría

recogerlo. Como si hubiese hecho un ademán, Antonio me dijo:

—No te muevas.

Recordé aquel día en que al acomodar los cuartos, en la semana de carnaval, descubrí, para mal de mis pecados, arrumbado sobre el armario de Antonio, ese muñeco hecho de estopa, con grandes ojos azules, de un material blando, como de género, con dos círculos oscuros en el centro, imitando las pupilas. Vestido de gaucho hubiera servido de adorno en nuestro dormitorio. Riendo se lo mostré a Antonio, que me lo quitó de las manos con fastidio.

—Es un recuerdo de infancia —me dijo—. No me gusta que toques mis cosas.

—¿Qué mal hay en tocar un muñeco con el cual jugabas en tu infancia? Conozco niños que juegan con muñecos, ¿acaso te da vergüenza? ¿No eres un hombre ya? —le dije.

—No tengo que dar ninguna explicación. Lo mejor será que te calles.

Antonio, malhumorado, colocó el muñeco de nuevo sobre el armario y no me dirigió la palabra durante varios días. Pero volvimos a abrazarnos como en nuestros mejores tiempos.

Pasé la mano por mi frente húmeda. ¿Se me habrían deshecho los rulos? No había ningún espejo en el cuarto, por suerte, pues no hubiera resistido la tentación de mirarme en lugar de mirar los canarios que me parecían tan tontos.

A menudo Antonio se encerraba en el cuarto del fondo y advertí que dejaba abierta la puerta de la pajarera para que entrara por la ventana alguno de los pajaritos. Llevada por la curiosidad, una tarde lo espíé, subida sobre una silla, pues la ventana quedaba muy alta (lo que naturalmente no me permitía mirar hacia adentro del cuarto cuando yo pasaba por el patio).

Miraba el torso desnudo de Antonio. ¿Era mi marido o una estatua?, Acusaba a Ruperto de loco, pero él era más loco tal vez. ¡Cuánto dinero gastó en la compra de canarios, en vez de comprarme una máquina de lavar!

Un día pude entrever el muñeco acostado en la cama. Un enjambre de pajaritos lo rodeaba. El cuarto se había transformado en una especie de laboratorio. En un recipiente de barro había un montón de hojas, de tallos, de cortezas oscuras; en otro, unas flechitas hechas con espinas; en otro, un líquido brillante castaño. Me pareció que yo había visto esos objetos en sueños y para salir de mi perplejidad conté la escena a Cleóbula, que me respondió:

—Así son los indios: usan flechas con curare.

No le pregunté lo que quería decir curare. Ni sabía si me lo decía con desdén o con admiración.

—Se dedican a las brujerías. Tu marido es un indio —y al ver mi asombro, interrogó—: ¿No lo sabes?

Sacudí la cabeza con fastidio. Mi marido era mi marido. No había pensado que pudiera pertenecer a otra raza ni a otro mundo que el mío.

—¿Cómo lo sabes? —interrogué con vehemencia.

—¿No has mirado sus ojos, sus pómulos salientes? ¿No adviertes lo ladino que es? Mandarín,

la misma María Callas, son más francos que él. Esa reserva, esa manera de no contestar cuando se le pregunta algo, ese modo que tiene de tratar a las mujeres, ¿no bastan para demostrarte que es un indio? Mi madre está enterada de todo. Lo sacaron de un campamento cuando tenía cinco años. Tal vez eso fue lo que te gustó en él: ese misterio que lo distingue de los otros hombres.

Antonio traspiraba y el sudor hacía brillar su torso. ¡Tan buen mozo y perdiendo el tiempo! Si me hubiera casado con Juan Leston, el abogado, o con Roberto Cuentas, el tenedor de libros, no hubiera padecido tanto, seguramente. Pero ¿qué mujer sensible se casa por interés? Dicen que hay hombres que amaestran pulgas, ¿de qué sirve?

Perdí la confianza en Cleóbula. Sin duda decía que mi marido era indio para afligirme o para hacerme perder la confianza en él; pero al hojear un libro de historia donde había láminas con campamentos de indios, e indios a caballo, con boleadoras, encontré una similitud entre Antonio y esos hombres desnudos, con plumas. Advertí simultáneamente que lo que me había atraído en Antonio era tal vez la diferencia que había entre él y mis hermanos y los amigos de mis hermanos, el color bronceado de la piel, los ojos rasgados y ese aire ladino que Cleóbula mencionaba con perverso deleite.

—¿Y la prueba? —interrogué.

Antonio no me respondió. Fijamente miraba los canarios que volvieron a revolotear. Mandarín se apartó de sus compañeros y permaneció solo en la penumbra modulando un canto parecido al de las calandrias.

Mi soledad comenzó a crecer. A nadie comunicaba mis inquietudes.

Para Semana Santa, por segunda vez, Antonio insistió en que Ruperto se quedara de huésped en nuestra casa. Llovía, como suele llover para Semana Santa. Fuimos con Cleóbula a la iglesia para hacer el Viacrucis.

—¿Cómo está el indio? —me preguntó Cleóbula, con insolencia.

—¿Quién?

—El indio, tu marido —me respondió—. En el pueblo todo el mundo lo llama así.

—Me gustan los indios, aunque mi marido no lo fuera, me seguirían gustando —le respondí, tratando de seguir mis oraciones.

Antonio estaba en actitud de oración. ¿Había rezado alguna vez? Para el día de nuestro casamiento mi madre le pidió que comulgara; Antonio no quiso complacerla.

Mientras tanto la amistad de Antonio con Ruperto se estrechaba. Una suerte de camaradería, de la que yo estaba en cierto modo excluida, los vinculaba de una manera que me pareció veraz. En aquellos días Antonio hizo gala de sus poderes. Para entretenerse, mandó mensajes a Ruperto, hasta su casa, con los canarios. Decían que jugaban al truco por medio de ellos, pues una vez intercambiaron algunos naipes españoles. ¿Se burlaban de mí? Me fastidió el juego de esos dos hombres grandes y resolví no tomarlos en serio. ¿Tuve que admitir que la amistad es

más importante que el amor? Nada había desunido a Antonio y a Ruperto; en cambio Antonio, injustamente en cierto modo, se había alejado de mí. Sufrí en mi orgullo de mujer. Ruperto siguió mirándome. Todo aquel drama ¿sólo había sido una farsa? ¿Añoraba el drama conyugal, ese martirio al que me habían abocado los celos de un marido enloquecido durante tantos días?

Seguíamos amándonos, a pesar de todo.

En un circo Antonio podía ganar dinero con sus pruebas, ¿por qué no? La María Callas inclinó la cabecita para un lado, luego para el otro, y se posó en el respaldo de una silla.

Una mañana, como si me anunciara el incendio de la casa, Antonio entró en mi cuarto y me dijo:

—Ruperto está muriendo. Me mandaron llamar. Salgo para verlo.

Esperé a Antonio hasta mediodía, distraída con los quehaceres domésticos. Volvió cuando yo estaba lavándome el pelo.

—Vamos —me dijo—, Ruperto está en el patio. Lo salvé.

—¿Cómo? ¿Fue una broma?

—Ninguna. Lo salvé, con la respiración artificial.

Apresuradamente, sin comprender nada, recogí mi pelo, me vestí, salí al patio. Ruperto, inmóvil, de pie junto a la puerta miraba ya sin ver las baldosas del patio. Antonio le arrimó una silla para que se sentara.

Antonio no me miraba, miraba al techo como conteniendo la respiración. De improviso Mandarín voló junto a Antonio y le clavó una de las flechas en un brazo. Aplaudí: pensé que debía hacerlo para contentar a Antonio. Era sin embargo una prueba absurda. ¡Por qué no utilizaba su ingenio para sanar a Ruperto!

Aquel día fatal Ruperto al sentarse se cubrió la cara con las manos.

¡Cómo había cambiado! Miré su cara inanimada, fría, sus manos oscuras.

¡Cuándo me dejarían sola! Tenía que hacerme los rulos con el pelo mojado. Interrogué a Ruperto disimulando mi fastidio:

—¿Qué ha sucedido?

Un largo silencio que hacía resaltar el canto de los pájaros tembló en el sol. Ruperto respondió por fin:

—Soñé que los canarios picoteaban mis brazos, mi cuello, mi pecho; que no podía cerrar mis párpados para proteger mis ojos. Soñé que mis brazos y mis piernas pesaban como sacos de arena. Mis manos no podían espantar esos picos monstruosos que picoteaban mis pupilas. Dormía sin dormir, como si hubiera ingerido un narcótico. Cuando desperté de ese sueño, que no era sueño, vi la oscuridad: sin embargo oí cantar los pájaros y oí los ruidos habituales de la mañana. Haciendo un gran esfuerzo llamé a mi hermana, que acudió. Con voz que no era mía, le dije: «Tienes que llamar a Antonio para que me salve». «¿De qué?» interrogó mi hermana. No pude articular otra palabra. Mi hermana salió corriendo, y acompañada de Antonio volvió

media hora después. ¡Media hora que me pareció un siglo! Lentamente, a medida que Antonio movía mis brazos recuperé la fuerza pero no la vista.

—Voy a hacerles una confesión —murmuró Antonio, y agregó, lentamente—: pero sin palabras.

Favorita siguió a Mandarin y clavó una flechita en el cuello de Antonio, María Callas sobrevoló un momento sobre su pecho donde le clavó otra flechita. Los ojos de Antonio, fijos en el techo cambiaron, se hubiera dicho, de color. ¿Antonio era un indio? ¿Un indio tiene los ojos azules? De algún modo sus ojos se parecieron a los de Ruperto.

—¿Qué significa todo esto? —musité.

—¿Qué está haciendo? —dijo Ruperto, que no comprendía nada.

Antonio no respondió. Inmóvil como una estatua recibía las flechas de aspecto inofensivo que los canarios le clavaban. Me acerqué a la cama y lo zarandeeé.

—Contéstame —le dije—. Contéstame. ¿Qué significa todo esto?

No me respondió. Llorando lo abracé, echándome sobre su cuerpo; olvidando todo pudor lo besé en la boca, como sólo podría hacerlo una estrella de cine. Un enjambre de canarios revoloteó sobre mi cabeza.

Aquella mañana Antonio miraba a Ruperto con horror. Ahora yo comprendía que Antonio era doblemente culpable: para que nadie descubriera su crimen, me había dicho y lo había dicho después a todo el mundo:

—Ruperto se ha vuelto loco. Cree que está ciego, pero ve como cualquiera de nosotros.

Como la luz se había alejado de los ojos de Ruperto, el amor se alejó de nuestra casa. Se hubiera dicho que aquellas miradas eran indispensables para nuestro amor. Las reuniones en el patio carecían de animación. Antonio cayó en una tenebrosa tristeza. Me explicaba:

—Peor que la muerte es la locura de un amigo. Ruperto ve pero cree que está ciego.

Pensé con despecho, tal vez con celos, que la amistad en la vida de un hombre era más importante que el amor.

Cuando dejé de besar a Antonio y aparté mi cara de la suya, advertí que los canarios estaban a punto de picotear sus ojos. Le tapé la cara con mi cara y con mi cabellera, que es espesa como un manto. Ordené a Ruperto que cerrara la puerta y las ventanas para que el cuarto quedara en completa oscuridad, esperando que los canarios se durmieran. Me dolían las piernas. ¿El tiempo que habré quedado en esa postura? No lo sé. Lentamente comprendí la confesión de Antonio. Fue una confesión que me unió a él con frenesí, con el frenesí de la desdicha. Comprendí el dolor que él habría soportado para sacrificar y estar dispuesto a sacrificar tan ingeniosamente, con esa dosis tan infinitesimal de curare y con esos monstruos alados que obedecían sus caprichosas órdenes como enfermeros, los ojos de Ruperto, su amigo, y los de él, para que no pudieran mirarme, pobrecitos, nunca más.

El fantasma

Mi alma:

Sirvientas distinguidas, señoras ricas, prostitutas de buena familia, adolescentes que estudian, mujeres de todas las edades, ociosas o que trabajan, y algunos hombres, cuando no temen parecer afeminados, tienen por costumbre exhibir en el dormitorio, en un marco bonito como si se tratara de un novio, un retrato de ellos mismos. Vi a una mendiga sin vivienda, sin ropa (salvo la que tenía puesta), sin alimentos (salvo la basura recogida), que llevaba en su bolsa vacía un retrato de sí misma, con marco en forma de corazón. Hay también mujeres que en algún álbum costoso conservan fotografías de sí mismas, en distintas edades, con distintos trajes y posturas. Si pululan en estas fotografías perros, amigos y parientes, es para disimular el amor que sienten por sí mismas. El cuerpo parece ajeno a nosotros; nunca nuestro como podría ser o darnos la ilusión de ser. Además, los cuerpos incesantemente cambian, como las personas de quienes nos enamoramos. Se transforman en algo peor, o mejor cuando tienen mucha suerte. El enamorado sigue los rastros originales del ser amado. Narciso se enamoró de Narciso: estaba menos solo que yo. Me enamoré de una sustancia volátil y siendo tú, mi alma, de calidad parecida, me dirijo a ti para justificar de algún modo un sentimiento que no comprendo. La única superioridad que tiene esta sustancia sobre los seres humanos es que no envejece o que si envejece el hecho no se advierte. Cambia, eso sí: parece maternal a veces, frívola otras o bien grave, suele llevar faldas, pura vestimenta y pedrerías, o bien estar desnuda, puede convertirse en la naturaleza, es árbol y es agua; en temperatura maravillosa; en música y en luz.

Parecería que he desvariado pero ¿quién no habría de hacerlo tratándose de una experiencia como esta?

Cuando ese perfume a junquillo, a jazmín, a tumbergias, a no sé qué extravagante flor, me sorprendió de improviso, al abrir la puerta de calle de mi casa, pensé que una mujer perfumada, llevando tal vez flores, había entrado. Supe después por los porteros y por la gente que allí habitaba, que semejante mujer no había entrado. Cuando el mismo perfume me sorprendió después en mi dormitorio, otro día en la oficina, entre hombres y mujeres con olor a tabaco, comenzó a preocuparme.

Ráfagas inopinadas entraban por la ventanilla del tren, cuando viajaba, o refrescaban súbitamente el aire, cuando cruzaba por la calle, lugares fétidos, tales como mercados, farmacias,

queserías o, en verano, esos montones de basura, con hálito inmundos, a donde acuden las moscas verdes y los perros abandonados.

No me atreví a confesárselo a nadie. Amar a algo que no tiene rostro, ni forma alguna es un suplicio que, sospecho, ni siquiera los santos han soportado. Jesús está representado en miles de formas: entre los brazos de la Virgen, en el pesebre, en los brazos de San Cristóbal, cruzando el mar, sentado en una sillita con el mundo en la mano, jugando con San Juan, o bien mostrando su corazón. La Virgen tiene millones de rostros y de vestimentas. Puede estar con un manto azul, un vestido rojo, puede tener al niño entre sus brazos, puede tener un rosario en la mano o una serpiente a los pies. Cristo, en formas aún más variadas por las actitudes en que está clavado en la cruz, por la trenza de la corona, por la edad de la cara, por el color de la túnica. Mi suplicio es de los peores a que puede estar condenado un hombre.

A veces aquel perfume quedaba en mis labios como el sabor a sal que el mar deja en los labios. A veces quedaba en mi pelo, como el olor a cosmético cuando uno sale de la peluquería. A veces quedaba simplemente en un dedo o en la solapa de un traje o en un guante usado. Llegó a parecerme casi natural. Hoy me parece totalmente natural.

Cirila, mi novia, no me amaba, pero yo gozaba con ella de todos los inconvenientes del amor; esta circunstancia hacía que estuviésemos dispuestos a casarnos, creyendo que estábamos enamorados el uno del otro.

Un día que paseábamos como de costumbre, sacó del bolsillo un pequeño frasco de perfume y me pasó el tapón suavemente debajo de la nariz. Me estremecí, pero no dije nada.

—Este perfume —dijo— es de Claudia.

—¿Quién es Claudia? —pregunté ansiosamente; pensé que había descubierto la clave del enigma.

—No la conocerás nunca —respondió Cirila—; murió hace un año. Este perfume lo fabricó ella misma con una mezcla de flores que puso a macerar en alcohol. Tenía el proyecto de poner una perfumería, pues le interesaban las cuestiones de las destilerías de perfumes. Estudió química durante algunos años. Pero antes de recibirse abandonó la carrera.

—¿La quieres mucho? —le pregunté, no pudiendo contener mi turbación.

—Estás temblando —respondió—. ¿Qué te pasa?

—No sé. He fumado mucho. Contesta mi pregunta.

—A decir verdad, no la quería mucho.

—¿Por qué?

—No sé. Me molestaba. Tenía celos de todo.

—¿Y de qué murió?

—En un accidente. Íbamos juntas. Fue horrible.

—¿Por qué no me lo contaste?

—¡No sé! No puedo pensar en eso: me hace mal. Nos peleamos. Fue nuestra última pelea, y su

última frase fue: «Me las vas a pagar».

La gallina de membrillo

Se llamaba Blanquita Simara, porque no parecía un macho, sino una hembra. Desde que Manuel Grasín se había instalado en la habitación del fondo de la casa, que era como estar en primera fila de platea, Blanquita había engordado mucho. Esto era inevitable porque Manuel Grasín, que trabajaba en la confitería «El Obelisco», una vez por semana le traía en una bolsa las sobras: huesos, pasteles rotos, grasa rancia de jamón y pavo, sandwiches viejos. Grasín podía disponer de los alimentos para otros fines, cocinarlos para hacer pasteles, por ejemplo, o regalarlos a la prima Virginia, que preparaba con cualquier basurita albóndigas deliciosas, pero prefería dárselos a Blanquita Simara, porque lo esperaba con los ojos ardiendo de hambre, en el zaguán y, porque, además, Rosaura Pringles con otras atenciones agradecía su generosidad. Si él tenía que comprar camisas, calzoncillos o pijamas, Rosaura se los mandaba hacer en pocos días, a medida y en poplín italiano.

Rosaura Pringles, veinte años atrás, tuvo que soportar una injuria: a ella, que se había casado contra viento y marea, su marido la había abandonado; a ella, que había sido la niña mimada de la sociedad, a ella, pobrecita, que, después, por culpa de él tuvo que trabajar para ganarse la vida. Rómulo Pringles, intempestivamente, salió una mañana para no volver. La había dejado en una casa bonita, bien puesta, con un taller de camisas que daba mucha ganancia, rodeada de plantas que se llaman corazón de estudiante, lazo de amor, lluvia de fuego. Rosaura jamás pensó que el hombre volvería, y cuando la llamó veinte años después por teléfono (soy testigo), para preguntarle si vivía siempre en la misma casa, quedó tan asombrada que aceptó en el acto su proposición de vivir de nuevo juntos.

Rómulo Pringles llegó con un cargamento de valijas, con menos pelo, pero mayor mandíbula, lo que le confirió un aire feroz que no desagradaba a Rosaura, pero sí a Blanquita Simara, que descubrió en el hombre, así lo sospecho, pretensiones de animal.

Hubo que arreglar la casa, pedir a Manuel Grasín que se fuera, cosa que no era fácil. «Soy solo y amigo de la tranquilidad» decía Grasín. Fue entonces cuando Rosaura Pringles adquirió ese hábito que formó la parte más importante de su personalidad y de su encanto. Blanquita Simara empezó a hablar por su boca: no sólo expresaba lo que Blanquita hubiera dicho en tal y cual circunstancia, sino que remedaba la voz que le atribuía: una voz de acuerdo con su idiosincrasia, que era mezcla de niño mimado, de negro de las Antillas y de viejito provinciano tartamudo. ¿Qué mujer, cuando vale algo, no es juguetona? Ella misma decía «Soy Blanquita».

Manuel Grasín la escuchó primeramente con impaciencia.

—¿Manuel Grasín, que es tan bueno, no nos dejará el cuarto, para que podamos alojar a papá? Por difícil que sea conseguir alojamiento, Manuel Grasín lo encontrará y vendrá a visitarnos y a traernos huesitos de la confitería, y alguna vez, para mamá, una gallinita de membrillo.

La voz irresistible de Blanquita obró sobre el espíritu y la suerte de Manuel Grasín; consiguió una vivienda en otra casa, retiró su cama y su armario, para dejar la habitación, que sirvió otrora de escritorio lujoso, a Rómulo Pringles.

Rosaura Pringles era hermosa y sabía manejar a sus oficiales; lo único que no pudo inculcarles fue su amor a Blanquita Simara. Le sonreían, es verdad, la acariciaban, pero con visible repugnancia. Blanquita Simara dejaba vómitos en la alfombra, rompía los géneros que encontraba en el suelo (jamás comía los alfileres, cosa que hubiera agradado a las oficiales), orinaba en la puerta del taller, si hacía frío. Las oficiales aprovechaban cuando la señora salía para llamarlo puerco, darle un puntapié; una llegó a quemarle la oreja con un cigarrillo, acto inhumano, explicable, si se quiere, en mujeres cansadas o celosas de la dicha de un perro más querido que ellas. Pero desde que Rómulo Pringles había vuelto, las oficiales se burlaban de los dueños de casa y permitían a Blanquita Simara cualquier locura.

—La señora, que es tan seria, conversa mucho, y no de géneros, con el dueño de la sedería Sendra; y no de cuestiones jurídicas, con Ernesto Roque, buen mozo y atrevido que trabaja en la televisión y conquista a todas las mujeres —decían en coro esas lenguas de víbora.

Yo las oía con mi oído de tísico, cuando aparecía con mi bolsa con golosinas en aquel paraíso.

—Que una dama se perfume tanto no es nada bueno —decía la segunda oficiala.

—Usa pestañas falsas y peluca —decía la primera oficiala.

—Eso no quiere decir nada —decía la sirvienta, siempre asomada a la puerta.

—Los afeites desagradan a los hombres.

—Según a qué hombres. Conocí a uno que exigía que su mujer llevara, hasta en la cama, la peluca puesta. Ustedes no me creerán. Aquel pelo, requetebién muerto y postizo, que había sido de otra mujer, lo enardecía —opinaba gravemente la primera oficiala.

—Todas las noches saca a Blanquita Simara a pasear. Le compró un collar de cuero verde, que vale más que un sombrero, y una cadenita que es un chiche ¿para qué? Si antes andaba conmigo por la calle sin collar, como un conejo, la Blanquita Simara. ¿Yo, qué más quiero? Me quedo a descansar. Pero el señor ¿qué pensará? —dijo la sirvienta.

Infamias, pensé, estirando la oreja.

—El señor merecido lo tiene —dijo la segunda oficiala—. ¿No la plantó durante veinte años? Y ella esperándolo, como la santa imagen de la fidelidad.

—Eso es lo raro. Ahora que el señor ha vuelto, se divierte con otros —dijo la sirvienta.

—Así es la vida. Ahora está tranquila, puede divertirse —decía la primera oficiala.

—Tengo ganas de romperle la peluca; se hace la nena —protestó la segunda oficiala—. Los

otros días dijo: «Esta oficialita que no traiga su negro hasta la puerta porque lo vamos a sacar corriendo de un mordiscón».

Estaban enfurecidas, porque con el correr de los días Blanquita Simara adquirió, a mi juicio, una mala costumbre. Hay que ser justos, lo que está mal está mal. Intempestivamente la picarona se sentaba en medio del cuarto de costura, levantaba el hocico y aullaba: era anuncio de desgracia. Tardamos poco tiempo en descubrirlo. Las oficialas se ponían nerviosas. Sabían que ese aullido traería a alguna de ellas o a algún habitante de la casa malas noticias. Y así fue como Blanquita Simara anunció sucesivamente (con su aullido) la muerte de la tía Paquita, el accidente de la rusita Sonia, que no volvió al taller, y el asesinato del hermano de Rómulo Pringles. Los acontecimientos se presentaron de un modo trágico. Aquella noche, Rómulo Pringles, al oír el aullido de Blanquita, acudió al taller, empuñó un palo y golpeó el lomo de Blanquita. Rosaura tomó a su vez un hierro, para golpear a su marido, en defensa de Blanquita; en ese preciso momento el novio de una de las oficialas entraba en la casa para buscar a su novia, y con verdadera indignación recibió el golpe. Yo temía que la vida de Blanquita Simara estuviera en peligro y se lo dije a Rosaura, que respondió, con voz adorable:

—Tiene siete vidas. Tenemos un Dios aparte.

Al oír esto, Manuel Grasín se tranquilizó.

Yo la seguí aquel día. En la plaza, en la paz del anochecer, con la voz de Blanquita Simara, Rosaura Pringles hablaba a su enamorado:

—Vamos a dejarlo solo porque los enamorados molestan con sus atrevimientos. Este Ernesto Roque es un mentiroso. ¿Acaso le perdonaríamos que diga a otras mujeres lo que nos dice a nosotras?

Nada tan injusto. Ernesto Roque, subyugado por la voz de Blanquita Simara, era fiel ahora a una sola mujer: a Rosaura.

Sacó del bolsillo un revólver y le dijo:

—Rosaura: vienes a vivir conmigo o te mato aquí mismo y me pego un balazo. No olvides que soy un hombre y que no se juega con un hombre.

—¿Y cómo hacemos para decírselo a papá? —dijo Rosaura Pringles, con la voz de Blanquita Simara—. ¿Y para deshacer el taller, echar a las oficialas tan buenas, que nos dan de comer? ¿Y cómo hacemos para sacar la ropa, los muebles, los chiches, la batería de cocina nueva? ¿No vamos a vivir como gitanos? ¿Dónde? ¿En una habitación sin cuarto de baño? ¿En un tugurio del centro, sin calefacción y sin agua caliente, comiendo fritangas frías y papas fritas en aceite de algodón, que es un veneno para los estómagos? No, señor. Somos románticas, pero nos gusta vivir con las comodidades modernas. Ya ve usted que tenemos en nuestra casita todas las máquinas, desde la licuadora hasta el televisor. Nos gusta vivir bien, entre adornos bonitos, perros de porcelana y ¿para qué ocultarlo?, somos gastadoras. Es raro que andemos por las calles del centro sin comprar algo. Las comidas más caras son las que nos gustan: langostinos,

blanquito de pavita, pastel de almendras, faisán a la turca, dátiles y marrón glacé, caviar, que es difícil de conseguir.

¿De dónde conocía esos platos? Un furor seco oprimió la garganta de Ernesto Roque. Recordé con orgullo mi generosidad.

—Nos gusta pasear —siguió diciendo la voz de Blanquita Simara—, y tener automóvil. ¡Y los perfumes! Aceptamos sólo perfumes franceses, de los más finos. ¡Y jabones! Jabones ingleses de glicerina, para la sarna, que también son caros, como los cepillos.

Todas estas palabras, dichas con voz de niña, conmovieron a Ernesto Roque.

—Estoy decidido —dijo subyugado el infeliz. Empuñó el revólver con una mano, y con la otra oprimió el brazo de Rosaura.

—Yo también estoy decidida —respondió Rosaura, aterrada, con su propia voz, por primera vez, para asustar al hombre—. Me iré contigo. ¡Qué me importan mi casa y sus comodidades! Tendría que ser frívola para rehusar tu proposición. Llevaré a Blanquita conmigo. No te opondrás a ello. Tu amor es lo más importante que hay en mi vida, lo único auténtico. Hasta ahora mi existencia no tenía significado; mecánicamente yo cumplía con mis obligaciones, sin alegría. El día era idéntico a la noche, y la noche al día; la diversión al tedio y el tedio a la diversión; el amor al odio y el odio al amor. Si usaba peluca, era para esconder mi cabellera, que es más hermosa; si usaba pestañas falsas, era para ocultar la curva irresistible de mis pestañas; si usaba senos postizos, era para proteger los míos de las manos que podrían acariciarlos. Ahora, porque puedo ser yo misma, frente al revólver, prueba irrefutable de tu amor, prometo abandonar todo para seguirte.

Rosaura Pringles, que miraba fijamente la luz de un farol mientras hablaba, bajó la vista y vio que el amenazante revólver y la mano amorosa que oprimía su brazo habían desaparecido. Ernesto Roque no estaba a su lado. Rosaura se alisó la peluca, se anudó la bufanda, con un leve temblor, y no sabiendo si estaba muerta o viva, musitó a Blanquita Simara:

—Si no vuelve tu mamá a casa, le comerán toda la sopita y van a dejarla sin postre.

La voz divina de Blanquita Simara resonó en sus labios con la misma gracia de siempre; Rosaura se encaminó a su casa llevando consigo ese Sésamo ábrete de los corazones, que le permitiría gozar aún del amor. En la mesa del comedor estaba esperando la gallinita de membrillo, obsequio de Manuel Grasín.

Celestina

Era la persona más importante de la casa. Manejaba la cocina y las llaves de las alacenas. Era necesario complacerla.

Para que fuera feliz, había que darle malas noticias: esas noticias eran tónicos para su cuerpo, deleites para su espíritu.

—Celestina, hoy, mientras daba a luz, murió de un ataque al corazón la señora Celina Romero, aquella mujer simpática y bondadosa, a quien convidó usted con carbonada y niños envueltos. Nadie se ocupará del hijo, que tiene dos cabezas y una sola oreja.

—¿Y en todo lo demás el niño es normal?

—No. Tiene el talón del pie colocado adelante, los dedos en el talón, además de las pestañas dentro de los párpados. Hablan de hacerle una operación.

—¡Qué pavada operar a un recién nacido!

Celestina se incorporaba en la silla, como en el agua una flor marchita, y revivía.

—Celestina, hay terremotos en Chile; maremotos también. Ciudades enteras han desaparecido. Los ríos se transforman en montañas, las montañas en ríos. Se desbordan arrastrando piedras, se vienen abajo. Predicen el fin del mundo.

Celestina sonreía misteriosamente. Ella que era tan pálida, se sonrojaba un poco.

—¿Cuántos muertos? —preguntaba.

—Todavía no se sabe. Muchos han desaparecido.

—¿Podría mostrarme el diario?

Le mostrábamos el diario, con las fotografías de los desastres. Las guardaba sobre su corazón.

—¡Qué broma! —respondía.

—Celestina, la criminalidad infantil aumenta. Ayer, mientras el señor Ismael Rébora, que usted conoce, dormía, con la dosis habitual de somnífero, su nieto, Amílcar, de ocho años de edad, con el cuchillo que utilizaba para sacar punta a los lápices y a las cañas de bambú, le infirió varias heridas mortales. El señor Ismael Rébora tuvo tiempo de encender la luz para ver cómo le asestaban la cuarta puñalada y comprobar que el autor del hecho, no sólo era un niño, sino su nieto, amargura que para él duró la fracción de un segundo, pero no para su familia, que ocultó el asesinato con éxito, y que tiene que convivir ahora con un pequeño criminal que asesinará con el tiempo al resto de la familia.

—A lo mejor —respondía Celestina.

Durante horas fue amable, bondadosa, alegre, casi bonita; tarareaba una canción española, que expresaba claramente su regocijo.

Celestina podía vivir en carne propia las malas noticias.

—Esta casa está incendiándose —le dijeron un día—. Los bomberos ya están al pie del edificio, tratando de apagar el incendio. No, no es una broma. De los grifos, en vez de agua, salen llamas. No podemos salvarnos, porque la escalera que da al pasillo de la puerta de calle está ardiendo y la de servicio está obstruida por los tirantes de madera que cayeron. De cada ventana se asoma el fuego, con sus ojos de anguila eléctrica.

Celestina, reconfortada con la mala noticia, se salvó del incendio sin una quemadura. Los otros inquilinos de la casa murieron o se salvaron con quemaduras de tercer grado.

A veces, por increíble que parezca, no hay malas noticias en los diarios. Es difícil, pero sucede. Entonces, hay que inventar crímenes, asaltos, muertes sobrenaturales, pestes, movimientos sísmicos, naufragios, accidentes de aviación o de tren, pero estas invenciones no satisfacen a Celestina. Mira con cara incrédula a su interlocutor.

Y llegó un día en que tuvimos sólo buenas noticias, y la imposibilidad de inventar malas noticias.

—¿Qué hacemos? —preguntaron Adela, Gertrudis y Ana.

—¿Buenas noticias? No hay que dárselas —dije, pues me había encariñado con Celestina.

—Algunas poquitas no le harán daño —dijeron.

—Por pocas que sean, le harán daño —protesté—. Es capaz de cualquier cosa.

Nos secreteábamos en las puertas. ¡Aquel último accidente, horrible, que yo le había anunciado, la dejó tan contenta! Fui personalmente a ver el tren descarrilado, a revisar los vagones en busca de un mechón de pelo, de un brazo mutilado para describírselos.

Como si hubiera presentido que estábamos preparándole una emboscada, nos llamó.

—¿Qué hacen? ¿Qué es lo que están complotando, niñas?

—Tenemos una buena noticia —dijo Adela, cruelmente.

Celestina palideció, pero creyó que se trataba de una broma. El sillón de mimbre donde estaba sentada, crujió debajo de su falda oscura.

—No te creo —dijo—. Sólo hay malas noticias en este mundo.

—Pues, no, Celestina. Los diarios están llenos de buenas noticias —dijo Ana, con los ojos brillantes—. De acuerdo con las estadísticas, se han podido combatir eficazmente las peores enfermedades.

—Son cuentos —musitó Celestina—. Y tú, con esa carita triste, ¿qué noticia me traes? —me dijo débilmente, con una última esperanza.

—Los crímenes han disminuido notablemente —exclamó Adela.

—En cuanto a la leucemia, es una historia antigua —musitó Gertrudis.

—Y yo gané a la lotería —dijo Ana diabólicamente, sacando un billete del bolsillo.

Esas voces agrias, anunciando noticias alegres, no auguraban nada bueno. Celestina cayó muerta.

Icera

Cuando vio Icera en el escaparate de aquella enorme juguetería del Bazar Colón el juego de muebles para muñecas lo codició. No lo quiso para las muñecas (no tenía ninguna) sino para ella misma, pues deseaba dormir en esa exigua cama de madera, con molduras que formaban guirnaldas, cestos de flores, mirarse en el espejo del armario, que tenía diminutos cajoncitos, puerta con cerradura y llave, sentarse en la sillita con el asiento de esterilla y los barrotes torneados, frente a la mesa de vestir, en cuyo mármol había una palangana y una jarra, con un jaboncito de yapa, y un peine, que serviría para peinar las cabelleras más rebeldes.

El jefe de la sección muñecas, Darío Cuerda, tomó simpatía a la niña.

—Es tan feúcha —solía decir para disculparse ante los otros empleados de las atenciones que le prodigaba.

Icera consideraba las muñecas como rivales; no las aceptaba ni de regalo; sólo quería ocupar el lugar que ellas ocupaban; como era testaruda, se mantuvo firme en sus gustos. Esta particularidad de su carácter, a más de su estatura, que era muy por debajo de la normal, llamaba la atención. La niña iba siempre con su madre a mirar, porque eran pobres, y no a comprar juguetes. El jefe de la sección muñecas, Darío Cuerda, permitía que Icera se acostara en la diminuta cama, se mirara en el diminuto espejo del armario y se sentara en la silla, frente a la mesa de vestir, para peinarse el pelo, como lo hacía una señora que vivía frente a su casa.

Nadie regalaba juguetes a Icera, pero Darío Cuerda, para el día de Navidad, le regaló un vestido, un sombrerito, guantes y zapatitos de muñecas, averiados, que se vendían como saldos. Icera, delirando de felicidad, salió a pasear con las prendas puestas. Todavía las conserva.

Con sus visitas, la niña creaba complicaciones a Cuerda, pues si le daba a elegir algún regalo, la niña siempre elegía el de más precio.

—Este Cuerda, tan generoso —decían sus compañeros de trabajo a los clientes que frecuentaban la casa.

La fama de generoso le costaba algunos pesos. A la niña le agradaban los juguetes prácticos: máquinas de coser, de lavar, un piano de cola, una caja de costura con todos los implementos y ese baúl con un ajuar, que costaban una fortuna. Darío Cuerda le dio una guitarra y un rastrillo; luego, como los juguetes baratos no abundaban, optó por regalarle jaboncitos, perchitas, peinecitos que dejaban satisfecha a la niña, porque le eran de alguna utilidad.

—Los niños crecen —decía la madre de Icera, con sincera tristeza. ¡Qué madre no deplora

secretamente el crecimiento de su hija, aunque la quiera más alta y más robusta que las demás! La madre de Icera era como todas las madres, un poco más pobre y más apasionada, tal vez—. Un día, este vestidito no te servirá —proseguía, enseñándole el vestidito de la muñeca—. ¡Qué pena! Yo también fui chiquita, y aquí me ves.

Icera miraba a su madre que era desconsoladoramente alta. Los niños crecían, era cierto. Pocas cosas en el mundo eran tan ciertas. Ferdinando llevaba pantalón largo, Próspera no encontraba zapatos a su medida, Marina no se trepaba a los árboles porque todos eran pequeños para su altura de jirafa. Una angustia diminuta carcomió por unos días el corazón de Icera, pero se le antojó que una frase que repetiría incesantemente dentro de sí misma «no debo crecer, no debo crecer», detendría su ilusorio crecimiento. Además, si diariamente se calzaba los zapatitos, si se ponía el vestido, los guantes y el sombrero de muñeca, forzosamente siempre seguiría siendo del mismo tamaño. Su fe obró un milagro. Icera no creció.

Cayó enferma y durante cuatro semanas no pudo vestirse. Cuando se levantó medía diez centímetros más. Sintió una gran pena, como si ese aumento de centímetros hubiera sido una pérdida. Y lo fue en verdad. No sólo pararse sobre la mesa le fue prohibido; el baño en la palangana de lavar la ropa no volvió a repetirse, el vino bebido en el dedal de la madre se suspendió; ni las uvas que le dieron, ni los macachines que juntaba en el campo ocuparon tanto lugar en el hueco de su mano. El vestido, los guantes y los zapatos ya no le servían. El sombrero le quedaba en la punta de la cabeza. Fácil le sería a cualquiera imaginar el disgusto que sentía la niña si recuerda el disgusto que él mismo siente cuando engorda, cuando el pie o la cabeza se hinchan, cuando los dedos de los guantes se arrugan como salchichas crudas. Pero se encuentra solución a un problema, a fuerza de buscarla: el vestido le sirvió de blusa; los guantes, reformándolos, de mitones; los zapatos, recortando los talones, de chinelas.

Icera vivió feliz, de nuevo, hasta que un mal intencionado le recordó su infortunio.

—¡Cómo has crecido! —le dijo el malhadado vecino.

Para demostrar que no era cierto, Icera trató de esconderse debajo del helecho del patio, pero la descubrieron en el acto tres otros malhadados vecinos, para seguir hablando de su estatura anormal.

Icera acudió a la juguetería, que era su bálsamo de lágrimas. Con el corazón henchido de amargura, se detuvo en la puerta. En el escaparate, aquel día, se exhibían sólo muñecas. Las detestadas muñecas, con ese olor rívido a pelo y a vestido nuevo que tienen, brillaban sobre el vidrio entre los reflejados admiradores que pasan a toda hora por la calle Florida. Algunas estaban vestidas de primera comunión, otras de esquiadores, otras de Caperucita Roja, otras de colegiala; una sola, de novia. La muñeca vestida de novia era un poco diferente de la que estaba vestida de primera comunión: llevaba un ramito de azahares en la mano y estaba metida adentro de una caja de cartón celeste, cuyos bordes tenían un festón de encaje, de papel, como lo tienen las cajas de bombones. Icera, olvidando su natural timidez, entró en la juguetería en busca de

Darío Cuerda. Preguntó por él a otros dependientes de la casa, pues no lo encontró en su puesto habitual.

—¿El señor Darío Cuerda? —La tan callada Icera olvidaba su timidez.— ¿No podría llamarlo? —dijo a uno de los dependientes más temidos.

—Aquí está —dijo el cajero, señalando a un viejito que parecía Darío Cuerda disfrazado de viejito.

Darío Cuerda estaba tan cubierto de arrugas que Icera no lo reconoció. En cambio él, en su vaga memoria, la recordó a ella por su estatura.

—Su mamita venía a mirar los juguetes. ¡Cómo le gustaban los juegos de dormitorio y las maquinillas de coser! —dijo con deferencia Darío Cuerda, adelantándose con maternal dulzura. Advirtió que la niña tenía bigotes, barba y dentadura postiza—. Estas criaturas modernas —exclamó— son como adultos para los odontólogos.

¡Qué arrugados estamos todos!, pensó Darío Cuerda. Luego imaginó que todo aquello era un sueño, nacido de su cansancio. *¡Tantas caras viejas, tantas caras nuevas, tantos juguetes elegidos, tantas boletas de venta escritas sobre papel carbónico, mientras el cliente se impacienta! ¡Tantos niños que se hacen los viejos y viejos que se hacen los niños!*

—Tengo que decirle un secreto —dijo Icera.

Para que la boca de Icera llegara a alcanzar la oreja larguísima de Darío Cuerda, fue menester subir a la niña al mostrador.

—Soy Icera —susurró Icera,

—¿También te llamas Icera? Es natural. Los hijos se llaman como los padres —dijo el jefe de la sección muñecas pensando *me obsesiona la vejez: hasta los niños parecen viejos*. (Aprovechó para pronunciar mal las palabras mientras pensaba en otras cosas.)

—Señor Cuerda, quisiera que me regale la caja donde está la muñeca vestida de novia —susurró Icera, haciéndole intolerables cosquillas en la oreja.

Nunca Icera había dicho una frase tan larga ni tan bien pronunciada. Aquella caja aseguraría según sus convicciones la dicha del porvenir. Conseguirla era cuestión de vida o muerte.

—Todo se hereda —exclamó Cuerda—, especialmente los gustos. Existe poca diferencia entre esta niña y su madre. Ésta habla mejor pero parece una viejita —agregó, dirigiéndose a la que creía ser la abuela de Icera, que era como un fantasma.

Icera pensó que al introducirse en esa caja no seguiría creciendo, pero también pensó que se vengaba un poco de todas las muñecas del mundo, quitándole a la más importante esa caja con puntilla de papel.

Darío Cuerda, maltratando su cansancio, pues no era poco trabajo retirar cualquier objeto del escaparate, desanudó las cintas que ataban la muñeca al cartón, y regaló a Icera la caja.

Fue en ese momento cuando un inesperado fotógrafo pasó con sus herramientas de trabajo: al ver gente agolpada en el Bazar Colón, se enteró de que Icera, a quien buscaba desde hacía

tiempo, estaba en la juguetería. El fotógrafo pidió permiso para sacar una fotografía, mientras Icera se acomodaba adentro de la caja y Cuerda le ataba cintas. Hincó una rodilla, blandió la cámara, se alejó, volvió a acercarse como un verdadero muñeco. Tal vez esa escena formaba parte de la propaganda de la casa, pensó Cuerda con orgullo y, mientras sonreía, olvidó sus arrugas y las de la niñita, deslumbrado por la luz de relámpago que los iluminó a todos.

El fotógrafo, que era un cronista del diario, por fórmula pues conocía nombre, domicilio, edad, vida y milagros de la niña, comenzó a tomar notas consultando a la viejita que acompañaba a Icera.

—¿Cuándo cumplió cuarenta años su hija? —preguntó.

—El mes pasado —respondió la madre de Icera.

Entonces Darío Cuerda advirtió que todo lo que ocurría no era obra de su cansancio. Habían transcurrido treinta y cinco años desde la anterior visita de Icera al Bazar Colón y pensó, acaso confusamente (porque en verdad estaba cansadísimo), que Icera no había crecido más de diez centímetros en ese ínterin por estar destinada a dormir noches futuras en aquella caja, que impidiera su crecimiento en el pasado.

El crimen perfecto

Gilberta Pax quería vivir tranquila. Cuando me enamoré de ella, yo creía lo contrario y le ofrecí todo lo que un hombre de mi posición puede ofrecer a una mujer para que se viniera a vivir conmigo, ya que no podíamos casarnos. Durante uno o dos años nos vimos en lugares incómodos y caros. Primero en automóviles, después en cafés, después en cines de mala reputación, después en hoteles un poco sucios. Cuando no le rogué sino exigí que viviera conmigo, me respondió:

—¡No puedo!

—¿Por qué? —interrogué—. ¿Por tu marido?

—Por el cocinero —susurró, y salió corriendo.

Con ira, al día siguiente, le pedí una explicación. Me la dio.

—No conoces mi casa, parece un hotel —me dijo—. Cinco personas viven en ella; a más de mi marido, mi tío, una de sus hermanas y sus dos hijos. Todo lo quieren perfecto, especialmente la comida; pero Tomás Mangorsino, el cocinero (desde hace ocho años está en la casa) se burlaba de nosotros. Aunque la presentación de cada plato fuera muy decorativa, cada día cocinaba peor. Con el pelo oliendo a grasa, porque me olvidaba de cubrirlo con un pañuelo, yo pasaba la mañana pidiéndole que cocinara como en sus buenos tiempos. Mangorsino me miraba con cierta compasión, pero jamás me obedecía. Una mañana que lo visité con una salida de baño rosada y con una gorra de material plástico verde, de esas con las cuales uno podría ir a un baile, me miró con tanta insistencia, que le pregunté: «¿Qué le sucede, Mangorsino?» «¿Qué me sucede? Que la señora está tan linda esta mañana que no se reconoce.» Fue entonces cuando me vino la idea de sacrificarme por mi deber de ama de casa, y seducirlo. Como si él lo hubiera adivinado, cambió de conducta, pero sólo para mí. Mandaba postres de merengue, con formas alusivas a su amor, en porciones para una sola persona. Cuando me hablaba, en la entonación de su voz yo adivinaba la reprimida ternura. «Va a hacer unos tallarines con una masa liviana.» «La voy a amasar muy bien» —me decía, mirándome en los ojos. O si no: «¿Y la empanada que me gusta?». «La doraré. Sé que le agrada.» «Y para el té ¿qué hará?» «Besitos de Venus.» Todo lo decía comiéndome con sus ojos de lobo. Accedí a sus requerimientos, pero las cosas no cambiaron mucho. Me mandaba un plato para mí, con la prohibición de comer lo que rellenaba la fuente, la parte de los otros, más barata y menos fresca. La sirvienta me susurraba, al colocar el plato sobre la mesa, frente a mi asiento. «Esto es para la señora, que está un poco delicada del estómago.» La situación se prolongó angustiosamente. Mientras el resto de la familia se retorecía

de dolor de barriga, yo comía manjares succulentos, que si no hubieran puesto en peligro mi esbeltez, me hubieran deleitado. «Mi marido quiere comer hongos (yo los odio, no los como ni por un pastel) y pavita mis hijos», le dije un día. Casi me estrangula. «Son muy caros», respondió. Simultáneamente los malentendidos comenzaron a traer disturbios en nuestra relación. Mientras afila los cuchillos, mira mi cuello con insistencia. Yo le tengo miedo ¿por qué negarlo? Cuando retuerce un trapo de rejilla, sé que está retorciendo mi cuello; cuando corta la carne, corta la mía. De noche no duermo. Soy esclava de sus caprichos.

—No te aflijas —dije a Gilberta—. ¿Dónde compra la carne y las verduras?

—Tengo la dirección en mi libreta —me dijo—. Junín 1000. ¿Piensas matarlo?

—Algo mejor —le respondí.

Era pleno invierno y fui al campo a juntar hongos. Los traje en una bolsa. Pedí a Gilberta una fotografía de Tomás Mangorsino.

—¿Para qué la quieres? —preguntó.

—Yo también tengo caprichos —respondí, y me la trajo.

Para llevar a cabo mi plan, tenía que saber cómo era Mangorsino. Después de averiguar a qué horas iba al mercado, me aposté en la esquina donde sabía que pasaba a las siete de la mañana. Un hombre pasó con un impecable traje gris y una bufanda marrón. Consulté la fotografía: era Mangorsino.

—Hongos regalados —grité, con voz de mercachifle—, fresquitos.

Mangorsino se detuvo, miró mis guantes. No quiero dejar mis impresiones digitales, por precaución.

—¿Cuánto valen?

—Cinco pesos —dije con pronunciación extranjera.

—Démelos —dijo, sacando plata de un bolsillo interminable.

Al día siguiente, en el diario de la tarde, leí la noticia. Murió una familia entera, envenenada por hongos comprados en la calle por el cocinero Mangorsino. La única sobreviviente es la señora Gilberta Pax.

Acudí a la casa, donde Gilberta me esperaba. Nada le dije de lo que yo había hecho. Un crimen tan complicado y sutil no se confía al ser que uno más ama en el mundo, ni a la almohada.

Me contó que la familia, indignada y moribunda no perdió la cabeza: al sentir los primeros síntomas de envenenamiento, había corrido con tenedores a la cocina para obligar por la fuerza a Mangorsino a comer los hongos venenosos, por lo que el pobre también murió. Mi crimen fue pasional y lo que es más raro, perfecto.

El lazo

Era anciana, había que respetarla por su edad; era distinguida, de facciones regulares, había que admirar la belleza que había conservado; comía mucho, había que alabar la lozanía de su salud; se interesaba por la vida de los otros, sabía vida y milagros de todas las personas que apenas conocía, había que creer en su alma caritativa; era rica, había que servirla y aprovechar de las ventajas de su situación económica; era trabajadora, había que reconocer las virtudes de su espíritu, ya que no obligada por la necesidad trabajaba. Se llamaba Valentina Shelder.

En este relato, porque soy honesta, resaltarán mis defectos y las virtudes de Valentina Shelder. Todo esto forma parte del vasto plan agresivo de Valentina Shelder. Haber aniquilado, también, la parte simpática o generosa de mi ser, haberme transformado en un monstruo, y haberse ella salvado ante la opinión pública, que en suma era lo único que le preocupaba, dependía de su habilidad. Tardé en advertir sus intenciones, porque era astuta y disimulaba todos sus sentimientos. Parecía feliz, sobre todo cuando hablaba de temas indecentes, escatológicos o crueles. Conocía la biografía de todas las personas que frecuentaban el dispensario donde trabajábamos, las casas vecinas con sus porteros, la plaza a donde íbamos a tomar sol a veces, las tiendas donde comprábamos nuestra ropa de trabajo, el té y el café.

Cuando Valentina acababa de contar una historia de adulterio o de amor libertino, que terminaba mal, su risa estridente llenaba la sala. Me odiaba; su odio por mí era sólo comparable a mi odio por ella. Odio que se alimentaba de reyertas diarias, de palabras groseras, de miradas penetrantes como cuchillos que nos hendían el alma.

Los días de atmósfera limpia, cuando se aproximaba un aguacero, en el dispensario se oían los rugidos de las fieras del Jardín Zoológico. No sé por qué me serenaba oírlas. Tal vez pensaba en lo que hubiera hecho con Valentina Shelder si yo hubiera sido una fiera suelta o si por algún milagro Valentina Shelder se hubiera encontrado encerrada conmigo en una jaula.

Valentina Shelder gozaba de un rudimentario placer: inspirarme sentimientos criminales que contrariaban mis ideas religiosas; por eso, adivinando el motivo inquietante de mi serenidad, también ella sonreía cuando rugían las fieras.

Ella sabía que se acercaba el día de su venganza: era la parte primordial de nuestra vida, y el resto una puerilidad.

Si ahora tuviera que enumerar los pormenores de nuestras peleas, tal vez no podría. Muchos versaban sobre remedios, muchos sobre alimentos, muchos sobre animales domésticos,

insecticidas, y vestimentas adecuadas al tiempo y a las edades, muchos al modo de clavar la aguja de inyecciones (si directamente con la aguja o con el émbolo ajustado a la aguja); muchos sobre higiene mental y moral. A veces me quedaba ronca sin haberle hablado, a fuerza de gritar mentalmente, otras veces quedaba con un brazo lastimado por los golpes imaginarios que yo le asestaba en medio de una discusión acalorada. Yo me desfiguraba. Ella naturalmente envejecía con esa falsa distinción que la caracterizaba.

Cada nuevo insulto que yo le propinaba proyectaba en ella una luz que resplandecía en su semblante.

—Lengua larga. Mula. Yegua. Cretina. Degenerada. Infeliz —no despreciaba ninguna palabra vulgar para lanzársela a la cara, como una piedra. Ella recibía todo con sonrisas. Luego, para vituperarme, para calumniarme, el veneno de los chismes como el rocío caía de sus labios. A veces, ante cualquiera que la escuchara despotricar contra mí, parecía una enamorada. Para aguzar mi deseo de venganza, ella no desdeñaba ninguna traición. Ante quien quisiera oírle me acusaba de inmoralidad, de perversión, de latrocinio, de mendacidad, de crueldad.

Si, por orden médica, yo abrigaba a un enfermo, ella lo desabrigaba aunque lo matara. Si yo le daba jugos de frutas, decía que eran un veneno. Si yo hablaba a un moribundo, tratando de reconfortarlo con palabras de esperanza, decía que eso le subía la fiebre. Los médicos la escuchaban y llegaron, sin decírmelo abiertamente, a mirarme con desconfianza.

Yo sola era el blanco de su agresividad, y esto sucedía casi todo el tiempo; se colocaba en lugares estratégicos, por ejemplo en el borde de una ventana sin baranda, que daba al patio interior del establecimiento, o subida sobre una escalera de mano, alta y enclenque, para cambiar la bombilla de una araña o dando la espalda a un calentador Primus, a punto de estallar, o trepada a una mesa frágil, que apenas la sostenía, para acomodar una cortina de lona, que pesaba un quintal. De un empujón yo hubiera podido en un instante ultimarla o dejarla tullida para el resto de su existencia.

Le gustaban los espectáculos crueles, le gustaba mi cara de espanto.

Un día salimos solas a comprar ropa blanca para el personal del dispensario. A corta distancia de la tienda vimos un automóvil deshecho, que había chocado contra una pared. Valentina quiso mirarlo de cerca. Tuve que acompañarla. Abrió la puerta del automóvil, buscó manchas de sangre. Cuando las encontró quedó satisfecha. Otro día quiso ver el departamento donde una pareja de amantes había muerto asfixiada por un escape de gas del calefón. Para verlo, pedimos permiso al portero, que nos creyó locas. Como un guía, nos mostró el lugar, contándonos la historia macabra.

El médico, Samuel Sical, el jefe de nuestra sala, nos apreciaba tanto a una como a otra, pero Valentina Shelder no lo admitía.

Samuel Sical cuidaba a sus enfermos con ejemplar devoción. Los auscultaba con minuciosidad. Salvó vidas, pero en una oportunidad no tuvo suerte. El enfermo, que no tenía una

enfermedad del otro mundo, se quejaba por demás. Samuel Sical pensó que estaba grave y un día lo auscultó más minuciosamente que de costumbre. Anunció a sus colegas, que rodeaban la cama, que el enfermo estaba fuera de peligro. El hombre parecía restablecido porque no se quejaba; pero estaba muerto.

Samuel Sical, desprestigiado desde aquel día, parecía un alma en pena. Por él nos peleamos con Valentina Shelder. Acabábamos de tomar el desayuno. Los instrumentos de cirugía estaban cerca. El bisturí brillaba cuando me dijo que yo defendía a Samuel Sical, porque era mi amante. Agregó: «Por mirarte, dejó morir al enfermo». Tomé el bisturí, al oír su risa estridente, y me abalancé sobre ella, apuntando a su cuello. Cayó y mientras corría la sangre, que salpicaba mi delantal, su risa persistía. Muerta, su voz furiosamente alegre continuaba resonando por las salas y corredores del dispensario.

Amor

Durante el principio de la travesía fuimos felices. Era nuestro viaje de bodas, íbamos a Estados Unidos, mi marido para completar sus estudios y yo los míos, pues conseguí una beca.

Continuamente gozábamos del espectáculo del mar, de la música, de los juegos, de los alimentos, del *dolce far niente* a bordo. El aire marítimo, que vuelve exuberantes a los hombres, también los enamora. Siempre lo he dicho. Bajo su influjo adoramos, odiamos, desesperamos, gozamos más que bajo el influjo de cualquier droga. Eran tal vez nuestras primeras vacaciones, pues desde muy jóvenes habíamos vivido siempre sometidos a las familias de nuestros padres y a trabajos que nos esclavizaban.

Por las mañanas, a las ocho, cuando no nos levantábamos para ver la salida del sol, estábamos ya en la cubierta haciendo ejercicios. Tomábamos, a las once, el caldo, que servían con sandwiches. El resto de la mañana, hasta la hora del almuerzo, nos echábamos al sol, casi desnudos. Por la tarde estudiábamos y algunos días tomábamos asueto leyendo libros o jugando a los naipes con algunos de los pasajeros. Teníamos la impresión de estar comiendo, durmiendo, haciendo el amor, o esperando hacerlo, todo el día.

Nos amábamos profundamente, con esa nueva dicha que consistía en alejarnos del mundo rodeados de gente que no conocíamos o que apenas conocíamos.

Entre los pasajeros ¿valdrá la pena nombrar a Isaura Díaz, que leía las líneas de las manos; a Roberto Crin, prestidigitador; a Luis Amaral, brasileño, cazador y millonario; a John Edwards, médico que en un momento dado me salvó la vida, y a la niña Cirila Fray, a quien yo cuidaba durante una o dos horas de la tarde, para ayudar a la madre, que estaba anémica?

Roberto Crin me fascinaba, con sus pruebas de prestidigitación y conversaba un poquito conmigo cuando subíamos las escaleras o cuando nos cruzábamos por la cubierta. A mi marido no le gustaba. No me lo decía, pero yo lo advertía por su modo de fruncir el ceño o de arrugar la frente. ¿Acaso él no conversaba con todas las mujeres de a bordo, en cuanto tenía una oportunidad? Con Luis Amaral yo no me atrevía a hablar, porque me miraba demasiado, con sus ojos oscuros y despiadados. En cuanto intentaba hablarme, yo miraba para otro lado, haciéndome la distraída. Al enigmático John Edwards, que me salvó la vida y con quien por ese motivo tuve algún trato, mi marido apenas le hablaba. La vida, que había sido tan agradable en los primeros días, para mí se volvió atroz. Para distraerme un poco me ocupé de Cirila, que tenía cinco años y que pasaba la tarde en la sala de gimnasia de niños, donde había un caballo de madera, un sube y

baja, columpios y otros juegos, que uno encuentra en las plazas. Durante el momento que estaba con ella me olvidaba un poco de la abrumante tarea que es para una mujer tratar de evitar los celos de un marido desconfiado. Nuestro viaje no parecía un viaje de luna de miel. Una amargura semejante a la que había visto entre otros matrimonios casados desde hacía ya tiempo, destruía nuestra avenencia. No nos queríamos menos por ello. Durante el día nos reconciliábamos cinco o seis veces; esas reconciliaciones eran efusivas. No lo culpo a él más de lo que me culpo por ese estado de cosas. Soy vengativa, desde mi infancia lo fui: en cuanto lo veía conversar con alguna mujer que no fuera demasiado vieja, yo buscaba algún hombre a quien dar conversación, para que él supiera lo que era el sentimiento que yo más detestaba: los celos.

No fue sino después de quince días de a bordo cuando me decidí a hablar con Luis Amaral. Un marido que ama a su mujer advierte cuando ésta se siente atraída por otro hombre: algo en la voz, algo en la mirada, algo en el comportamiento, la delata. Mi marido habría notado esta atracción, pues se tornó hosco y malhumorado conmigo, sin dejar de ser amable con las otras mujeres.

Un día, Luis Amaral, con el pretexto de mostrarme las escopetas con las cuales cazaba en el Amazonas, me hizo pasar a su camarote. Yo no hubiera debido aceptar. No me invitaba como a otros pasajeros de a bordo; su manera de mirarme, su voz, me perturbaban. Para vengarme de las infidelidades, tal vez inexistentes, de mi marido, yo me sentía capaz de hacer cualquier cosa. No me hice rogar demasiado. Entré en el camarote de Luis Amaral como quien se suicida. Cuando me encontré a solas frente a él me sentí avergonzada. Él lo tomó de otro modo. Quiso abrazarme. Naturalmente lo rehuí. Él había cerrado la puerta con llave: quise abrirla. Grité.

Después de ese episodio Luis Amaral me miró de un modo insolente. No perdonaba mi indiferencia, porque se creía irresistible.

Mi marido, con el pretexto de averiguar su destino, hablaba con Isaura Díaz, de noche, cuando yo me desvestía para dormir. Varias veces los vi en la cubierta juntos: ella teniéndole la mano y diciéndole cosas que él nunca me contaba. Isaura Díaz era una mujer ya madura. Sus ojos negros irradiaban una luz extraña. Me parecía que ningún hombre podía enamorarse de ella, primeramente por su edad, luego por su falta de belleza. Pero a medida que la observé, descubrí en ella un encanto y una fuerza que me inquietaron. Pensé que mi marido se sentía atraído por ella y ese interés que demostraba por saber algo del futuro no era sino el interés que siente un hombre frente a una mujer. Roberto Crin trataba de distraerme con sus pruebas de prestidigitación. Tal vez adivinaba mi angustia. Yo con él me sentía alegre, alegre como una niña, porque siempre me fascinó ese juego de hacer aparecer y desaparecer objetos.

Mi marido no podía creer en mi inocencia, ni yo en la de él. Un barco es un mundo, y en ese mundo empezábamos a vivir nuestro amor de una manera equivocada. No sé si los pasajeros oían nuestras peleas. A veces íbamos hasta la proa y el viento traía bocanadas de sal a nuestros labios mientras discutíamos. A veces íbamos hasta la popa y ahí, con la cabeza agachada, mirábamos el

surco azul que dejaba el barco y los peces voladores, que saltaban mientras nos destrozábamos el alma. A veces, cuando todos los pasajeros se habían ido a dormir, permanecíamos en la cubierta, como dos espectros, odiándonos.

Los motivos de nuestras disputas no nos enfurecían de acuerdo con la gravedad del caso. A veces bastaba un pañuelo que hubiera caído, un movimiento de una mano, un buenos días que se hubiera dicho, la palidez de las mejillas o una contemplación demasiado prolongada frente al espejo, para que la ira desbordara. Un demonio se había apoderado de nuestras almas. A veces pienso que Dios intentó salvarnos de ese demonio infligiéndonos un castigo mayor.

Estábamos, aquel día, acodados a la borda. Hacía frío. Nos habíamos puesto nuestros abrigos más gruesos, es cierto, pero no sentíamos el frío en nuestras caras, ni en nuestras manos descubiertas. Peleábamos, no sé por qué. Todos los motivos de nuestras peleas los recuerdo, salvo ese que parecía la conjunción de todos los otros. Era la hora en que el mar, cuando hace frío, se pone de un gris de acero. El sol blanco se parecía menos al sol que a la luna. Yo contemplaba el cielo, el mar, como en un sueño. De repente el barco tembló, se tumbó hacia la izquierda. Seguimos peleando. Se oyó la sirena. Los pasajeros del barco corrían, recogiendo alegremente trozos de hielo que habían caído dentro de la cubierta, y los lanzaban al aire. Seguimos peleando. El barco se ladeaba hacia la izquierda. Un oficial vino a decirnos que el barco había chocado con un témpano de hielo. Estaba hundiéndose. Le dimos las gracias. Seguimos peleando. De vez en cuando, un leve movimiento, con una serie de crujidos, ladeaba el barco. Veíamos la vajilla del comedor de primera clase caer una tras otra; la mesita con ruedas, cubierta de fiambres y postres, golpearse contra las paredes, empujada por manos invisibles. La gente se agrupaba en los rincones, como animales que temieran el granizo. Ya habían bajado los botes de salvataje. Nos peleábamos. ¿Tuvimos deseos de salvarnos? Un oficial vino a buscarme. Le dije que quería quedarme con mi marido, si en los botes no había sitio para él. Seguimos peleando. Una avalancha de gente se nos vino encima cuando abrieron las puertas de comunicación de la segunda clase y de la tercera. El amargo gusto del mar, tan parecido a las lágrimas, entró en mi boca. Me desvanecí. No sé quién nos salvó, pero sea quien fuere, no se lo perdono, pues le debo haber quedado en este mundo de peleas, en lugar de haber perecido en un espléndido naufragio, abrazada a mi marido.

El pecado mortal

Los símbolos de la pureza y del misticismo son a veces más afrodisíacos que las fotografías o que los cuentos pornográficos, por eso ¡oh sacrílega! los días próximos a tu primera comunión, con la promesa del vestido blanco, lleno de entredoses, de los guantes de hilo y del rosario de perlitas, fueron tal vez los verdaderamente impuros de tu vida. Dios me lo perdone, pues fui en cierto modo tu cómplice y tu esclava.

Con una flor roja, llamada plumerito, que traías del campo los domingos, con el libro de misa de tapas blancas (un cáliz estampado en el centro de la primera página y listas de pecados en otra), conociste en aquel tiempo el placer —diré— del amor, por no mencionarlo con su nombre técnico; tampoco tú podrías darle un nombre técnico, pues ni siquiera sabías dónde colocarlo en la lista de pecados que tan aplicadamente estudiabas. Ni siquiera en el catecismo estaba todo previsto ni aclarado.

Al ver tu rostro inocente y melancólico, nadie sospechaba que la perversidad o más bien el vicio te apresaba ya en su tela pegajosa y compleja.

Cuando alguna amiga llegaba para jugar contigo, le relatabas primero, le demostrabas después, la secreta relación que existía entre la flor del plumerito, el libro de misa y tu goce inexplicable. Ninguna amiga lo comprendía, ni intentaba participar de él, pero todas fingían lo contrario, para contentarte, y sembraban en tu corazón esa pánica soledad (mayor que tú) de saberte engañada por el prójimo.

En la enorme casa donde vivías (de cuyas ventanas se divisaba más de una iglesia, más de un almacén, el río con barcos, a veces procesiones de tranvías o de victorias de plaza y el reloj de los ingleses), el último piso estaba destinado a la pureza y a la esclavitud: a la infancia y a la servidumbre. (A ti te parecía que la esclavitud existía también en los otros pisos y la pureza en ninguno.)

Oíste decir en un sermón: «Más grande es el lujo, más grande es la corrupción»; quisiste andar descalza, como el niño Jesús, dormir en un lecho rodeada de animales, comer miguitas de pan, recogidas del suelo, como los pájaros, pero no te fue dada esa dicha: para consolarte de no andar descalza, te pusieron un vestido de tafetas tornasolado y zapatos de cuero *mordoré*; para consolarte de no dormir en un lecho de paja, rodeada de animales, te llevaron al teatro Colón, el teatro más grande del mundo; para consolarte de no comer miguitas recogidas del suelo, te regalaron una caja lujosa con puntilla de papel plateado, llena de bombones que apenas cabían en

tu boca.

Rara vez las señoras, con tocados de plumas y de pieles, durante el invierno se aventuraban por ese último piso de la casa, cuya superioridad (indiscutible para ti) las atraía en verano, con vestidos ligeros y anteojos de larga vista, en busca de una azotea, de donde mirar aeroplanos, un eclipse, o simplemente la aparición de Venus; acariciaban tu cabeza al pasar, y exclamaban con voz de falsete: «¡Qué lindo pelo!», «¡Pero qué lindo pelo!».

Contiguo al cuarto de juguetes, que era a la vez el cuarto de estudio, estaban las letrinas de los hombres, letrinas que nunca viste sino de lejos, a través de la puerta entreabierta. El primer sirviente, Chango, el hombre de confianza de la casa, que te había puesto de apodo Muñeca, se demoraba más que sus compañeros en el recinto. Lo advertiste, porque a menudo cruzabas por el corredor, para ir al cuarto donde planchaban la ropa, lugar atrayente para ti. Desde ahí, no sólo se divisaba la entrada vergonzosa: se oía el ruido intestinal de las cañerías que bajaban a los innumerables dormitorios y salas de la casa, donde había vitrinas, un altarcito con vírgenes, y una puesta de sol en un cielo raso.

En el ascensor, cuando la niñera te llevaba al cuarto de juguetes, repetidas veces viste a Chango que entraba en el recinto vedado, con mirada ladina, el cigarrillo entre los bigotes, pero más veces aún lo viste solo, enajenado, deslumbrado, en distintos lugares de la casa, de pie, arrimándose incesantemente a la punta de cualquier mesa, lujosa o modesta (salvo a la de mármol de la cocina, o a la de hierro con lirios de bronce del patio). «¿Qué hará Chango, que no viene?» Se oían voces agudas, llamándolo. Él tardaba en separarse del mueble. Después, cuando acudía, naturalmente nadie recordaba para qué lo llamaban.

Tú lo espiabas, pero él también terminó por espiarte: lo descubriste el día en que desapareció de tu pupitre la flor de plumerito, que adornó más tarde el ojal de su chaqueta de lustrina.

Pocas veces las mujeres de la casa te dejaban sola, pero cuando había fiestas o muertes (se parecían mucho) te encomendaban a Chango. Fiestas y muertes consolidaron esta costumbre, que al parecer agradaba a tus padres. «Chango es serio. Chango es bueno. Mejor que una niñera» decían en coro. «Es claro, se entretiene con ella», agregaban. Pero yo sé que una lengua de víbora, de las que nunca faltan, dijo: «Un hombre es un hombre, pero nada les importa a los señores, con tal de hacer economías». «¡Qué injusticia!», musitaban las ruidosas tías. «Los padres de la niñita son generosos; tan generosos que pagan un sueldo de institutriz a Chango.»

Alguien murió, no recuerdo quién. Subía por el hueco del ascensor ese apasionado olor a flores, que gasta el aire y las desacredita. La muerte, con numerosos aparatos, llenaba los pisos bajos, subía y bajaba por los ascensores, con cruces, cofres, coronas, palmas y atriles. En el piso alto, bajo la vigilancia de Chango, comías chocolates que él te regaló, jugabas con el pizarrón, con el almacén, con el tren y con la casa de muñecas. Fugaz como el sueño de un relámpago, te visitó tu madre y preguntó a Chango si hacía falta invitar a alguna niñita para jugar contigo. Chango contestó que no convenía, porque entre las dos harían bulla. Un color violeta pasó por

sus mejillas. Tu madre te dio un beso y partió; sonreía, mostrando sus preciosos dientes, feliz por un instante de verte juiciosa, en compañía de Chango.

Aquel día la cara de Chango estaba más borrosa que de costumbre: en la calle no lo hubiéramos conocido ni tú ni yo, aunque tantas veces me lo describiste. De soslayo lo espiabas: él, habitualmente tan erguido, arqueándose como signos de paréntesis, ahora se arrimaba a la punta de la mesa y te miraba. Vigilaba de vez en cuando los movimientos del ascensor, que dejaba ver, a través de la armazón de hierro negro, el paso de cables, como serpientes. Jugabas con resignada inquietud. Presentías que algo insólito había sucedido o iba a suceder en la casa. Como un perro, husmeabas el horrible olor de las flores. La puerta estaba abierta: era tan alta, que su abertura equivalía a la de tres puertas de un edificio actual, pero eso no facilitaría tu huida; además, no tenías la menor intención de huir. Un ratón o una rana no huyen de la serpiente que los quiere; no huyen animales más grandes. Chango, arrastrando los pies, se alejó de la mesa por fin, se inclinó sobre la balaustrada de la escalera para mirar hacia abajo. Una voz de mujer, aguda, fría, retumbó desde el sótano:

—¿La Muñeca se porta bien?

El eco, seductor cuando le decías algo, repitió sin encanto la frase.

—Muy bien —respondió Chango, que oyó resonar sus palabras en los fondos oscuros del sótano.

—A las cinco le llevaré la leche.

La respuesta de Chango: «No hace falta: se la prepararé yo», se mezcló con un «gracias» femenino, que se perdió en los mosaicos de los pisos bajos.

Chango volvió a entrar en el cuarto y te ordenó:

—Mirarás por la cerradura, cuando yo esté en el cuartito de al lado. Voy a mostrarte algo muy lindo.

Se agachó junto a la puerta y arrimó el ojo a la cerradura, para enseñarte cómo había que hacer. Salió del cuarto y te dejó sola. Seguiste jugando como si Dios te mirara, por compromiso, con esa aplicación engañosa que a veces ponen en sus juegos los niños. Luego, sin vacilar, te acercaste a la puerta. No tuviste que agacharte: la cerradura se encontraba a la altura de tus ojos. ¿Qué mujeres degolladas descubrirías? El agujero de la cerradura obra como un lente sobre la imagen vista: los mosaicos relumbraron, un rincón de la pared blanca se iluminó intensamente. Nada más. Un exiguo chinflón hizo volar tu pelo suelto y cerrar tus párpados. Te alejaste de la cerradura, pero la voz de Chango resonó con imperiosa y dulce obscenidad: «Muñeca, mira, mira».

Volviste a mirar. Un aliento de animal se filtró por la puerta, no era ya el aire de una ventana abierta en el cuarto contiguo. Qué pena siento al pensar que lo horrible imita lo hermoso. Como tú y Chango a través de esa puerta, Píramo y Tisbe se hablaban amorosamente a través de un muro.

Te alejaste de nuevo de la puerta y reanudaste tus juegos mecánicamente. Chango volvió al cuarto y te preguntó: «¿Viste?» Sacudiste la cabeza, y tu pelo lacio giró desesperadamente. «¿Te gustó?» insistió Chango, sabiendo que mentías. No contestabas. Arrancaste con un peine la peluca de tu muñeca, pero de nuevo Chango estaba arrimado a la punta de la mesa, donde tratabas de jugar. Con su mirada turbia recorría los centímetros que te separaban de él y ya imperceptiblemente se deslizaba a tu encuentro. Te echaste al suelo, con la cinta de la muñeca en la mano. No te moviste. Baños consecutivos de rubor cubrieron tu rostro, como esos baños de oro que cubren las joyas falsas. Recordaste a Chango hurgando en la ropa blanca de los roperos de tu madre, cuando reemplazaba en sus tareas a las mujeres de la casa. Las venas de sus manos se hincharon, como de tinta azul. En la punta de los dedos viste que tenía moretones. Involuntariamente recorriste con la mirada los detalles de su chaqueta de lustrina, tan áspera sobre tus rodillas. Desde entonces verías para siempre las tragedias de tu vida adornadas con detalles minuciosos. No te defendiste. Añorabas la pulcra flor del plumerito, tu morbosidad incomprendida, pero sentías que aquella arcana representación, impuesta por circunstancias imprevisibles, tenía que alcanzar su meta: la imposible violación de tu soledad. Como dos criminales paralelos, tú y Chango estaban unidos por objetos distintos, pero solicitados para idénticos fines.

Durante noches de insomnio compusiste mentirosos informes, que servirían para confesar tu culpa. Tu primera comunión llegó. No hallaste fórmula pudorosa ni clara ni concisa de confesarte. Tuviste que comulgar en estado de pecado mortal. Estaban en los reclinatorios no sólo tu familia, que era numerosa, estaban Chango y Camila Figueira, Valeria Ramos, Celina Eyzaguirre y Romagnoli, cura de otra parroquia. Con dolor de parricida, de condenada a muerte por traición, entraste en la iglesia helada, mordiendo la punta de tu libro de misa. Te veo pálida, ya no ruborizada frente al altar mayor, con los guantes de hilo puestos y un ramito de flores artificiales, como de novia, en tu cintura. Te buscaría por el mundo entero a pie como los misioneros para salvarte si tuvieras la suerte, que no tienes, de ser mi contemporánea. Yo sé que durante mucho tiempo oíste en la oscuridad de tu cuarto, con esa insistencia que el silencio desata en los labios crueles de las furias que se dedican a martirizar a los niños, voces inhumanas, unidas a la tuya, que decían: es un pecado mortal, Dios mío, es un pecado mortal.

¿Cómo hiciste para sobrevivir? Sólo un milagro lo explica: el milagro de la misericordia.

Rhadamanthos

La envidiaba por sus pecados con una envidia que la carcomía, una envidia que no la dejaba descansar, y ahora, ahí estaba, muerta. Nada en el mundo podría resucitarla. Ahí estaba, muerta como una piedra preciosa, que no sufre, con todos los honores, con todas las ceremonias. ¡Ni siquiera desfigurada! Y si lo hubiera estado, alguien se hubiera encargado de ver en ella un encanto nuevo, el encanto de sus imperfecciones. Joven, nada le quitaría la juventud; tranquila, nada le quitaría la tranquilidad; impura, nada le quitaría su aparente pureza. Las iniciales, sobre el paño negro del coche fúnebre, brillaban, y sus retratos ya se repartían entre los amigos de la casa. No había modo de contener las lágrimas que vertían por ella un hijo de ocho años, un marido de treinta y esa corte ridícula de amigos que la admiraban, aún más que antes. En los armarios, aquellos vestidos que olían a perfume, serían sus delegados. Con ellos el recuerdo maquinaría costumbres, ritos en su memoria. Las santas tienen altares, pero ella, que se había suicidado, tendría en cada corazón alguien que suspiraba secretamente por su memoria.

Injusticias de la suerte, pensaba Virginia, mientras subía las escaleras. Yo que he sufrido tanto, yo que soy pura, yo que tengo a veces cara de muerta, yo que no tengo miedo de nadie, yo no me he suicidado. Nadie llora por mí.

Entró en el cuarto donde la velaban. Flores, las flores que le agradaban tanto, la cubrían. En la luz trémula de los cirios brillaban la frente, los pómulos, las mejillas, el cuello y los labios, como si estuviese viva. Ninguno de sus defectos se veía, ni los dedos de los pies, que eran tan insólitos, ni las piernas demasiado fuertes. Se había arreglado, peinado, pintado, para torturarla.

Para no verle la cara se arrodilló; para no pensar en ella, rezó. Un zumbido de voces le llenó los oídos. La gente hablaba, ¿de qué? Sólo de ella. Era pura, decían, como la luz. Se puso de pie. Por suerte nadie advierte en las miradas los íntimos sentimientos de un ser.

Virginia se dirigió al dormitorio de la muerta. Buscó el peine, para peinarse, buscó el lápiz de los labios, para pintarse, buscó el perfume, para perfumarse, y se miró en el espejo. Salió de la casa apresuradamente; entró en una tienda donde compró papel de cartas (el papel que tenía en su casa era un papel ordinario). Caminó por la calle mirando la punta de sus zapatos de bruja; subió por un ascensor interminable, abrió una puerta y entró en su cuarto. Se puso a escribir maravillosas cartas de amor dirigidas a la muerta, revelando en ellas, con toda suerte de subterfugios, la vida monstruosa, impura, que le atribuía. Al pie de las cartas firmaba con el nombre del supuesto amante. En una noche, mientras velaban a la muerta, escribió veinte cartas,

cuyas fechas abarcaban toda una vida de amor.

A la mañana siguiente, al alba, hizo un paquete con las cartas, las ató con la cinta rosada de uno de sus camisones, las llevó a la casa mortuoria y las depositó en el armario de la muerta.

El hórreo

A Basilisa Vázquez

Hace treinta años que salí de España y no sé si volveré. Mi madre quería que me llamara Generosa, como mi abuela, pero me llamaban Pachina. La noche de San Juan me escapé de mi casa. Ya estaba cansada de tanta injusticia. Yo tenía ocho años y hacía todos los trabajos. Mis hermanas, ninguno. Cuando recolectaban la cosecha del centeno, sufría más que nunca, pues no tenía tiempo de juntar los cornatillos, que valen tanto. Mis hermanas, ellas tenían tiempo de juntarlos. Yo tenía que servir el vino, la comida a los segadores, o llevar las vacas al monte, o lavar y planchar la ropa, o encender el fuego, o pelar las papas. «Me iré a Gual, donde viven mis primas» decía para mis adentros, moviendo los labios como si rezara. «Me ganaré la vida cuidando niños y mañana, cuando mis padres vayan a la iglesia, a buscar todas las cosas que dejaron los vecinos en las puertas de la iglesia, sabrán que escapé y llorarán con grandes pañuelos, porque no sabrán si he muerto de hambre o si me comió un lobo.»

Caía la noche, con las fogatas encendidas, y pensé en los cuentos de lobos y de brujas que me habían contado. No me atreví a caminar por los montes ni a aventurarme por el largo camino que conduce a Gual; me escondí en el hórreo, donde almacenan los granos, y que queda muy cerca de la casa de mis padres. Me eché sobre el piso. Oí toda la noche las idas y venidas de la gente que me buscaba con linternas. Al amanecer emprendí el viaje. Me mojé la cara en el río, para lavar mis lágrimas, pues no llevaba pañuelo, y bebí mucha agua. Cuando llegué a Gual, más muerta que viva, no me atreví a pedir trabajo en ninguna casa. Tenía vergüenza. A la entrada del pueblo encontré a mi prima que me preguntó a dónde iba. Le respondí que iba a buscar unos zuecos, que los hacían ahí, en una casa, muy bonitos. Avergonzada volví, caminando por el mismo camino por donde había venido, resuelta a encerrarme en el hórreo hasta morir, pues antes de recibir la paliza que me esperaba, prefería morir debajo de los granos o de un cargamento de pasto. El dolor y el hambre me daban alas. Corrí tanto que caí casi desmayada. Me detuve a descansar debajo de un castaño, cuyas frutas me clavaron sus erizos. Los niños, que salían del colegio, al verme, vinieron a mi encuentro. Uno de ellos quiso llevarme al pueblo y me tomó del brazo. Le clavé las uñas. Los otros me rodearon y durante media hora lucharon conmigo. Cuando caí al suelo, vencida, me hice la muerta. Los niños, gritando que estaba

muerta, huyeron. Cuando los perdí de vista, tomé otro camino del monte, más largo pero menos frecuentado y me encaminé al hórreo. Con tranquilidad, pues mi cansancio era ya como un narcótico, penetré en la sombra del recinto, y vi con terror que no estaba sola. Una sombra agazapada se escondía, como yo estaba escondiéndome: era Lelo Garabal, el de los pies grandotes, pero lloraba. ¡Un varón que llora! ¿Qué era mi vergüenza comparada con la de Lelo Garabal? Él tenía doce años cumplidos, era casi un hombre con bigotes, y yo una niña. Lo miré con desprecio. Gruñía como un cerdo y un mar de lágrimas caía de sus mejillas sobre la blusa oscura, pero no había olvidado su merienda, y mientras lloraba comía pan con chorizo. Hacía muchas horas que yo no comía y probablemente al relamer mis labios Lelo Garabal adivinó mi hambre. Me ofreció la mitad del pan, no la del chorizo, y me dijo:

—Me iré de España.

Si no hubiera estado sentada, me habría caído al suelo.

—¿Te vas? —le pregunté con voz helada, recordando que una niña nunca debe demostrar su asombro a un varón—. ¿Por qué?

—Porque sí —respondió, mirándose los pies—. Soy grande, mira mis zapatos. Calzo un número más que mi padre.

—Quiero irme contigo —le dije, tratando de no oír sus gruñidos—. Yo también quiero irme de España, aunque muera de hambre.

—¿En un barco? —me respondió incrédulo—. Pachina, ¿te irías en un barco, de los que zarpan de Vigo?

—¿Y en qué me iría? —le dije—. Pero ¿por qué te vas? —insistí—. ¿Te lo permitirá el señor López y Teresa, tu madrina? ¿Por qué te vas?

—Nadie me saluda en el pueblo, ni Manolo, ni Maruja Naveira, ni Ricardo Cao, ni Luisa Carro.

—¿Qué hiciste? —le pregunté.

—Un sacrilegio —respondió.

—¿Un sacrilegio?

No lo creía capaz ni de un sacrilegio.

—¿Te acuerdas que soy curioso? El cura que me enseñó el catecismo me dijo que las llagas de Cristo sangrarían si mascaba las hostias. ¿Sabes que Maruja Naveira y Luisa Carro limpian todos los sábados los pisos, los bancos, el altar de la iglesia? Ayer querían pasear todo el día y les ofrecí limpiar la iglesia. Yo sabía en dónde guardaba el cura las llaves del sagrario. En cuanto Maruja y Luisa se fueron, busqué las llaves. Son de oro y brillan mucho. Solo, recorrí la nave, limpiando los bancos, el piso y el presbiterio, hasta que llegué al altar. Tomé el cáliz y, mirando continuamente el Cristo, masqué una por una las hostias, para ver si las llagas sangraban. No sangraron, pero me descubrieron antes que mascara la última hostia, que tal vez hubiera soltado la sangre. Todo el pueblo lo sabe ahora —dijo tragándose una lágrima—. Mi mamá dice que sólo

me saludarán los ladrones, los locos o las mujeres de mala vida.

—Yo tampoco —le dije y corrí junto a mi madre.

El sacrilegio de Lelo Garabal me salvó de una paliza. Durante un mes y durante todo el mes siguiente no se habló de otra cosa en el pueblo y en mi casa donde volvieron a tratarme con la misma injusticia como si yo me hubiera portado, después de todo, como Lelo Garabal.

El árbol grabado

Fui vestida de diablo y muy temprano al banquete. Mi disfraz tenía olor a aceite de ricino. Asistí a todos los preparativos de la fiesta.

—Un banquete es siempre un banquete —dijo Sara, acomodando los asientos alrededor de la mesa larga, debajo de la sombra del sauce—. Las fuentes tienen que estar bien dispuestas, los vasos frente a los platos y cubiertos correspondientes.

Clorindo, disfrazado de fantasma con una sábana, miraba el ir y venir de su madre, Sara.

—Veinte invitados, es mucho —prosiguió Sara—. Es la primera vez que recibimos tantos invitados para un almuerzo. El cumpleaños de don Locadio, tu abuelo, es importante: cumple sesenta años.

Clorindo seguía jugando: había descubierto un hormiguero, junto al tronco del sauce, y pensó, siguiendo mis consejos, que tal vez sería gracioso colocarlo adentro de un postre. Buscamos una cajita de cartón, donde pusimos el hormiguero, y fuimos en busca de Sara, que sacaba del horno las tartas, que recubría con dulce y luego con una tapa de la misma masa. En el momento en que Sara fue al otro cuarto, colocamos en el interior de una tarta el hormiguero; lo cubrimos con dulce y luego con la tapa. Sara, atareada como estaba, no lo advirtió.

Los invitados llegaron y no tardaron en sentarse. Sara y sus hermanas traían las fuentes de la cocina. Como era carnaval se habían disfrazado: la Pirucha de odalisca, el Turco de león, Rosita Peña de gaucho, porque era domadora; yo, de diablo, no hay que olvidarlo, y Clorindo de fantasma. Pocas veces la animación de una fiesta, en casa de Sara, había tomado esas proporciones. Alguien pronunció un discurso, antes de brindar. Cuando llegó el momento de los postres, la Pirucha aplaudió, pero Sara modestamente se excusó diciendo que no era la época del membrillo y que rellenas de manzana las tartas valían poco. Había cinco tartas distribuidas sobre la mesa. Pirucha clavó el cuchillo en la que estaba colocada frente a su plato. En cuanto partió la masa, salieron las hormigas. Pirucha dio un grito, luego quiso disimular, en vano, el desastre. Clorindo se escondió debajo de la mesa. Con su conducta llamó más la atención.

Don Locadio, que estaba muy congestionado, se puso de pie. Tenía que infligir un castigo a Clorindo.

—No es posible que este niño —dijo— llene nuestros alimentos de hormigas. Contienen ácido fórmico, un laxante muy enérgico.

—Nos haría falta, después de lo que hemos comido —dijo Delia Ramírez, con amable sonrisa.

—¿Qué castigo se le puede infligir? —dijo Sara—. Ya comió todo lo que quiso.

—Buscaré los látigos y lo azotaré delante de todos ustedes —dijo Locadio—. Es un asesino. Lo mismo hubiera puesto veneno, en vez de hormigas.

Todo el mundo calló. Don Locadio buscó el látigo, tomó de una pierna a Clorindo. Retiró el plato, los cubiertos y el vaso colocados frente a su asiento y puso a Clorindo sobre la mesa. Le sacó el pantalón y le asestó ocho latigazos.

—Qué horrible —dijo Pirucha, cubriéndose la cara—. ¡Qué indecente! Es la primera vez que veo un varón desnudo.

—¿No tienes hermanitos? —preguntó Rosita, con naturalidad.

Cuando terminó de asestar los latigazos, don Locadio sudaba.

—Y ahora hay que perdonarlo —dijo Sara, vistiendo a Clorindo—. No lo harás nunca más, nunca más. ¿No es cierto?

—Nunca más —dijo Clorindo.

Clorindo buscaba algo sobre la mesa. Tomó su cuchillito y sin vacilar se lo clavó a don Locadio en el corazón.

Fue en ese momento cuando los invitados creyeron que habían tenido una premonición, pues al encaminarse al banquete, habían visto árboles con un corazón grabado en el tronco y una puñalada profunda en el centro.

Clorindo se divertía, como todos los niños, con juegos de su invención; el predilecto había sido aquel juego del corazón grabado por él mismo, en los troncos de los árboles, al que le clavaba un cuchillo, probando su puntería, que era bastante buena. Los árboles del pueblo, desde hacía tiempo, llevaban todos la marca de estos juegos.

«Por aquí pasó el diablo, que se apoderó del alma de Clorindo» dijeron las personas, después del crimen, al ver los troncos marcados. Y yo me sentí culpable.

Carta de despedida

Madrina:

Una tristeza, que no llego a comprender, se alberga en mi corazón, de noche, cuando se encienden las primeras luces de tu cuarto. Desde que nací, vivimos en esta misma casa: tiempo suficiente para saber que el corredor aísla y no une los cuartos. Te encierras con llave, como en una torre, todas las tardes, desde aquella vez que no quisiera recordar, pero que está en el fondo de mis pensamientos, como esos telones pintados que había antiguamente en las salas de los fotógrafos. Frente a tu ventana, se extiende el jardín, donde hay columpios, toboganes y trapecios, desde los cuales te atisbo cuando abres las ventanas. Crees que juego cuando me ves en los columpios, o con niños de mi edad jugando a la rayuela, o con perros. ¡Cómo te equivocas! Si jugar es divertirse, nunca juego. ¿Qué nombre puede tener lo que hago cuando parece que me entretengo? Hasta los perros comprenden que estoy triste, y lamen las suelas de mis zapatos incorrectos. Pocas personas me quieren y yo sé por qué esto ocurre. Es porque uno ama sólo a los seres que se aman a sí mismos, y yo no me amo, porque no encuentro motivos valederos para amarme, ni siquiera cuando me veo tocando el violín, como un hombre grande, en el espejo, ni cuando saco buenas notas en la escuela.

Guardo mi violín debajo de la cama, por costumbre, y a veces, cuando estoy desvelado, no recordando el exacto sonido de sus notas, abro la caja del instrumento y rasgo las cuerdas levemente; pero esto no basta para que me duerma. Mi afición por la música no es tan grande para que pueda engañar a los otros ni a mí mismo. Es para quedar despierto que me preocupo por el sonido de las cuerdas. Oigo la puerta de calle que se abre y la voz de Juan que llega a visitarte. ¡Todas las noches! A veces me levanto y los espío. La familiaridad con que te trata, me parece peor que indecente. Lo mataría, créeme; no lo hago, por no causarte una pena; ya bastante sufriste por mi culpa aquella tarde en que intenté darte una sorpresa. Nunca contemplé tu rostro con tanto recogimiento. Es cierto que era la primera vez que te veía dormida. Toqué el violín, pianísimo, para que la sorpresa no resultara desagradable y para que nadie me descubriera. ¿Cómo me atreví a entrar en tu cuarto a esas horas? Creía que mi madre no estaba en la casa; eso me dio coraje; también me dio coraje todo lo que ella hacía para separarnos. Cuando abriste por fin los ojos, se abrió también la puerta y entró mi madre, como la imagen de una furia. Me golpeó primero a mí, después a ti. Dabas la espalda a la puerta y no veías el cuchillo, sobre la

mesa, que tomé, dispuesto a matarla, porque te había tocado. La luz que nos iluminaba como a través de mil vidrios colorados, era del color de la sangre.

Mi madre no me perdona el amor que tengo por ti. Yo no perdono el amor que tienes por Juan.

Me iré de esta casa. Olvidaré que existen los cuchillos, los violines, tu rostro y esa luz roja de la violencia. Entraré en un claustro. Pediré a la Virgen un favor: no celarme ni inspirarme celos.

La pluma mágica

Sabes que no es un sueño ni una invención, sabes que todo lo que yo escribía, todo lo que se me ocurría, ya estaba escrito por alguien en alguna parte del mundo, y que por ese motivo llegó un momento en que no pude publicar nada, pues los lectores menos sagaces me hubieran acusado de plagio. Tú solo sabes que jamás fui capaz de plagiar a nadie, y que esta fatalidad que aqueja, yo lo sospecho, al mundo entero, sin que el mundo le advierta, se hace en mí solo evidente, tan evidente que me impide seguir con mi oficio. Desde que existe la literatura se escriben las mismas obras; sin embargo los otros escritores siguen escribiendo. Sufrí durante años este espantoso horror que consiste en repetir involuntariamente el cuento, la novela, el poema que otros habían escrito; en el momento en que llevaba estos engendros a un diario, a una revista, a una editorial cualquiera, descubría por azar que ya habían sido publicados por otro autor desconocido o conocido. De ese modo escribí algunos de los libros más célebres, que quedaron guardados en mi cajón, sin esperanza de ser reconocidos ni apreciados por nadie. Sufrí este tormento hasta que me regalaron la famosa pluma. Creí que se trataba de una pluma común, pero pronto advertí que bajo su apariencia modesta ocultaba un poder mágico que me llenó de esperanza. Las primeras páginas que escribí con ella fueron realmente notables, tan notables que en ningún diario, en ninguna revista, ni en ningún libro encontré sus frases. Con éxito publiqué aquellas obras que me valieron una indiscutible fama. La llevaba en mis paseos solitarios. Para no perder su fluido dormía con ella metida en los bolsillos de mi pijama. De ese modo compuse infinidad de libros, uno titulado *La verdad es muda*, otro *La esperanza se infiltra*, otro *La fuente del Asilo*, otro *Tinta*. En un brusco rapto de confianza, cuando te conocí, te revelé el secreto. Te elegí por confidente sin sospechar que todo confidente se vuelve enemigo del que confía sus confidencias. Con candidez y lujo de detalles te conté las vicisitudes de mi vida de escritor. Parecías comprender tan bien lo que me sucedía, que a menudo pensaba que la carrera de escritor convendría a tu sensibilidad. No rechazabas la idea y me escuchabas, como siempre lo hacías, con admiración y asombro. Pensaba en ti en los momentos de ilusión, como en un posible discípulo que el tiempo se encargaría de recompensar con los frutos de mi trabajo y de mi experiencia. Llegué a hablarte casi como a mi conciencia. En mi trabajo no había dificultad que no te comunicara, no había esperanza frustrada que no te confesara. Te arrastré a la Biblioteca Nacional en busca de libros, que sólo podían interesarme a mí, y los leías como si el interés mío fuera el tuyo. Abandonaste la música y la pintura. Estabas en un período de evolución. No pensé

que al revelarte el secreto perderías la admiración y el respeto que tenías por mí. No pensé que me traicionarías. Fue en un momento de descuido: sobre la mesa del cuarto dejé la pluma; estabas a mi lado. Fui a la esquina a buscar cigarrillos. Cuando volví, la pluma había desaparecido. Te pregunté si no la habías visto; me dijiste que no y te mostraste asombrado de mis presunciones. Desde aquel momento cambiaste conmigo. No me comunicaste en qué empleabas tu tiempo ni a qué se debía tu súbito cambio de carácter. Simultáneamente aparecieron en diarios y revistas cuentos en que reconocía el estilo inconfundible de mi pluma. Bajo las obras, la firma siempre era un seudónimo. Pero la duda me acechaba. Por fin en el escaparate de una librería encontré, con el término de mis dudas, un libro titulado: *La Pluma Mágica*.

El diario de Porfiria Bernal

Relato de Miss Antonia Fielding

A Juli

Pocas personas creerán este relato. A veces habría que mentir para que la gente admitiera la verdad; esta triste reflexión la hacía en la infancia por razones fútiles, que ya he olvidado; ahora la hago por razones trascendentes. Las personas consideradas honestas, son muchas veces las insensibles, las que no se conmueven ante un destino complejo, o las que saben con sumo sacrificio o habilidad mentir para hacerse respetar. No me encuentro en ninguna de estas categorías. Soy modestamente, torpemente honesta. Si llegué al borde del crimen, no fue por mi culpa: el no haberlo cometido no me vuelve menos desdichada.

Escribo para Ruth, mi hermana, y para Lilian, mi hermana de leche, cuyo afecto de infancia perdura a través de los años. Escribo también para la conocida *Society for Psychical Research*; tal vez algo, en las siguientes páginas, pueda interesarle, pues investiga los hechos sobrenaturales. El primer presidente de esta sociedad, el profesor Henry Sidwick, fue uno de los mejores amigos de mi abuelo. Recuerdo haber oído en mi infancia muchos cuentos de hadas, pero ninguno me impresionó tanto ni me pareció tan misterioso como la conversación entre mi abuelo y Henry Sidwick, cuando hablaron de Eusapia Palladino y de Alexander Aksakof, después de una comida veraniega, en el pequeño y hermoso jardín de nuestra casa. Escribo sobre todo para mí misma, por un deber de conciencia.

No quiero detenerme en ínfimas anécdotas de la infancia, sin duda superfluas. Ruth y Lilian las conocen, una porque es mi hermana y la otra porque es mi dilecta amiga. Me limitaré a declarar mi respeto por la *Society for Psychical Research* y a dedicarle este trabajo que encierra el fruto de una amarga experiencia. Pido perdón por la incorrección del estilo, por la falta esencial de claridad. Nunca supe escribir y ahora que me apremia el tiempo, me estremezco pensando en los errores que dejaré grabados en estas páginas, que jamás he de releer.

Me llamo Antonia Fielding, tengo treinta años, soy inglesa y el largo tiempo que pasé en la Argentina no modificó el perfume a espliego de mis pañuelos, mi incorrecta pronunciación castellana, mi carácter reservado, mi habilidad para los trabajos manuales (el dibujo y la acuarela) y esa facilidad que tengo para ruborizarme, como si me sintiese culpable Dios sabe de

qué faltas que no he cometido (esto se debe, más que a timidez, a una transparencia excesiva de la piel, que muchas amigas me han envidiado). Entre las dichas que el cielo me deparó están la salud y el optimismo que brillaron en mis ojos durante largos períodos de la juventud. Soy silenciosa y tal vez por ese motivo no parezco alegre como lo soy en realidad, o más bien lo fui. Para los que me ven de lejos soy hermosa: en el espejo aprecio lo necesaria que es la distancia para embellecer la asimetría de una cara. Frente a un espejo, en la infancia, deploré, llorando, mi fealdad.

No necesito, no puedo relatar todos los pormenores de mi vida. Conozco este país como si fuese mío, porque lo amo y porque leí, para conocerlo mejor, los libros de Hudson. Desde que llegué a la Argentina me sentí atraída por este paisaje, por esta música folklórica, tan española, por esta vida rural y por esta gente lánguida y a la vez bulliciosa. Tuve la suerte de poder viajar por las provincias, antes de verme obligada a trabajar como institutriz (el Jardín de la República y las cataratas del Iguazú me impresionaron vivamente).

No sufrí por mi difícil situación pecuniaria, ni por mi trabajo, que al principio me pareció, debo confesarlo, altamente romántico: he amado siempre a los niños, no con un sentimiento maternal, sino más bien con un sentimiento amistoso (como si tuviéramos yo y los niños la misma edad y los mismos gustos).

El primer día que desempeñé mi puesto de institutriz pensé con alegría que la vida me premiaba, obligándome de un modo inesperado a educar a niñas de acuerdo con mis íntimos ideales. No suponía que los niños fueran capaces de infligir desilusiones más amargas que las personas mayores.

No contaré las distintas etapas de mi vida de institutriz. Tal vez demasiado desilusionada y sin embargo con la misma timidez, llegué a esta casa desde cuyas ventanas estrechas y altas divisó la plaza San Martín, con su monumento. Aquí, en esta casa de la calle Esmeralda, escribo estas líneas que tendrán que ser las últimas.

Recuerdo como si fuese hoy la calurosa mañana de diciembre, brillando sobre el llamador de bronce, en forma de mano. Aquel día yo había estrenado un vestido floreado, que me daba felicidad, esa felicidad exagerada que sentimos, las mujeres, ante una prenda que nos embellece. Hacía tiempo que deseaba tener un vestido de ese color, celeste de turquesa, con esas mismas flores, que me recordaban a la vez un jardín y una taza de té, en el día de mi cumpleaños. La súbita aparición del llamador en la puerta de calle oscureció por un instante mi alegría. En los objetos leemos el porvenir de nuestras desdichas. La mano de bronce, con una víbora enroscada en su puño acanalado, era imperiosa y brillaba como una alhaja sobre la madera de la puerta. Un portero con levita verde me llevó hasta el ascensor. Yo estaba nerviosa porque no sabía o suponía no saber pronunciar un nombre y un apellido que ahora me parecen familiares: el nombre de la dueña de casa. En los momentos en que nos creemos más perturbados, distraídos o abstraídos, más incapaces de observar, es cuando observamos mejor. Cuando murió mi padre,

entre mis lágrimas, descubrí la forma verdadera de sus cejas y un lunar que oscurecía la parte inferior de su mandíbula; con pasión descubrí la forma exacta de un mueble de caoba, mueble de la época victoriana, donde guardaba los anteojos y los biblioratos, y que yo había visto toda mi vida, distraídamente.

Recuerdo el vívido olor a piso recién encerado, la alfombra roja y gastada de la escalera, con bordes más oscuros. Recuerdo en el hall el atardecer, con todas las nubes, del cuadro pintado al óleo, donde una mujer semidesnuda (entre una lluvia de rosas blancas) daba de comer a cuatro palomas con plumas irisadas. Recuerdo las claraboyas con vidrios de distintos colores, las tonalidades verdes, rojas, violetas predominantes, las guirnaldas complicadas, una flor que parecía un pájaro preso en su eterno vuelo. Recuerdo un piano vecino, cuya música melancólica me perseguiría.

Ana María Bernal (éste es el nombre de la dueña de casa) acababa sin duda de bañarse y de vestirse; una fragancia a polvos, cremas y perfumes delicados la aureolaban o más bien la alimentaban, como el agua alimenta a ciertas flores lujosas. La imaginé envuelta en tules, como una bailarina española perseguida por un reflejo dorado: un rayo de sol la iluminaba y un público invisible presenciaba la escena; ese público encantado y horrible que hay a veces en los muebles tapizados, en las cajas de bombones finos, en los costureros y en los antiguos tarjeteros de marfil.

Nunca pude saber, ni entonces ni después, la edad de Ana María Bernal: sólo supe que su edad dependía de la dicha o de la desventura que le traía cada momento. En un mismo día podía ser joven y envejecer con elegancia, como si la vejez o la juventud fueran para ella frivolidades, meras vestiduras intercambiables, de acuerdo con las necesidades del momento. Recuerdo el perfume estridente de su blusa bordada, el dibujo nacarado de su prendedor y la melancolía falsa y magnífica de sus ojos castaños. Parecía una reina egipcia del *British Museum*, de esas que me asustaron en la infancia y que admiré más tarde, cuando aprendí que hay bellezas que son muy desagradables. Aun entonces, atareada como yo estaba en estudiar aquel nuevo y asombroso rostro, aun entonces me pareció descifrar el lenguaje lúgubre de la casa, como si cada objeto, cada adorno fuera un símbolo cuidadoso, un anuncio de mis sufrimientos futuros.

Frente a esta desconocida mujer argentina me sentí desamparada. Me sentí transparente, de una transparencia definitivamente dolorosa y oscura. El color de mi piel, el oro gastado de mi cabello (que veía reflejados en los vidrios de la ventana) me parecieron en ese instante no sólo los despojos de mi personalidad sino una maldición inexplicable. El color oscuro de la piel suele dar a los seres una jerarquía, un poder oculto, que admiro, desprecio y temo secretamente: esto me hacía decir en mi infancia «Podría enamorarme de un hombre de tez oscura, pero nunca me casaría con él, porque le tendría miedo».

Incapaz de ocultarle a Ana María Bernal mis faltas de erudición, equivocadamente me creía inferior a ella. Me ruborizaba y ella en la sombra de sus ojos, como detrás de una máscara, con serenidad, seguía los subterfugios de mis movimientos.

—No creí que fuera tan joven —dijo, invitándome a sentarme en un sillón tapizado de damasco amarillo—. Mi suegra me habló de usted. Ella se ocupa del personal de la casa. Es una señora de ochenta años, pero mantiene su agilidad y su memoria. Yo no tengo carácter para estas cosas.

Asentí con la cabeza.

—No sabía que usted fuera tan joven —volvió a repetir con dulzura.

—No soy tan joven —le dije con cierta impaciencia—, tengo treinta años.

Una sonrisa desganada pasó por sus labios.

—Es cierto que la edad, a veces, no significa nada. Además, nunca se sabe la edad de las inglesas. Usted parece tímida, tal vez sin carácter; probablemente por eso parece más joven de lo que es.

—Señora, no hay que juzgar por las apariencias. Yo he sido como una madre con mis hermanos; cuando tenía quince años quedamos huérfanos y yo sola manejaba la casa.

—¡Qué interesante! —dijo Ana María Bernal, cruzando las piernas y colocando las manos, cubiertas de anillos, sobre las faldas—, ¡las vidas de ustedes son tan diferentes de las nuestras! Estoy segura de que la vida de usted debe de ser como una novela muy romántica, como las novelas de Henry James. ¿Henry James o Francis Jammes? Los confundo siempre. Nada asoma al exterior; parece una niña tímida, sin experiencia y sin carácter —Ana María suspiró suavemente—. Le recomiendo que tenga mucha seriedad con mi hija. No le dé confianza. Sea severa con ella. Porfiria es hija del rigor. ¿Sabe usted lo que es ser hija del rigor? Es voluntariosa. Este año no la mandaremos al colegio, porque tuvo una pleuresía y está delicada de salud. Usted tendrá que educarla e instruirla, entreteniéndola. Cuando estemos en el borde del mar (usted sabe que veraneamos en el mar) sus baños no pasarán de cinco minutos: con el reloj y la toalla en la mano tendrá usted que esperarla en la orilla, como hacía mi abuela con mi madre cuando mi madre era chica. Mi hija debe alimentarse bien y comer lentamente; lo ha dicho el médico; tiene que masticar mucho. Espero que usted se haga obedecer y que no tenga debilidades con ella.

En una hoja de bloc Ana María Bernal anotó con un lápiz el régimen alimenticio de Porfiria y luego me lo entregó, con un ademán grosero, mascando las sílabas de su última frase:

—No le dé chocolate, aunque se lo pida.

Cuando Porfiria Bernal vino a saludarme me asombró lo diferente que era de la imagen que yo me había formado de ella. Su nombre, que me recordaba una apasionada poesía de Byron, y la conversación que yo había tenido con su madre habían formado en mí una imagen resplandeciente y muy distinta. Pálida y delgada, con modestia se acercó para que le besara la frente.

Porfiria no era hermosa, no se parecía a su madre, pero hay una belleza casi oculta en los seres, que presentimos difícilmente si no somos bastante sutiles; una belleza que aparece y desaparece y que los vuelve más atrayentes: Porfiria tenía esa modesta y recatada belleza, que

vemos en algunos cuadros de Botticelli, y esa apariencia de sumisión, que me engañó tanto en el primer momento.

Me parece que esta casa es la morada de todos mis recuerdos. El infierno debe de ser menos minucioso, menos estrictamente atormentador, en la elaboración de sus detalles. Podría describir los ruidos, uno por uno, las comidas, la luz esencial de los silencios y de las ventanas. Podría describir el día de cada semana con un cielo adecuado. Podría enumerar los cuadros, las fotografías, las manchas de humedad de ciertos cuartos. Podría enumerar las estatuillas de porcelana, con grupos de gatos, y las miniaturas con retratos de antepasados. Podría repetir las lecciones, los dictados, las lecturas que le infligía a Porfiria los lunes, jueves y sábados por la mañana. Podré morir tal vez sin lograr extinguir en mi memoria la precisión punzante y extraña de estos recuerdos.

La vida me asusta y sin embargo ese árbol que veo desde mi ventana me llama y aun me cautiva con sus ramas verdes. Quisiera ser aún la mujer que he sido. La plaza San Martín es alegre: tiene plantas tropicales y un monumento grande, negro y rosado. ¿No respiraré otra vez el olor vernacular de sus tumbergias? ¿No volveré a descubrir esa intimidad argentina, en sus bancos debajo de los gomeros? ¿Quién podrá creer en mi inocencia? ¿Qué hacer para seguir viviendo la humilde felicidad, que tengo todavía, de ser como soy?

El hermano de Porfiria se llamaba Miguel. Cinco años mayor que ella, este adolescente era de una extraordinaria belleza; de piel oscura, de rasgos perfectos, de ojos negros, que brillaban sin melancolía. Una suave sonrisa contradecía la dureza de la mirada, iluminaba a veces la cara; una sonrisa cruel la ensombrecía, otras veces. Su cabello, como las plantas, crecía apasionadamente. Porfiria, vuelvo a repetir, no era única hija y sin embargo su padre la mimaba como si lo fuera. Mario Bernal era un hombre tranquilo y bondadoso y sentía por su hija una ternura casi maternal, una ternura parecida a la que sentía por su madre, que lo admiraba y que siempre lo había preferido.

Hice cuanto pude por mejorar la educación de Porfiria. Leí mucha geografía, mucha historia: debo confesar que había olvidado casi todas las fechas y los acontecimientos históricos importantes. Mi padre siempre decía: Enseñar es la mejor, tal vez la única manera de aprender. Me instruí yo misma, para poder instruir a Porfiria. Nunca estudié tan fervorosamente. Nunca me sentí tan alentada por una familia entera. Hasta la abuela de Porfiria, esa viejita de ochenta años que trataba en vano desde hacía dos años de terminar de tejer una esclavina de lana lila, se interesaba por los métodos de enseñanza y me daba consejos.

Porfiria era extraordinariamente inteligente. La literatura le interesaba, casi lo diría, con

pasión. Ciertas composiciones que escribió fueron verdaderamente notables: *Los pequeños príncipes en la torre*, *La muerte de un árbol*, *Un día de lluvia*, *Un paseo en el Tigre*, *Los gatos abandonados*, me sobrecogieron, me conmovieron. Yo la dejaba elegir los temas. Yo fui también, Dios me perdone, quien le dio la idea de escribir un diario. Pasaba muchas horas escribiendo como un ángel, inclinada sobre el cuaderno, con los ojos iluminados. (¡Entonces la veía inspirada como un ángel!)

—Las niñas inglesas tienen siempre un diario —le dije una mañana en un tren que huyendo de los calores sofocantes de la ciudad nos llevaba a las playas del sur.

—¿Y hay que decir la verdad? —me preguntó Porfiria.

—De otro modo ¿para qué sirve un diario? —le contesté, sin pensar en el significado que tendrían para ella mis palabras.

Por la ventanilla del tren veía todo el campo incendiado por el poniente; ni un árbol lo interrumpía; los animales parecían juguetes recién pintados. De vez en cuando pasaba un campo de flores moradas o de lino. He venerado siempre la naturaleza: sus diversas manifestaciones me traen a la memoria versos, frases enteras de algunas novelas, hermosas miniaturas que había en la sala de nuestra casa, en Inglaterra, reproducciones de cuadros pintados al óleo por Turner, cuyas bellezas me estremecen, ciertas canciones de Purcell (canciones de pastores), que le oía cantar a mi madre, de noche, cuando estaba vestida con un maravilloso vestido rosado, con cintas verdes, que anudaba para hacer juego con su peinado. Un recuerdo de perfumes de heliotropo me traen ciertos cielos parecidos a los de aquella tarde: en esos perfumes están mi patria y mi romanticismo.

—Pero ya tengo un diario —dijo Porfiria con una voz agria, que no le conocía—. Usted misma, Miss Fielding, me dio la idea de hacerlo el día que me contó que había escrito un diario a los doce años. ¿No recuerda?

Yo no recordaba haberle dicho nada sobre aquel diario de mi infancia, pero sentí al mirar sus ojos que me decía la verdad. Aquellas palabras que yo le había dicho tan distraídamente la habían sin duda impresionado. Continuó hablando con esa pequeña voz agria y desagradable, acentuada por el ruido del tren, que la obligaba a hablar más alto.

—Mi diario, es un diario muy especial. Tal vez un día se lo entregue para que lo lea. Pero se lo entregaré a usted solamente. Mamá no lo tiene que ver porque a ella le parecería inmoral.

La miré con asombro. ¿Cómo se atrevía a hablarme así?

—¿Por qué le parecería inmoral a su madre y no a mí? —le pregunté con una ansiedad mal disimulada.

—Porque usted, Miss Fielding, es inteligente y sobre todo porque usted no es mi madre. Las madres fácilmente dejan de ser inteligentes.

Sentí mucha inquietud al oír estas palabras. ¡Qué había querido decir Porfiria! En ese momento la señora de Bernal, que viajaba en otro vagón, se acercó para invitarnos a comer. ¡Ya

empezaba a abrumarme la responsabilidad de ser institutriz!

Comenzaba a hacer frío, caía la noche y por primera vez me apresó una tristeza indecible, inmotivada, recordando mis veraneos natales, los distintos trenes que me habían llevado a otras playas. Me contemplé discretamente en un espejo, para alisar mi cabello. Descubrí en mi rostro, en las esquinas de mi boca, una nueva arruga, una arruga que nunca había visto. Porfiria se apoyaba contra mí, me tomaba del brazo, hacía el ademán de besarme; me parecía que un secreto ya nos unía: un secreto peligroso, indisoluble, inevitable.

Durante muchos meses, Porfiria me amenazó con la lectura de su diario. De tiempo en tiempo me recordaba la urgencia que ella sentía por que yo lo leyera, pero al ver mi indiferencia tal vez se cansó de insistir.

Pasó el invierno y luego la primavera. Llegó el verano. Entonces Porfiria logró, con mil artimañas, hablarme otra vez del diario. Sabía que el asunto me desagradaba. Quería vencer mi repugnancia.

Estábamos en el mes de septiembre de mil novecientos treinta. Tardé unos días en abrir el diario que Porfiria me había entregado y en recorrer superficialmente las páginas. Me repugnaba la idea de leerlo, me parecía, vuelvo a repetir, que ese diario podía herirnos, que era una especie de vínculo secreto, un objeto clandestino, que me traería disgustos; pero Porfiria insistió tanto que no pude rehusarme por más tiempo. ¿A qué abismos del alma infantil, a qué infierno cándido de perversión habían de llevarme estas páginas cuya trémula escritura, en tinta verde, trataba de imitar la mía? ¡Qué lejos estaba yo de imaginar la verdad!

No puedo detenerme en los pormenores de este relato. Mis recursos literarios son nulos. Sospecho que las palabras que he escrito no me proporcionarán siquiera un desahogo, sino un profundo sufrimiento.

Porfiria fue mi primera, mi última discípula. Fue la única por quien tuve un afecto verdadero, por quien sufrí como una madre puede sufrir por una hija, por quien padecí las perturbaciones más hondas que habrá sufrido una persona adulta por una niña. La verdad es que esta criatura influyó sobre mí como sólo puede influir una amiga aviesa.

Con cierta repugnancia, con cierta curiosidad avergonzada, emprendí la lectura del diario. ¿Qué significado tenía para Porfiria la palabra inmoral? ¿Nada de tan terrible como yo me lo había imaginado? ¿Qué secretos familiares me revelarían esas páginas? ¿Habría de su abuela, de su madre, de su padre, de su hermano Miguel, irrespetuosamente? ¿La lectura de este diario no me traería problemas de conciencia, sinsabores de diversa índole? Todas estas reflexiones me parecieron bajas, egoístas, insignificantes, ininteligentes. Conmovida y reconfortada por mi resolución, leí las primeras páginas.

EL DIARIO DE PORFIRIA

3 de enero de 1931.

Tengo ocho años cumplidos. Me llamo Porfiria y Miguel es mi único hermano. Miguel tiene un perro grande como una oveja. Durante muchos años esperé tener un hermano mejor y menor, pero ya he desistido: no quiero a mi familia. Miss Fielding piensa que no soy hermosa, pero que tengo una expresión fugitivamente hermosa. «Es la expresión de la inteligencia» me ha dicho. «Es lo único importante.» Me parezco a los ángeles de Botticelli que usan cuellitos bordados y que tienen «las caras viejas de tanto pensar en Dios», como dice Miss Fielding. Yo no pienso en Dios, sino de noche, cuando nadie ve mi cara; entonces le pido muchas cosas y le hago promesas que no cumplo. La noche tiene grandes follajes con flores y pájaros en donde me escondo para ser feliz, a veces para ser muy desdichada, porque si es fácil ser audaz a esas horas, es también fácil morir de susto o de desesperación. A esas horas podría escaparme de mi casa, matar a alguien, robar un collar de brillantes, ser una estrella de cine.

Todas las expresiones de mi cara las he estudiado en los espejos grandes y en los espejos chicos. Los cuadros de Botticelli los he visto en la colección de Pintores Célebres.

No ambiciono, para cuando sea grande, ser como mi madre, ni como Miss Fielding, ni como mi prima Elvira. Me parece que nunca voy a ser ni siquiera joven: esta idea no me entristece, me da una sensación de inmortalidad, que muchas niñas de mi edad sin duda no tuvieron.

10 de enero.

Miss Fielding me dio la idea de escribir este diario. Antes de conocerla no se me hubiera ocurrido: antes de conocerla no se me hubiera ocurrido contemplar los ángeles de Botticelli ni mi cara en tantos espejos, porque siempre encontré que yo era horrible y que mirarme en un espejo era un pecado. En una cadenita de oro entre dos medallitas, tengo una llave; es la llave del cajón donde guardo mi diario. El cajón y la llave despiertan la curiosidad de los sirvientes y de mi madre, que es astuta.

Ella sola, Miss Fielding, podrá leer estas páginas; ella y tal vez Miguel, que sabe ortografía.

Porfiria Bernal es mi nombre: me asombra, me contraría continuamente, me cambia el color de los ojos, la forma de la boca y de los brazos y hasta el afecto que siento por mi madre. ¡Mi madre! A veces la veo como una extranjera, como una intrusa que acaricia mi pelo cuando le doy las buenas noches. Mi padre tiene cara de prócer, me es familiar como las miniaturas que guarda en la vitrina. Besarle me da vergüenza.

Soy la esclava de mi nombre.

—Todo es cuestión de costumbres. Cuando seas grande te gustará tu nombre, porque es original —me dijo mi madre.

—Preferiría llamarme Miguel. Miguel es nombre de varón y es vulgar.

15 de enero.

Me enojé con Miss Fielding: no quería que me despidiera de los gatos de Palermo.

20 de febrero.

Hoy llegamos al mar. Los viajes en tren son demasiado cortos: tenía tantas cosas que pensar y sólo el tren me permite pensar. Los ejercicios físicos me sacan los pensamientos, y la gente y la aritmética.

28 de febrero.

La arena es hecha de piedras, caracoles, huesos, pelos, uñas de náufragos y pedacitos de animales que se han aventurado dentro del mar y han dejado su esqueleto: la he mirado de cerca con mi vidrio de aumento.

Mi madre conversa con un señor cuyos ojos azules son del color de algunos pescados. Es claro que hablan de cosas muy desagradables, de parientes o de negocios, porque mi madre frunce las cejas y mira su reloj, y el señor, que tiene un anillo de oro, mira con odio el mar y se recuesta contra el toldo, fumando como si estuviera muy cansado. La arena se pega entre los dedos de los pies; trato de sacarla, pero no puedo. Miss Fielding mira de reojo al señor del anillo de oro. ¿Qué piensa Miss Fielding? No piensa. Sale a nadar: sigo su gorra verde sobre el mar, la sigo hasta que vuelve.

¡Cuántos ombligos tiene la arena!

Me regalaron una virgen que sirve de velador: son las más prácticas.

1º de marzo.

Estoy enferma. Miss Fielding no me deja pensar: lee, con su monótona voz de gato, Robinson Crusoe. Pero ¿qué interés puede tener para mí un libro como ese? Me gustan los libros de amor o de crímenes. Me gustan los libros de pensamientos. No espero sino la hora de la comida, que no me trae nada. ¿Moriré antes de los quince años? He contado las horas en que Miss Fielding no me ha dejado pensar desde que estoy en cama: cinco horas hoy, ayer tres, anteayer ocho: dieciséis en total. Si muero antes de los quince años, no se lo perdonaré.

10 de marzo.

Me despedí del mar: fue difícil besarlo, más fácil me resultó besar la arena, que estaba húmeda. No volveré hasta el año que viene (pero ya no será lo mismo, tendré un año más, ya no seré la misma).

Iremos a pasar unos días a una estancia de mi abuelo, en Arrecifes.

12 de marzo.

La estancia se llama La Dormida.

—Seguramente La Bella Durmiente del Bosque era uno de los cuentos preferidos de las hijas del antiguo propietario de esta estancia y por eso le pusieron ese nombre —me dijo Miss Fielding la noche que llegamos.

Tuve que explicarle que no se llamaba La Bella Durmiente del Bosque sino La Dormida, lo que era distinto. Me contestó como si me diera un dato histórico.

—Seguramente han querido abreviar el nombre porque resultaba un poco largo.

14 de marzo.

La estancia se llama La Dormida, porque su antiguo propietario tenía una hija más callada, mucho mas callada y tímida que yo. Cuando llegaban visitas, el dueño de casa, que tenía una barba, mitad negra, mitad colorada, para alabar o llamar a su hija mientras servía las masas que ella misma había preparado, decía en voz alta:

—No es dormida. No es dormida, mi hija.

Las visitas, que eran todas señoras viejas, de luto y golosas como chanchos, tomaron la costumbre, cuando llegaban a la estancia, de preguntar por la que «no era dormida» y finalmente para abreviar un poco por «la dormida», pensando en las masas caseras que parecían, por los firuletes de merengue, masas de una gran confitería. Poco a poco, la Dormida se hizo famosa. «¿Dónde está la dormida?», «¿Cómo está la dormida?» «¿Qué está haciendo la dormida?» eran frases que empezaron a oírse cuando la gente reclamaba masas. La estancia acabó por llamarse La Dormida.

Pero ahora no hay nadie que pueda convencer a Miss Fielding de que La Bella Durmiente del Bosque no fue responsable de ese nombre.

15 de marzo.

Miss Fielding aprendió en un día a andar a caballo. Todo el mundo la felicitó. No se asusta de las víboras, ni de los murciélagos, ni de las luces malas. No sé si adora o si odia a los gatos.

Los acaricia y les da pedazos de carne que roba de la cocina, cuando el cocinero duerme la siesta, pero también les da puntapiés.

Camina con Miguel por el parque a la noche. Oigo las voces hasta que me duermo. Dicen que vieron un fantasma y que Miss Fielding cayó desmayada: eran los ojos fosforescentes de un gato, que corría por el techo de la casa, como un gigante negro.

20 de marzo.

Pienso que voy a ser una gran artista cuando veo un rayo de sol sobre el césped, o cuando tomo el olor a trébol que brota de la tierra al caer la noche o cuando me imagino que un tigre me devora en pleno día. Pintaré muchos cuadros para el Museo Nacional.

26 de marzo.

Ser pobre, andar descalza, comer fruta verde, vivir en una choza con la mitad del techo roto, tener miedo, deben de ser las mayores felicidades del mundo. Pero nunca podré ambicionar esa suerte. Siempre estaré bien peinada y con estos horribles zapatos y con estas medias cortas.

La riqueza es como una coraza que Miss Fielding admira y que yo detesto.

28 de marzo.

He inventado esta oración: Dios mío, haced que todo lo que yo imagine sea cierto, y lo que no pueda yo imaginar no llegue nunca a serlo. Haced que yo, como los santos, desprecie la realidad.

29 de marzo.

He dudado de la existencia de Dios: las personas grandes siempre mienten y ellas me hablaron de la existencia de Dios.

1° de abril.

No puedo encontrar un trébol de cuatro hojas. Nunca seré feliz, porque ser feliz significa creer que uno lo es.

2 de abril.

Dormir y comer en el tren me gusta. Me gusta también Buenos Aires, hoy, porque es día de llegada y porque hay olor a naftalina en las alfombras.

4 de abril.

Sin convicción estudio el piano. Para tocar bien el piano tengo que imaginar un teatro lleno de gente, oír aplausos. Le pago diez centavos a Filomena por cada aplauso. En la salita de esta casa, cuando hay una visita, mi madre me pide que toque Au Couvent, de Borodin: pero detesto esa visita y detestaría cualquier teatro con semejante público. Para no llorar tengo que imaginar que estoy en un jardín con rosales y sauces y que un joven descalzo y muy pobre me lleva de la mano; entonces la música se abre como un sendero para dejarnos pasar y el teclado se vuelve invisible.

20 de mayo.

Pablo Lerena comió anoche en casa. Es un primo segundo de mi padre. Hasta los veinte años vivió en Europa: es lo único que sé de él. Me saludó agachando la cabeza perfumada. Apenas le contesté. Me había caído de la escalera y me dolía la rodilla.

21 de mayo.

Sobre las rosas, en los floreros de la sala, recordando mi infancia, lloré como si fuera grande. A las seis de la tarde no había nadie en la casa. Un silencio intimidante, como el de una presencia, se internaba por las habitaciones. Los corredores oscuros me llevaron al cuarto de Miss Fielding. Me detuve un instante antes de abrir el cajón de la mesa de luz: encontré un paquete de cartas atado con una cinta (sabía de quién eran esas cartas), un frasquito de perfume, un lápiz y una caja de fósforos. Desaté la cinta. Leí las cartas una por una; a medida que las iba leyendo las guardaba en un bolsillo, para no releer las que ya había leído. Oí un ruido en la puerta de calle. Con la cinta rápidamente até las cartas. Una quedó en mi bolsillo: la conozco de memoria.

22 de mayo.

Miss Fielding sabe que le falta una carta. Sabe que yo se la robé y que se la mostré a Miguel. «Son cartas comprometedoras» diría mi madre. Lloré con la cabeza escondida entre las faldas de Miss Fielding. Me perdonó porque es inteligente. Se lo conté a mi madre.

27 de mayo.

Rosa, Fernanda y Marcelina son mis mejores amigas. Soy admirada por la primera,

dominada por la segunda, ignorada por la tercera, que toca muy bien el piano y que anda como un mono en bicicleta. Las amigas pueden dividirse en varias clases: las que escuchan siempre, las que escuchamos, las que amamos cuando están cerca, las que preferimos cuando están lejos, las que deseamos que tengan diferentes opiniones de las nuestras, las que recordamos cuando oímos una música, las que son como un jardín, las que se parecen únicamente a ellas mismas, las que saben lo que íbamos a decir antes de hablar y lo dicen para avergonzarnos, las que nos roban las cosas amadas amándolas, las que perfeccionan la soledad, las grandes, las que no se ocupan de nosotras.

Rosa, Fernanda y Marcelina no son en realidad mis mejores amigas; es sólo en algunas composiciones que lo digo, como por ejemplo en la composición titulada Un paseo en el Tigre.

4 de junio.

Pablo Lerena come casi todas las noches en casa. Tiene un negocio a medias con mi padre. Después de comer Miss Fielding y mi madre hacen solitarios, mientras mi padre y Pablo Lerena conversan envueltos en el humo espeso de los cigarros. Mi abuela teje una esclavina. Teje como una tortuga con manos de araña. Oye todo lo que nadie alcanza a oír, pero no oye nada de lo que todo el mundo oye. A veces parece disfrazada. A veces parece disfrazada sobre todo en invierno porque se abriga mucho cuando va a misa.

Miss Fielding cree que me burlo de ella: no es mi culpa, es tan distinta de todo el mundo, con sus ojos de gato de angora y con su voz llorona.

20 de junio.

Veo muy poco a mi padre o más bien lo miro muy poco: ayer descubrí que tenía los ojos verdes y la nariz aguileña. Tener siempre cerca a las personas las aleja: conozco pedacitos de mi madre, conozco sus muñecas, el espesor de su peinado y el lugar que ocupa una de sus ondas preferidas, el crujido de sus pasos, la sonoridad de su risa, pero a Pablo Lerena lo conozco de arriba abajo y no como un busto, como la conozco a mi abuela, lo conozco todo entero como en un gran espejo.

21 de julio.

Fui a Palermo con Miss Fielding. Llevamos carne cruda para los gatos. Cerca del lago, donde alquilan las bicicletas, nos sentamos para mirarlos comer; ronroneaban, se frotaban contra mí. De pronto Miss Fielding se puso a temblar; su cara se transformó: parecía horrible, un verdadero gato. Se lo dije y me cubrió de arañazos. Con la cara sangrando llegué a casa.

23 de julio.

Me escondí en el rellano de la escalera. No veía pero oía todo lo que decían: Miss Fielding hablaba con Miguel: parecía que lloraba. Hablaban mal de mí. Cantaban los pájaros de las jaulas, en el balcón, como si se besaran. En la claridad de la pared veía agitarse las sombras, como las figuras de una linterna mágica.

30 de julio.

Es mi cumpleaños. Mi padre me regaló una pulsera de oro fina, Miss Fielding un libro, mi madre un monedero, mi abuela cien pesos, Pablo Lerena no sabía que era mi santo y cuando vio el postre con mi nombre y con las velitas encendidas sobre la mesa, en medio de la comida se levantó para besarme. Me ruboricé. Mi abuela comió en la mesa, pero no probó el postre, porque tenía huevo.

10 de agosto.

Dije a Miss Fielding:

—Dale que eras un gato y yo un perro y me arañabas.

Miss Fielding me puso en penitencia.

15 de agosto.

Me gustan los libros de amor o de crímenes, me gustan los libros de Rossetti y de Tennyson: algunos versos los sé de memoria y los recito silenciosamente cuando estoy en la iglesia esperando que termine la misa.

24 de agosto.

En medio de las lecciones, Miss Fielding se detiene, suspira y sus ojos se aventuran por el paisaje de la ventana. Miguel la llamó ayer para que le ayudara a escribir una carta: tardaron más de una hora.

2 de septiembre.

Soy romántica, Miss Fielding me lo dijo anoche mientras me hacía las trenzas. Ella es más romántica porque ha vivido más, pero menos intensamente.

Miss Fielding lo abraza a Remo y le clava las uñas, le dice en inglés: ¿Sabes cómo te quiero? Remo no comprende el inglés, pero sabe que Miss Fielding es idéntica a un gato y no la quiere y

baja las orejas.

29 de septiembre.

Miss Fielding me ve tal vez como a un demonio. Siente un horror profundo por mí y es porque empieza a comprender el significado de este diario, donde tendrá que seguir ruborizándose, dócil, obedeciendo al destino que yo le infligiré, con un temor que no siento por nada ni por nadie.

5 de octubre.

Roberto Cárdenas vino a comer por primera vez esta noche. En seguida reconocí al señor, con los ojos azules, que había visto durante el verano, en la playa, conversando con mi madre. Me saludó con amabilidad. Yo apenas le contesté. Miss Fielding se ruborizó violentamente.

Remo, el perro de Miguel, murió en un accidente.

Interrumpo este diario, como lo interrumpí entonces, con estupor, el 5 de octubre, a las doce de la noche, al comprobar que todo lo que Porfiria había escrito en su diario hacía casi un año estaba cumpliéndose.

Roberto Cárdenas había venido a comer esa noche por primera vez. Y ahí tenía, ante mis ojos, la fecha increíble, 5 de octubre, escrita sobre la página del diario, como un testimonio mágico, infernal. El cuaderno había estado en mi poder todo ese tiempo. Me constaba que Porfiria no había podido tocarlo ni durante todos esos días, ni hoy, después de la comida. Qué horrible misterio alimentaba diariamente las páginas de este diario. Recuerdo que no dormí en toda la noche, presa de inexplicables temores.

A la mañana siguiente, le pregunté a Porfiria si no había agregado anotaciones nuevas al diario. ¡Demasiado bien sabía que no lo había tocado! Le señalé con un vago temor la distracción que había tenido en anticipar las fechas. Me miró con asombro. Abriendo desmesuradamente los ojos, me explicó con exaltación inusitada:

—Escribir antes o después que sucedan las cosas es lo mismo: inventar es más fácil que recordar.

Confieso que la inteligente, la dulce Porfiria, me pareció presa de algún demonio. Sentí ese día horror por ella, y a la noche, en la soledad de mi habitación, leí las páginas siguientes del diario.

26 de octubre.

Roberto Cárdenas y mi madre se despiden como si temieran no verse nunca más. ¿Qué secretos terribles se dicen en la oscuridad de la sala cuando pasa el tranvía? Miss Fielding es muy celosa. ¿Los gatos son celosos?

Hoy nos pidieron a Miss Fielding y a mí que tocáramos el piano a cuatro manos. Miss Fielding, tristemente, se sentó al piano y yo a su lado, en el taburete. En la madera brillante del piano yo veía a mi madre que lloraba y a Roberto Cárdenas que le besaba las manos para consolarla.

Mi madre llora sin lágrimas con frecuencia. Sabe que Miss Fielding me lastima. Sabe que Miss Fielding no es un ser humano, pero no se atreve a despedirla, porque le tiene miedo.

5 de noviembre.

Estar enamorada, no significa amar a un hombre: puede uno estar enamorado sin amar a nadie. Una fotografía, una puesta de sol, un perfume, un ángel o una música bastan.

20 de noviembre.

Quisiera ser pruebista. Vestirme con un traje verde y brillante. Un pruebista se parece mucho a un ángel; cuando salta en los trapecios, otro ángel lo recibe en sus brazos.

4 de diciembre.

Tengo un presentimiento. Nuestro fin se acerca. Algunas personas tienen caras de criminales cuando se les acerca la muerte; inconscientemente adoptan la cara que imaginan que tiene la muerte.

Ayer hablamos con Miss Fielding de la muerte, del suicidio, del crimen. No son conversaciones para tener con niños.

5 de diciembre.

Hace calor. Miss Fielding volvió del campo con un enorme ramo de flores. Las arregló en los floreros del comedor. Mi madre no las agradeció, es orgullosa.

El sol amarillo brilla sobre las calles y las casas todavía, y ya es tarde.

Miss Fielding está enamorada de Miguel. Así tienen que ser las institutrices con los discípulos y no tratarlos con la rudeza con que me trata a mí. Pero Miguel no es el discípulo de Miss Fielding, es el discípulo de un gato. Soy yo la discípula y es de mí de quien tiene que ocuparse, y no arañarme como un felino; se lo dije a mi madre.

8 de diciembre.

Fui a misa con Miguel y Miss Fielding.

Trataré de alejarlos. No me importa que me odien. Cuando uno no consigue el afecto que reclama, el odio es un alivio. El odio es lo único que puede reemplazar al amor.

Conseguí que me pegara, que me clavara las uñas de nuevo. He triunfado, exasperándola.

9 de diciembre.

Podría matar a Miss Fielding sin remordimiento. Si lloré por la muerte de Remo, no lloraría por la de ella, como ella no lloraría por la mía.

15 de diciembre.

Es como si una voz me dictara las palabras de este diario: la oigo en la noche, en la oscuridad desesperada de mi cuarto.

Puedo ser cruel, pero esta voz lo puede infinitamente más que yo. Temo el desenlace, como lo temerá Miss Fielding.

De nuevo cerré el diario. Lo tuve guardado dos días. Pensé que si no lo leía, tal vez el diario dejaría de existir; yo rompería su encantamiento, ignorándolo. Creo innecesario describir mi angustia, mi tortura, mi humillación.

Todas las cosas que me han sucedido las leo en este diario.

Leí las últimas páginas: no pude evitarlo.

Hablará por mí el diario de Porfiria Bernal. Me falta vivir sus últimas páginas.

20 de diciembre.

Me he contemplado largamente en el espejo, para decirme adiós, como si los espejos del mundo fueran a desaparecer para siempre.

Creo que existo porque me veo.

Miss Fielding me asusta. Todos los gatos me asustan. Les doy de comer para que no me odien.

21 de diciembre.

¿Cuándo comenzó nuestra enemistad? El día que los vi con las dos cabezas juntas, leyendo un

libro de poesía. Miss Fielding me ha perdonado todo, menos eso tal vez. Me guarda el rencor de los gatos por los perros o de los malos discípulos por sus maestros.

22 de diciembre.

Uno desea, en el fondo de su alma, que llegue pronto el día trágico. Miss Fielding me arañó tres veces hoy.

23 de diciembre.

Fuimos al Tigre. El cielo cubría de reflejos el agua. La canoa verde se deslizaba silenciosa. Por un instante nos olvidamos de todo. Almorzamos debajo de los sauces. A las cinco de la tarde, Miss Fielding me miró con horror. ¿Qué había visto? La sombra de un gato. Cuando las personas están por transformarse ven una sombra que las persigue, que les anuncia el porvenir.

24 de diciembre.

Miss Fielding me regaló un libro; yo le regalé un gato de porcelana.

Subimos a la azotea, con Miss Fielding, como siempre lo hacemos cuando llegan los días calurosos. La baranda es endeble. La altura de una casa de cuatro pisos no puede dar vértigo a nadie. Miss Fielding dice que siente vértigo en cualquier parte donde se encuentra, desde una altura grande o pequeña. Sin embargo, cuando estábamos en el campo se subía al molino.

—Deme la mano —me dijo al pasar por la parte más angosta de la escalerita.

Tenía las manos heladas y temblaba. Me clavó las uñas. Me sorprendió de nuevo con su cara de gato; se lo dije. Alcanzamos a ver el río. De pronto perdí pie. ¿Es Miss Fielding que me ha empujado? Trato de asirme a los barrotes de hierro.

No caí afuera; caí sobre las baldosas, desmayada. Oí un grito estridente, desgarrador. Era la sirena del puerto, la que he oído siempre a esa hora de la tarde.

26 de diciembre.

Miss Fielding trató de matarme. No se lo diré a nadie. Ella cree que duermo. Por la ventana abierta veo la plaza San Martín, donde florecen las primeras tumbergias. Brillan las palmas y el cielo de Buenos Aires se extiende hasta el río amarillo. Estoy en cama. Me permiten tomar una taza de chocolate. Por la puerta entreabierta veo que Miss Fielding prepara el chocolate. Hierve la leche en un calentador. Ya no podrá traerme la taza. Se ha cubierto de pelos, se ha achicado, se ha escondido; por la ventana abierta da un brinco y se detiene en la balaustrada del balcón. Luego da otro brinco y se aleja. Mi madre se alegrará de no tenerla más en la casa. Comía

mucho, sabía todos los secretos de la casa. Me arañaba. Mi madre le temía aún más que yo. Ahora Miss Fielding es inofensiva y se perderá por las calles de Buenos Aires. Cuando la encuentre, si algún día la encuentro, le gritaré, para burlarme de ella: «Mish Fielding, Mish Fielding», y ella se hará la desentendida, porque siempre fue una hipócrita, como los gatos.

Las invitadas

Para las vacaciones de invierno, los padres de Lucio habían planeado un viaje al Brasil. Querían mostrar a Lucio el Corcovado, el Pan de Azúcar, Tiyuca y admirar de nuevo los paisajes a través de los ojos del niño.

Lucio enfermó de rubéola: esto no era grave, pero «con esa cara y brazos de sémola», como decía su madre, no podía viajar.

Resolvieron dejarlo a cargo de una antigua criada, muy buena. Antes de partir recomendaron a la mujer que para el cumpleaños del niño, que era en esos días, comprara una torta con velas, aunque no fueran a compartirla sus amiguitos, que no asistirían a la fiesta por el inevitable miedo al contagio.

Con alegría, Lucio se despidió de sus padres: pensaba que esa despedida lo acercaba al día del cumpleaños, tan importante para él. Prometieron los padres traerle del Brasil, para consolarlo, aunque no tuvieran de qué consolarlo, un cuadro con el Corcovado, hecho con alas de mariposas, un cortaplumas de madera con un paisaje del Pan de Azúcar, pintado en el mango, y un anteojito de larga vista, donde podría ver los paisajes más importantes de Río de Janeiro, con sus palmeras, o de Brasilia, con su tierra roja.

El día consagrado, en la esperanza de Lucio, a la felicidad, tardó en llegar. Vastas zonas de tristeza empañaron su advenimiento, pero una mañana, para él tan diferente de otras mañanas, sobre la mesa del dormitorio de Lucio brilló por fin la torta con seis velas, que había comprado la criada, cumpliendo con las instrucciones de la dueña de casa. También brilló, en la puerta de entrada, una bicicleta nueva, pintada de amarillo, regalo dejado por los padres.

Esperar cuando no es necesario es indignante; por eso la criada quiso celebrar el cumpleaños, encender las velas y saborear la torta a la hora del almuerzo, pero Lucio protestó, diciendo que vendrían sus invitados por la tarde.

—Por la tarde la torta cae pesada al estómago, como la naranja que por la mañana es de oro, por la tarde de plata y por la noche mata. No vendrán los invitados —dijo la criada—. Las madres no los dejarán venir, de miedo al contagio. Ya se lo dijeron a tu mamá.

Lucio no quiso entender razones. Después de la riña, la criada y el niño no se hablaron hasta la hora del té. Ella durmió la siesta y él miró por la ventana, esperando.

A las cinco de la tarde golpearon a la puerta. La criada fue a abrir, creyendo que era un repartidor o un mensajero. Pero Lucio sabía quién golpeaba. No podían ser sino ellas, las

invitadas. Se alisó el pelo en el espejo, se mudó los zapatos, se lavó las manos. Un grupo de niñas impacientes, con sus respectivas madres, estaba esperando.

—Ningún varón entre estos invitados. ¡Qué extraño! —exclamó la criada—. ¿Cómo te llamas? —preguntó a una de las niñas que se le antojó más simpática que las otras.

—Me llamo Livia.

Simultáneamente las otras dijeron sus nombres y entraron.

—Señoras, hagan el favor de pasar y de sentarse —la criada dijo a las señoras, que obedecieron en el acto.

Lucio se detuvo en la puerta del cuarto. ¡Ya parecía más grande! Una por una, mirándolas en los ojos, mirándoles las manos y los pies, dando un paso hacia atrás para verlas de arriba abajo, saludó a las niñas.

Alicia llevaba un vestido de lana, muy ceñido, y un gorro tejido con punto de arroz, de esos antiguos, que están a la moda. Era una suerte de viejita, que olía a alcanfor. De sus bolsillos caían, cuando sacaba su pañuelo, bolitas de naftalina, que recogía y que volvía a guardar. Era precoz sin duda, pues la expresión de su cara demostraba una honda preocupación por cuanto hacían alrededor de ella. Su preocupación provenía de las cintas del pelo que las otras niñas tironeaban y de un paquete que traía apretado entre sus brazos y del cual no quería desprenderse. Este paquete contenía un regalo de cumpleaños. Un regalo que el pobre Lucio jamás recibiría.

Livia era exuberante. Su mirada parecía encenderse y apagarse como la de esas muñecas que se manejan con pilas eléctricas. Tan exuberante como cariñosa, abrazó a Lucio y lo llevó a un rincón, para decirle un secreto: el regalo que le traía. No necesitaba de ninguna palabra para hablar; este detalle desagradable para cualquiera que no fuera Lucio, en ese momento, parecía una burla para los demás. En un diminuto paquete, que ella misma desenvolvió, pues no podía soportar la lentitud con que Lucio lo desenvolvería, había dos muñecos toscos imantados que se besaban irresistiblemente en la boca, estirando los cuellos, cuando estaban a determinada distancia el uno del otro. Durante un largo rato, la niña mostró a Lucio cómo había que manejar los muñecos, para que las posturas fueran más perfectas o más raras. Dentro del mismo paquetito había también una perdiz que silbaba y un cocodrilo verde. Los regalos o el encanto de la niña cautivaron totalmente la atención de Lucio, que desatendió al resto de la comitiva, para esconderse en un rincón de la casa con ellos.

Irma, que tenía los puños, los labios apretados, la falda rota y las rodillas arañadas, enfurecida por el recibimiento de Lucio, por su deferencia por los regalos y por la niña exuberante que susurraba en los rincones, golpeó a Lucio en la cara con una energía digna de un varón, y no contenta con eso rompió a puntapiés la perdiz y el cocodrilo, que quedaron en el suelo, mientras las madres de las niñas, unas hipócritas, según lo afirmó la criada, lamentaban el desastre ocurrido en un día tan importante.

La criada encendió las velas de la torta y corrió las cortinas para que relucieran las luces

misteriosas de las llamas. Un breve silencio animó el rito. Pero Lucio no cortó la torta ni apagó las velas como lo exige la costumbre. Ocurrió un escándalo: Milona clavó el cuchillo y Elvira sopló las velas.

Ángela, que estaba vestida con un traje de organdí lleno de entredoses y de puntillas, era distante y fría; no quiso probar ni un confite de la torta, ni siquiera mirarla, porque en su casa, según su testimonio, para los cumpleaños, las tortas contenían sorpresas. No quiso beber la taza de chocolate porque tenía nata y cuando le trajeron el colador, se ofendió y, diciendo que no era una bebida, tiró todo al suelo. No se enteró, o fingió no enterarse, de la riña que hubo entre Lucio y las dos niñas apasionadas (ella era más fuerte que Irma, así lo afirmó), tampoco se enteró del escándalo provocado por Milona y Elvira, porque, según sus declaraciones, sólo los estúpidos asisten a fiestas cursis, y ella prefería pensar en otros cumpleaños más felices.

—¿Para qué vienen a estas fiestas las niñas que no quieren hablar con nadie, que se sientan aparte, que desprecian los manjares preparados con amor? Desde chiquitas son aguafiestas — rezongó la criada ofendida, dirigiéndose a la madre de Alicia.

—No se aflija —contestó la señora—, todas se parecen.

—¡Cómo no voy a afligirme! Son unas atrevidas: soplan sobre las velas, cortan la torta sin ser el niño del cumpleaños.

Milona era muy rosada.

—No me da ningún trabajo para hacerla comer —decía la madre, relamiéndose los labios—. No le regale muñecas, ni libros, porque no los mirará. Ella reclama bombones, masas. Hasta el dulce de membrillo ordinario le gusta con locura. Su juego favorito es el de las comiditas.

Elvira era muy fea. Aceitoso pelo negro le cubría los ojos. Nunca miraba de frente. Un color verde, de aceituna, se extendía sobre sus mejillas; padecía del hígado, sin duda. Al ver el único regalo, que había quedado sobre una mesa, lanzó una carcajada estridente.

—Hay que poner en penitencia a las chicas que regalan cosas feas. ¿No es cierto, mamá? — dijo a su madre.

Al pasar frente a la mesa, consiguió barrer con su pelo largo, enmarañado, los dos muñecos, que se besaron en el suelo.

—Teresa, Teresa —llamaban las invitadas.

Teresa no contestaba. Tan indiferente como Ángela, pero menos erguida, apenas abría los ojos. Su madre dijo que tenía sueño: la enfermedad del sueño. Se hace la dormida.

—Duerme hasta cuando se divierte. Es una felicidad, porque me deja tranquila —agregó.

Teresa no era del todo fea; parecía, a veces, hasta simpática, pero era monstruosa si uno la comparaba con las otras niñas. Tenía párpados pesados y papada, que no correspondían a su edad. Por momentos parecía muy buena, pero hay que desengañarse: cuando una de las niñas cayó al suelo por su culpa, no acudió en su ayuda y quedó repantigada en la silla, dando gruñidos, mirando el cielo raso, diciendo que estaba cansada.

«Qué cumpleaños», pensó la criada, después de la fiesta. «Una sola invitada trajo un regalo. No hablemos del resto. Una se comió toda la torta; otra rompió los juguetes y lastimó a Lucio; otra se llevó el regalo que trajo; otra dijo cosas desagradables, que sólo dicen las personas mayores, y con su cara de pan crudo ni me saludó al irse; otra se quedó sentada en un rincón como una cataplasma, sin sangre en las venas; y otra, ¡Dios me libre!, me parece que se llamaba Elvira, tenía cara de víbora, de mal agüero; pero creo que Lucio se enamoró de una, ¡la del regalo!, sólo por interés. Ella supo conquistarlo sin ser bonita. Las mujeres son peores que los varones. Es inútil.»

Cuando volvieron de su viaje los padres de Lucio, no supieron quiénes fueron las niñas que lo habían visitado para el día de su cumpleaños y pensaron que su hijo tenía relaciones clandestinas, lo que era, y probablemente seguiría siendo, cierto.

Pero Lucio ya era un hombrecito.

La piedra

Al salir de su casa Valerio tenía que cruzar un terreno baldío. Ahí eran tan habituales la palmera contra el muro como el mendigo en el suelo. El mendigo, casi adolescente, parecía disfrazado: su barba era muy personal y, a pesar de estar enmarañada, muy sedosa. Valerio se detuvo junto al mendigo. No fue el espectáculo de su miseria lo que le llamó la atención, no fue la originalidad de los harapos, sino una piedra —opaca y oscura para un observador inexperto— que se le antojó traslúcida, verdosa y azul, y que servía, con un ladrillo, de soporte a una cacerola rota, donde el mendigo sin duda cocinaría, pues la tierra en el suelo estaba cubierta de ceniza y de papeles quemados. Valerio, deslumbrado, miró la piedra y pidió permiso al mendigo para tomarla en sus manos. El mendigo se la alcanzó con recelo.

—¿Qué piedra será? —le preguntó Valerio—. De Menfis, de caramelo, de Frigia, de Amazonas, de Mártires.

Escupió, y con un pañuelo sacó brillo a la piedra. No pudo clasificarla, pero lo llenó de concupiscencia.

—¿No me la vende? —preguntó Valerio al mendigo, con la voz mal asegurada. En sus negocios nunca había tratado con gente tan decente—. Tengo una casa de antigüedades. Esta pieza es valiosa o podría pasar por valiosa. ¿No me la vende?

El mendigo lo miraba sin verlo.

—Además —prosiguió Valerio—, no es para venderla que la quiero; es para guardarla. ¿No me la vende?

Sin dejar de mirar un punto fijo donde seguramente miraba algo que no estaba ahí, el mendigo respondió:

—Por nada del mundo.

—¿Para qué le sirve esta piedra? ¡Si fuera coleccionista!

—Es mía —respondió el mendigo.

—La propiedad es un robo —contestó Valerio—. ¿No lo sabe?

—Todo lo que hay aquí es mío —dijo el mendigo, como si no hubiera oído.

—¿Qué? —preguntó Valerio, examinando la piedra.

—Mire —dijo el mendigo, señalando con el índice—. ¿Ve todas esas cosas?

Valerio vio que el mendigo señalaba las paredes medianeras de las casas. En el primer momento no comprendió de qué se trataba, pero luego vio lo único que había en esas paredes:

dibujos de peces, de perros, de casitas, de sillas, de relojes.

—Usted se parece a todo el mundo: ¡no quiere desprenderse de nada! —exclamó Valerio encogiéndose de hombros—. ¡Qué desilusión!

—A veces tengo que entrar en cuatro patas a mi casa.

—Es claro —dijo Valerio mirando el dibujo de una casilla de perro.

—Otras veces tengo que subir, subir, subir por una escalera larguísima para entrar en una casa demasiado grande para mí. Son casas para familias numerosas. ¡Qué se le va a hacer! Una vez me asusté, pues sólo encontré palabras escritas; por suerte duraron pocos días, de otro modo hubiera muerto de hambre y de frío. No puedo quejarme. Siempre encuentro pan, lechuguitas, fruta, leche, carne, hasta pescado con vino. Pero esas cosas no valen tanto para mí como la piedra. ¡Todo lo demás lo regalaría, pero la piedra, no!

—Es una locura. Sea razonable. ¿Para qué la necesita?

—Es mi compañera. Tiene corazón. Acérquesela al oído: lo oirá latir.

Valerio acercó la piedra a su oído.

—Le convendría venderla por eso mismo —insistió—. No es bueno oír los latidos del corazón de nadie, ni del propio, que es ruidoso. Uno termina por creerse enfermo. Además, usted podría ganar mucho dinero. Yo se la compraría. ¿No necesita plata? —inquirió Valerio.

—No. Todo me lo dan estas paredes. El pan, la leche, el vino, los géneros con que estoy vestido, las sillas donde me siento.

—La piedra, en cambio, ¿para qué le sirve?

—No crea. Por ejemplo, el género en seguida se gasta. El pan, la leche, el vino, en seguida desaparecen dentro de mi barriga. —Al reír, el mendigo mostró sus dientes brillantes.— Pero lo que hay en la piedra aunque quisiera no lo podría gastar —prosiguió con un suspiro—. ¡Qué se le va a hacer!

—¿Usted dibuja? —preguntó Valerio.

—¿Yo? No estoy loco.

—¿Qué hace?

—Nada. En cuanto despierto de la siesta encuentro todo listo. No sé qué me esperará hoy, pero todo me hace falta. Este bastoncito —señaló un palote que estaba dibujado en la pared—, aquí lo tengo, para castigar a las hormigas —dijo, empuñando un palo verdadero.

—Entonces, ¿no me vende la piedra?

—No.

«Quisiera tener esa piedra», pensó Valerio, alejándose del terreno baldío. «Total, el hombre está loco y será fácil quitársela con alguna artimaña.»

Al día siguiente, a la hora de la siesta, Valerio pasó por el terreno baldío. El mendigo dormía profundamente. Un grupo de colegiales hacía dibujos en las paredes, con tiza y con carbonilla. Valerio se detuvo a mirar la palmera que tenía en el nacimiento de sus hojas un enorme e

inalcanzable racimo de coquitos verde-amarillos.

—¿No les gustan los coquitos? —preguntó a los colegiales, que dejaron de dibujar—. A mí me gustaban con locura, cuando era chico.

—Che, busquemos un palo —dijo uno de los niños.

—No hay ninguno —dijo otro, buscando en el suelo, sin ver el palo del mendigo—. ¿Con qué los bajamos?

—Con una piedra. Tampoco hay piedras.

—Trepate.

—¿Soy un mono? ¿O querés que me rompa el alma?

—Las dos cosas.

—Sos basura.

Valerio giró sus ojos, señalando, al más ávido de los niños, la piedra del mendigo. El niño comprendió en el acto y la recogió. Ensayó su puntería. De la palmera cayó una lluvia de coquitos, aplastados o verdes. Los niños se abalanzaron a juntarlos. Valerio recogió la piedra furtivamente y siguió su camino silbando. «¿Quién siente escrúpulos por robar una piedra?», pensó. «No tengo que ser idiota.»

Cuando llegó a su casa, lavó la piedra con agua y jabón, la cepilló y la puso sobre la mesa. La piedra latía en cuanto la acercaba al oído: tenía un corazón. Pero ésa no era la única virtud: sudaba, y una piedra que suda es fétida; respiraba, y una piedra que respira da miedo. Una noche le vio una cara con ojos parpadeantes. No pensó sino en devolver la piedra al mendigo.

A la mañana siguiente fue a buscar al mendigo. Llevaba la piedra envuelta en papel de diario. No había nadie. Debajo de la cacerola puso dinero, pensando que en caso de no poder devolverle la piedra, convendría pagársela de algún modo.

Al otro día, cuando salió, preguntó a un vigilante que merodeaba por ahí:

—¿No vio al mendigo?

El vigilante le preguntó:

—¿Le robó algo?

Con el pie empujó la cacerola. Valerio vio la plata que había puesto el día anterior.

—No, no me robó nada —dijo Valerio asustado.

—Y ese dinero, ¿a quién se lo habrá robado?

—Será una limosna —respondió Valerio.

—Me parece sospechoso que la deje ahí tirada. ¿Y hoy quién da limosna? Los teléfonos públicos cuando largan monedas.

—¿Por qué va a ser sospechoso? —dijo, pero no quiso insistir y se alejó apesadumbrado, pensando que no volvería a encontrar al mendigo.

Al día siguiente salió muy temprano de su casa, pero sin la piedra, y encontró al mendigo.

—Lo busqué todos estos días para devolverle la piedra —dijo Valerio—. Un chico la robó.

El mendigo sonrió misteriosamente.

—Voy a buscarla —dijo Valerio aterrado.

—Espéreme —dijo el mendigo, poniéndose de pie, dispuesto a seguirlo.

Valerio lo condujo de mala gana a su casa. Entraron. Lo llevó junto a la mesa donde estaba la piedra. El mendigo miró la piedra y se sentó en el suelo, tan a gusto, como si hubiera estado en el terreno baldío. Valerio, en cambio, se halló incómodo como en el terreno baldío. Para distraerse, alcanzó una taza de leche con pan al mendigo. Éste miró a su alrededor y dijo con voz adolescente:

—Aquí también.

—Aquí también ¿qué? —inquirió Valerio.

—Aquí también todo es mío.

Prosiguieron en un diálogo onomatopéyico. Unos minutos después, Valerio salió de su casa y se dirigió al baldío. Se sentó en el suelo. Recogió un coquito aplastado por el taco de algún zapato y se lo comió; después comió otro más aplastado aún.

La luz del poniente iluminaba los dibujos que los colegiales habían hecho al salir del colegio. Las hojas de los árboles, por donde se filtraban los rayos de sol, proyectaban redondeles, óvalos, rombos, trapecios, líneas que coloreaban los dibujos. Esas luces de colores le recordaban las luces que proyectaban los caireles de las arañas, sobre los adornos de su casa, a la luz del sol. El recuerdo era lejano.

Buscó los objetos más raros entre los dibujos: un cigüeñal, un velocípedo, una grúa. ¿Para qué le servirían? «Manías de coleccionista», pensó.

—¿Cómo será sufrir en carne propia una metamorfosis? —suelen preguntarse las personas que, para bien o para mal, dejan de ser ellas mismas. Mirra transformada en árbol, Acteón en ciervo, Áyax en jacinto, Laelaps en estatua, los piratas tirrenos en delfines, el Zorro de Tebas en piedra ¿lo habrán sabido?

Si tuviera un espejo, objeto que los niños no dibujan, Valerio vería que su barba ha crecido.

Los mastines del templo de Adrano

Los sagrados mastines, ministros y sirvientes de Adrano, son más hermosos que los perros de Molosia. El templo donde viven, en Adrano, nunca es demasiado claro ni demasiado oscuro: una luz celeste o dorada se filtra por los vidrios de la cúpula. El lujo del templo no consiste en los adornos o en las proporciones del edificio, como algunos creen, sino en sus famosos reflejos. Durante el día los mastines reciben, atienden y acompañan a la gente que visita el altar y el bosque; pero de noche guían con bondad a los que, embriagados a veces, vacilan por la senda, para llegar a sus casas; castigan, rompiéndoles los vestidos, a los que en el camino se deleitan en groseras travesuras; desmembran con ferocidad a los que se dedican a robar o a cometer otros delitos.

Más les hubiera valido a Helena y a Cristóbal, el día que visitaron el templo, no haberse enamorado. Fue a la hora del atardecer. La luz celeste que se filtra por los vidrios de la cúpula iluminaba los dos rostros conmovidos. Se amaron. Al volver, aquella noche, escoltados por los mastines, deslumbrados por las estrellas, por el amor que los unía, no sabiendo cómo expresar la alegría que les embargaba el alma, rieron como niños, con esos juegos tan cándidos y ruidosos del amor, que consiste en enojarse y desenojarse por todo y por nada. Entraron en una cabaña abandonada para echarse en los brazos el uno del otro como amantes. Los mastines, inquietos, los miraban: a ellos también, cuando estaban cansados, cualquier lugar les servía de lecho.

Pero algo insólito sucedía: la pareja no dormía: arrullaba como una horrible paloma delictuosa. Una extraña risa, que parecía un llanto, brotaba de las gargantas. Los mastines saltaron sobre los enamorados y les desgarraron las vestiduras. Con un cuchillo Cristóbal defendió a Helena. Los mastines heridos se enardecieron y los destrozaron. Siempre unidos, los dos enamorados cayeron al suelo, muertos. Entonces, como entendiendo que habían cometido un crimen, los mastines rodearon a la pareja y levantaron las cabezas hacia el cielo sin luna y aullaron hasta la hora en que salió el sol y no volvieron al templo, donde los esperaban.

NOTA AL TEXTO

En diciembre de 1961, Editorial Losada publicó en Buenos Aires, en la colección «Novelistas de Nuestra Época», la edición original de *Las invitadas*. Es el primer libro de relatos de Silvina Ocampo que no fue publicado por Editorial Sur y también el primero en contar con una ilustración en la portada: un dibujo de Norah Borges que recrea una escena de la narración que abre el volumen. El libro conoció una segunda edición en junio de 1979 bajo el pie de imprenta de Ediciones Orión. Esta reedición incluye, en la contraportada, el siguiente texto firmado por Enrique Pezzoni:

El mundo de Silvina Ocampo, desafiantemente personal y laberíntico, seduce no sólo a nuestros lectores, sino a los de Europa. En Italia y Francia estos cuentos han asombrado por la riqueza inagotable de sus argumentos. El lector encontrará en ellos ternura hermosa y terrible, humor insólito, reflejos fantasmagóricos, ricos de sentimientos y acciones cotidianas. Con igual felicidad despliega Silvina Ocampo un lenguaje de matices infinitos. Estos cuentos, que fueron prologados por Italo Calvino y Borges en Italia y Francia y que merecieron los mejores elogios de la crítica, próximamente se publicarán en Inglaterra. Un ensayista señaló que esta escritora, profundamente argentina, ha sabido extraer de su tierra la parte más conmovedora, exótica y sabrosa sin olvidar la cruel realidad de la vida.

Lo cotidiano desenmascarado como manifestación de lo maravilloso; la tersura de lo habitual como apertura hacia la exaltación de lo absoluto; el humorismo como vehículo del horror. Tales son las operaciones, mágicas y sagaces, mediante las cuales Silvina Ocampo nos lleva a los órdenes autónomos que componen su mundo, en cuyo hermoso, terrible esplendor reconocemos la opacidad de nuestros días.

Las variantes entre ambas ediciones se limitan a unas pocas alteraciones sintácticas o de puntuación. Para fijar el texto hemos seguido el de Orión, el último aprobado por la autora, del cual se han corregido las erratas evidentes, algunas de ellas incorporadas desde la primera edición de Losada.

Según el examen de los borradores del índice preliminar del volumen, Silvina Ocampo consideró incluir tres cuentos que fueron retirados antes de la publicación: «Yo», «El chasco» y «La cara adversa». El primero fue publicado originariamente en *Sur*, 212 (septiembre-octubre de 1961) y luego recogido, con el título «La muñeca», en *Los días de la noche* (1970), donde

también fue agregado «El chasco». «La cara adversa», en cambio, permaneció inédito y fue recopilado en *Las repeticiones y otros relatos inéditos* (2006).

Los relatos más antiguos de *Las invitadas* fueron escritos, aproximadamente, entre 1937 y 1940. Al menos dos de ellos aparecieron en las revistas *Sur* y *Ficción* antes de ser reunidos en libro. En las notas que siguen señalamos las variantes significativas registradas entre esas primeras versiones publicadas y el texto de los cuentos en *Las invitadas*. Cabe señalar que no hemos considerado las variantes halladas en los numerosos borradores, manuscritos y dactiloescritos de los cuarenta y cuatro relatos que integran el volumen y que se conservan en el archivo de la escritora, propiedad de sus herederos. Sin embargo, se han incorporado los títulos y materiales preliminares, además de algunos datos adicionales provenientes de testimonios o de entrevistas a la autora, que pudieran contribuir a una mejor comprensión del texto.

TALES ERAN SUS ROSTROS

Los títulos descartados fueron «El talismán» y «El colegio».

Este relato fue recopilado en la antología *Mi mejor cuento* (Buenos Aires: Ediciones Orión, 1973), precedido de la siguiente presentación de Silvina Ocampo:

Elegir un cuento entre todos los que uno ha escrito, decir por qué uno lo prefiere, descubrir por consiguiente que no todo lo que uno elige es lo que prefiere, retrotrae a la infancia. Cuando jugaba al Martín Pescador, recuerdo que me martirizaba el momento en que se levantaban, en un simulacro de dejarme pasar, y se bajaban apresándome los cuatro brazos de mis compañeros de juegos, dándome a elegir, en un secreto lleno de cosquillas en mi oreja, el nombre de alguna fruta. Me preocupaba ser sincera, sin tratar de adivinar a qué bando pertenecía el nombre de una o de otra fruta, que me incorporaría a uno de esos bandos por el solo hecho de elegir. ¿Cuál era mi fruta predilecta? Todas me gustaban por razones diferentes, y en la exaltación del juego sus diferencias se volvían más importantes. El durazno por su forma de alcancía y por haberlo probado, por primera vez, de un árbol; el damasco, porque tenía el color del sol; la mandarina, por su forma ingeniosa, que podía repartirse sin cuchillo ni mordiscos; la cereza, porque era como un adorno, la cuenta de un collar o de un anillo; la banana, por ser el alimento preferido del mono; la naranja, porque era tan redonda; la manzana, tan histórica. Un «vamos, vamos, te decidís» me arrancaba de mi incertidumbre para elegir las frutas que menos prefería: manzana y naranja, tal vez, por ser más clásicas y menos expuestas a la decadencia de la madurez. Hay miles de razones para elegir algo que uno no prefiere, y en esa situación me encuentro ante la excelente y ardua tarea que me han impuesto al pedirme elegir un cuento mío para esta antología. El que acabo de entregar, «Tales eran sus

rostros», no es mi predilecto, y sin embargo lo elijo deliberadamente. Hubiera preferido «La expiación», «La revelación», «El castigo», «Magush», «El pecado mortal», y tantos otros. No puedo pues decir que lo prefiero, puedo decir con palabras dubitativas que lo elijo. Lo elijo tal vez porque es un cuento en que el protagonista es un secreto místico, un milagro colectivo, un multiplicado e infinito niño, al cual dediqué mi atención con tanto amor.

LA HIJA DEL TORO

A Amalia Raffo. Médica y escritora argentina, amiga de la autora. Su libro de cuentos *El ángel verde* obtuvo el Premio Emecé 1982-1983, otorgado por un jurado que integraban Martha Lynch, Adolfo Bioy Casares y Eduardo Gudiño Kieffer.

CARTA BAJO LA CAMA

El episodio que inspiró este cuento ocurrió durante la estadía de Silvina Ocampo en Lydd Cottage, propiedad de su prima Julia Bullrich de Saint ubicada en Aldington, condado de Kent (Inglaterra), entre el 15 de agosto y el 8 de septiembre de 1954. Así lo narra el fotógrafo José María «Pepe» Fernández, que compartió esos días en la campiña inglesa con la autora:

1954. Esta vez en un bosque de Aldington, en Inglaterra. Silvina quiso jugar a perdnos. Nos vendamos los ojos y partimos en direcciones opuestas, con los brazos extendidos para no chocarnos con los árboles. Debíamos silbar, sabiendo así que nos alejábamos el uno del otro, pero a causa de la risa emitíamos extraños sonidos que parecían gemidos, y los pájaros, que se preparaban a dormir, nos imitaban agitando de rama en rama.

Silvina hacía trampa, como siempre, viendo muy bien por dónde iba, por eso pudo alcanzarme a los pocos minutos diciéndome: —¡Silencio! ¡Vi a un hombre con una bolsa muy pesada sobre los hombros y una pala!

—No mientas... ¿Dónde está?

Era cierto. Anocheceía en el bosque y no muy lejos un hombre cavaba un pozo frenéticamente. Amparados por la penumbra lo observamos con miedo. El hombre empujó con gran esfuerzo la bolsa en el pozo y empezó a cubrirla de tierra con el mismo frenesí. Silvina, temblando de risa nerviosa, me dijo en un susurro: «¡Huyamos! ¡Seguramente asesinó a alguien, y si nos descubre nos matará!».

Tomados de la mano dimos dos pasos con infinita cautela, pero el crujido de las hojas del otoño hizo que el hombre mirara bruscamente en nuestra dirección. Aterrados, nos

inmovilizamos detrás de un grueso tronco.

—¡Lástima que no sea un eucalipto! —balbuceó Silvina—, protegen mejor... ¡Ah, los eucaliptos de Pardo, cómo los extraño! ¿Te acordás que cuando éramos chicos y teníamos gripe hacían hervir las hojas? Creo que no servía para nada, salvo perfumar e imaginar, en la ciudad, que estábamos en el campo.

La melancolía de su voz y de su mirada casi me hizo olvidar el peligro de ser descubiertos, pero ella, imprevisible, agregó: —¿Te parece que voy a estornudar?

—¡Basta, Silvina, que yo también voy a estornudar!

—Te puedo ayudar... tengo pimienta en el bolsillo.

—No quiero, si estornudamos te juro que nos matará. —Si juras, ¡nos matará! Pero no creo, porque tendría que cavar dos pozos más, uno muy grande... que sería mejor para estar juntos y tener menos miedo de la eternidad.

—Me dijiste que te gusta tener miedo.

—¡Era mentira!

El hombre terminó y se fue. Nosotros echamos a correr sin saber hacia dónde, porque estábamos perdidos.

El hombre, la bolsa y Aldington reaparecen años más tarde en un cuento de Silvina, «Carta bajo la cama», del libro *Las invitadas*.

[Fragmento de «Testimonios y variaciones sobre Silvina Ocampo», texto inédito de Pepe Fernández datado en París en octubre de 1994. Se reproduce aquí por gentileza de Mariana Grisolia Fernández, sobrina del fotógrafo y heredera de su archivo.]

p. 24, *Recuerdo un poema de Verlaine titulado «Circumspección», «No interrumpamos el silencio de la naturaleza, esa diosa taciturna y feroz»*. Silvina Ocampo incluyó su traducción del poema de Verlaine en *Lo amargo por dulce* (1962), donde el verso citado fue traducido como «No rompamos el sueño, esta quietud nocturna, / de la naturaleza feroz y taciturna».

LA REVELACIÓN

El título preliminar fue «Valentín Brumana».

El dedicatario es el escritor y cineasta Edgardo Cozarinsky, que trabajaba en Editorial Losada en el momento de la publicación del volumen.

LA BODA

Existe un cuento homónimo recogido en *La furia* (1959).

VISIONES

El título descartado fue «Si yo hubiera muerto».

La experiencia narrada en este cuento ocurrió durante la internación de Silvina Ocampo en el Sanatorio Bosch de Buenos Aires, entre el 24 de julio y el 25 de agosto de 1958, donde fue tratada por meningitis encefálica y operada de mastoiditis [Cf. Adolfo Bioy Casares, *Borges*, edición al cuidado de Daniel Martino, Barcelona: Ediciones Destino, 2006, p. 467]. La autora escribió sobre la misma circunstancia en «Poema para una muerte efímera», publicado originariamente en *Sur*, 256 (enero-febrero de 1959) y luego incluido en *Lo amargo por dulce* (1962).

p. 59, *con una virgen dentro de un fanal*. Se refiere a la efigie de Santa Rita, «abogada de los imposibles», que había pertenecido a su madre.

p. 60, *¿Estaré en Córdoba? [...] Allí en una casa había muebles parecidos*. Se trata de La Reducción, la estancia que los padres de Silvina Ocampo compraron hacia 1925 cerca de Villa Allende y donde la autora pasó largas temporadas durante su juventud.

p. 63, *Hay inundaciones en Buenos Aires*. Durante la noche del 26 de julio de 1958, una fuerte sudestada anegó la costa norte de la provincia. Fue tal la magnitud del desastre, que dio origen a la llamada «Ley de Conservación de los Desagües Naturales» (ley 6253) sancionada por la legislatura provincial en 1960.

p. 63, *Es el aniversario de una suerte de reina. [...] Oigo tambores que lo celebran. La gente congregada en la plaza improvisa altares*. Eva Perón había muerto el 26 de julio de 1952 en el Palacio Unzué, residencia presidencial durante el primer gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1955). Estaba ubicada entre la avenida Alvear (hoy Del Libertador) y las calles Agüero, Las Heras y Austria, donde actualmente se halla la Biblioteca Nacional. Derrocado Perón, la casa fue demolida por decreto presidencial en enero de 1958. En el jardín del predio, lindante con la avenida Del Libertador, se encontraba la plaza Rubén Darío (hoy plaza Evita). El Sanatorio Bosch estaba situado en Luis Agote 2475, a unos doscientos metros del lugar.

p. 65, *El monumento atroz con pedestal de mármol rosado y mujeres de bronce*. Se refiere al Monumento ecuestre a Carlos María de Alvear, obra de Antoine Bourdelle, ubicado en la plazoleta Julio de Caro, en la confluencia de la avenida Alvear y Posadas, a pocos metros del

departamento donde vivían los Bioy.

EL LECHO

El título descartado fue «Amor».

«Ese cuento salió solo, nada más que inspirado por la decoración de una cama que vi una vez y que sugirió eso —refiere Silvina Ocampo en diálogo con Noemí Ulla—. Parecía una llama que salía de un corazón que tenía colgado en la cama. Era una cama muy bonita, de fierro, muy modesta, que tenía fierritos que dibujaban letras.» [N. U., «Silvina Ocampo: escribir toda la vida»; *Vigencia*, 49, junio de 1981, p. 100.]

ANILLO DE HUMO

En su origen este relato integraba una serie de «cuentos autobiográficos» narrados en segunda persona del singular. Para una descripción de ese proyecto, véase la «Nota al texto» que cierra *Invenciones del recuerdo* (2006).

FUERA DE LAS JAULAS

Del examen de los borradores dactilografiados conservados en el archivo de Silvina Ocampo se desprende que este cuento fue escrito entre 1937 y 1940. El título preliminar fue «Noche jaulas afuera».

La autora lo incluyó, con un final alternativo, en el volumen de «cuentos para niños grandes y grandes niños» *La naranja maravillosa* (1977).

EL MORO

El título preliminar fue «Los caballos».

p. 101, *Indio volveme mi moro*. Juan María Gutiérrez, «La endecha del gaucho» (1838). Carlos Gardel y José Razzano pusieron música a tres estrofas del poema de Gutiérrez y titularon la composición «El moro». Fue grabada por Gardel en 1917.

Al igual que «Fuera de las jaulas», este cuento fue incluido, con leves variantes, en *La naranja maravillosa*.

EL SINIESTRO DEL ECUADOR

Junto con «Fuera de las jaulas», es uno de los cuentos más antiguos del volumen. Según los borradores que se conservan en el archivo de la autora, la primera versión de este relato puede datarse entre 1937 y 1940.

EL MÉDICO ENCANTADOR

Publicado por primera vez en *Sur*, 265 (julio-agosto de 1960).

Entre la versión de *Sur*, con este título, y la edición en volumen, se registran las siguientes variantes significativas (las referencias remiten al número de página de la presente edición): p. 117, bajándome la lengua > *bajando mi lengua*; p. 118, la enfermedad de un solo niño que curo > *la enfermedad de un solo niño que visito*; p. 118, Muchas veces oí a mis tíos > *Muchas veces oí a mis tías*; p. 118, por ellos llegaba a dudar de todo > *por ellas llegaba a dudar de todo*; p. 118, aquellos de sabor incomparablemente agradable > *aquellos de sabor a frutilla, incomparablemente agradables*; p. 119, si alguien mencionaba el hecho > *si alguien les mencionaba el hecho*; p. 119, para ordenar dietas de más de una docena y media de bananas por día: el paciente más inapetente no vacilaba en complacerlo > *para ordenar una dieta de una docena y media de bananas por día: el paciente más inapetente no vacilaba, jubiloso, en complacerlo*; p. 120, con mareos que se propagaban > *con mareos que se prolongaban*; p. 120, y colma en los días de calor una colmena > *y desborda en los días de calor una colmena*; p. 121, Estereognosia insomne > *Astereognosis insomne*; p. 121, pero menos abrumadora que las otras > *pero menos abrumante que las otras*; p. 121, perdida en los bosques de Palermo > *perdida en el bosque de Palermo*; p. 122, llamado Cópia Verborum, > *llamado labiagnosis*.

EL INCESTO

A *Juana Ivulich*. Madre de Elena Ivulich, secretaria de Silvina Ocampo desde mediados de la década de 1940 hasta la muerte de la autora.

LOS AMANTES

Silvina Ocampo comenta el proceso de escritura de este cuento en conversación con Noemí Ulla: «Me costó mucho escribirlo y me gustó haberlo logrado. [...] Me costó porque tenía que repetir mil veces una acción con variaciones nimias y que tenían que tener importancia. Es decir, cada pedazo de torta tenía que ser distinto, cada manera de ponérselo en la boca, todo eso en un trabajito minucioso, para poner eso en frases que mantuvieran la atención de los lectores y en el desarrollo de una cosa tan pueril como esa. Pueril no tanto, ¿no? Yo no diría pueril. Pero sí la descripción minuciosa del apetito mezclado con el amor. No es pueril. Pero sí la descripción minuciosa de cada pedazo de torta... eso era lo pueril». [N. U., «Silvina Ocampo: escribir toda la vida», p. 99.]

LA VIDA CLANDESTINA

Los títulos descartados fueron «El santo» y «La imagen clandestina».

LA PELUCA

Los dedicatarios son la escritora Elva de Lóizaga (1916-1963) y el arquitecto Samuel Oliver (1917-2006).

LA EXPIACIÓN

Publicado por primera vez en *Ficción*, 24-25 (marzo-abril-mayo-junio de 1960).

Entre la versión de *Ficción*, con este título, y la edición en volumen, se registran las siguientes variantes significativas: p. 153, ¡Los pájaros son tan chiquitos y tan sucios! > *Los pájaros son tan chiquitos y tan sucios*; p. 154, Aquella noche, con la mayor de las naturalidades, volvimos a dormir juntos, mi marido y yo, en la cama matrimonial > *Aquella noche, como la cosa más natural del mundo, volvimos a dormir juntos, mi marido y yo, en la cama de matrimonio*; p. 156, ¿no bastan para demostrar que es un indio? > *¿no bastan para demostrarte que es un indio?*; p. 156, Probablemente decía que mi marido era indio > *Sin duda decía que mi marido era indio*; p. 156, y esos hombres desnudos > *y esos hombres desnudos, con plumas*; p. 157, de la que yo estaba excluida > *de la que yo estaba en cierto modo excluida*; p. 157, algunas barajas españolas > *algunos naipes españoles*; p. 159, No pude articular palabra > *No pude articular otra palabra*;

p. 159, ¡Lentamente, recuperé mi fuerza, pero no la vista! > *Lentamente, a medida que Antonio movía mis brazos, recuperé la fuerza pero no la vista*; p. 160 (y lo había dicho después a todo el mundo) > *y lo había dicho después a todo el mundo*.

Los dedicatarios son el escritor Eduardo Mallea (1903-1982) y su esposa, la poeta Helena Muñoz Larreta (1904-1991).

Este cuento fue incluido en la segunda edición aumentada de la *Antología de la literatura fantástica* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, «Colección Piragua», 1965), compilada por la autora en colaboración con Borges y Bioy Casares.

EL FANTASMA

El título descartado fue «El perfume».

LA GALLINA DE MEMBRILLO

El título descartado fue «Seducción».

ICERA

El título descartado fue «Glicera».

Este relato, convenientemente reescrito, fue incorporado por la autora en *La naranja maravillosa*.

EL CRIMEN PERFECTO

El título descartado fue «El crimen alimenticio».

EL LAZO

El título descartado fue «La maledicencia».

AMOR

El título descartado fue «El naufragio».

EL PECADO MORTAL

El título descartado fue «Pureza y servidumbre».

Junto con «Anillo de humo», también escrito en segunda persona del singular, integraba una temprana versión en prosa de *Inventiones del recuerdo*.

RHADAMANTHOS

El título descartado fue «El supuesto amante».

EL HÓRREO

A *Basilisa Vázquez*. Empleada doméstica de los Bioy nacida en Galicia (España), y tía de Jovita de Iglesias, ama de llaves del matrimonio durante casi cincuenta años. [Cf. Jovita Iglesias y Silvia Renée Arias; *Los Bioy*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 2002, pp. 19-21.]

LA PLUMA MÁGICA

El título preliminar fue «La lapicera mágica».

EL DIARIO DE PORFIRIA BERNAL

La dedicataria es Julia Bullrich de Saint (n. 1901), prima hermana de la autora, fundadora de la Sociedad Argentina de Horticultura y dueña de la florería y librería La Boutique, ubicada en la esquina del Plaza Hotel. En 1934 creó, junto con Silvina Ocampo y el pintor Horacio Butler, la compañía de títeres La Sirena.

p. 223, *Su nombre, que me recordaba una apasionada poesía de Byron*. Se trata, en realidad, de

un poema de Robert Browning: «Porphyria's Lover» [*Dramatic Lyrics* (1842)]. Bajo la forma de un monólogo dramático, un asesino narra el crimen de su amante —Porfiria—, a quien estrangula con su propia cabellera. Silvina Ocampo lo menciona en su «Estudio preliminar» a la antología *Poetas líricos ingleses: «Porfiria's Lover [sic], A Grammarian's Funeral y The Last Ride Together* [de Browning] son poemas sugestivos e ingeniosos» [*op. cit.*; selección de Ricardo Baeza, Buenos Aires: W. M. Jackson, «Clásicos Jackson», 1949, p. XXXVI].

p. 224, *Ciertas composiciones que escribió fueron verdaderamente notables*. «—¿Qué fue lo primero que escribiste y a qué edad? —Lo primero que escribí: “Los principitos de la Torre de Londres”, “La muerte de un árbol” y “El alba en un jardín”. La primera composición era histórica; la escribí a los nueve años. Miss Fisher declaró que era demasiado larga porque ocupaba todo un cuaderno, cosa inadmisible. La segunda me la inspiró un árbol que vi luchar contra el viento y caer en un ciclón en San Isidro, desde una ventana.» [María Larreta, «Había una vez... Silvina Ocampo», *Gente*, 363, 6 de julio de 1972.]

p. 231, *una estancia de mi abuelo en Arrecifes*. [...] *La estancia se llama La Dormida*. Manuel Anselmo Ocampo, abuelo de la autora, era dueño de la estancia La Rabona, ubicada en el partido de Pergamino, lindante con Arrecifes (provincia de Buenos Aires).

p. 232, *Pienso que voy a ser una gran artista* [...] *Pintaré muchos cuadros para el Museo Nacional*. «En los primeros tiempos de mi vida, desde los siete años, me dediqué, o más bien me dedicaron, a la pintura y al dibujo. [...] Alguien declaró en la casa, en los comienzos de mi carrera de pintora, que yo era una gran artista: había calcado un caballo muy mal y creyeron que era un dibujo original mío. Desde ese día me creí una gran pintora y lo fui en aquella edad primera.» [Danubio Torres Fierro, «Correspondencia con Silvina Ocampo: una entrevista que no osa decir su nombre», *Plural*, 50, noviembre de 1975.]

p. 232-233, *Ser pobre, andar descalza* [...] *deben de ser las mayores felicidades del mundo*. [...] *La riqueza es como una coraza que Miss Fielding admira y yo detesto*. «La pobreza me parecía divina. En ese entonces, cerca de San Isidro, vivían muchos chicos pobres. A mí me parecían tan superiores a los que nos visitaban, mucho más divertidos que mis primas. [...] Además, esos chicos pobres estaban siempre quemados por el sol; tenían un color de piel tan lindo. Siempre me quedó esa añoranza de la pobreza.» [Hugo Beccacece, «Silvina Ocampo: Genial, tierna, tímida, imprevista, imaginativa, y así sucesivamente». *La Nación Revista*, 28 de junio de 1987.]

p. 236, *30 de julio. Es mi cumpleaños*. Silvina Ocampo nació el 28 de julio de 1903.

Este relato es otro de los más antiguos del volumen, como lo prueba el anuncio en las primeras páginas del número triple de *Sur* dedicado a la literatura francesa (147-148-149, enero-febrero-marzo de 1947), donde se lo incluye, con su título definitivo, entre las colaboraciones de próxima publicación en la revista. Sin embargo, esa publicación en *Sur* nunca se produjo y el texto permaneció inédito hasta su inclusión en *Las invitadas*.

Por otra parte, en el archivo de Silvina Ocampo se conservan algunos borradores parciales, autógrafos y dactilografiados, de una versión aún más temprana. En esos esbozos, el «diario profético» era escrito por la propia Antonia Fielding y luego entregado a su médico, cuya vida futura, unida a la de su paciente, quedaba vaticinada en sus páginas. El personaje de Porfiria Bernal, a quien la autora atribuye algunos rasgos autobiográficos apenas desdibujados, fue incorporado en etapas posteriores del proceso de escritura. Un resumen de aquel argumento tentativo, escrito a mano por la autora en dos hojas sueltas, permite vislumbrar la configuración inicial del cuento. Lo transcribimos en su totalidad:

1 parte: 1930, mes de diciembre.

Relato del médico: Encuentro con Miss Fielding. Historia clínica. Descripción de las primeras entrevistas, con fechas (en lo posible), detalles de todas las clases. Entrega del Diario. Indiferencia del médico (Diario profético).

2 parte

Diario de Miss Fielding, 1928 a 1930.

Viaje y llegada a B. Aires. Estadía en B. Aires. Encuentro con el médico, mes de diciembre (seis meses duran las relaciones de Miss F. con el médico). El Diario de Miss F. fue entregado al médico en el mes de enero. Sin embargo contiene toda la vida que transcurre después de esa fecha. El médico va leyendo el Diario y se asombra. Explicación de Miss Fielding: venganza. [En el margen izquierdo: El Diario lo escribe para hacer sufrir a un hombre.] Muerte de Miss Fielding. Párrafos tachados. Sigue el Diario donde aparece solamente el médico o Miss Fielding y su vida.

3 parte

El médico recibe una carta de Miss Fielding pidiéndole que guarde el Diario hasta que ella vuelva. Va hasta la casa de Miss Fielding para preguntar por ella. En esos días se ha mudado, nadie tiene su dirección. Con este motivo ha pasado la fecha de la muerte de Miss F. (según está en el Diario). Consigue finalmente la dirección (no sé si tiene que ser trágica o no su muerte, pero corresponde exactamente a la que figura en el Diario). Alguien que la ha presenciado, o que sabe la historia de su muerte, se la cuenta al médico.

Fin

Nota: El Diario de Miss Fielding presenta un rasgo extraño que el médico descubre al releerlo. Durante los días que transcurren en B. Aires, en un paisaje de ciudad o de campo, aparece de pronto un detalle que sólo podría figurar en un paisaje marino o en un barco. Miss Fielding le ha dicho al médico que todo su Diario lo ha escrito a bordo, antes de llegar a B. Aires. Este detalle lo confirma.

Además de esta sinopsis, se conservan algunos borradores del relato del médico y de las primeras páginas del diario de Miss Fielding, titulado «Life in Three Years», que sugieren el posible desarrollo del argumento. En el más trabajado de ellos, la autora añade una breve presentación que la incorpora en el cuento: «El día que el Doctor NN se mató encontraron en su mesa de trabajo un sobre lacrado que decía: Para S. O. Contenía el siguiente relato de su puño y letra». A continuación, el médico narra la *aparición* de Miss Fielding en su consultorio: la mujer ha entrado por la ventana aduciendo su horror a las salas de espera. Un diagnóstico de enfermedad incurable la hizo huir de Londres, abandonando imprevistamente a su prometido. Una vez refutado el diagnóstico de muerte inminente, la mujer entrega su diario al médico. Las entradas iniciales describen la travesía en barco, durante la cual pierde su anillo de compromiso; las primeras impresiones de Buenos Aires; su ingreso como institutriz en una casa de familia y sus paseos con el médico, que poco a poco se enamora de ella. Si bien los borradores encontrados se interrumpen en este punto, puede conjeturarse un desenlace posible para la historia: luego de la misteriosa desaparición de Miss Fielding, el médico se suicida, atormentado por la sospecha de que se había enamorado de un fantasma. El tema del diario profético y la razonada ambigüedad de la trama, que admite la posibilidad de que Miss Fielding sólo existiese en la imaginación del médico, permiten situar esta temprana versión del relato en la categoría de «ficciones fantásticas» escritas a lo largo de la década de 1940, a la que pertenecen «Autobiografía de Irene» y «El impostor», ambas recogidas en *Autobiografía de Irene* (1948).

Algunos elementos de este primer esbozo de «El diario de Porfiria Bernal» fueron reelaborados por la autora en *La sala de espera*, obra de teatro inédita escrita en la década de 1960.

LA PIEDRA

p. 256, ¿Cómo será sufrir en carne propia una metamorfosis? [...] *Mirra transformada en árbol* [...] *el Zorro de Tebas en piedra*. Como declara en una entrevista de Hugo Beccacece, Silvina Ocampo era lectora asidua de *Las metamorfosis* de Ovidio: «He leído muchas veces el libro de Ovidio sobre las metamorfosis. ¿No te parece maravilloso que una cosa cambie y se

transforme en otra? Yo acepto esos cambios. Hay gente que los rechaza. Yo no. Me gusta ver cómo una cosa se hace otra; tiene algo de monstruoso y de mágico». [H. B., «Silvina Ocampo: genial, tierna, tímida, imprevista, imaginativa, y *así sucesivamente*».]

LOS MASTINES DEL TEMPLO DE ADRANO

El título preliminar fue «Los sabuesos del templo de Adrano».

Por último, agregamos un breve repertorio de reseñas bibliográficas de la primera edición del volumen:

BLANCO AMOR, José; «Silvina Ocampo y *Las invitadas*»; *La Nación*, 27 de mayo de 1962.

GHIANO, Juan Carlos; «La esencia del cuento», *La Prensa*, 27 de mayo de 1962.

LANCELOTTI, Mario A.; «Las invitadas», *Sur*, 278, septiembre-octubre de 1962.

ZARAGOZA, Celia; «Las invitadas», *Ficción*, 40, noviembre-diciembre de 1962.

E. M.



Los cuentos de *Las invitadas* —publicado originariamente en 1961— son una ventana abierta a un mundo familiar y perturbador a la vez, donde la realidad más prosaica se desliza sutilmente hacia la irrealidad o hacia esa zona de lo real que pertenece a lo desconocido. Entremezclada con las frases donde relampaguea un humor rebelde, la ambigüedad está acentuada por la mirada inocente que la autora parece arrojar sobre los objetos y las personas que la rodean, como si los contemplara por primera vez. O como si los creara por el solo hecho de nombrarlos. En el cuento que da título al libro, el pequeño Lucio mantiene encuentros clandestinos con siete misteriosas invitadas que representan los siete pecados capitales. En «El diario de Porfiria», una romántica institutriz inglesa es sometida a una perturbadora metamorfosis. Cuarenta niños sordomudos, tras un accidente aéreo, se arrojan al abismo, provistos de alas, y desaparecen en el cielo. Con estos relatos únicos en la literatura argentina del siglo XX, la imaginación rigurosa e incansable de Silvina Ocampo logra «mostrarnos el cielo para precipitarnos en el infierno».

«La discreta y distante Silvina Ocampo ha escrito historias memorables.»

Julio Cortázar

SILVINA OCAMPO

Nació en Buenos Aires el 28 de julio de 1903. En su juventud estudió dibujo y pintura en París con Giorgio De Chirico y con Fernand Léger. A partir de 1935, luego de conocer a Adolfo Bioy Casares, con quien se casó en 1940, se dedicó por entero a la literatura. Vivió rodeada de figuras imponentes —su marido, su hermana Victoria, su amigo Jorge Luis Borges—, pero eso no le impidió cultivar una desafiante singularidad. Publicó, entre otros, *Viaje olvidado* (cuentos, 1937), *Enumeración de la patria* (poesía, 1942), *Los traidores* (teatro, en colaboración con J. R. Wilcock, 1956), *La furia* (cuentos, 1959), *Las invitadas* (cuentos, 1961), *Lo amargo por dulce* (poesía, 1963), *Los días de la noche* (cuentos, 1970), *Árboles de Buenos Aires* (poesía, 1979) y *Cornelia frente al espejo* (cuentos, 1988). Murió en Buenos Aires el 14 de diciembre de 1993.

El enorme conjunto de textos inéditos que dejó al morir añadió una dimensión adicional a su obra, donde confluyen lípidamente lo cotidiano y lo fantástico. Sus libros han sido traducidos al inglés, francés, italiano, portugués, danés, chino y árabe. Hoy es reconocida como una de las escritoras más originales de las letras hispanoamericanas.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Fotografía de tapa: Herederos de Silvina Ocampo

© 1962, Herederos de Silvina Ocampo

Edición en formato digital: julio de 2023

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-84-264-8165-8

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: [penguinlibrosar](https://www.facebook.com/penguinlibrosar)

Twitter: [penguinlibrosar](https://twitter.com/penguinlibrosar)

Instagram: [penguinlibrosar](https://www.instagram.com/penguinlibrosar)

Índice

Las invitadas
Tales eran sus rostros
La hija del toro
Éxodo
Carta bajo la cama
La revelación
Amelia Cicuta
El almacén negro
La escalera
La boda
El progreso de la ciencia
Visiones
El lecho
Anillo de humo
Fuera de las jaulas
Isis
La venganza
El novio de Sibila
El moro
El siniestro del Ecuador
El médico encantador
El incesto
La cara en la palma
Los amantes
Las termas de Tirte
La vida clandestina

La peluca
La expiación
El fantasma
La gallina de membrillo
Celestina
Icera
El crimen perfecto
El lazo
Amor
El pecado mortal
Rhadamanthos
El hórreo
El árbol grabado
Carta de despedida
La pluma mágica
El diario de Porfiria Bernal. Relato de Miss Antonia Fielding
Las invitadas
La piedra
Los mastines del templo de Adrano
Nota al texto
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos